
PHILIP REEVE
MÁQUINAS
MORTALES
Lectulandia

Londres es una ciudad sobre ruedas: una ciudad como nunca habías visto. Tras la terrible Guerra de los Sesenta Minutos, las ciudades que sobrevivieron al apocalipsis se convirtieron en depredadoras, persiguiendo a ciudades menores y alimentándose de ellas.

Londres es una de ellas y se encuentra a la caza de una pequeña urbe, cuando Tom se topa con una joven asesina. Ambos acabarán en la Región Exterior, un páramo desolador marcado por las huellas de las ciudades ambulantes. Este es el comienzo de una gran aventura para estos dos chicos, que tendrán que aliarse para poder sobrevivir.

Máquinas mortales nos introduce en un mundo futurista donde las máquinas son instrumentos de poder y la religión es la tecnología. En este mundo, el joven Tom, que nunca ha salido de Londres, se convertirá en un héroe que, tras verse alejado de su ciudad y de su amiga Katherine, luchará para conseguir que su urbe se salve de una destrucción inminente.

Lectulandia

Philip Reeve

Máquinas mortales

Máquinas mortales - 1

ePub r1.0
NoTanMalo 08.12.17

Título original: *Mortal Engines*
Philip Reeve, 2001
Traducción: Federico Eguíluz
Ilustración de la cubierta: David Buisan
Diseño de cubierta: Manuel Esclapez

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para Sarah

Primera parte

1

El Territorio de Caza

Era una tarde de primavera, oscura y desapacible, y la ciudad de Londres iba en persecución de una pequeña población minera cruzando el lecho seco del antiguo mar del Norte.

En tiempos más felices, Londres nunca se hubiera molestado por una presa tan débil. La gran ciudad-tracción había empleado antaño sus días en la caza de ciudades mayores que esta, yendo hacia el norte hasta los bordes del Desierto de Hielo y hacia el sur hasta las orillas del Mediterráneo. Pero en los últimos tiempos, cualquier tipo de presa había empezado a escasear y algunas de las ciudades mayores comenzaban ya a mirar a Londres con ojos hambrientos. Hacía ya diez años que se ocultaba a la vista de aquellas, emboscándose en un montañoso y húmedo distrito occidental que el Gremio de Historiadores afirmaba que había sido antiguamente la isla de Gran Bretaña. Durante diez años, apenas había comido nada más que pequeñas ciudades del campo y establecimientos estáticos de aquellas húmedas colinas. Ahora, por fin, el alcalde había decidido que era una buena ocasión para volver a llevar a su ciudad por encima del puente terrestre hasta el gran Territorio de Caza.

Habían recorrido poco menos que la mitad del trayecto cuando los centinelas de las altas torres de vigilancia avistaron la población minera, que mordisqueaba en las llanuras de sal a unos treinta kilómetros por delante. Para la gente de Londres, aquello parecía una señal de los dioses, e incluso el alcalde (que no creía en dioses ni en señales) pensó que era un buen comienzo del viaje hacia el este y dio la orden de darle caza.

La población minera vio el peligro y les enseñó la popa, pero las enormes cadenas del tractor de oruga que movía Londres ya comenzaban a rodar más y más velozmente. Pronto la ciudad se afanaba en la feroz persecución, una montaña de metal en movimiento que se alzaba en siete alturas como los pisos de una tarta nupcial, los niveles inferiores envueltos en el humo de los motores, las villas de opulento y fulgurante blanco de los estratos superiores y, por encima de todo, la cruz de la cúpula de la catedral de San Pablo, con sus destellos de oro, a más de seiscientos metros sobre la arruinada tierra.

* * *

Tom se encontraba limpiando las piezas de la sección de Historia Natural del Museo de Londres cuando aquello empezó. Sintió el temblor delator en el suelo de metal y elevó la vista para ver las maquetas de ballenas y delfines, que colgaban del techo de la galería, balancearse en sus cables con suaves chirridos.

No se sintió alarmado. Llevaba viviendo en Londres sus quince años y estaba acostumbrado a sus movimientos. Sabía que la ciudad estaba cambiando de rumbo y aumentando la velocidad. Un hormigueo de agitación le recorrió el cuerpo: la vieja emoción de la caza que todos los londinenses compartían. ¡Debía de haber alguna presa a la vista! Dejando sus cepillos y plumeros, tocó la pared con la mano y notó las vibraciones que llegaban en murmullos procedentes de las enormes salas de máquinas, abajo, en las Entrañas. Sí, allá estaba: el profundo bombeo de los motores auxiliares abriéndose camino, bum, bum, bum, como un gran tambor sonando en el interior de sus huesos.

La puerta del lejano extremo de la galería se abrió de golpe y Chudleigh Pomeroy irrumpió como una fiera, con su tupé torcido y su cara redonda roja de indignación.

—En el nombre de Quirke, ¿pero qué…? —profirió airado, mirando boquiabierto a las ballenas giratorias y a los pájaros disecados que se columpiaban y se agitaban en sus jaulas como si se estuvieran sacudiendo de encima su larga cautividad y se prepararan para emprender el vuelo de nuevo—. ¡Aprendiz Natsworthy! ¿Qué está sucediendo aquí?

—Es una persecución, señor —respondió Tom, preguntándose cómo el vicepresidente del Gremio de Historiadores se las había arreglado para vivir a bordo de Londres durante tantos años y no reconocer aún el latido del corazón de la ciudad —. Debe de tratarse de algo bueno —explicó—. Han puesto todos los auxiliares en línea. Eso no sucede desde hace mucho tiempo. ¡Puede que haya cambiado la suerte de Londres!

—¡Bah! —bufó Pomeroy, sobresaltándose enseguida al ver que el cristal de las vitrinas comenzaba a gemir y a estremecerse en sintonía con el batir de los motores. Por encima de su cabeza, la mayor de las maquetas (una cosa llamada ballena azul que se había extinguido hacía miles de años) daba sacudidas hacia delante y hacia atrás desde sus cables de sujeción como si fuera un columpio—. Eso será, Natsworthy —dijo—. Yo solo querría que el Gremio de Ingenieros colocara algunos amortiguadores decentes en este edificio. Algunos de estos ejemplares son muy delicados. No aguantarán. No aguantarán en absoluto. —Sacó un pañuelo moteado de los pliegues de sus largos y negros ropajes y se dio unos toquecitos en el rostro con él.

—Por favor, señor —preguntó Tom—, ¿me permite bajar a las plataformas de observación a contemplar la caza, solo media hora? Han pasado muchos años sin que haya habido una realmente buena…

Pomeroy le miró sorprendido.

—¡Pues claro que no, aprendiz! ¡Mira todo el polvo que esta detestable caza está

levantando! Habrá que limpiar todas las piezas de nuevo y comprobar si han sufrido algún daño.

—¡Oh, pero no es justo! —protestó Tom—. ¡Acabo de quitarle el polvo a toda la galería!

Inmediatamente se dio cuenta de que había cometido un error. El viejo Chudleigh Pomeroy no era tan malo como los gremiales solían ser, pero no le gustaba que le replicase un mero aprendiz de tercera clase. Se irguió hasta alcanzar su estatura completa (que era solo ligeramente superior a su anchura completa) y frunció el entrecejo de forma tan seria que la marca del Gremio casi desapareció entre sus pobladas cejas.

—La vida no es justa, Natsworthy —bramó—. ¡Un poco más de caradura por tu parte y estarás trabajando en las Entrañas tan pronto como esta cacería termine!

De todas las faenas que un aprendiz de tercera clase tenía que desempeñar, la del trabajo en las Entrañas era la que Tom más odiaba. Se calló rápidamente, dirigiendo mansamente la mirada al suelo, hacia las bellas punteras de ante de las botas del Conservador Jefe.

—A ti se te encomendó trabajar en este departamento hasta las siete, y trabajarás hasta las siete —siguió Pomeroy—. Mientras tanto, iré a consultar con los otros conservadores qué ocurre con esta horrible horrible sacudida…

Salió apresuradamente, aún mascullando. Tom le siguió con la mirada mientras se alejaba y luego volvió a recoger sus pertrechos y regresó entristecido a su trabajo. Normalmente, no le importaba limpiar, y menos aún en esta galería, con sus amables animales carcomidos por la polilla y la ballena azul exhibiendo su enorme sonrisa azul. Si llegaba a aburrirse, simplemente se refugiaba en la fantasía, en el ensueño, en donde era un héroe que rescataba preciosas muchachas de los piratas aéreos, salvaba Londres de la Liga Antitracción y vivía feliz desde entonces. ¿Pero cómo podía ponerse ahora a soñar despierto con el resto de la ciudad disfrutando de la primera persecución auténtica desde hacía muchos años?

Esperó veinte minutos, pero Chudleigh Pomeroy no regresaba. No había nadie más por allí. Era miércoles, lo que significaba que el museo estaba cerrado al público y la mayoría de los gremiales y los aprendices de primera y segunda clase tenían el día libre. ¿Qué daño podía hacer si se deslizaba fuera diez minutos, lo justo para ver qué estaba sucediendo? Ocultó la bolsa que contenía sus útiles de limpieza detrás de un yak que estaba allí muy a mano y salió deprisa, colándose entre las sombras de los delfines danzarines, hacia la puerta.

Fuera, ya en el pasillo, todas las lámparas de argón estaban también danzando, desparramando su luz sobre las paredes de metal. Dos gremiales embutidos en sus negros ropajes pasaron apresurados y Tom oyó la voz chillona del viejo doctor Arkengarth gimotear:

—¡Vibraciones! ¡Vibraciones! Van a producir un verdadero infierno en mis cerámicas del siglo XXV…

Esperó hasta que hubieron desaparecido tras un recodo del pasillo y luego se deslizó rápidamente hacia fuera para bajar por la escalera más cercana. Atajó por la galería del siglo XXI, dejando atrás las grandes estatuas de plástico de Pluto y de Mickey, dioses con cabeza de animal de la desaparecida América. Atravesó corriendo el vestíbulo principal y bajó hasta las galerías llenas de objetos que, de alguna forma, habían sobrevivido todos aquellos milenios transcurridos desde que los Antiguos se autodestruyeron en aquella terrible conmoción de bombas atómicas órbita-tierra y de virus de diseño llamada la Guerra de los Sesenta Minutos. No tardó casi nada en salir por una puerta lateral al ruido y al bullicio de Tottenham Court Road.

El Museo de Londres se encontraba en el mismísimo centro del Nivel Dos, en un ajetreado distrito llamado Bloomsbury, y la parte inferior de la Hilera Uno colgaba como un cielo oxidado a pocos metros por encima de los tejados. A Tom no le preocupaba el hecho de ser localizado mientras proseguía su camino por la oscura y abarrotada calle hacia la pantalla pública de las cercanías de la estación de elevadores de Tottenham Court Road. Uniéndose a la multitud que se hallaba frente a él, pudo echar un primer vistazo a la distante presa: una pálida mancha gris azulada captada por las cámaras situadas más abajo, en la Plataforma Seis.

«*La ciudad se llama Salthook* —tronaba la voz del locutor—. *Una plataforma minera de novecientos habitantes. Se mueve habitualmente a ciento treinta kilómetros por hora en dirección al este, pero el Gremio de Navegantes predice que Londres le dará alcance antes de la puesta del sol. Hay, seguramente, muchas más ciudades esperándonos al otro lado del puente terrestre, prueba clara de lo sabio que fue nuestro amado alcalde cuando decidió traer a Londres al este de nuevo…*».

«¡Ciento treinta kilómetros por hora!», pensó Tom con secreta admiración no exenta de cierto temor. Era una velocidad sorprendente, y ansiaba encontrarse abajo, en la cubierta de observación, sintiendo el viento en su rostro. Probablemente, ya se encontraba metido en un lío con el señor Pomeroy. ¿Qué diferencia habría si le escamoteaba unos cuantos minutos más?

Echó a correr y pronto llegó a Bloomsbury Park, ya al aire libre, al borde de la grada. Había sido un parque auténtico en sus tiempos, con árboles y estanques de patos, pero a causa de la reciente escasez de capturas había sido relegado a la producción de alimentos y sus jardines y parterres nutrían plantaciones de coles y bateas de algas. Sin embargo, las tribunas de observación se encontraban aún allí; terrazas elevadas que sobresalían del borde de la plataforma donde los londinenses podían acudir a observar el paisaje que pasaba ante sus ojos. Tom se apresuró en dirección a la más próxima. Una multitud aún mayor se había congregado allí, incluyendo unas cuantas personas vestidas con el negro del Gremio de Historiadores, y Tom trató de parecer discreto mientras se abría paso hacia el frente y se asomaba a la barandilla. Salthook se hallaba a tan solo ocho kilómetros allí enfrente, huyendo por terreno liso, vomitando humo negro por sus tubos de escape.

—¡Natsworthy! —le llamó una voz áspera, y su corazón se paralizó. Miró a su

alrededor y descubrió que se hallaba junto a Melliphant, un corpulento aprendiz de primera clase, que le sonreía con una mueca y le decía—: ¿No es estupendo? ¡Una regordeta plataforma minera dedicada a la sal con motores de tierra C_20! ¡Justo lo que Londres necesita!

Herbert Melliphant era un bravucón de la peor clase, del tipo de los que no solo te empujaba y te daba un golpe en la cabeza allá abajo, en los lavabos, sino que ponía todo su empeño en averiguar hasta el último de tus secretos y las cosas que más te molestaban para después burlarse de ti con ello. Disfrutaba metiéndose con Tom, que era pequeño y tímido y no tenía amigos que le pudiesen defender. Y Tom no podía responderle, porque la familia de Melliphant había pagado para conseguir que fuera un aprendiz de primera clase, mientras que él, huérfano, era simplemente un tercera clase. Sabía que Melliphant se estaba molestando en hablar con él solo porque esperaba impresionar a una joven y bonita historiadora llamada Clytie Potts, que se encontraba justo detrás. Tom asintió con la cabeza y se volvió de espaldas, concentrándose en la persecución.

—¡Mira! —gritó Clytie Potts.

El espacio entre Londres y su presa se estaba estrechando rápidamente y una forma oscura se había elevado por encima de Salthook. Pronto hubo otra, y otra. ¡Naves! La multitud de las plataformas de observación de Londres aplaudió, y Melliphant dijo:

—Ah, mercaderes del aire. Saben que la ciudad está perdida, ya ves, y se están asegurando la huida antes de que nos los comamos. ¡Si no lo hacen, podremos reclamar sus cargamentos y todo lo que lleven a bordo!

Tom estaba encantado de ver que Clytie Potts tenía una expresión de total aburrimiento por culpa de Melliphant: ella le llevaba un año y ya debía de saber cómo era el asunto porque había aprobado sus exámenes del gremio y tenía tatuada la marca de los historiadores en la frente.

—¡Mira! —exclamó ella de nuevo, captando la mirada de Tom y sonriendo—. ¡Oh, mira cómo van! ¿No son preciosos?

Tom se apartó el revuelto cabello de los ojos y observó cómo se elevaban las naves y desaparecían en el cielo gris pizarra. Por un momento se encontró deseando ir con ellos hacia arriba, hasta alcanzar la luz del sol. ¡Si al menos sus pobres padres no le hubieran dejado al cuidado del Gremio para que fuera entrenado como historiador! Deseaba poder ser grumete a bordo de una nave rápida y ver todas las ciudades del mundo: Puerto Ángeles, abandonada allí, en el azul Pacífico; y Arkangel, deslizándose sobre roldanas de acero por los helados mares del norte; las grandes ciudades zigurat de los Nuevomayas y las inmóviles fortalezas de la Liga Antitracción…

Pero eso no era más que una fantasía, un soñar despierto que era mejor guardarse para cualquier tarde aburrida en el museo. Un nuevo estallido de gritos de alegría le anunció que la caza se acercaba a su fin, y se olvidó de sus naves y volvió a centrar

su atención en Salthook.

La pequeña ciudad se hallaba tan cerca que podía ver las formas, como hormigas, de las personas que corrían por los niveles superiores. ¡Qué atemorizadas tenían que estar, con Londres cayendo sobre ellas y sin ningún lugar donde esconderse! Pero sabía que no debía compadecerlas; era natural que las grandes ciudades engullesen poblaciones más pequeñas y que estas se tragaran a los miserables núcleos estáticos. Eso era darwinismo municipal, y era la forma en que el mundo había funcionado durante mil años, desde que el gran ingeniero Nikolas Quirke había convertido a Londres en la primera ciudad-tracción.

—¡Londres, Londres! —gritó, sumando su voz a los clamores y exclamaciones de ánimo de todos los que se encontraban en la plataforma y que, un momento después, se veían recompensados por la visión de una de las ruedas de Salthook desprendiéndose de la ciudad. La población se paralizó mientras las chimeneas se partían y se precipitaban sobre las calles llenas de pánico, y luego los niveles inferiores de Londres la ocultaron de la vista y Tom sintió las planchas del nivel temblar mientras las enormes mandíbulas hidráulicas de la ciudad se cerraban en medio de un gran estrépito.

Se produjeron frenéticos aplausos en las plataformas de observación de toda la ciudad. Los altavoces de las columnas de soporte de las plataformas comenzaron a tocar *Orgullo de Londres* y alguien a quien Tom no había visto en su vida lo abrazó con entusiasmo mientras le gritaba al oído: «¡Una captura! ¡Una captura!». Pero a él no le importó; en esos momentos amaba a todos los que se encontraban sobre la plataforma, incluso a Melliphant.

—¡Una captura! —respondió también él, tratando de librarse de la opresión de la gente mientras sentía que las plataformas temblaban de nuevo. En algún lugar por debajo de él, los grandes dientes de acero de la ciudad estaban agarrando Salthook, elevándola y arrastrándola hasta las Entrañas.

—… Y quizá al aprendiz Natsworthy le gustaría venir también —estaba diciendo Clytie Potts. Tom no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero al volverse, ella le tocó el brazo y le sonrió—. Habrá celebraciones en Kensington Gardens esta noche —le explicó—. ¡Baile y fuegos artificiales! ¿Quieres venir?

La gente no invita generalmente a los aprendices de tercera clase a las fiestas —en especial a gente tan guapa y popular como Clytie—, y Tom se preguntó al principio si ella se estaría riendo de él. Pero Melliphant, obviamente, no lo creía así, porque se la llevó aparte y le dijo:

—No necesitamos gente del tipo de Natsworthy allí.

—¿Por qué no? —preguntó la muchacha.

—Bueno, ya sabes —bufó Melliphant, con su cara cuadrada, poniéndose casi tan roja como la del señor Pomeroy—. No es más que un tercera clase. Un criado. Nunca conseguirá su marca del Gremio. Acabará únicamente como ayudante de conservador. ¿Verdad, Natsworthy? —preguntó, mirando de reojo a Tom—. Es una

pena que tu papá no dejase dinero suficiente para un aprendizaje adecuado…

—Eso a ti no te importa en absoluto —gritó Tom enfadado. Su alegría por la captura ya se había evaporado y empezaba a ponerse nervioso preguntándose qué castigos le esperarían a su regreso, cuando Pomeroy descubriera que se había escabullido del museo. No estaba de humor para las bromas sarcásticas de Melliphant.

—No obstante, eso es lo que pasa por vivir en una barriada de los niveles inferiores, supongo —sonrió presuntuoso Melliphant, volviéndose a Clytie Potts—. La mamá y el papá de Natsworthy vivieron abajo, en el Cuatro, ya sabes, y entonces, cuando sucedió la Gran Arremetida, ambos quedaron tan aplastados como un par de tortitas de frambuesa: ¡chaps!

Tom no pretendió pegarle; únicamente sucedió así. Antes de saber lo que estaba haciendo, su mano se había convertido en un puño cerrado y lo lanzó hacia delante.

—¡Uy! —sollozó Melliphant, tan sorprendido que se cayó de espaldas. Alguien aplaudió y Clytie sofocó una risita. Tom se quedó mirando fijamente su puño tembloroso y se preguntó cómo había hecho aquello.

Pero Melliphant era mucho más grande y bruto que Tom y ya estaba de nuevo en pie. Clytie trató de frenarlo, pero algunos otros historiadores lo estaban animando y un grupo de muchachos ataviados con las verdes túnicas de los aprendices de navegantes se congregaron alrededor coreando: «¡Lucha! ¡Lucha! ¡Lucha!».

Tom sabía que no tenía más posibilidades contra Melliphant que las que había tenido Salthook contra Londres. Dio un paso atrás, pero la multitud le impedía retroceder. Entonces, el puño de Melliphant le golpeó en un lado de la cara, mientras recibía también un enorme rodillazo entre las piernas, lo que le hizo doblarse y salir de allí tambaleándose, con los ojos llenos de lágrimas. Algo tan grande suave y blando como un sofá se encontraba allí, en medio del paso, y cuando la cabeza de Tom chocó contra aquello, la mole dijo: «¡Ufff…!».

Levantó la mirada hasta una cara roja, redonda, con pobladas cejas bajo una peluca poco convincente; un rostro que se puso aún más rojo cuando lo reconoció.

—¡Natsworthy! —bramó Chudleigh Pomeroy—. ¿A qué te crees que estás jugando, en el nombre de Quirke?

2

Valentine

Y de esa manera, Tom se encontró con que se le enviaba a trabajar a las Entrañas mientras todos los aprendices se entregaban a celebrar la captura de Salthook. Tras una embarazosa conferencia en el despacho de Pomeroy («Desobediencia, Natsworthy… Golpear a un aprendiz sénior… ¿Qué habrían pensado tus pobres padres?»), se dirigió apesadumbrado a la estación de Tottenham Court Road y esperó la llegada de un elevador que lo bajara.

Cuando este llegó, estaba hasta los topes. Los asientos del compartimento superior estaban llenos de hombres y mujeres de aspecto arrogante pertenecientes al Gremio de Ingenieros, el más poderoso de los cuatro Grandes Gremios que dirigían Londres. A Tom le daban grima, con sus cabezas peladas y aquellas largas túnicas blancas de goma, así que se quedó de pie allí, en la sección inferior, donde el rostro serio del alcalde de Londres, el lord mayor, le miraba con aire de superioridad desde carteles que decían: «¡El movimiento es la vida. Ayuda al Gremio de Ingenieros a mantener Londres en movimiento!». El ascensor bajaba y bajaba, deteniéndose en todas las estaciones conocidas —Bakerloo, High Holborn, Low Holborn, Bethnal Green—, y en cada parada, otra multitud entraba a oleadas en el vagón, aplastándolo contra la pared del fondo, hasta que resultó casi un alivio llegar al final y bajarse para verse inmerso en el ruido y el bullicio de las Entrañas.

Las Entrañas, o la Entraña, era el lugar donde Londres desmantelaba las poblaciones que capturaba: una maloliente explanada de patios y fábricas entre las Mandíbulas y las salas centrales de motores. Tom la detestaba. Siempre era ruidosa y acogía a trabajadores de las plataformas más inferiores, que tenían un aspecto sucio y aterrador, y a convictos de las prisiones de las Entrañas Profundas, que eran peores. El calor de allá abajo siempre le daba dolor de cabeza, el aire sulfuroso le hacía estornudar y las oscilaciones de los globos de argón que iluminaban los pasadizos le dañaban los ojos. Pero el Gremio de Historiadores siempre se aseguraba de que alguno de su plantilla estuviera a mano cuando una ciudad estaba siendo digerida, y esta noche él tendría que unirse a ellos y moverse por allí recordando a los rudos y viejos capataces de las Entrañas que cualquier libro o antigüedad que se encontrase a bordo de la nueva captura era propiedad legal de su gremio y que la Historia era exactamente tan importante como los ladrillos, el hierro o el carbón.

Se abrió camino con esfuerzo en la terminal del ascensor para salir del aparato y apresuró su paso hacia el almacén del Gremio de Historiadores, atravesando pasillos tubulares alicatados con grandes placas cerámicas y estrechos corredores de metal por

encima de los feroces abismos de los Patios de Digestión. Muy por debajo de él pudo ver cómo Salthook era reducida a pedazos. Ahora parecía minúscula, empequeñecida por la vastedad de Londres. Enormes máquinas amarillas encargadas del desmantelamiento se movían por todas partes sobre raíles, balanceando grúas y encaramándose por encima de todo aquello con sus patas de araña hidráulicas. Ya le habían quitado las ruedas y los ejes y comenzaba ahora el trabajo sobre el chasis. Sierras circulares tan grandes como gigantescas norias de feria mordían las planchas de las plataformas, lanzando chorros de chispas. Enormes vaharadas de calor llegaban ondulando desde los hornos y crisoles de fundición, y antes de que hubiera dado veinte pasos, Tom pudo sentir el sudor que empezaba a empaparle la parte de las axilas de su negra túnica de uniforme.

Pero cuando llegó por fin al almacén, las cosas empezaron a parecer un poco mejores. Salthook no había tenido nunca un museo o una biblioteca y los pequeños lotes rescatados de las tiendas de cachivaches de la ciudad estaban ya siendo empaquetados en banastas para su viaje hasta el Nivel Dos. ¡Con un poco de suerte, probablemente se le permitiría terminar pronto y llegar aún a tiempo para el final de las celebraciones! Se preguntaba qué gremial estaría al mando esa noche. Si eran el viejo Arkengarth o el doctor Weymouth estaba perdido: siempre le hacían trabajar el turno completo, hubiera algo que hacer o no. Si fueran Potty Pewtertide o la señorita Plym, todo saldría bien…

Pero cuando se dirigía a toda prisa hacia el despacho del supervisor, comenzó a darse cuenta de que alguien mucho más importante que cualquiera de ellos estaba al cargo de las Entrañas esa noche. Había un vehículo estacionado fuera de la oficina, una máquina negra con el emblema del gremio pintado en el capó del motor, demasiado lujo para cualquier persona corriente del resto del personal. Dos hombres con la librea del servicio de los miembros de alto rango del gremio esperaban de pie junto al vehículo. Eran tipos de aspecto rudo, a pesar de sus ricos ropajes, y Tom supo enseguida quiénes eran: Pewsey y Gench, los piratas aéreos reformados que habían sido los fieles servidores del jefe de los historiadores durante veinte años y que pilotaban el elevador del Decimotercer Nivel cada vez que este volaba en una expedición. «¡Valentine está aquí!», pensó Tom, y trató de no quedarse mirando fijamente al pasar junto a ellos escaleras arriba.

Thaddeus Valentine era el héroe de Tom: un antiguo basurero que había ido subiendo en la escala social hasta convertirse en el más famoso arqueólogo de Londres, e incluso en su Historiador Jefe, para envidia y aversión de gente como Pomeroy. Tom tenía un retrato de él clavado con chinchetas en la pared de su dormitorio encima de su litera y había leído sus libros *Aventuras de un historiador práctico* y *América desierta: a través del Continente Muerto con fusil, cámara y aeronave*, hasta que se los llegó a saber de memoria. El momento de más orgullo de su vida había ocurrido cuando tenía doce años y Valentine había bajado a entregar los premios de fin de año a los aprendices, incluido el que Tom ganó por un ensayo sobre

la manera de identificar antigüedades falsas. Aún recordaba cada palabra del discurso que el gran hombre había pronunciado: «Nunca olvidéis, aprendices, que nosotros los historiadores somos el gremio más importante de nuestra ciudad. No hacemos tanto dinero como los mercaderes, pero creamos conocimiento, que vale muchísimo más. Nosotros no podemos ser responsables de dirigir el rumbo de Londres, como los navegantes, pero ¿qué serían los navegantes si no hubiéramos conservado nosotros los antiguos mapas y las viejas cartas de navegación? Y en lo que se refiere al Gremio de Ingenieros, únicamente recordad que cada máquina que han desarrollado desde siempre se basa en un fragmento de la Antigua Tecnología, la antigua alta tecnología que nuestros conservadores de museos han preservado o que nuestros arqueólogos han excavado».

Todo lo que Tom había sido capaz de decir a modo de respuesta fue un entrecortado: «Gracias, señor», antes de escurrirse de nuevo hacia su asiento, así que nunca se le ocurrió que Valentine pudiera recordarle. Pero cuando abrió la puerta del despacho del supervisor, el gran hombre levantó la vista de su mesa y sonrió.

—Eres Natsworthy, ¿no? El mejor aprendiz detectando falsificaciones, ¿eh? ¡Tendré que mirar muy bien por dónde ando esta noche o me descubrirás!

Como chiste no era demasiado bueno, pero sirvió para romper el momento embarazoso que normalmente se producía entre un aprendiz y un gremial del rango más alto, y Tom se relajó lo suficiente como para dejar de titubear en el umbral de la puerta y decidirse a entrar, llevando en la mano la nota que le había entregado Pomeroy. Valentine se levantó bruscamente y se adelantó a grandes zancadas a recogerla. Era un hombre alto y bien formado, cercano a los cuarenta años, dotado de una hermosa cabellera de pelo azabache mechado de hebras color plata y de una negra barba perfectamente arreglada. Su ojos grises de marinero centelleaban con cierto humor y, en la frente, su tercer ojo —la marca gremial del historiador, el ojo azul que mira hacia atrás en el tiempo— parecía hacer un guiño cuando elevaba burlona e inquisitivamente una ceja.

—Así que peleándonos, ¿eh? ¿Y qué ha hecho el aprendiz Melliphant para merecer un ojo a la funerala?

—Se estaba metiendo con mi padre y con mi madre, señor —balbució Tom.

—Ya veo —el explorador asintió con la cabeza, observando el rostro del muchacho. En vez de reprenderle, le preguntó—: ¿Eres el hijo de David y de Rebecca Natsworthy?

—Sí, señor —admitió Tom—. Pero yo solo tenía seis años cuando ocurrió la Gran Arremetida… Quiero decir, que casi no me acuerdo de ellos.

Valentine asintió de nuevo y ahora sus ojos se mostraron tristes y afectuosos.

—Eran buenos historiadores, Thomas. Espero que sigas sus pasos.

—¡Oh, sí, señor! —dijo Tom—. ¡Quiero decir, que eso espero yo también!

Pensó en sus pobres padres, muertos cuando parte de Cheapside cayó sobre el nivel inferior. Nadie había hablado nunca de ellos de esa manera desde entonces y

notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se sintió como si pudiera contarle todo a Valentine, todo por completo, y casi estuvo a punto de decirle cuánto los echaba de menos y lo solitario y aburrido que resultaba ser un aprendiz de tercera clase, cuando un lobo entró en el despacho.

Era un lobo enorme, y blanco, y entró por la puerta que daba al almacén. En el momento en que vio a Tom, comenzó a correr hacia él, enseñando sus colmillos amarillos.

—¡Aaaah! —chilló Tom, saltando sobre una silla—. ¡Un lobo!

—Oh, pórtate bien —dijo una voz de muchacha, y un instante después la chica estaba ya allí, inclinándose sobre la bestia y rascando la suave y blanca gorguera de piel bajo su mandíbula. Los feroces ojos ámbar se cerraron felices y Tom pudo oír el sonido de su cola rozando las ropas de la muchacha—. No te preocupes —rio ella, sonriéndole a Tom—. Es un cordero. Quiero decir que es un lobo realmente, pero tan manso como un cordero.

—Tom —intervino Valentine con un brillo divertido en los ojos—. Quiero que conozcas a mi hija Katherine y a Perro.

—¿Perro? —Tom bajó de la silla sintiéndose algo tonto y todavía un poco asustado. Había llegado a pensar que la fiera se debía de haber escapado del zoo de Circle Park.

—Es una larga historia —explicó Valentine—: Katherine vivió en la ciudad flotante de Puerto Ángeles hasta que tuvo cinco años, entonces murió su madre y la enviaron a vivir conmigo. Yo traje a Perro como regalo para ella de mi expedición al Desierto de Hielo, pero Katherine apenas sabía hablar inglés en aquellos tiempos y nunca había oído nada acerca de los lobos, así que cuando lo vio por primera vez dijo: «¡Perro!». Y con ese nombre se quedó.

—Está perfectamente domesticado —prometió la chica, todavía sonriéndole a Tom—. Mi padre lo encontró cuando era tan solo un cachorro. Tuvo que matar a la madre, pero no le quedó valor para acabar con el pobre Perro. Lo que más le gusta es que le rasquen la barriga. A Perro, quiero decir, no a mi padre. —Y se reía. Tenía una espesa mata de pelo largo y negro, los ojos grises como su padre y la misma sonrisa espontánea y deslumbrante. Iba vestida con los ajustados pantalones de seda y la túnica suelta que era la última moda en todo Londres ese verano. Tom la miraba maravillado. Había visto retratos de la hija de Valentine, pero nunca se había dado cuenta de lo bella que era.

—¡Mira! —dijo ella—. ¡Le gustas!

Perro se había acercado tranquilamente a Tom y le estaba olisqueando el dobladillo de la túnica. Movía la cola de lado a lado y una lengua húmeda y rosa refregaba los dedos de Tom.

—Si a Perro le gusta alguien —dijo Katherine—, normalmente sucede que a mí también me gusta. Así que, vamos, Padre, ¡preséntanos de forma adecuada!

Valentine se rio.

—Bueno, Kate; este es Tom Natsworthy, que ha sido enviado aquí para ayudar, y si tu lobo ha acabado ya con él, creo que tendremos que dejarle que se vaya a trabajar —puso una mano amable sobre el hombro de Tom y añadió—: No hay mucho que hacer; echaremos un último vistazo por los Patios y entonces… —Miró la nota de Pomeroy, luego la rompió en pedacitos pequeños y los dejó caer en la lata roja de reciclaje situada junto a su mesa—. Entonces te podrás ir.

Tom no estaba seguro de qué le sorprendía más, que Valentine le dejara marchar libremente o que el gran personaje estuviera bajando a los patios en persona. Los gremiales superiores preferían normalmente quedarse sentados en la comodidad de su oficina y que los aprendices hicieran el trabajo más duro abajo, en medio del calor y de los humos; pero aquí estaba Valentine quitándose sus negros ropajes, poniéndose una pluma, para escribir, en el bolsillo del chaleco, y deteniéndose un instante para sonreír a Tom desde el umbral.

—Venga, vámonos ya —dijo—. Cuanto antes empecemos, antes estarás libre para unirte a la fiesta en Kensington Gardens…

* * *

E iniciaron el descenso, y siguieron bajando con Perro y Katherine siguiéndolos, dejando atrás el almacén y continuando en su descenso por espirales de escaleras metálicas hasta llegar a los Patios de Digestión, donde Salthook se iba haciendo más pequeña por momentos. Todo lo que aún quedaba de ella era el esqueleto de acero, y las máquinas estaban ahora desgarrándolo, arrancando plataformas y vigas maestras hasta los hornos para ser fundidas allí. Mientras tanto, montañas de ladrillos, de pizarra, de madera, de sal y de carbón eran llevadas en cintas transportadoras hacia el corazón de las Entrañas y las brigadas de salvamento sacaban de allí contenedores enteros de muebles y provisiones.

Los miembros de estas brigadas de recuperadores eran los verdaderos amos de esta parte de Londres, y ellos lo sabían. Se movían jactanciosamente por los estrechos pasadizos con la misma agilidad que los gatos, con sus torsos desnudos brillantes de sudor y sus ojos ocultos tras gafas tintadas. A Tom le habían causado siempre un cierto temor, pero Valentine les saludaba con una simpatía natural y les preguntaba si habían visto algo entre los despojos que pudiera ser de interés para el museo. A veces se detenía a bromear con ellos o para preguntarles cómo estaban sus familias, y todo el tiempo se ocupó de presentarles a Tom como «mi colega, el señor Natsworthy». Tom se sentía henchido de orgullo. Valentine le estaba tratando como a un adulto y de esa forma los hombres de la brigada de salvamento lo trataban de la misma manera, tocando con los dedos las viseras de sus grasientas gorras y sonriendo al presentarse a sí mismos. Todos parecían llamarse Len o Smudger.

—No hagas caso de lo que digan de estos chicos allí arriba en el museo —le advirtió Valentine mientras uno de los Len los llevaba a un contenedor donde habían sido depositadas algunas antigüedades—. El hecho de que vivan abajo, en los barrios inferiores, y no pronuncien las haches no quiere decir que sean tontos. Por eso me gusta bajar aquí en persona cuando en los Patios se está trabajando. He visto con frecuencia cómo estos hombres del rescate y los basureros han encontrado objetos de arte que los historiadores seguramente habrían pasado por alto…

—Sí, señor… —asintió Tom, echando una mirada a Katherine. Estaba deseando hacer algo que impresionara al Jefe de los Historiadores y a su bella hija. Si solo pudiera encontrar algún maravilloso fragmento de Vieja Tecnología entre toda aquella chatarra, algo que los hiciera recordarle después de que hubieran regresado al lujo del Alto Londres… Porque si no, tras este recorrido por los Patios, posiblemente nunca más volvería a verlos.

Esperando sorprenderlos, corrió hasta el contenedor y miró dentro. Después de todo, la Vieja Tecnología aparecía de vez en cuando en las tiendas de antigüedades de las pequeñas ciudades o en las repisas de las chimeneas de las viejas damas. ¡Imagina ser el único redescubridor de un legendario secreto, como las máquinas voladoras más pesadas que el aire, o los fideos!

Incluso aunque no hubiera nada que el Gremio de Ingenieros pudiera utilizar, aún podía acabar en el museo, etiquetado y conservado en una vitrina con una nota que dijera: «Descubierto por el señor T. Natsworthy». Se asomó lleno de esperanza a escudriñar el montón de objetos rescatados: trozos de plástico, bases de lámparas, un aplastado coche terrestre de juguete… Una pequeña caja de metal llamó su atención. Cuando la sacó y la pudo abrir, su propio rostro se reflejó brillante en un disco de plástico plateado.

—¡Señor Valentine! ¡Mire! ¡Un hallazgo!

Valentine se acercó a la caja y sacó el disco, haciéndolo brillar como si contuviera las luces del arco iris en su superficie.

—Muy bien —dijo—. Los Antiguos los utilizaban en sus ordenadores como forma de almacenar información.

—¿Podría ser importante? —preguntó Tom. Valentine negó con la cabeza.

—Lo siento, Thomas. Las gentes de los viejos tiempos podrían haber vivido únicamente en establecimientos estáticos, pero sus máquinas electrónicas iban mucho más allá de cualquier cosa que los ingenieros de Londres hayan sido capaces de construir. Incluso si aún hubiera algo almacenado en ese disco, no tenemos forma de leerlo. Pero es un buen hallazgo. Quédate con él, por si acaso.

Y se dio media vuelta mientras Tom ponía de nuevo el disco en la caja y se lo guardaba en el bolsillo. Pero Katherine debía de haber notado la desilusión de Tom, porque le tocó la mano y le dijo:

—Es estupendo, Tom. Cualquier cosa que haya sobrevivido todos esos miles de años es fantástica, bien tenga alguna utilidad para el horrible Gremio de Ingenieros o

no. Yo tengo un collar hecho de viejos discos de ordenador…

Ella le sonrió. Era tan encantadora como una de aquellas muchachas con las que soñaba despierto, pero más amable y más divertida, y él supo que desde ese momento, las heroínas que rescatase en su imaginación serían todas Katherine Valentine.

No había nada más de interés en el contenedor. Salthook había sido una ciudad de tipo práctico, demasiado atareada royendo el lecho marino como para preocuparse de excavar en el pasado. Pero en lugar de dirigirse directamente de vuelta al almacén, Valentine subió a sus acompañantes por otra escalera y los condujo a través de un estrecho pasadizo elevado hasta la Estación de Ingresos, donde los antiguos habitantes hacían cola para dar sus nombres al oficial de Admisiones antes de ser llevados a sus nuevos hogares en los albergues y hospicios de Londres.

—Incluso aunque no esté dentro de mi turno de trabajo —explicó—, me propongo bajar habitualmente a ver a los basureros cuando realizamos una captura, antes de que tengan la oportunidad de vender sus hallazgos en los mercados de antigüedades del Nivel Cinco y de que se dispersen por la Región Exterior.

Siempre había algunos basureros a bordo de una presa, vagabundos sin una ciudad determinada que recorrían el Territorio de Caza a pie, arañando piezas de Vieja Tecnología. Salthook no era una excepción: al final de una larga cola de abatidos lugareños se encontraba un grupo más harapiento que el resto, con largos y andrajosos abrigos que les caían por debajo de los tobillos, gafas protectoras y mascarillas atadas a sus mugrientos cuellos.

Como la mayoría de los londinenses, Tom se sentía horrorizado ante la idea de que la gente aún viviera simplemente de la tierra. Se quedó algo rezagado con Katherine y Perro, pero Valentine se adelantó para hablar con los basureros. Ellos se le acercaron y se colocaron a su alrededor; todos menos uno, uno alto, delgado, con un abrigo negro: una muchacha, pensó Tom, aunque no podía estar seguro porque llevaba una bufanda negra que le envolvía el rostro como el turbante de un nómada del desierto. Se quedó cerca de ella y observó mientras Valentine se presentaba a los otros basureros y preguntaba:

—Así que, ¿hay alguien que haya encontrado algo que el Gremio de Historiadores podría desear comprar?

Algunos de los hombres hicieron gestos afirmativos con la cabeza, otros la movieron negativamente y otros registraron el interior de sus abultadas bolsas. La muchacha de la bufanda negra cubriéndole la cabeza deslizó una mano en el interior de su abrigo y dijo:

—Yo tengo algo para ti, Valentine.

Habló tan suavemente que solo Tom y Katherine pudieron oírla, y cuando se volvieron para mirar, ella sacó de repente un largo y afilado cuchillo que levantó en el aire en dirección a Valentine.

3

El conducto de la basura

No hubo tiempo para pensar: Katherine gritó, Perro gruñó, la muchacha dudó unos instantes y Tom vio su oportunidad y se lanzó hacia delante, agarrándola del brazo cuando ya dirigía el cuchillo al corazón de Valentine. La joven emitió un sonido silbante mientras se retorcía y el cuchillo caía al suelo y ella se giraba sobre sus talones y salía disparada por el corredor.

—¡Detenedla! —bramó Valentine, saliendo hacia delante, pero los otros refugiados habían visto el cuchillo y se arremolinaban en desorden atemorizados, impidiéndole el paso. Varios de los basureros habían sacado armas de fuego y un policía con armadura llegó abriéndose paso entre la multitud, como un enorme escarabajo azul, mientras gritaba:

—¡No se admiten armas de fuego en Londres!

Mirando por encima de las cabezas de los basureros, Tom divisó una silueta oscura recortándose contra el resplandor de los hornos. La muchacha estaba al otro extremo del estrecho pasadizo elevado, subiendo ágilmente por una escalera hacia un nivel superior. Corrió tras ella y trató de atraparla por el tobillo en el momento en que la chica alcanzaba su objetivo. Falló por unos pocos centímetros y, en ese mismo instante, un dardo le pasó silbando, produciendo chispas en los peldaños. Volvió la cabeza. Dos policías más se abrían camino entre la multitud con las ballestas en alto. Un poco más atrás, pudo ver a Katherine y a su padre observándole.

—¡No disparéis! —gritó Tom—. ¡Puedo atraparla!

Saltó hasta la escalera y se lanzó a toda prisa hacia arriba, decidido a ser el que capturara a la supuesta culpable. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza en la agitación del momento. ¡Después de todos aquellos años tan anodinos que había pasado soñando con aventuras, de repente se encontraba en medio de una! ¡Había salvado la vida del señor Valentine! ¡Era un héroe!

La muchacha estaba ya camino del laberinto de angostas pasarelas elevadas que llevaba al distrito de los hornos. Esperando que Katherine pudiera aún verlo, Tom se lanzó en su persecución. El pasaje elevado se bifurcaba y se estrechaba, los pasamanos solo se hallaban a un metro de distancia el uno del otro. Por debajo de él, la labor de los Patios de Digestión continuaba indiferente; nadie allá abajo se había dado cuenta del drama que estaba teniendo lugar arriba, encima de sus cabezas. Se adentró entre las profundas sombras y cálidas y cegadoras nubes de vapor con la muchacha siempre a unos cuantos metros por delante de él. Un tubo situado a baja altura se le enganchó en la bufanda que le cubría la cabeza y se la arrancó. Sus largos

cabellos eran de color cobrizo a la suave luz de los hornos, pero Tom todavía no podía ver su rostro. Se preguntaba si sería bonita: una bella asesina de la Liga Antitracción.

Dejó atrás la bufanda balanceándose y siguió corriendo, jadeando en busca de aire y despejándose el cuello con la mano. Bajó por una vertiginosa espiral de escaleras de hierro y salió por el piso de los Patios de Digestión, entre destellos, a través de las sombras de las cintas transportadoras y los enormes tanques esféricos para el gas. Una brigada de trabajadores convictos levantó la vista con asombro cuando la muchacha pasó corriendo.

—¡Detenedla! —gritó Tom.

Ellos simplemente se quedaron mirando boquiabiertos al pasar él, pero cuando dirigió la vista hacia atrás vio que uno de los Aprendices de Ingeniero que había estado supervisándolos acababa de interrumpir su trabajo para unirse a la persecución. Tom lamentó inmediatamente haber gritado. ¡No estaba dispuesto a entregar su victoria a un estúpido ingeniero! Añadió un punto más de velocidad, de forma que así podría ser el único en capturarla.

Por delante, el camino se veía obstruido por un agujero circular en el piso de la plataforma protegido por oxidados pasamanos: un tobogán de basura chamuscado y ennegrecido por donde la escoria de los hornos había sido arrojada. La muchacha quebró su paso por un momento, dudando qué camino seguir. Cuando reanudó su huida, Tom había acortado distancias; sus manos extendidas hacia delante consiguieron asir su mochila; la cinta se rompió y ella se detuvo y se volvió para darle la cara, iluminada por el rojo resplandor de la fundición.

No tenía más años que Tom y era espantosa. Una cicatriz terrible le recorría la cara desde la frente hasta la mandíbula, haciéndola parecerse a un retrato que hubiera sido rajado furiosamente. Su boca estaba torcida hacia un lado, mostrando una especie de sonrisa despectiva permanente, su nariz era un muñón aplastado y su único ojo lo miraba fijamente desde aquella ruina, tan gris y frío como el mar en invierno.

—¿Por qué no me dejaste que lo matara? —dijo en un siseo.

A Tom le pilló tan de sorpresa que no pudo ni moverse ni hablar, solo quedarse allí parado mientras la muchacha se agachaba a recoger su mochila del suelo y se volvía para seguir corriendo. Pero detrás de él sonaban ya los silbatos de la policía y los dardos de las ballestas pasaban chisporroteando al chocar contra los suelos metálicos de la plataforma y contra tubos que se extendían por encima de sus cabezas. La muchacha perdió la mochila y cayó a un lado, soltando en un resuello una sucia maldición. Tom ni siquiera se había imaginado que la chica supiera semejantes palabras.

—¡No disparen! —gritó él, haciendo señas con la mano a los policías. Ellos ya avanzaban pesadamente por la escalera de espiral tras los tanques de gas, disparando mientras se acercaban, como si no les importase gran cosa que Tom se encontrara en su camino—. ¡No disparen!

La muchacha gateó hacia arriba por los peldaños y Tom vio entonces que tenía un dardo de ballesta clavado en la pierna, justo por encima de la rodilla. La chica se agarró a él mientras la sangre le fluía entre los dedos. Su respiración se convirtió en sollozos mientras retrocedía, alzándose trabajosamente hasta la barandilla. Tras ella, el tobogán de la basura se presentaba como una enorme boca abierta.

—¡NO! —gritó Tom, al ver lo que pretendía hacer. Ya no se sentía ningún héroe. Solo sentía lástima por aquella pobre y horrible muchacha, y culpable de ser uno de los que la habían atrapado allí. Extendió su mano hacia ella, esperando que no saltara.

—No podía permitir que le hicieras daño al señor Valentine —le dijo, gritando para que ella le pudiese oír por encima del estrépito de las Entrañas—. Es un buen hombre, amable, valiente, maravilloso…

La muchacha se precipitó hacia delante, acercando aquel rostro sin nariz hacia él.

—¡Mírame! —le gritó—. ¡Mira lo que tu valiente y amable Valentine me hizo!

—¿Qué quieres decir?

—¡Pregúntaselo a él! —gritó—. ¡Pregúntale qué le hizo a Hester Shaw!

La policía se hallaba ahora más cerca. Tom podía oír sus pasos retumbando en la plataforma. La muchacha dirigió su mirada detrás de Tom, luego pasó con esfuerzo su pierna herida por encima de la barandilla gritando y llorando de dolor.

—¡No! —le suplicó Tom de nuevo, pero ya era demasiado tarde. Su andrajoso abrigo se abrió y ondeó en el aire y ella desapareció. Él se acercó a la barandilla y escudriñó el sombrío tobogán. Una fría ráfaga de aire le subió hasta el rostro, mezclada con el olor de lodo y la vegetación prensada: el olor de la tierra girando veloz bajo la ciudad.

—¡No!

¡Había saltado! ¡Había saltado de la ciudad hacia su muerte! Hester Shaw. Debería recordar aquel nombre y decir una oración por ella a uno de los muchos dioses de Londres.

Unos cuerpos fueron tomando forma a través del humo en movimiento. Los policías avanzaban con cautela, como cangrejos vigilantes, y Valentine venía con ellos, corriendo a la cabeza. En las sombras, bajo el tanque de gas, Tom vio al joven ingeniero que seguía mirando, sobrecogido. Tom trató de sonreírle, pero su cara se quedó helada y un instante después otra espesa bocanada de humo le envolvió, borrándolo todo definitivamente.

—¡Tom! ¿Estás bien? —Valentine subió corriendo, apenas sin respiración por la larga persecución—. ¿Dónde está ella? ¿Dónde está la muchacha?

—Muerta —respondió Tom débilmente.

Valentine se quedó junto a él apoyado en la barandilla y miró hacia abajo. Las sombras del humo que subía se movían sobre su rostro como telarañas. Había una extraña luz en sus ojos y su rostro se mostraba tenso, pálido y atemorizado.

—¿La viste, Tom? ¿Tenía una cicatriz?

—Sí —le respondió Tom, preguntándose cómo podía Valentine saber aquello—.

¡Era horrible! Había perdido un ojo y su nariz… —Luego recordó la cosa tan terrible que la muchacha le había confesado—. Y dijo… —Pero no estaba seguro de si le debería contar al señor Valentine lo que ella le había dicho; podía ser una mentira, una locura—. Ella dijo que se llamaba Hester Shaw.

—¡Gran Quirke! —gritó Valentine, y Tom retrocedió, deseando no haber mencionado nunca aquello. Pero cuando volvió a levantar la vista de nuevo, Valentine le sonreía amablemente, con los ojos llenos de pena—. No te preocupes, Tom —le dijo—. Lo siento.

Tom sintió una mano grande y amable sobre su hombro y luego —nunca estuvo seguro de cómo sucedió aquello— una torsión, un empujón, y se vio lanzado por encima de la barandilla y cayendo en el vacío, de igual forma que había caído Hester Shaw, buscando desesperadamente un agarradero en el pulido metal del borde del tobogán de la basura.

—¡Él me empujó! —pensó, y fue más sorpresa que miedo lo que sintió a medida que la negra garganta le tragaba hacia la oscuridad.

4

La Región Exterior

Silencio. Silencio. No podía entenderlo. Incluso cuando Londres no se movía había siempre cierto tipo de ruido en el dormitorio; el susurro del ventilador, el zumbido y el traqueteo de los distantes fustes de los ascensores, los ronquidos de los otros aprendices en las literas vecinas. Pero ahora, silencio. Le dolía la cabeza. De hecho, le dolía todo el cuerpo. Su litera parecía extraña también, y cuando movía las manos, había algo frío y viscoso que se le escurría entre los dedos, como…

¡BARRO! Se sentó de golpe, jadeando. No se encontraba en el dormitorio de la tercera clase en absoluto. Estaba tumbado sobre un abultado montón de barro al borde de una profunda trinchera y a la tenue luz gris perla del amanecer pudo ver a la muchacha de la cara estropeada sentada allí cerca. Su horrible sueño de que se había deslizado por aquel tobogán ennegrecido por el fuego había sido realidad. ¡Había caído fuera de Londres y estaba allí solo, con Hester Shaw, en la tierra desnuda!

Gimió de terror y la muchacha echó un rápido vistazo hacia él y a su alrededor.

—Entonces estás vivo —le dijo—. Pensé que habías muerto. —Su tono era como si le importase tanto una cosa como la otra. Tom se revolvió hasta conseguir ponerse a cuatro patas, de forma que solo sus rodillas, las puntas de sus pies y sus manos tocaban el fango. Tenía los brazos desnudos y cuando miró más abajo vio que su cuerpo magullado estaba desnudo hasta la cintura. Su túnica se hallaba en el lodo, cerca de él, pero no era capaz de encontrar la camisa, hasta que gateó para situarse cerca de la muchacha de la cicatriz. Entonces se dio cuenta de que ella se afanaba en rasgarla y en hacer tiras de tela que utilizaba para vendar su pierna herida.

—¡Eh! —le dijo—. ¡Esa es una de mis mejores camisas!

—¿Ah, sí? —le replicó sin levantar la vista—. Esta es una de mis mejores piernas.

Se puso la túnica. Estaba hecha un harapo y sucia por culpa de su caída por el tobogán de la basura, llena de rasgones que dejaban pasar el frío aire de la Región Exterior. Se abrazó a sí mismo, temblando. «¡Valentine me empujó! ¡Me empujó y caí por el pozo abajo hasta la Región Exterior! Él me empujó… No, no puede haber sido él. Tiene que ser un error. Yo me resbalé y él trató de agarrarme, eso es lo que debe de haber sucedido».

Hester Shaw terminó su vendaje y se puso en pie, gruñendo de dolor, mientras se ponía sus pantalones sucios y rígidos por la sangre seca sobre la herida. Entonces le arrojó a Tom lo que quedaba de su camisa, un harapo sin ninguna utilidad ya.

—Tenías que haberme dejado matarlo —le dijo dándose media vuelta y

marchándose con una especie de cojera furiosa por la larga curvatura del montón de barro hacia arriba.

Tom se quedó mirando cómo se iba, demasiado sorprendido y perplejo aún para moverse. Únicamente cuando la muchacha desapareció tras la cima del montón se dio cuenta de que no quería quedarse solo allí; prefería cualquier compañía, incluso la de ella, a aquel silencio.

Se deshizo de los harapos que quedaban de lo que había sido su camisa y corrió tras ella, resbalándose por el espeso y pegajoso fango, tropezando con fragmentos de roca y raíces arrancadas. La profunda y escarpada trinchera se abría a su izquierda, y cuando alcanzó la cresta del montículo se dio cuenta de que era tan solo una de las cientos de fosas idénticas. Las enormes huellas de las cadenas de tracción de Londres se extendían derechas como una regla hasta perderse en la distancia. Lejos, mucho más lejos, vio su ciudad, oscurecida contra el brillante cielo del este, envuelta en el humo de sus propios motores. Sintió el frío tirón de la nostalgia. Todas las personas que había conocido en su vida se encontraban a bordo de aquella montaña que se empequeñecía con la distancia, todas menos Hester, que se movía enfurruñada, a grandes zancadas, en pos de la ciudad, arrastrando su pierna herida tras ella.

—¡Detente! —le gritó medio corriendo, medio chapoteando para alcanzarla—. ¡Hester! ¡Señorita Shaw!

—Déjame en paz —le espetó.

—¿Pero adónde quieres ir?

—Tengo que volver de nuevo a Londres, ¿no? —respondió—. Dos años me llevó encontrarla, en pesadas caminatas por la Región Exterior, a pie, saltando a bordo de pequeñas aldeas con la esperanza de que fuera Londres la que abusara de ellas. Y cuando por fin llegué allí y me encontré con Valentine, que bajaba a pavonearse por los Patios, exactamente como los basureros me dijeron que haría, ¿qué sucede entonces? Que un idiota me detiene en el intento de arrancarle el corazón como se merece. —Se detuvo en su caminar y se volvió para mirar a Tom—. ¡Si no hubieras metido las narices donde no te llamaban, él ya estaría muerto, y yo habría caído muerta a su lado y ahora ya estaría en paz!

Tom se quedó mirándola y, antes de que pudiera evitarlo, sus ojos se llenaron de afligidas lágrimas. Se odió a sí mismo por mostrarse como un tonto frente a Hester Shaw, pero no pudo hacer nada al respecto. La fuerte impresión de lo que le había sucedido y el pensamiento de verse abandonado allí fuera le sobrecogían, y las cálidas lágrimas corrían por su rostro y marcaban blancos y húmedos cauces que atravesaban el lodo de sus mejillas.

Hester, que había estado a punto de desaparecer, se detuvo y observó, como si no estuviera segura de lo que le estaba sucediendo a él.

—¡Estás llorando! —le dijo por fin, con enorme suavidad, totalmente sorprendida.

—Lo siento —dijo, sorbiendo por la nariz.

—Yo nunca lloro. No puedo. Ni siquiera lloré cuando Valentine asesinó a mi madre y a mi padre.

—¿Qué? —La voz de Tom sonaba temblorosa por el llanto—. ¡El señor Valentine no haría nunca algo así! Katherine dijo que ni siquiera pudo atreverse a disparar a un cachorro de lobo. ¡Estás mintiendo!

—¿Cómo llegaste hasta aquí, entonces? —le preguntó, burlándose de él—. Te empujó al agujero detrás de mí, ¿o no? Solo porque me habías visto.

—¡Estás mintiendo! —le dijo Tom de nuevo. Pero recordó aquellas grandes manos empujándolo hacia delante; recordó la caída y la extraña luz que había brillado en los ojos del arqueólogo.

—¿Y bien? —le preguntó Hester.

—¡Él me empujó! —murmuró Tom con sorpresa.

Hester Shaw únicamente se encogió de hombros, como diciendo: «¿No ves? ¿No ves cómo es él en realidad?».

Luego, se dio media vuelta y comenzó a caminar de nuevo.

Tom corrió para ponerse a su lado.

—¡Iré contigo! ¡Yo también tengo que volver a Londres! ¡Te ayudaré!

—¿Tú? —Soltó una chirriante carcajada y escupió en el fango a los pies de él—. Pensé que tú eras el hombre de Valentine. ¿Y ahora quieres ayudarme a matarlo?

Tom negó con la cabeza. No sabía lo que quería. Parte de él aún seguía aferrada a la esperanza de que todo hubiera sido un malentendido, y que Valentine era bueno y amable, y valiente… No quería ciertamente verlo asesinado y a la pobre Katherine quedarse sin padre… Pero tenía que conseguir llegar hasta Londres de la forma que fuera y no podía hacerlo solo. Y, de todas maneras, se sentía responsable de lo que le había sucedido a Hester Shaw. Era culpa suya, después de todo, el que hubiera resultado herida.

—Te ayudaré a caminar —le dijo—. Estás herida. Me necesitas.

—Yo no necesito a nadie —le contestó ella con ferocidad.

—Iremos tras Londres juntos —le prometió Tom—. Soy un miembro del Gremio de Historiadores. Ellos me escucharán. Se lo contaré al señor Pomeroy. Si es cierto que Valentine hizo las cosas que dices, ¡la ley se encargará entonces de él!

—¿La ley? —se burló—. Valentine es la ley en Londres. ¿No es el favorito del alcalde? ¿No es el Historiador Jefe? No, él me matará, a no ser que yo le mate antes. Y a ti también te matará, probablemente. ¡Ssshinnng! —gesticuló haciendo como que sacaba una espada y le atravesaba con ella el pecho a Tom.

El sol empezaba a salir, levantando espirales de vapor del barro húmedo. Londres seguía moviéndose, visiblemente más pequeña desde la última vez que la habían visto. La ciudad generalmente se detenía durante unos cuantos días cuando ya había comido, y la parte del cerebro de Tom que no estaba entumecida del todo se preguntaba perezosamente: «¿Adónde diablos se dirige?».

Pero, justo en ese momento, la muchacha dio un traspié y cayó al suelo,

quedándole la pierna mala, encogida, debajo de su cuerpo. Tom se agachó para ayudarla a levantarse. Ella no le dio las gracias, pero tampoco lo apartó. Tom colocó el brazo de la muchacha por encima de sus hombros, la agarró de la mano y la levantó, y reanudaron juntos su camino por la loma de barro, siguiendo las huellas de Londres en dirección al este.

5

El alcalde de Londres

Ciento sesenta kilómetros más adelante, el sol de la mañana brillaba sobre Circle Park, el elegante círculo de césped y macizos de flores que rodeaban la Plataforma Uno. Brillaba fulgurante entre sus lagos ornamentales y sus senderos perlados de rocío, destellaba por entre las blancas espiras de metal de Clio House, la villa de Valentine, que se alzaba entre oscuros cedros al borde del parque como una gigantesca caracola marina abandonada por una caprichosa pleamar.

En su dormitorio del piso superior, Katherine se acababa de despertar y reposaba aún contemplando los rayos de sol filtrarse por las contraventanas de concha de tortuga de su ventana. Se daba cuenta de que no era feliz, pero al principio no acertaba a saber por qué.

Luego recordó la tarde anterior, el ataque en las Entrañas, y cómo aquel pobre, dulce y joven aprendiz había salido en persecución de la asesina y él mismo resultó muerto. Ella había salido corriendo detrás de su padre, pero para cuando llegó al tobogán de la basura, todo había terminado ya: un joven aprendiz de ingeniero se alejaba dando tumbos, con su sorprendido rostro tan blanco como su túnica de goma, y un poco más allá encontró a su padre, pálido y con aspecto enfadado, rodeado de policías. Nunca le había visto antes con aquella expresión ni le había oído la voz áspera y nada natural con la que le ordenó bruscamente que se fuera inmediatamente a casa.

Parte de ella quería acurrucarse de nuevo y volverse a dormir, pero tenía que verle y asegurarse de que todo iba bien. Retiró la colcha y se levantó, poniéndose las ropas que se había quitado la noche anterior y que estaban allí diseminadas por el suelo, oliendo aún al humo de los hornos.

Al otro lado de la puerta del dormitorio, un corredor descendía suavemente, cubierto por un tejado redondo que se curvaba sobre sí mismo como el interior de una amonites. Bajó deprisa, deteniéndose un instante para presentar sus respetos a la estatua de Clio, la diosa de la Historia, que ocupaba un nicho en el exterior de la puerta del comedor. En otros nichos se almacenaban tesoros que su padre había traído de regreso de sus expediciones: restos de cerámica, fragmentos de teclado de ordenador y los oxidados cráneos de metal de los stalkers, aquellos extraños soldados semiautómatas, mecánicos, cazadores al acecho en una guerra ya olvidada. Sus cuarteados ojos de cristal miraban de forma funesta a Katherine mientras ella pasaba apresuradamente.

Padre estaba tomándose su café en el atrio, el gran espacio abierto situado en el

centro de la casa. Aún estaba vestido con la bata y su cara larga se mostraba seria mientas paseaba intranquilo, adelante y atrás, entre los helechos que crecían en enormes vasijas. Una sola mirada a los ojos fue suficiente para que Katherine se diera cuenta de que su padre no había dormido en absoluto.

—¿Padre? —le preguntó—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Oh, Kate! —Se le acercó y la atrajo en un abrazo hacía sí—. ¡Vaya noche!

—Aquel pobre chico —susurró Katherine—. ¡Pobre Tom! ¿Supongo que no… encontraron nada?

Valentine negó con la cabeza.

—La asesina le arrastró consigo cuando saltó. Se ahogaron los dos en el fango de la Región Exterior o quedaron aplastados por las cadenas tractoras.

—¡Oh! —musitó Katherine sentándose al borde de una mesa, sin ni siquiera darse cuenta de que Perro entraba sin hacer ningún ruido para poner su enorme cabeza sobre la rodilla de ella—. ¡Pobre Tom! —pensó. Se había mostrado tan dulce, tan deseoso de agradar. Verdaderamente, le había gustado. Incluso había pensado en pedirle a Padre que se lo trajera a trabajar a Clio House, de forma que ella y Perro pudieran llegar a conocerlo mejor. Y ahora él estaba muerto, su alma había volado a la Región de las Sombras y su cuerpo yacía frío en el frío lodo, en alguna parte de la estela de la ciudad.

—El alcalde no está contento —dijo Valentine echando una mirada al reloj—. Una asesina suelta en las Entrañas en el primer día del regreso de Londres al Territorio de Caza. Va a bajar hasta aquí en persona para discutirlo. ¿Te importa sentarte conmigo mientras lo espero? Puedes tomar mi desayuno si quieres. Hay café en la mesa, panecillos, mantequilla… No tengo ninguna gana en absoluto.

Katherine tampoco tenía apetito, pero echó un vistazo a lo que había sobre la mesa y observó un bulto como de cuero roto al otro lado del tablero. Era la mochila que la muchacha asesina había dejado caer en las Entrañas la noche anterior y su contenido aparecía allí desparramado como las piezas en exposición de un extraño museo: una botella metálica para llevar agua, una bolsita de primeros auxilios, un poco de cuerda, unas tiras de carne seca que parecían más tiesas que las lengüetas de unas botas viejas y un trozo de papel sucio y arrugado con una fotografía grapada en él. Katherine lo cogió. Era una tarjeta de identidad emitida en una ciudad llamada Strole, sucia y desvaída y a punto de romperse por los pliegues. Antes de que pudiera estudiar lo que allí estaba escrito, su atención fue reclamada por la fotografía. Se quedó sin aliento.

—¡Padre! ¡Su cara!

Valentine regresó, la vio con el papel en las manos y se lo arrancó bruscamente con un grito de enojo:

—¡No, Kate! ¡Esto no es para ti! No es para nadie…

Sacó su encendedor y con todo cuidado prendió fuego a una esquina del papel, dejándolo terminar de quemarse en el cenicero de su mesa. Luego reanudó sus paseos

y Katherine se sentó a observarlo. En los diez años transcurridos desde que ella vino a Londres, Katherine había llegado a considerarlo tanto su mejor amigo como su padre. A los dos les gustaban las mismas cosas y se reían de las mismas bromas, y nunca se guardaron secreto alguno el uno al otro. Pero ella estaba percibiendo que le escondía algo acerca de la muchacha. Nunca le había visto tan preocupado por nada.

—¿Quién es ella, Padre? —preguntó—. ¿La conoces de alguna de tus expediciones? Es tan joven y tan… ¿Pero qué es lo que le pasó en la cara?

Se oyeron pasos, una llamada a la puerta y Pewsey irrumpió en la habitación.

—El alcalde está de camino, jefe.

—¿Ya? —jadeó Valentine.

—Me temo que sí. Gench lo vio venir por el parque en su coche. Dijo que no parecía muy contento.

Valentine tampoco lo parecía. Recogió su manto del respaldo de la silla donde lo había abandonado y comenzó a intentar ponerse presentable. Katherine se le acercó para ayudarlo, pero él le hizo señas con la mano de que no se aproximara, así que la muchacha lo besó apresuradamente en la mejilla y salió deprisa mientras Perro la seguía de cerca trotando tras ella. Por los grandes ventanales ovales del salón podía ver un imponente coche oficial blanco dejando atrás las verjas de la Clio House. Un pelotón de soldados corrían delante vestidos con la llamativa coraza roja de los famosos beefeaters, la guardia personal del lord mayor, es decir, del alcalde. Tomaron posiciones por el jardín como horrorosos adornos del césped mientras Gench y uno de los otros sirvientes avanzaban apresuradamente para abrir la puerta de plastiglás del vehículo oficial. El alcalde se bajó y se dirigió hacia la casa a grandes zancadas.

Magnus Crome llevaba siendo alcalde de Londres casi veinte años, pero aún no tenía el aspecto de un lord mayor. Los lores mayores de los libros de Historia de Katherine eran hombres regordetes de apariencia feliz y con el rostro colorado. Pero Crome era tan delgado como un viejo grajo y el doble de siniestro. Ni siquiera usaba las prendas escarlata que habían sido el orgullo y la alegría de otros alcaldes, sino que aún vestía su larga y blanca túnica de goma y mostraba la rueda roja del Gremio de Ingenieros sobre la frente. Los antiguos alcaldes se habían hecho borrar sus marcas gremiales para demostrar que estaban sirviendo a todos los habitantes de Londres, pero las cosas habían cambiado cuando Crome alcanzó el poder. E incluso aunque algunos decían que no estaba bien que el mismo hombre fuera el jefe de los ingenieros *y* a la vez lord mayor, así y todo admitían que Crome hacía una buena labor rigiendo la ciudad.

A Katherine no le gustaba. Nunca le había gustado, incluso a pesar de haberse portado tan bien con su padre, y no le apetecía en absoluto encontrarse con él esa mañana. Tan pronto como oyó abrirse la puerta central mediante el mecanismo de reconocimiento por el iris, se dirigió veloz hacia el pasillo y comenzó a subir, llamando suavemente a Perro para que la siguiera. Se detuvo cuando estuvo cerca del primer recodo y se escondió en una pequeña glorieta, poniendo las puntas de sus

dedos sobre la cabeza del lobo para mantenerlo callado y tranquilo. Podía adivinar que algún problema terrible le había sobrevenido a su padre y no le iba a permitir que le ocultara la verdad como si aún fuera una niña pequeña.

Unos pocos segundos después vio a Gench llegar a la puerta del atrio con el sombrero apretujado entre sus manos.

—Por aquí, su honorable señoría —barboteó, haciendo una inclinación de cabeza —. Cuidado con el escalón, Excelencia.

Crome lo seguía de cerca. Se detuvo un instante, moviendo la cabeza de un lado a otro con un gesto extrañamente reptil, y Katherine sintió que su mirada recorría el corredor como un viento helado procedente de los Desiertos de Hielo. Se apretujó más contra el fondo de la pequeña glorieta y rezó a Quirke y a Clio para que él no la viera. Por un momento pudo oír su respiración y los débiles chirridos y crujidos de su prenda de goma. Luego, Gench lo llevó hasta el atrio, y el peligro ya había pasado.

Con una mano firmemente asida al collar de Perro, se deslizó de nuevo hasta la puerta y se puso a escuchar. Pudo oír la voz de Padre y se lo imaginó de pie junto a la fuente ornamental mientras sus hombres conducían a Crome hasta un asiento. Comenzó por realizar algún comentario cortés sobre el tiempo, pero la fría y aguda voz del alcalde lo interrumpió.

—He estado leyendo tu informe sobre la huida de anoche, Valentine. Me aseguraste que te habías encargado de toda la familia.

Katherine se separó de la puerta como si le hubiera quemado. ¡Cómo se atrevía el viejo a hablarle a Padre de aquella forma! No quería oír ya más, pero la curiosidad pudo con ella y acabó pegando de nuevo la oreja contra la puerta de madera.

—… Un fantasma de mi pasado —decía Padre—. No me puedo imaginar cómo pudo escapar. Y solo Quirke sabe dónde aprendió a ser tan ágil y tan astuta. Pero ya está muerta. Así que fue el muchacho el que la capturó, el pobre Natsworthy…

—¿Estás seguro de eso?

—Se cayeron de la ciudad, Crome.

—Eso no quiere decir nada. Viajamos sobre terreno blando; así que puede que hayan sobrevivido. Tenías que haber enviado hombres abajo para que lo comprobaran. Recuerda: no sabemos cuánto sabía la chica del trabajo de su madre. Si ella fuera a contar en otra ciudad que ya tenemos MEDUSA, antes de que estuviéramos preparados para utilizarla…

—Lo sé, lo sé —dijo Valentine irritado, y Katherine oyó el crujir de una silla mientras él se dejaba caer en ella—. Tomaré el Elevador del Decimotercer Nivel de nuevo y veré si puedo encontrar los cuerpos…

—No —ordenó Crome—. Tengo otros planes para ti y para tu aeronave. Quiero que vueles hacia delante y veas lo que hay entre Londres y su destino.

—Crome, esa es una labor para la exploración de un comité de planificación, no para el Elevador…

—No —le espetó Crome de nuevo—. No quiero que se entere demasiada gente

de hacia dónde estamos llevando la ciudad. Ya lo sabrán cuando sea el momento adecuado. Además, tengo una tarea en mente para la que solo puedo confiar en ti.

—¿Y la muchacha? —preguntó Valentine.

—No te preocupes por ella —respondió el alcalde—. Tengo un agente en el que se puede confiar para que le siga la pista y termine el trabajo que tú no conseguiste hacer. Concéntrate en preparar tu nave, Valentine.

La reunión había terminado. Katherine oyó al lord mayor prepararse para salir y se apresuró a dirigirse al corredor antes de que se abriera la puerta, con la mente girando a una velocidad mayor que una de las secadoras del vestíbulo del Museo de Antigua Tecnología.

De vuelta a su habitación, se sentó para reflexionar sobre las cosas que había oído. Esperaba haber podido resolver un misterio, pero, sin embargo, todo se había hecho más oscuro. De lo único que estaba segura era de que Padre tenía un secreto. Él nunca le había ocultado nada antes. Siempre le había contado todo y le había pedido su opinión, pero ahora estaba cuchicheando con el alcalde sobre la muchacha que resultaba ser «un fantasma de su pasado» y sobre cierto agente que iba a ser enviado a buscarla y a hacer… ¿qué? ¿Estarían Tom y la asesina todavía vivos? ¿Y por qué el lord mayor se empeñaba en empaquetar a Padre en un vuelo de reconocimiento entre tanto secretismo? ¿Y por qué no quería decir adónde se dirigía Londres? ¿Y qué, qué demonios era MEDUSA?

6

Speedwell

Todo el día estuvieron avanzando a pasos forzados en una penosa marcha a través de la cicatriz que Londres había desgarrado en su avance por la blanda tierra del Territorio de Caza. La ciudad no quedaba nunca fuera de su vista, pero se la veía cada vez más y más pequeña, más y más distante, alejándose de ellos hacia el este, y Tom se dio cuenta de que pronto la perderían para siempre al otro lado del horizonte. La soledad le sacaba de quicio. Él nunca había disfrutado demasiado en su vida como aprendiz de historiador (tercera clase), pero ahora recordaba sus días en el museo como un bello sueño dorado. Entonces se sorprendió echando de menos al viejo y exigente doctor Arkengarth y al pomposo Chudleigh Pomeroy. Echaba en falta su litera, en su dormitorio tan lleno de corrientes de aire, y todas las largas horas de trabajo, y añoraba a Katherine Valentine, aunque solo la hubiera visto unos pocos minutos. A veces, si cerraba los ojos, podía ver su rostro con bastante nitidez, sus amables ojos grises y su encantadora sonrisa. Estaba seguro de que ella no sabía la clase de hombre que era su padre…

—¡Mira por dónde andas! —le sobresaltó Hester Shaw, y él despertó de sus ensoñaciones y se dio cuenta de que la había dirigido casi al borde de una de las profundas marcas de las cadenas transportadoras de Londres.

Siguieron avanzando más y más y Tom empezó a pensar que lo que más echaba en falta de su ciudad era la comida. Nunca había sido gran cosa aquello que servían en la cantina del gremio, pero era mejor que nada, y nada era lo que él tenía ahora. Cuando le preguntó a Hester Shaw de qué se suponía que irían a vivir allí fuera, ella simplemente le dijo:

—Apuesto a que te gustaría no haber perdido mi mochila, muchacho de Londres. Tenía una excelente carne seca de perro guardada en la bolsa.

A comienzos de la tarde se tropezaron con algunos arbustos grises y anodinos que las huellas de Londres no habían terminado de enterrar, y Hester arrancó algunas hojas y las convirtió en una especie de pulpa machacándolas con dos piedras.

—Estarían mejor cocidas —dijo ella mientras comían aquella pegajosa y horrible pasta vegetal—. Tenía en mi macuto los utensilios necesarios para hacer fuego.

Luego, ella cazó una rana en uno de los profundos charcos que ya se estaban formando en las huellas en forma de ininterrumpido galón militar que había dejado Londres a su paso. No le ofreció nada a Tom y él trató de no mirar mientras ella comía.

Aún no sabía qué hacer con Hester. Permanecía silenciosa la mayor parte del

tiempo y le echaba tan feroces miradas cuando él trataba de hablarle que pronto aprendió a caminar también en silencio. Pero a veces, de forma brusca, ella comenzaba a hablar.

—La tierra se está elevando —pudo decir—. Eso quiere decir que Londres tendrá que ir más despacio. Gastaría demasiado combustible si fuera a su velocidad completa en un tramo cuesta arriba. —Luego, una o dos horas más tarde—: Mi madre solía decir que las ciudades tracción son algo estúpido. Decía que hubo una razón que justificó su existencia hace mil años, cuando se produjeron todos aquellos terremotos y volcanes, y los glaciares avanzaban hacia el sur. Ahora continúan rodando de un lugar a otro y engulléndose las unas a las otras porque la gente es tan tonta que no sabe detenerlas.

A Tom le gustaba oír lo que ella decía cuando hablaba, incluso aunque pensara que su madre no andaba lejos de haber sido una peligrosa Antitraccionista. Pero cuando trataba de mantener la conversación que habían iniciado, ella se callaba de nuevo y levantaba la mano para taparse la cara. Era como si hubiera dos muchachas distintas con el mismo nombre que compartían también el mismo pequeño cuerpo: una, la sombría vengadora que solo pensaba en matar a Valentine; la otra, la despierta, inteligente y agradable muchacha a quien él a veces sorprendía mirándolo a hurtadillas desde detrás de aquella máscara que le daba su cicatriz. Se preguntaba si no estaría ligeramente trastornada. Ver asesinar a tus padres ya sería suficiente causa como para volver loco a cualquiera.

—¿Cómo sucedió? —le preguntó con suavidad—. Quiero decir, tu padre y tu madre. ¿Estás segura de que fue Valentine el que…?

—Cállate y sigue andando —le contestó ella.

Pero algún tiempo después de que anocheciera, mientras se acurrucaban en un hueco del barro para protegerse del frío viento de la noche, de repente, ella comenzó a contarle su historia.

—Yo nací en la tierra desnuda —dijo—, pero no era como esto. Viví en Oak Island, en el lejano oeste. Fue parte del Territorio de Caza durante algún tiempo, pero los terremotos sumergieron toda la tierra a su alrededor y se formó una isla, demasiado alejada de la costa para que ninguna ciudad hambrienta pudiera atacarla y demasiado rocosa para que las ciudades anfibias se pudieran acercar a ella. Era maravillosa: verdes colinas y grandes protuberancias de roca y los arroyos corriendo por los frondosos bosques de robles, grises por los líquenes, con los árboles cubiertos de ellos, como un hirsuto perro viejo.

Tom se estremeció. Todos los londinenses sabían que solo los salvajes vivían en la tierra pura y dura.

—Yo prefiero una hermosa plataforma firme bajo mi cuerpo —dijo, pero Hester pareció no oírle; las palabras seguían saliendo reveladoras de su boca torcida, como si no tuviera ninguna otra posibilidad al respecto.

—Había una ciudad allí llamada Dunroamin'. Fue móvil al principio, pero la

gente se hartó de estar escapando todo el tiempo de ciudades mayores, así que la pusieron a flotar para dirigirse a Oak Island, le quitaron las ruedas y los motores y la encajaron al pie de una colina. Lleva allí cien años o más y cuesta trabajo imaginar que un día lejano, en el pasado, solía moverse.

—¡Pero eso es horrible! —dijo Tom casi en un jadeo—. ¡Es claramente antitraccionista!

—Mi padre y mi madre vivieron abajo, cerca del camino, durante un tiempo —siguió ella casi sin dejarlo terminar—. Tenían una casa al borde del brezal, donde se mete el mar. Papá era granjero y mamá, historiadora, como tú, solo que muchísimo más inteligente que tú, naturalmente. Ella se marchaba volando en su aeronave cada verano a las excavaciones de Antigua Tecnología, pero en el otoño regresaba a casa. Yo solía subir a su estudio del ático en las noches de invierno y comía queso con tostadas mientras me contaba sus aventuras.

»Y entonces, una noche, hace siete años, me desperté en mitad del sueño y oí voces arriba, en el ático, discutiendo. Así que subí por la escalera y miré, y Valentine estaba allí. Yo lo conocía, porque era amigo de mamá y solía hacernos una visita de vez en cuando, siempre que pasaba por allí. Solo que aquella noche no se estaba comportando demasiado amigablemente.

»"Dame la máquina, Pandora", decía. "Dame la MEDUSA". Él no vio que yo lo observaba. Me encontraba en el penúltimo peldaño de la escalera mirando hacia el interior del ático, demasiado asustada para subir y demasiado asustada para volver sobre mis pasos. Valentine me daba la espalda y mamá estaba plantada de pie frente a él, sujetando la máquina; y le dijo: "¡Maldito seas, Thaddeus; yo la encontré y es mía!".

»Y entonces, Valentine desenvainó su espada y él… y él…

Se detuvo para tomar aliento. Quería detenerse, pero estaba en la cima de una ola de recuerdos que la llevaban de vuelta a aquella noche, a aquella habitación, y a la sangre que había salpicado las cartas estelares de su madre como el mapa de una nueva constelación.

—Y luego él se volvió y me vio mirando, y vino hacia mí, y yo me eché hacia atrás de forma que su espada solo me acertó en el rostro, y me caí escalera abajo. Debió de pensar que me había matado. Le oí dirigirse a la mesa de trabajo de mamá y empezar a revolver los papeles que había allí, y yo me levanté y eché a correr. Papá yacía en el suelo de la cocina; también él estaba muerto. Hasta los perros habían muerto.

»Salí corriendo de la casa y vi la gran nave negra de Valentine anclada al fondo del jardín, con sus hombres esperando. Ellos se lanzaron en mi persecución, pero escapé. Corrí hasta el cobertizo de las barcas y me metí en el esquife de papá. Pensé en llegar hasta Dunroamin' a pedir ayuda. Yo era aún pequeña y pensaba que un médico podría ayudar a papá y a mamá, pero me encontraba tan débil por el dolor y toda la sangre… Desaté la barca como pude y la corriente la arrastró hacia fuera, y lo

siguiente que recuerdo es que me despertaba en las costas del Territorio de Caza.

»He vivido en la Región Exterior desde entonces. Al principio no recordaba demasiadas cosas. Era como si, cuando él me abrió la herida en la cabeza, algunos de mis recuerdos se hubieran desperdigado por ahí y el resto formaran un verdadero embrollo. Pero lentamente comencé a recordar, y un día recordé a Valentine y lo que había hecho. Es cuando decidí venir a buscarlo. Y matarlo de la misma forma que él había matado a mis padres».

—¿Qué era aquella máquina? —preguntó Tom—. ¿Aquella MEDUSA o como se llame?

Hester se encogió de hombros. Estaba ya demasiado oscuro como para poder verla, pero la oyó encogerse de hombros, la curva de sus hombros moverse por dentro de su sucio abrigo.

—Algo que encontró mi madre. Vieja Tecno. No parecía importante. Como un balón de metal, todo abollado y mellado. Pero por eso fue por lo que él la mató.

—Hace siete años —susurró Tom—. Fue entonces cuando el señor Valentine se convirtió en jefe del gremio. Dijeron que había encontrado algo en la Región Exterior y que Crome estaba tan contento que lo ascendió, por encima de las cabezas de Chudleigh Pomeroy y del resto. Pero nunca oí decir qué era lo que había encontrado. Y nunca antes había oído hablar de MEDUSA.

Hester no dijo ya nada. Al cabo de unos minutos, empezó a roncar.

Tom se quedó despierto sentado durante bastante tiempo, dándole vueltas y vueltas en la cabeza a la historia que ella le había contado. Recordó cuando soñaba despierto y aquellas fantasías que le ayudaban a soportar los largos y tediosos días en el museo. Había soñado que estaba atrapado en la Región Exterior con una bella muchacha tras la pista de algún criminal asesino, pero nunca había imaginado que aquello sería tan húmedo y tan frío o que le dolerían las piernas tanto, o que el asesino fuera el mayor héroe de Londres. Y en cuanto a la bella muchacha…

Dirigió su mirada a la ruina chata del rostro de Hester bajo la pálida luz de la luna y a su aspecto ceñudo incluso mientras dormía. La entendía mejor ahora. Ella odiaba a Valentine, pero se odiaba a sí misma incluso más, por ser tan fea y por seguir aún viva cuando sus padres estaban ya muertos. Recordó cómo se había sentido cuando ocurrió lo de la Gran Arremetida y regresó a casa y se encontró el edificio aplastado y a papá y a mamá desaparecidos. Llegó a pensar que, de alguna manera, todo había sido culpa suya. Había albergado un enorme sentimiento de culpabilidad por no haber estado allí para morir con ellos.

—Debo ayudarla —pensó—. No voy a dejar que la mate el señor Valentine, pero tengo que encontrar la manera de averiguar toda la verdad. Si es que es la verdad. Puede que mañana Londres haya reducido la velocidad un poco y que la pierna de Hester esté mejor. Estaremos de regreso en la ciudad a la caída del sol, y alguien nos va a escuchar…

* * *

Pero a la mañana siguiente se despertaron para comprobar que la ciudad se encontraba incluso más lejos en la misma dirección, y que la pierna de Hester estaba peor. Se quejaba del dolor casi a cada paso que daba. Su rostro era del color de la nieve vieja y por entre los vendajes goteaba la sangre fresca hasta metérsele en la bota. Tom se maldijo por haber tirado aquellos trozos de camisa que quedaban y por haber hecho que Hester perdiera su macuto y su bolsa de primeros auxilios…

A media mañana, a través de los evasivos velos de lluvia, vieron algo por delante de ellos. Un montón de escoria y ladrillo refractario se hallaba desparramado tras las huellas de las rodadas, donde Londres lo había arrojado el día anterior. Junto a la pista de todo aquello se encontraba atareada una extraña y pequeña población, y a medida que se fueron acercando, Hester y Tom pudieron ver que la gente estaba revolviendo por arriba y por abajo aquel montón de escoria, seleccionando pedazos de metal fundido y fragmentos de combustible sin quemar.

La visión de aquello los llenó de esperanza y apretaron el paso. A comienzos de la tarde, ya se encontraban caminando bajo la sombra de las enormes ruedas de la pequeña ciudad y Tom miraba hacia arriba sorprendido ante la visión de una solitaria y única plataforma. Era más pequeña que muchísimas casas de Londres y parecía que había sido construida con madera por alguien cuya idea de lo que representaba una buena carpintería era darle con el martillo a un par de clavos en espera de que aquello fuera lo mejor. Tras el edificio del ayuntamiento, que más parecía una cabaña o un cobertizo, se erguían las enormes y torcidas chimeneas de un conjunto experimental de motores.

—¡Bienvenidos! —gritó un hombre alto de barba blanca, descendiendo del montón de escoria con sus mugrientas ropas pardas agitándose al aire—. Bienvenidos a Speedwell. Yo soy Orme Wreyland, alcalde. ¿Habláis inglés?

Hester dio un paso atrás, desconfiada, pero Tom pensó que aquel hombre mayor parecía bastante amigable. Se adelantó y le dijo:

—Por favor, señor, necesitamos algo de comida y un médico que le eche un vistazo a la pierna de mi amiga…

—Yo no soy tu amiga —dijo Hester Shaw con desagrado—. Y a mi pierna no le pasa nada —pero se la veía pálida y temblorosa y su frente brillaba de sudor.

—No hay médico en Speedwell, de todas formas —se rio Wreyland—. Ni uno. Y en lo que respecta a la comida… Bueno, los tiempos son duros. ¿No tenéis algo con que comerciar?

Tom se palpó los bolsillos de su túnica. Tenía un poco de dinero, pero no veía qué utilidad podía tener el dinero de Londres para Orme Wreyland. Entonces tocó algo duro. Era la caja del disco que había encontrado en las Entrañas. Lo sacó y se quedó mirándolo con añoranza por unos instantes antes de entregárselo al anciano. Había

pensado regalárselo a Katherine Valentine algún día, pero ahora la comida era más importante.

—¡Bonito! ¡Muy bonito! —admitió Orme Wreyland, haciendo brillar el disco y admirando sus destellos irisados—. No es que tenga mucha utilidad, pero puede valer unas pocas noches de cobijo y algo de comida. No es muy buena comida, no creáis, pero es mejor que nada…

* * *

Y tenía razón: no era muy buena, pero Tom y Hester, de todas formas, comieron con verdaderas ganas y levantaron de nuevo el cuenco pidiendo más.

—Está hecha de algas, la mayor parte —explicó Orme Wreyland, mientras su mujer les servía una segunda ración de aquella inmundicia azulada—. Lo cultivamos en tinas debajo de la sala de máquinas principal. Es un producto asqueroso, pero mantiene el cuerpo y el alma unidos cuando el botín es escaso; y, entre tú y yo, los hallazgos nunca han sido más escasos. Por eso nos pusimos tan contentos cuando nos encontramos con este montículo de desperdicios que estamos cribando.

Tom asintió con la cabeza, echándose hacia atrás en su silla y dirigiendo su mirada alrededor de la vivienda de Wreyland. Era una habitación muy pequeña con forma de queso y lo más opuesto a lo que se habría esperado de la residencia de un alcalde. Pero claro estaba que Orme Wreyland tampoco era exactamente lo que uno esperaría ver al encontrarse con un alcalde. El harapiento viejecillo parecía gobernar una ciudad compuesta principalmente por su propia familia. Hijos e hijas, nietos, sobrinos, y los maridos y las esposas que todos ellos habían conocido en las ciudades por donde habían pasado.

Pero Wreyland no era un hombre feliz.

—No es nada divertido llevar una ciudad-tracción —decía siempre—. No, nada divertido en absoluto; ya no. Hubo un tiempo en que un pequeño lugar como Speedwell podía dedicarse a sus cosas con bastante seguridad, al ser tan pequeño que ninguna otra ciudad se molestaría en comérselo. Pero ya no. No con tanta escasez de presas. Todo el mundo que vemos quiere comernos. Incluso nos vimos obligados el otro día a escapar de una ciudad. Una de esas francoparlantes villes mobiles, eso era. Y, pregunto yo, ¿qué beneficio podría suponer un lugar como Speedwell para un monstruo como ese? Nos libramos de su apetito por los pelos. Pero nos persiguieron de todas formas.

—Tu ciudad debe de ser muy rápida —dijo Tom.

—Oh, sí —convino Wreyland radiante. Y su mujer lo apoyó:

—Ciento sesenta kilómetros por hora, a velocidad punta. Eso es lo que hace Wreyland. Este marido mío es un brujo con esos grandes motores suyos.

—¿Podríais ayudarnos? —preguntó Tom, adelantando su cuerpo en el asiento—. Necesitamos llegar a Londres tan rápidamente como sea posible. Estoy seguro de que podrás alcanzarla, y puede que haya más montones de desechos a lo largo del camino…

—Bendito seas, muchacho —dijo Wreyland, negando con la cabeza—. Lo que Londres tira, no merece la pena ir a buscarlo, al menos en estos días. Todo se recicla ahora que las capturas son tan escasas. Fíjate, yo recuerdo los tiempos en que los montones de desechos de las ciudades solían esparcirse por el Territorio de Caza como si fueran montañas. ¡Oh, entonces sí que había buenas ganancias! Pero ya no. Además —añadió con un estremecimiento—, yo no llevaría a mi ciudad demasiado cerca de Londres ni de ninguna otra gran ciudad. No te puedes fiar de ellas hoy día. Se darían la vuelta y acabaríamos en sus fauces, lo quieras o no. ¡Chomp! No, no.

Tom asintió, tratando de no demostrar su contrariedad. Dirigió su mirada hacia Hester, pero su cabeza le caía hundida sobre el pecho y parecía estar dormida o inconsciente. Esperaba que fueran solo los efectos de la larga caminata y del estómago lleno, y cuando se levantó para comprobar que ella se encontraba bien, Wreyland le dijo:

—Te voy a decir una cosa, muchacho; os vamos a llevar al grupo.

—¿Al qué?

—¡Al grupo comercial! Es un conjunto de pequeñas ciudades a un par de días de marcha hacia el sureste. Íbamos a ir, de todas formas.

—Habrá montones de ciudades en el grupo —afirmó la señora Wreyland—. E incluso si ninguna de ellas está preparada para llevaros a ti y a tu amiga a Londres, pronto encontraréis un mercader del aire que lo hará. Paran muchos mercaderes del aire en el grupo.

—Yo… —comenzó a decir Tom, pero se detuvo. No se encontraba muy bien. La habitación parecía oscilar; luego empezó a girar como la imagen de una pantalla informativa mal ajustada. Miró a Hester y vio que se había deslizado desde su asiento hasta el suelo. Los dioses familiares de los Wreyland le sonreían desde su pequeño santuario en la pared y uno de ellos parecía que estaba diciendo, con la voz de Orme Wreyland: «Seguro que hay naves allí, Tom; siempre hay naves en un grupo comercial…».

—¿Quieres más algas, querido? —preguntó la señora Wreyland en el momento en que se le doblaban las rodillas. Desde una distancia lejana, muy lejana, la oyó decir: «Tardó un montón de tiempo en hacerle efecto, ¿no es cierto, Ormey?», y a Wreyland replicar: «Tendremos que poner más cantidad la próxima vez, cariño». Luego, los remolinos del dibujo de la alfombra se le acercaron al rostro y serpentearon a su alrededor, y cayó en una profunda somnolencia, tan suave como el algodón y llena de sueños sobre Katherine.

7
El Alto Londres

Por encima de la Plataforma Uno, sobre las animadas tiendas de Mayfair y de Piccadilly, más arriba de Quirke Circus, donde se alza orgullosa la estatua del salvador de Londres sobre su columna de acero estriada, la Plataforma Superior se eleva sobre la ciudad como una corona de hierro, sujeta allá arriba por vastos pilares. Es el más pequeño, el más alto y el más importante de los siete niveles, y, aunque solo contiene tres edificios, son los tres edificios más grandes de Londres. Hacia la popa se elevan las torres del ayuntamiento, o de los gremios; allí, todos los gremios mayores y menores tienen sus oficinas y se reúnen en consejo una vez al mes. Frente a él se encuentra el edificio donde realmente se toman las decisiones: la pinza de cristal negro del Ingenierium. Entre ambos edificios surge San Pablo, el antiguo templo cristiano que Quirke levantó de nuevo cuando convirtió Londres en una ciudad-tracción. Ahora ofrece una vista triste, cubierto de andamios y anclado con puntales, porque nunca se pensó que se tendría que mover, y los viajes de Londres han sacudido terriblemente la antigua obra de sillería. Pero pronto se abrirá de nuevo al público: el Gremio de Ingenieros ha prometido restaurarlo, y si uno escucha atentamente, se podrán oír los taladros y los martillos de los hombres que trabajan dentro.

Magnus Crome los oye mientras su vehículo pasa ronroneando por la sombra de la vieja catedral hacia el Ingenierium. Le producen una leve sonrisa misteriosa y desvaída.

Dentro del Ingenierium, sus moradores se mantienen protegidos de la luz del sol por negros ventanales. Una fría luz de neón baña las paredes de metal y el aire huele a antiséptico, lo que Crome cree que es un alivio de bienvenida que le librará del hedor de las flores y de la hierba recién cortada que impregna el Alto Londres en este cálido día de primavera. Un joven aprendiz acude inmediatamente a su encuentro, mientras entra en el vestíbulo como un animal que caza al acecho, e inclina su calva cabeza a la vez que ordena como con un ladrido:

—Llévame hasta la doctora Twix.

Un coche monorraíl está esperando. El aprendiz ayuda a montarse al lord mayor en el vehículo y este lo lleva por lentas espirales hacia el corazón del Ingenierium. Pasa por plantas y plantas de oficinas, y salas de reuniones, y laboratorios, y atisba las formas de extrañas máquinas a través de las paredes de cristal esmerilado. Por todas partes donde mira ve a sus ingenieros trabajando, reparando precariamente viejos fragmentos de Vieja Tecnología, llevando a cabo experimentos con ratas y

perros o guiando grupos de niños con la cabeza afeitada que han subido en un viaje de un día desde las guarderías del gremio, allá en la Entraña Profunda. Se siente seguro y satisfecho aquí, en el limpio y brillante santuario interior de su gremio. Esto le hace recordar por qué ama tanto Londres y por qué ha dedicado toda su carrera a buscar maneras de mantenerla en movimiento.

Cuando Crome era un joven aprendiz, hace ya muchos años, leyó sombrías predicciones que decían que las presas se estaban acabando y que las ciudades-tracción estaban condenadas a un destino funesto. Ha convertido en la labor de su vida demostrar que aquellas predicciones estaban equivocadas. Abrirse camino ferozmente hasta la cima de su gremio y, después, hasta el trono de la alcaldía, eso había sido solo el comienzo. Sus feroces leyes sobre el reciclaje y contra el desperdicio habían sido únicamente un descanso y un alivio. Ahora está casi a punto de desvelar su auténtico plan.

Pero primeramente debe asegurarse de que la muchacha Shaw no pueda causar más problemas.

El coche llega a detenerse con un suspiro frente a uno de los laboratorios superiores. Una oronda mujer en forma de barril con uniforme blanco se halla esperando en la entrada, trasladando nerviosa el peso de su cuerpo de un pie a otro a cortos intervalos. Evadne Twix es una de las mejores de entre los ingenieros, hombres y mujeres, de Londres. Puede tener el aspecto de la tía tontorrona de cualquiera y decorar su laboratorio con cuadros de flores y de cachorros (contraviniendo claramente las reglas del Gremio), pero en lo que respecta a su trabajo, es completamente implacable.

—Hola, señor alcalde —sonríe bobaliconamente mientras hace una reverencia—. ¡Es estupendo verlo por aquí! ¿Ha venido a visitar a mis niños?

—Quiero ver a Shrike —masculla brusco, irrumpiendo en el local y dejándola atrás, mientras ella sigue su estela danzando tras él como una hoja en la corriente que deja una ciudad al pasar.

Y a través de su laboratorio se van, dejando atrás a atónitos ingenieros haciendo la reverencia, dejando tras de sí resplandecientes rastrillos de cristal y dejando detrás mesas donde están siendo reparados con dificultad unos oxidados esqueletos de metal. El equipo de la doctora Twix ha empleado años en estudiar a los stalkers, los Hombres Resucitados, cuyos restos surgen de vez en cuando en la Región Exterior, y últimamente han tenido algo más que solo restos para trabajar en ellos.

—¿Ya has terminado tus investigaciones sobre Shrike? —pregunta Crome mientras se pasea inquieto—. ¿Estás segura de que ya no tiene ninguna utilidad para nosotros?

—Oh, he aprendido todo lo que podíamos, lord mayor —gorjea la doctora—. Es una labor fascinante, pero bastante más complicada de lo que le conviene a él; ha desarrollado casi su propia personalidad. Y en cuanto a su extraña fijación con esa muchacha… Tendré que asegurarme de que mis próximos modelos sean mucho más

simples. ¿Desea que lo haga desmantelar?

—No —Crome se detiene ante una pequeña puerta redonda y toca un botón que la hace girar ya abierta—. Trato de mantener la promesa que le hice a Shrike. Y tengo un trabajo para él.

Detrás de la puerta flotan las sombras y un olor a aceite. Una figura alta se mantiene inmóvil contra una lejana pared. Mientras el alcalde se adentra en la habitación, dos ojos redondos y verdes se abren de golpe como los faros delanteros de un coche.

—¡Señor Shrike! —dice Crome, consiguiendo casi que su voz suene alegre—. ¿Cómo estamos hoy? Espero que no estuvieras durmiendo…

—YO NO DUERMO —replica una voz desde la oscuridad. Es una voz horrible, aguda como el chirrido del diente de un engranaje oxidado. Incluso la doctora Twix, que la conoce bien, se estremece dentro de su túnica de goma—. ¿DESEAS EXAMINARME DE NUEVO?

—No, Shrike —dice Crome—. ¿Recuerdas lo que me advertiste la primera vez que estuviste frente a mí, hace año y medio? ¿Sobre la chica Shaw?

—TE DIJE QUE ESTABA VIVA Y DE CAMINO HACIA LONDRES.

—Bien, parece que tenías razón. Apareció de la misma forma que dijiste que lo haría.

—¿DÓNDE ESTÁ? ¡TRÁEMELA!

—Imposible, me temo. Se tiró por un tobogán de desperdicios, y debe de estar de vuelta en la Región Exterior.

Se produjo una especie de lento siseo, como el del vapor escapando.

—DEBO IR TRAS ELLA.

Crome sonríe.

—Esperaba que dijeras eso. Una de las naves de mi gremio, un Azor 90 de reconocimiento, ha sido preparada para ti. Los pilotos retrocederán tras las huellas de la ciudad hasta que descubras dónde cayó la muchacha. Si ella y su acompañante están muertos, todo mejor que mejor. Si están vivos, mátalos. Trae sus cuerpos ante mí.

—¿Y LUEGO? —pregunta la voz.

—Y luego, Shrike —responde Crome—, te daré el deseo de tu corazón.

* * *

Era una situación extraña para Londres. La ciudad seguía aún viajando a una velocidad bastante elevada, como si hubiera una captura a la vista, pero no había ninguna otra ciudad que pudiera verse en las grises y embarradas colinas del Territorio de Caza del noroeste y todo el mundo se preguntaba qué estaría planeando

el alcalde.

—No podemos seguir nuestra marcha de esta forma —Katherine oyó a uno de sus sirvientes murmurar—. Hay grandes ciudades bastante más allá, hacia el este, y luego se burlarán de nosotros y nos tomarán el pelo.

Pero la señora Mallow, la gobernanta, le respondió en un susurro:

—¿Pero es que tú no entiendes nada, Sukey Blinder? ¿No sabes que el propio señor Valentine va a ser enviado a una expedición para espiar la tierra de ahí delante? ¡Él y Magnus Crome han puesto el ojo en algún vasto botín que merecerá la pena, puedes estar seguro de ello!

Alguna gran presa, quizá, pero nadie sabía cuál, y cuando Valentine regresó a casa a la hora de comer procedente de otra reunión con el Gremio de Ingenieros, Katherine le preguntó:

—¿Por qué tienen que enviarte a ti precisamente a un vuelo de reconocimiento? Esa es una tarea para un navegante, no para el mejor arqueólogo del mundo. ¡No es justo!

Valentine suspiró pacientemente.

—El alcalde confía en mí, Kate. Y pronto estaré de vuelta. Tres semanas. Un mes. No más. Y ahora baja conmigo al hangar y veremos qué le han hecho Pewsey y Gench a esa nave mía.

* * *

En los largos milenios transcurridos desde la Guerra de los Sesenta Minutos, la tecnología aplicada a las aeronaves había alcanzado niveles que incluso los Antiguos nunca pudieron soñar. Valentine había hecho construir especialmente el Elevador del Decimotercer Nivel utilizando parte del dinero que Crome le había pagado por la Vieja Tecnología que había encontrado en su viaje a América veinte años atrás. Decía que era la nave más impresionante jamás construida y Katherine no veía razón alguna para dudar de sus palabras. Por supuesto que no la guardaba en el puerto aéreo de la Plataforma Cinco con los mercaderes comunes, sino en un muelle aéreo privado a unos cuantos cientos de metros de Clio House.

Katherine y su padre caminaron hacia ella a través del parque bañado por el sol. El hangar y la explanada metálica que constituía la faja de estacionamiento estaban llenos de gente y de coches, ya que Pewsey y Gench se encontraban allí llenando de provisiones el Elevador para el vuelo que se avecinaba. Perro se adelantó a toda prisa para olfatear los montones de cajas y cilindros contenedores: carne enlatada, gas elevador, medicinas, equipos de reparación de pinchazos de aeronaves, loción solar, máscaras de gas, trajes ignífugos, armas, capas de lluvia, abrigos para el tiempo frío, equipos de confección de mapas, hornillos portátiles, calcetines de repuesto, tazas de

plástico, tres lanchas hinchables y una caja de cartón con la etiqueta «Zapatos impermeables Pink para el barro de la Región Exterior. ¡Nadie se hunde allí si usa zapatos Pink!».

En las sombras del hangar esperaba la espléndida nave, con su bruñida envoltura blindada negra recubierta de alquitrán. Como siempre, Katherine sintió un estremecimiento al pensar que aquella enorme nave elevaría a Padre hasta el cielo. Y también una especie de tristeza porque la abandonaba. Y el temor de que pudiera ocurrir que no regresase.

—Oh, me gustaría ir contigo —dijo la muchacha.

—Esta vez no, Kate —le respondió su padre—. Quizá algún día.

—¿Es porque soy una chica? —preguntó ella—. Pero eso no importa. En los tiempos de los Antiguos, a las mujeres se les permitía hacer las mismas cosas que hacían los hombres, y de todas formas, el tráfico aéreo está lleno de mujeres piloto. Tú mismo tuviste una, en el viaje a América. Recuerdo haber visto fotos de ella…

—No es eso, Kate —le dijo abrazándola—. Es solo que puede ser peligroso. De todas formas, no quiero que empieces a convertirte en una especie de viejo aventurero zarrapastroso como yo. Deseo que te quedes aquí y termines tus estudios y te conviertas en una estupenda y bella dama del Alto Londres. Y lo que quiero sobre todo es que sujetes a Perro y que no lo dejes olisquear todas mis cajas de sopa…

Cuando la muchacha retiró a Perro y lo reprendió, padre e hija se sentaron en la sombra del hangar y Katherine le dijo:

—Bueno, ¿me vas a decir adónde vas, que es tan importante y peligroso?

—Se supone que no lo puedo decir —dijo Valentine, dirigiendo la mirada hacia ella por el rabillo del ojo.

—¡Oh, venga ya! —se rio ella—. Somos los mejores amigos, ¿no? Tú sabes que yo nunca se lo cuento a nadie. ¡Y estoy desesperada por saber adónde se dirige Londres! Toda la gente de la escuela no para de preguntarme. Hemos estado viajando hacia el este a toda velocidad durante días y días. Ni siquiera nos detuvimos cuando engullimos Salthook…

—Bueno, Kate —admitió él—. El hecho es que Crome me ha pedido que eche un vistazo a Shan Guo.

Shan Guo era la nación que estaba a la cabeza de la Liga Antitracción, la alianza bárbara que controlaba el viejo subcontinente Indio y lo que quedaba de China, protegida de las ciudades hambrientas por una gran cadena de montañas y pantanos que marcaban los límites orientales del Territorio de Caza. Katherine lo había estudiado en geografía. Había únicamente un paso entre aquellas montañas y estaba protegido por la terrible ciudad fortaleza de Batmunkh Gompa, la Muralla-Escudo, bajo cuyas armas un centenar de ciudades habían caído en el desastre en los primeros siglos de la Tracción.

—¿Pero por qué allí? —preguntó—. ¡Londres no puede llegar hasta allí!

—Yo no dije que lo fuera a hacer —replicó Valentine—. Pero un día tendremos

que ir a Shan Guo y romper las defensas de la Liga. Ya sabes las pocas presas que quedan. Las ciudades están empezando a morir de hambre y a volverse las unas contra las otras.

Katherine sintió un estremecimiento.

—Pero tiene que haber alguna otra solución —protestó—. ¿No podemos dirigirnos a los alcaldes de otras ciudades y crear algún plan?

Él se rio con suavidad.

—Me temo que el Darwinismo Municipal no funciona así, Kate. Este es un mundo del tipo «ciudad come ciudad». Pero no debes preocuparte. Crome es un gran hombre y encontrará una solución.

Katherine asintió sin ninguna alegría por su parte. Los ojos de su padre tenían de nuevo aquel aspecto inquieto del que caza al acoso. Aún no había confiado en ella en el asunto de la muchacha asesina y ahora ella podría decir que estaba tratando de ocultarle alguna otra cosa, algo sobre esta expedición y los planes del lord mayor para Londres. ¿Estaría todo relacionado de alguna forma? No podía preguntarle directamente sobre las cosas que había llegado a oír en el atrio de Clio House sin tener que admitir que lo había estado espiando, pero solo para saber qué le diría él, le preguntó:

—¿Tiene esto algo que ver con aquella horrible muchacha? ¿Era ella de Shan Guo?

—No —dijo Valentine inmediatamente, y la muchacha vio el color escapar de su rostro—. Ella está muerta, Kate, y no hay ninguna razón para preocuparse más por ella. Vamos —Se levantó bruscamente—. Aún tenemos unos cuantos días más para estar juntos antes de que parta mi nave, así que saquémosles el mayor partido posible. Nos sentaremos junto al fuego y comeremos tostadas con mantequilla, y hablaremos de los viejos tiempos, y no pensaremos nada de… de aquella pobre y desfigurada muchacha.

Mientras regresaban cogidos de la mano por el parque, una sombra se deslizó sobre ellos: era un Azor 90 de reconocimiento partiendo del Ingenierium.

—¿Ves? —dijo Katherine—. El Gremio de Ingenieros tiene naves propias. Creo que es horrible por parte de Magnus Crome enviarte lejos de mí.

Pero su padre se limitó a ensombrecer sus ojos para ver cómo la blanca nave circundaba la Plataforma Superior y salía volando a toda velocidad hacia el oeste.

8

El grupo comercial

Tom estaba soñando con Katherine. Ella caminaba codo con codo a su lado por las familiares salas del museo, solo que no había conservadores ni gremiales alrededor, nadie que pudiera decir: «Sácale brillo al suelo, Natsworthy» o «Quítale el polvo a la cristalería del siglo XLIII». Él le estaba enseñando el lugar como si fuera suyo y ella le sonreía mientras le explicaba los detalles de las réplicas de las naves y la sección de la gran maqueta abierta de Londres. A través de todo el recorrido, sonaba una música extraña y plañidera, y solo cuando llegaron a la galería de Historia Natural se dieron cuenta de que era la ballena azul la que estaba cantando para ellos.

El sueño se desvaneció, pero las misteriosas notas del canto de la ballena quedaron flotando en el aire. Se encontró acostado en una trepidante plataforma de madera. Paredes también de madera se elevaban a cada lado, con el sol de la mañana lanzando sus destellos por entre los huecos de las tablas y, por arriba, una loca confusión de tubos, conductos y cañerías se extendía por el techo. Era la fontanería de Speedwell, y sus burbujeos y gruñidos, lo que él había tomado por el canto de la ballena. Se giró sobre la espalda y echó un vistazo por la estrecha habitación. Hester se hallaba sentada apoyada en la pared de enfrente. Movió la cabeza de arriba abajo cuando vio que él estaba ya despierto.

—¿Dónde estoy? —dijo con voz quejumbrosa.

—No sabía yo que nadie dijera eso nunca de verdad —respondió ella—. Creía que era solo algo propio de los libros. «¿Dónde estoy?», qué interesante.

—Pues no lo creas —protestó Tom, echando un vistazo a su alrededor por las toscas paredes y la estrecha puerta de metal—. ¿Es esto aún Speedwell? ¿Qué ha sucedido?

—La comida, claro está —replicó ella.

—¿Quieres decir que Wreyland nos drogó? ¿Pero por qué? —Se levantó y se dirigió hacia la puerta atravesando la oscura superficie de la habitación.

—No te molestes —le avisó Hester—. Está cerrada.

De todas formas, lo intentó. Pero ella tenía razón. Luego se dirigió a trompicones a escudriñar por una grieta de la pared. Al otro lado pudo ver un estrecho pasillo de madera que titilaba como la imagen de una pantalla de información cuando la sombra de una de las ruedas de Speedwell relampagueaba a través de él. La Región Exterior pasaba velozmente, ofreciendo un aspecto más rocoso y escarpado del que tenía la última vez que lo viera.

—Nos hemos estado moviendo en dirección sursureste desde las primeras luces

—le explicó Hester fatigada antes de que a él se le ocurriera preguntar—. Probablemente, más tiempo, pero yo también estaba dormida.

—¿Adónde nos llevan?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

Tom se sentó en un rimero con la espalda apoyada en la temblorosa pared.

—¡No hay nada que hacer! —dijo—. ¡Londres debe de estar a cientos de kilómetros de distancia! ¡Ya nunca podré regresar a casa!

Hester no dijo nada. Su cara estaba pálida, mostrando las cicatrices más visibles de lo que eran, y había señales de sangre coagulada en las tablas alrededor de su pierna herida.

Pasó una hora, y luego otra. A veces, la gente pasaba apresurada por el pasillo de fuera y sus sombras tapaban las estrechas ráfagas de sol. Las cañerías borboteaban a su aire. Al fin, Tom oyó el ruido de un candado que se abría. Un escotillón situado en la parte inferior de la puerta crujió al abrirse y por él asomó una cara:

—¿Todo el mundo bien? —preguntó.

—¿Bien? —gritó Tom—. ¡Naturalmente que no estamos bien!

Se dirigió hacia la puerta. Wreyland estaba fuera a cuatro patas, agachado para poder ver a través de la escotilla (que Tom sospechaba que era en realidad una gatera). Detrás de él se hallaban los pies embutidos en botas de alguno de sus hombres, que hacía guardia.

—¿Por qué nos has hecho esto? —preguntó Tom—. ¡No te hemos hecho ningún daño!

El viejo alcalde pareció azorarse.

—Es verdad, mi querido muchacho, pero los tiempos son malos, ya ves. Crueles y duros estos días. No es ningún placer llevar una ciudad-tracción. Tenemos que coger lo que se nos pone a mano. Así que os cogimos a vosotros. Os vamos a vender como esclavos, eso es. Así son las cosas. Habrá algunas ciudades esclavistas en el grupo y os vamos a vender. Así tendrá que hacerse. Necesitamos piezas de repuesto para nuestros motores, si nos queremos mantener un paso por delante de las ciudades mayores…

—¿Vendernos?

Tom había oído hablar de ciudades que utilizaban esclavos para trabajar en sus salas de máquinas, pero siempre le había parecido algo distante y exótico que nunca le afectaría.

—¡Tengo que llegar hasta Londres! ¡No me puedes vender!

—Oh, estoy seguro de que alcanzarás un buen precio —dijo Wreyland, como si aquello tuviera que complacer a Tom—. Un mozo guapo y saludable como tú. Nos aseguraremos de que acabes cayendo en manos de un buen amo. No sé qué pasará con tu amiga, claro: parece medio muerta y no es que sea una pintura al óleo para poder subastarla. Pero puede ser que os podamos colocar juntos: «Compre uno, consiga la otra gratis»; ese tipo de cosas. —Empujó dos cuencos a través de la gatera,

cuencos redondos de metal como los que se utilizan para dar de comer a los perros. Uno contenía agua; el otro, más de aquellas algas azuladas.

—¡Comed! —dijo alegremente—. Queremos que tengáis buen aspecto y que estéis bien alimentados para la subasta. Estaremos en el grupo a la caída del sol y os venderemos por la mañana.

—Pero… —protestó Tom.

—Sí, ya lo sé, y lo siento enormemente. ¿Pero qué puedo hacer yo? —dijo Wreyland con tristeza—. Los tiempos son difíciles, ya ves.

La trampilla se cerró de golpe.

—¿Y qué hay de mi disco? —gritó Tom. No obtuvo respuesta. Oyó la voz de Wreyland en el pasaje exterior hablándole al guardia, y luego nada. Formó un cuenco con las manos y bebió agua; luego le acercó el cuenco a Hester.

—¡Tenemos que escaparnos! —le dijo a la muchacha.

—¿Cómo?

Tom miró alrededor de aquella celda. No había que pensar en la puerta, cerrada y vigilada como estaba. Recorrió las cañerías con la mirada hasta que el cuello le dio un chasquido. Pero aunque algunos de los conductos parecían lo suficientemente grandes como para que una persona se arrastrara por su interior, no lograba ver cómo se podrían introducir allí y, ni siquiera llegar hasta ellos. De todas formas, no se le hubiera ocurrido arrastrarse por aquel fluido espeso, fuera lo que fuera lo que podía oír borboteando allí dentro. Dirigió entonces su atención hacia la pared, palpando cuidadosamente las tablas. Al poco, encontró una que sintió ligeramente floja y, gradualmente, a medida en que fue trabajando en ella, empezó a aflojarse aún más.

Era una labor lenta, dura y dolorosa. Los dedos de Tom se iban llenando de astillas y el sudor le corría por el rostro, y tenía que detenerse cada vez que alguien pasaba por allí, pasillo afuera. Hester lo observaba en silencio, hasta que él comenzó a sentirse un tanto enfadado con ella por no ofrecerle su ayuda. Pero para el atardecer, cuando el cielo de afuera se volvía rojo y la pequeña ciudad aminoraba su marcha, ya había conseguido abrir un hueco lo suficientemente amplio como para que pudiera pasar su cabeza.

Esperó hasta que estuvo seguro de que no había nadie por los alrededores y luego se asomó. Speedwell atravesaba las sombras de unas altas sierras rocosas, lo que quedaba de las viejas montañas roídas por las ciudades. Por delante se presentaba un anfiteatro natural, un hoyo vacío entre más cimas rocosas, y todo él estaba lleno de ciudades. Tom nunca había visto antes tantos suburbios mercantiles y tantas aldeas tracción juntos en el mismo lugar.

—¡Ya estamos aquí! —le dijo a Hester—. Es el grupo comercial.

Speedwell avanzaba cada vez más lentamente, maniobrando para entrar en un espacio entre una pequeña y destartalada aldea que navegaba a vela y una ciudad mercado bastante más grande. Tom podía oír a la gente de las nuevas ciudades saludar a Speedwell, preguntándole de dónde venía y lo que traía para comerciar.

—¡Chatarra —oyó gritar a la señora Wreyland en respuesta— y algo de madera, y un bonito disco y dos estupendos, frescos, sanos y jóvenes esclavos!

—¡Oh, Quirke! —musitó Tom, trabajando con más ahínco en agrandar el agujero que había hecho.

—Nunca será lo suficientemente grande —dijo Hester, que siempre esperaba lo peor y solía tener razón.

—¡Podías intentar ayudar, en lugar de quedarte ahí sentada! —le espetó Tom, pero inmediatamente se arrepintió, porque podía ver que estaba muy enferma. Se preguntaba qué sucedería si ella se encontraba demasiado débil para escapar. Él no podía huir hasta la Región Exterior dejándola sola. ¡Pero si se quedaba, acabaría como esclavo en una de aquellas asquerosas ciudades de pacotilla!

Intentó no pensar en ello y concentrarse en conseguir agrandar el agujero, mientras afuera el cielo se iba oscureciendo cada vez más y se elevaba la luna. Podía oír música y risas que llegaban del grupo comercial, y los ruidos de las pasarelas al extenderse para dejar salir a algunas de las personas de Wreyland a divertirse a bordo de las otras ciudades. Raspó y arañó en el agujero, haciendo palanca en las planchas, rascando con un clavo roñoso, pero aquello no parecía avanzar. Al fin, desesperado, se volvió hacia Hester y le dijo casi en un siseo:

—¡Por favor! ¡Ayúdame!

La muchacha se puso en pie de forma bastante inestable y avanzó hacia donde él se encontraba agachado. Tenía un aspecto enfermo, pero no tan malo como él había temido. Quizá había estado ahorrando energías, guardando sus últimas reservas de fuerza hasta que se hiciera lo suficientemente de noche para escapar. Ella pasó los dedos por los bordes del agujero que él había hecho y asintió con la cabeza. Luego, cargando todo su peso sobre el hombro de Tom, elevó su pie bueno y lo descargó contra la pared. Una vez, dos veces, ella golpeó allí, con la madera alrededor del agujero astillándose y cediendo, y a la tercera patada, toda una sección de plancha cayó al suelo del pasillo exterior.

—¡Yo podía haber hecho eso! —dijo Tom con la mirada fija en aquel mellado agujero, preguntándose por qué no se le había ocurrido a él antes.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad? —dijo Hester tratando de mostrar una sonrisa. Era la primera vez que la veía sonreír, una cosa horrible y torcida, pero muy acogedora. Le hizo sentir que empezaba a gustarle a la muchacha y que ella ya no le consideraba como una molestia.

—Vamos entonces —dijo Hester—, si es que quieres venir.

* * *

A cientos de kilómetros de distancia, sobre el barro bañado por la luna, Shrike

detecta algo. Se lo señala a los pilotos ingenieros, que asienten con el gesto y rezongan a medida que dirigen el Azor 90 hacia abajo para aterrizar. «¿Y ahora qué? ¿Cuánto tiempo más vamos a seguir volando de acá para allá siguiendo esas huellas de las cadenas tractoras antes de que él admita que los muchachos están muertos?». Pero refunfuñan en voz baja: sienten terror por Shrike.

La escotilla se abre y Shrike sale cauteloso. Sus ojos verdes barren el paisaje de lado a lado, hasta que encuentra lo que está buscando. Una tira de tela blanca de una camisa, empapada de lluvia, medio enterrada en el fango. «HESTER SHAW ESTUVO AQUÍ», dice escudriñando minuciosamente la Región Exterior mientras olfatea el aire en busca de su olor.

9
La Jenny Haniver

Al principio parecía como si la suerte los fuera a acompañar. Se escabulleron rápidamente por el pasillo débilmente iluminado y descendieron a las sombras que formaba uno de los arcos de las ruedas de Speedwell. Podían ver los negros bultos de las otras ciudades, con las luces encendidas en sus ventanas y una gran hoguera en la cubierta superior de una de ellas, una pequeña ciudad minera en el extremo más alejado del grupo donde se estaba celebrando una ruidosa fiesta.

Avanzaron por el borde exterior de Speedwell hacia un lugar en el que se extendía una pasarela hasta la ciudad mercado que estaba estacionada justo al lado. No tenía vigilancia, pero estaba muy iluminada, y cuando llegaron al lejano extremo y pusieron el pie en la cubierta de la ciudad, una voz desde algún lado por detrás de ellos gritó:

—¡Eh! —Y luego, más fuerte—: ¡Eh! ¡Eh! ¡Tío Wreyland! ¡Los esclavos se largan!

Echaron a correr o, más bien, Tom echó a correr arrastrando a Hester a su lado y tirando de ella mientras la oía gemir de dolor a cada paso que daban. Subieron por una escalera, tomaron un estrecho pasadizo elevado, pasaron por un altar dedicado a Peripatetia, diosa de las ciudades errantes, y se encontraron en una plaza de mercado en la que se alineaban grandes jaulas de hierro, alguna de las cuales contenía delgados y tristes esclavos que esperaban a ser vendidos. Tom se obligó a disminuir la velocidad y trató de parecer indiferente, escuchando todo el tiempo por si percibía voces de persecución. No se oía ninguna. Posiblemente, los Wreyland habrían abandonado la persecución o, quizá no les estaba permitido perseguir a la gente en otras ciudades. En realidad, Tom desconocía las reglas de un grupo comercial.

—Dirígete hacia la proa —le dijo Hester, dejando que el brazo de él le subiera el cuello para ocultar su rostro—. Si tenemos suerte, habrá un aeropuerto allí.

Y tuvieron suerte. Frente a la cubierta superior de la ciudad se encontraba una sección elevada donde estaban amarradas media docena de aeronaves con sus oscuras cubiertas llenas de gas, dándoles el aspecto de ballenas durmiendo.

—¿Vamos a robar una? —susurró Tom.

—No, a no ser que sepas cómo manejar una nave —respondió Hester débilmente —. Hay un café de aviadores ahí; tendremos que intentar conseguir un pasaje como la gente normal.

El café era una antigua y oxidada góndola de nave atornillada a la cubierta. Unas cuantas mesas de metal se encontraban bajo un toldo de rayas. Unos quinqués

iluminaban aquel espacio y un viejo aviador se desplomaba en una silla y comenzaba a roncar. El único parroquiano que quedaba era una mujer oriental de aspecto siniestro con un largo abrigo rojo y que se hallaba sentada en las sombras cerca de la barra. A pesar de la oscuridad, llevaba gafas de sol, con unas minúsculas lentes de color negro como los élitros de los escarabajos. Se volvió para observar a Tom mientras se dirigía hacia el mostrador.

Un hombre pequeño con un enorme bigote colgando estaba secando los vasos. Levantó la vista sin gran interés cuando Tom le dijo:

—Estoy buscando una nave.

—¿Para dónde?

—Londres —dijo Tom—. Mi amiga y yo tenemos que regresar a Londres y tenemos que partir esta noche.

—Londres, ¿eh? —Los mostachos del hombre se movieron como las colas de dos ardillas que hubieran sido empujadas hasta su nariz y empezaran a sentirse un tanto inquietas—. Solo las naves con licencia del Gremio de Mercaderes de Londres pueden llegar hasta allí. No tenemos nada de eso aquí. Stayns no es de esa clase de ciudades.

—Quizá yo pueda servir de ayuda —sugirió una suave voz con acento extranjero a espaldas de Tom. La mujer del abrigo rojo se había acercado silenciosamente a su lado; una mujer delgada y esbelta con mechas blancas de tejón en su corto y negro cabello. Los reflejos de los quinqués danzaban en sus gafas de sol y, cuando sonrió, Tom observó que sus dientes estaban manchados de rojo—. No tengo licencia para entrar en Londres, pero voy a ir a Puertoaéreo. Podríais encontrar una nave allí que os lleve el resto del trayecto. ¿Tenéis dinero?

Tom no había pensado en ese particular. Se registró la túnica y logró rescatar dos andrajosos billetes con la cara de Quirke en el anverso y Magnus Crome lanzando, serio, una penetrante mirada desde el reverso. Se los había metido en el bolsillo la noche que se cayó de Londres, esperando gastárselos en la fiesta de la captura en Kensington Gardens. Aquí, bajo el chisporroteo de los quinqués del puerto aéreo, parecían fuera de lugar, como dinero de juguete.

La mujer debió de pensar lo mismo también.

—Ah —dijo—, veinte quirkes. Pero billetes como estos solo se pueden gastar en Londres. No son de demasiada utilidad para una errante viajera del cielo como yo. ¿No tenéis oro? ¿O Vieja Tecnología?

Tom se encogió de hombros y pronunció algo ininteligible. Por el rabillo del ojo vio que unos recién llegados se abrían camino por entre las mesas.

—¡Mira, tío Wreyland! —oyó gritar a uno de ellos—. ¡Aquí están! ¡Ya los tenemos!

Tom miró hacia allá y vio a Wreyland y a un par de sus muchachos acercándose y llevando en sus manos pesados garrotes. Agarró a Hester, que se encontraba apoyada contra el mostrador, no demasiado consciente. Uno de los hombres de Speedwell hizo

un movimiento para cortarles la salida y evitar que se escaparan, pero la mujer del abrigo rojo le impidió el paso y Tom la oyó decir:

—Estos son mis pasajeros. Estábamos poniéndonos de acuerdo en el precio del viaje.

—¡Son nuestros esclavos! —gritó Wreyland situándose delante de ella—. Tom *Nitsworthy* y su amiga. Los encontramos en la Región Exterior; todo honrado y justo. Lo que se da no se quita…

Tom se llevó consigo a Hester a toda velocidad por la cubierta de metal, dejando atrás las escaleras que conducían a los muelles donde las naves reposaban. Pudo oír a los hombres de Wreyland dividirse para emprender su persecución, gritándose unos a otros mientras lo registraban todo, y luego un gruñido y un golpe como si alguno de ellos se hubiera precipitado desde arriba.

«Bien», pensó, pero sabía que los otros pronto darían con él.

Arrastró a Hester tras él por una estrecha escalera que se dirigía a los muelles de embarque. Había luces en algunas de las naves que estaban allí ancladas y le surgió una vaga idea sobre intentar irrumpir a bordo de una de ellas y hacer que le llevasen a Londres. Pero no tenía nada que le sirviera como arma, y antes de que pudiera buscar una, oyó un rítmico sonido de pasos procedentes de la escalera que se hallaba a sus espaldas y la voz de Wreyland que decía:

—¡Por favor, intente ser razonable, señor *Nitsworthy*! ¡No quiero tener que hacerle daño, Fred! —añadió—. Mis sicarios os tienen acorralados. ¿Fred?

Tom sintió que la esperanza se le iba del cuerpo. Ya no había posibilidad de escapar. Y allí se quedó mansamente mientras Wreyland avanzaba hasta situarse bajo la luz de las portillas de una nave cercana, amenazando con su garrote. Hester se desplomó contra el lateral de un montacargas y profirió un gemido.

—Es justo —dijo Wreyland, como si pensara que ella se estaba quejando de la situación—. A mí no me gustan estas bromas con la esclavitud más de lo que os puedan gustar a vosotros, pero corren malos tiempos y nosotros os capturamos, y eso no se puede negar…

De repente, mucho más deprisa de lo que Tom hubiera creído posible, Hester se movió. Sacó una palanca de metal del montacargas sobre el que estaba apoyada y se la lanzó a Wreyland. Su garrote se le escapó girando de las manos y golpeó en la cubierta con un ruido como el sonido de un carillón, y la barra de metal le dio un golpe de rebote en uno de los lados de la cabeza.

—¡Uy…! —gimió, cayendo desplomado al suelo. Hester se escabulló hacia delante y asió de nuevo la barra, pero antes de que pudiera volver a bajarla contra el cráneo del viejo, Tom le agarró por el brazo.

—¡Detente! ¡Lo matarás!

—¿Y qué? —Ella se le acercó, enseñando sus irregulares dientes como un mono demente—. ¿Y qué?

—Tu amigo tiene razón, cariño —dijo una suave voz—. No hay necesidad de

acabar con él.

De las sombras surgió la mujer del bar, con su abrigo rojo arremolinándose alrededor de los tobillos a medida que se les acercaba.

—Creo que debemos subir a bordo de mi nave antes de que el resto de su gente venga a buscaros.

—Dijiste que no teníamos suficiente dinero —le recordó Tom.

—Y es cierto, señor *Nitsworthy* —dijo la aviadora—. Pero me resulta muy duro quedarme a contemplar cómo os venden como esclavos, ¿entiendes? Yo misma fui esclava en una ocasión y no se lo recomendaría a nadie.

Se había quitado las gafas. Sus ojos eran oscuros y en forma de almendra y unas bonitas arrugas producidas por la risa se marcaban en los extremos de las sienes cuando sonreía.

—Además —añadió—, tú me intrigas. ¿Qué hace un londinense vagabundeando por el Territorio de Caza y metiéndose en líos?

Le alargó la mano a Tom, una mano larga y morena con su delgada maquinaria de huesos y tendones claramente visibles deslizándose bajo una finísima piel.

—¿Cómo sabemos que no nos traicionarás como Wreyland? —exigió Tom.

—¡No puedes saberlo, naturalmente! —rio ella—. Vas a tener que confiar en mí.

Después de lo de Valentine y lo de Wreyland, Tom pensaba que no podría confiar en nadie nunca más, pero esta extraña extranjera era la única esperanza que tenía.

—De acuerdo —contestó—. Pero Wreyland dijo mal mi nombre. Es Natsworthy.

—Y el mío es Fang —dijo la mujer—. La señorita Anna Fang. —Aún tenía la mano extendida como si él fuera un animal herido al que ella quisiese domar y todavía seguía mostrando aquella sonrisa roja tan alarmante—. Mi nave está en el muelle aéreo número seis.

Se fueron con ella y en alguna parte de las grasientas sombras bajo los muelles sus pies tropezaron con los compañeros de Wreyland, que yacían desplomados contra un puntal con sus cabezas reclinadas como si estuvieran borrachos.

—¿Están…? —susurró Tom.

—Fuera de juego —dijo la señorita Fang—. Me temo que no domino mi propia fuerza.

Tom deseaba detenerse para comprobar que los hombres se encontraban bien, pero ella lo llevó rápidamente escaleras arriba hasta el muelle seis. La nave que allí estaba anclada no era la elegante nave rápida que Tom había esperado. De hecho, era poco más que una desvencijada cámara de gas de color escarlata y un manojo de roñosas piezas de motor atornilladas a una barquilla de madera.

—¡Pero si está hecha de chatarra! —dijo Tom boquiabierto.

—¿Chatarra? —rio la señorita Fang—. ¡Pero qué dices, la Jenny Haniver está construida con las piezas de las naves más extraordinarias que volaron jamás! Una cubierta de seda de silicona de una nave rápida, un clíper de Shan Guo, dos aeromotores gemelos Jeunet-Carot de un caza de París, las células del gas reforzadas

de un globo de guerra de Spitzbergen… Es sorprendente lo que uno puede encontrar en los desguaces…

Los hizo subir por la pasarela a la estrecha góndola en medio de un aroma de especias. No era más que un estrecho tubo de madera con un compartimento al frente para el piloto y el cubículo de la señorita Fang en la popa, y entre medias, una mezcolanza de pequeñas cabinas. Tom tenía que moverse encogido y medio agachado para evitar darse golpes en la cabeza contra los armarios del techo y los manojos de cables de aspecto peligroso que colgaban encima de los paneles de instrumentos, pero la aviadora se movía por allí con una asombrosa facilidad adquirida por la práctica, mascullando palabras en una lengua extranjera extraña, mientras manejaba interruptores, tiraba de palancas y encendía suaves lucecitas verdes que llenaban la cabina con un brillo de acuario. Se rio al ver la cara preocupada de Tom.

—Esto es aeroesperanto, la lengua franca del cielo. Es una vida muy solitaria la de las rutas de los pájaros y he adquirido el hábito de hablar conmigo misma…

Tiró de una última palanca y los crujidos y suspiros de las válvulas de gas fueron formando ecos por el interior de la góndola. Hubo un estrépito metálico cuando las abrazaderas magnéticas de anclaje se soltaron y la radio crepitó al ponerse en funcionamiento y comenzar a emitir: «*Jenny Haniver*, este es el comité del puerto de Stayns. ¡No tienes el camino expedito para el despegue!».

Pero la Jenny Haniver estaba despegando de todas formas. Tom sintió que el estómago se le daba la vuelta mientras se elevaba hacia el cielo de la media noche. Se acercó hasta una de las ventanillas y vio la ciudad mercado desapareciendo abajo en la distancia. Luego apareció Speedwell ante su vista y pronto todo el grupo comercial se extendió por debajo de ellos como una exposición de maquetas de ciudades en un museo.

—«Jenny Haniver —insistía el altavoz—. ¡Regresa a tu puesto de amarre inmediatamente! Tenemos un requerimiento del Ayuntamiento de la ciudad de Speedwell de que entregues a tus pasajeros o se verán obligados a…».

—¡Qué aburrido! —exclamó la señorita Fang, apagando la radio. Una batería de cohetes en el tejado del ayuntamiento de la ciudad de Speedwell lanzó una chisporroteante andanada de proyectiles en su dirección. Tres pasaron silbando cerca sin producir ningún daño, un cuarto explotó fuera por la parte de estribor, haciendo que la góndola se balancease como un péndulo, y el quinto se acercó incluso más. (Anna Fang levantó una ceja a este último, mientras que Tom y Hester se agachaban en busca de cobijo como si fueran atemorizados conejos). Para entonces ya estaban fuera del alcance de tiro; la Jenny Haniver ascendía hacia los fríos y limpios espacios de la noche y el grupo comercial era tan solo una mancha de luz por debajo de las nubes.

10

El Elevador del Decimotercer Nivel

Llovía aquella noche sobre Londres, pero en las primeras luces del día el cielo estaba tan claro y tan pálido como el agua de un estanque y el humo procedente de los motores de la ciudad se elevaba derecho, atravesando el aire remansado. Las húmedas plataformas brillaban plateadas al amanecer y todas las banderas del Nivel Uno colgaban lacias e inmóviles contra los mástiles. Era una estupenda mañana de primavera, la mañana que Valentine había estado esperando, y que Katherine había estado temiendo tanto. Hacía un tiempo perfecto para navegar.

Aunque era tan temprano, verdaderas muchedumbres de gente se habían congregado a lo largo del borde de la Plataforma Uno para ver al Elevador del Decimotercer Nivel lanzarse al espacio. Mientras Gench conducía a Katherine y a su padre al muelle aéreo, ella vio que Circle Park estaba abarrotado también; era como si todo el Alto Londres hubiera venido a saludar a Valentine a su paso. Nadie sabía adónde se dirigía, naturalmente, pero como Londres avanzaba rápidamente hacia el este, las fábricas de rumores de la ciudad habían estado funcionando día y noche: todo el mundo estaba seguro de que la expedición de Valentine estaba relacionada con alguna recompensa enorme que el lord mayor esperaba obtener en el Territorio de Caza central.

Unas tribunas provisionales se habían levantado para el Ayuntamiento y los gremios, y cuando ella y Perro se habían ya despedido de Padre en las bulliciosas sombras del hangar, Katherine se dirigió a ocupar su lugar entre los historiadores, agobiada entre Chudleigh Pomeroy y el doctor Arkengarth. Alrededor de ella se hallaba lo más granado y florido de Londres: las sobrias y negras vestimentas del gremio de Padre, las púrpura del Gremio de Mercaderes, sombríos navegantes embutidos en sus inmaculadas túnicas verdes y una fila de ingenieros vestidos y tocados con túnicas y capuchas de goma blanca que parecían gomas de borrar de fantasía. Incluso Magnus Crome se había dignado presidir la ocasión y la antigua cadena que representaba el cargo de alcalde colgaba brillante de su delgado cuello.

Katherine deseó que todos se hubieran quedado en sus casas. Era difícil decirle adiós a alguien cuando formabas parte de una multitud que saludaba agitando banderolas y que lanzaba besos. Acarició la dura cabeza de Perro y le dijo:

—Mira, ahí está Padre, subiendo ya por la pasarela. Los motores arrancarán en un instante.

—Espero que nada vaya mal —murmuró el doctor Arkengarth—. Uno oye historias sobre estas naves, que a veces explotan sin ninguna razón aparente.

—¿Quizá deberíamos colocarnos un poco más atrás? —sugirió la señorita Plym, la gorgeante conservadora de muebles del museo.

—Tonterías —les dijo Katherine enfadada—. Nada va a salir mal.

—Sí, y cállate, Arkengarth, viejo bobalicón —apoyó Chudleigh Pomeroy, dejándola sorprendida—. No tema, señorita Valentine. Su padre tiene la nave más estupenda y los mejores pilotos del mundo; nada pude fallar.

Katherine le sonrió agradecida, pero siguió con los dedos cruzados como antes, y Perro captó algo de su ánimo y comenzó a gimotear débilmente.

Desde dentro del hangar llegaba el sonido de las compuertas cerrándose y el traqueteo de las escaleras de embarque al ser izadas a bordo. Un silencio expectante cayó sobre las tribunas. A lo largo del borde de la plataforma, todo el Alto Londres contenía la respiración. Luego, cuando la banda inició el *Rule Londinium*, la tripulación de tierra de Valentine comenzó a arrastrar el Elevador del Decimotercer Nivel hacia la soleada plataforma, un bruñido y negro dardo cuya cubierta blindada brillaba como la seda. Sobre la plataforma abierta, en la popa de la góndola de control, se veía a Valentine de pie, saludando con la mano. Saludó a la tripulación de tierra y a las tribunas adornadas con banderas, y luego sonrió directamente a Katherine, encontrando su rostro entre todos los demás sin un solo momento de duda.

Ella le devolvió el saludo con la mano con verdadero frenesí y la multitud estalló en un rugido mientras las vainas de los motores del Elevador del Decimotercer Nivel comenzaban a girar para situarse en posición de despegue. La tripulación de tierra liberaba los escobenes de amarre, los propulsores empezaban a girar y una tempestad de confeti remolineaba en el rebufo mientras la enorme máquina se elevaba y penetraba en el aire. Algunos Aprendices de Historiador extendieron una bandera en la que se podía leer: «¡Feliz Día de Valentine!», y las aclamaciones siguieron y siguieron como si las multitudes pensaran que era únicamente su cariño el que mantenía al explorador en el aire. «¡Val-en-tine! ¡Val-en-tine!».

Pero Valentine no hacía caso del ruido ni de las banderas. Siguió mirando a Katherine, con una mano elevada en señal de saludo, hasta que la nave estuvo tan alta y tan lejos que ella ya no pudo distinguir la figura paterna.

Por fin, cuando el Elevador no era ya más que una manchita en el cielo del este y las tribunas se terminaban de vaciar, Katherine se enjugó las lágrimas, tomó la correa de Perro y se dio la vuelta en dirección a casa. Ya empezaba a echar de menos a su padre, pero ahora tenía un plan. Mientras estuviera fuera, ella podría hacer sus propias pesquisas y averiguar quién había sido aquella misteriosa muchacha y por qué le había alarmado a él tanto.

11

Puertoaéreo

Una vez que se hubo lavado, dormido un poco y comido algo, Tom comenzó a decidir que la vida de aventuras no era tan mala después de todo. Para el amanecer, ya empezaba a olvidarse de las penalidades de su caminata por el barro y de su prisión en Speedwell. La vista desde los grandes ventanales delanteros de la Jenny Haniver mientras la aeronave volaba entre doradas montañas de nubes bañadas por el sol del amanecer era suficiente incluso como para hacer que el dolor de la traición de Valentine se desvaneciera un poco. A la hora del desayuno, tomando chocolate caliente con la señorita Fang en la cabina de mandos, se dio cuenta de que se estaba divirtiendo.

Tan pronto como la Jenny Haniver se encontró a salvo del alcance de los cohetes de Speedwell, la aviadora ya se había transformado y era pura amabilidad y sonrisas. Conectó el piloto automático y se puso a buscar un cálido abrigo forrado de lanilla para Tom y a hacerle una cama en la cabina de carga, en el espacio situado en la parte superior de la nave, dentro de la cubierta, sobre un cargamento de pieles de foca de Spitzbergen. Luego condujo a Hester hasta el botiquín y comenzó a curar su pierna herida. Cuando Tom dirigió su mirada hacia ella aquella mañana tras el desayuno, la muchacha dormía profundamente bajo una manta blanca.

—Le di algo para el dolor —explicó la señorita Fang—. Dormirá unas horas, pero no tienes que temer por ella.

Tom se quedó mirando el rostro dormido de Hester. No sabía por qué, pero había esperado que la muchacha tuviera mejor aspecto ahora que había sido lavada y alimentada y curada de la herida de la pierna; sin embargo, extrañamente, tenía el mismo aspecto espantoso de siempre.

—La ha dejado hecha un asco tu maldito señor Valentine —dijo la aviadora, conduciéndolo de nuevo a la cabina de mandos, donde liberó los controles de su funcionamiento automático.

—¿Y tú qué sabes de Valentine? —preguntó Tom.

—Oh, todo el mundo ha oído hablar de Thaddeus Valentine —rio ella—. Yo sé que es el historiador más importante de Londres, y sé también que es un tapujo para su verdadero trabajo: el de agente secreto de Crome.

—¡Eso no es cierto! —comenzó a decir Tom, aún defendiendo instintivamente a su antiguo héroe. Pero siempre había habido rumores de que las expediciones de Valentine llevaban consigo algo más siniestro que la mera arqueología, y ahora que ya había visto las despiadadas maniobras del gran hombre, lo empezaba a creer. Se

sonrojó, avergonzado por culpa de Valentine y avergonzado de sí mismo por haberlo querido.

La señorita Fang lo observaba con una sonrisa desvaída y compasiva.

—Hester me contó un montón de cosas más anoche, mientras le curaba la herida —dijo suavemente—. Habéis tenido mucha suerte de seguir vivos.

—Ya lo sé —convino Tom; pero no pudo evitar sentirse inquieto por el hecho de que Hester hubiera compartido su historia con aquella extraña.

Se sentó en el asiento del copiloto y estudió los controles; un sorprendente conjunto de botones e interruptores y palancas etiquetadas en una mezcla de aeroesperanto, inglés y chino. Por encima de ellos se hallaba adosado al mamparo un pequeño relicario laqueado con cintas rojas y retratos de los antepasados de la señorita Fang. Aquel sonriente aeromercader manchú debía de ser su padre, supuso. ¿Y aquella dama pelirroja de los Desiertos de Hielo habría sido su madre?

—Así que dime, Tom —dijo la señorita Fang colocando la nave en unas nuevas coordenadas—. ¿Adónde se dirige Londres?

La pregunta era totalmente inesperada.

—No lo sé —contestó.

—¡Oh, seguro que sabes algo! —rio ella—. Tu ciudad ha abandonado su escondrijo en el oeste, ha regresado atravesando el puente terrestre y ahora se dirige a toda velocidad al Territorio de Caza central «como alma que lleva el diablo», según reza el dicho. Tú has tenido que oír al menos algún rumor. ¿O no?

Sus grandes ojos se deslizaron hacia Tom, que se pasó la lengua por los labios, nervioso, sin saber qué contestar. Nunca había prestado atención alguna a las estúpidas historias que los otros aprendices se contaban sobre hacia dónde se dirigía Londres. Y aunque lo hubiera hecho, sabía que no estaba bien ir revelando por ahí los planes de su ciudad a misteriosas aviadoras orientales. ¿Y qué sucedería si la señorita Fang se fuera a comunicar a otras grandes ciudades dónde deberían apostarse a esperar el paso de Londres a cambio de una recompensa? Y a pesar de eso, si no le contaba algo, ella podía darle una patada y sacarlo de la nave. ¡Y quizá sin preocuparse de aterrizar antes!

—¡Botín! —soltó de repente—. El Gremio de Navegantes dice que hay cantidad de presas, muchísimas, en el Territorio de Caza central.

La roja sonrisa se hizo incluso más amplia.

—¿De veras?

—Lo oí del propio jefe de los navegantes —dijo Tom, cada vez más atrevido.

La señorita Fang asintió con un gesto, rebosante de alegría. Luego tiró de una larga palanca de bronce. Las válvulas de gas rugieron arriba, en el interior de la cubierta, y los oídos de Tom notaron como un estallido interno mientras la Jenny Haniver comenzaba a descender, sumergiéndose en una espesa y blanca capa de nubes.

—Permíteme que te muestre el Territorio de Caza central —dijo riéndose entre

dientes, comprobando las cartas de navegación adosadas al mamparo junto a su relicario familiar.

A medida que fueron descendiendo, las nubes se hicieron menos espesas y se fueron rompiendo y Tom vio la vasta Región Exterior extendiéndose debajo de él como una hoja de papel marrón arrugada, cortada por largas formas azules que eran las abundantes huellas de las cadenas transportadoras de innumerables ciudades. Por primera vez desde que la nave despegara de Stayns, sintió miedo, pero la señorita Fang le susurró:

—No hay nada que temer, Tom.

Trató de calmarse mirando hacia el sorprendente paisaje. Lejos, hacia el norte, podía ver el frío brillo de los Desiertos de Hielo y los oscuros conos de las montañas de fuego Tannhauser. Miró por si se encontraba con Londres y por un momento pensó que la había visto, una minúscula mancha gris que levantaba una nube de polvo tras ella a medida que avanzaba, a mucha más distancia de su posición inicial de la que él hubiera pensado. Había también otros pueblos y ciudades, como manchas diseminadas aquí y allá por la llanura, o escondidas en las sombras de las cadenas montañosas medio corroídas, pero no tantas como las que hubiera esperado. Hacia el sureste no había ninguna en absoluto, solo una borrosa capa de bruma sobre una extensión de terreno pantanoso y, un poco más allá, el pálido resplandor plateado del agua.

—Ese es el gran mar de Khazak, un mar interior —dijo la aviadora al señalarlo—. Estoy segura de que has oído la vieja canción popular. —Y con una voz alegre y aguda cantó: *Cuidado, cuidado con el mar de Khazak, porque el pueblo que se le acerca, nunca volverá…*

Pero Tom no escuchaba. Se había dado cuenta de la existencia de algo mucho más terrible que cualquier mar interior.

Directamente debajo, con la minúscula sombra de la Jenny Haniver revoloteando sobre su esqueleto de vigas, se encontraba una ciudad muerta. Estaba en un terreno surcado por las huellas de cientos de ciudades más pequeñas e inclinada sobre un extraño ángulo, y cuando la Jenny Haniver hizo una pasada más baja para tener una perspectiva mejor, Tom se dio cuenta de que sus cadenas de tracción y sus entrañas habían desaparecido y que sus diversas plataformas estaban siendo arrancadas por un enjambre de pequeñas poblaciones que hervían en las sombras de sus niveles inferiores, arrancando enormes secciones roñosas con sus mandíbulas y haciendo aterrizar grupos de salvamento cuyos sopletes resplandecían y chispeaban en las sombras entre las plataformas como mágicas luces de un árbol de Quirkevidad.

Se produjo una humareda en una de las ciudades y tras ella apareció un cohete que subió girando hacia la nave y explotó unos cientos de metros más abajo. Las manos de la señorita Fang se movieron velozmente sobre los mandos y Tom sintió que la aeronave se elevaba de nuevo.

—La mitad de los basureros del Territorio de Caza están trabajando sobre los

despojos de Motorópolis —dijo—, y son un grupo muy celoso. Disparan a cualquiera que se les acerque, y cuando no hay nadie extraño al que apuntar, se disparan entre ellos.

—¿Pero cómo ha llegado a esta situación? —preguntó Tom fijando la vista en el enorme esqueleto mientras la Jenny Haniver se elevaba y se alejaba de allí.

—El hambre —contestó la aviadora—. Se le terminó el combustible, y como se quedó parada, llegó entonces una manada de poblaciones más pequeñas y empezaron a desgarrarla. Esta locura alimenticia ha durado meses y espero que otra gran ciudad venga pronto y termine de una vez el trabajo. Ya ves, Tom, no hay presas suficientes tras las que correr en el Territorio de Caza central; así que no puede ser eso lo que ha hecho que Londres salga de su guarida.

Tom giró la cabeza para ver la ciudad muerta quedarse atrás allá abajo. Un grupo de minúsculos suburbios depredadores estaba saqueando las ciudades de los basureros en el lado noroeste, eligiendo al más débil y al más lento y cargando contra él, pero, antes de que lo capturara, la Jenny Haniver se elevó de nuevo hacia el puro y limpio mundo de encima de las nubes y la carcasa de Motorópolis quedó fuera del alcance de la vista.

Cuando la señorita Fang volvió a mirarlo, aún seguía sonriendo, pero había un extraño brillo en sus ojos.

—Así que si no son presas lo que Magnus Crome busca —dijo—, ¿qué podrá ser?

Tom movió la cabeza indicando su desconocimiento.

—Yo soy solo un aprendiz de historiador —confesó—. De tercera clase. Y no conozco en realidad al navegador jefe.

—Hester mencionó algo —continuó la aviadora—. La cosa que el señor Valentine les quitó a sus pobres padres. MEDUSA. Un extraño nombre. ¿Has oído hablar de ella? ¿Sabes lo que significa?

Tom negó con la cabeza y ella lo observó con atención, le miró a los ojos hasta que el muchacho sintió como si le estuviera mirando dentro del alma. Entonces, ella rio:

—Bien, no importa. Tengo que llevarte a Puertoaéreo y allí encontraremos una nave que te devuelva a casa.

* * *

¡Puertoaéreo! Era una de las ciudades más famosas de toda la Era de la Tracción, y cuando el susurro de su radiofaro direccional llegó a la radio esa tarde, Tom se lanzó hacia la cabina de mandos. Se encontró con Hester en la escalera de cámara, junto al botiquín, con el cabello revuelto, adormilada y cojeando. Anna Fang había

hecho todo lo posible con la pierna herida, pero no había logrado mejorar los modales de la muchacha; esta escondió su rostro cuando vio a Tom y solo le lanzó una mirada feroz y un gruñido cuando él le preguntó cómo se encontraba.

En la cabina de mandos, la aviadora se volvió para saludarlos con una radiante sonrisa:

—Mirad, queridos míos —dijo señalando hacia delante a través de los grandes parabrisas—: ¡Puertoaéreo!

Se acercaron y se situaron detrás de su asiento para mirar, y a lo lejos, a través de un mar de nubes, vieron el sol camino del oeste brillar sobre una solitaria plataforma de aleación ligera y un nimbo de bolsas de gas de brillantes colores.

Hacía ya mucho tiempo que la ciudad de Puertoaéreo había decidido escapar de las ciudades hambrientas y dirigirse hacia el cielo. Ahora era un puesto comercial y un lugar de encuentro de aviadores que se alejaba del Territorio de Caza todo el verano y luego se dirigía hacia el sur para invernar en cielos más cálidos. Tom recordaba ahora cómo la plataforma había anclado en Londres durante toda una semana; cómo los globos panorámicos habían estado subiendo y bajando desde Kensington Gardens y Circle Park y lo envidioso que se había sentido de gente como Melliphant, que era lo suficientemente rica como para realizar un viaje en uno de ellos y regresar llena de historias sobre la ciudad flotante. Ahora, él mismo se estaba dirigiendo hacia ella, y no solo como un mero visitante de un lugar de interés, faltaría más. ¡Menuda historia podría contarles a los otros aprendices cuando volviera a casa!

Lentamente, la nave fue ascendiendo hacia la ciudad flotante, y en el tiempo en que el sol se sumergía tras los bancos de nubes del oeste, la señorita Fang apagaba los motores y se dejaba llevar hacia un puntal de amarre, mientras los oficiales del puerto, embutidos en uniformes azul celeste, hacían ondear banderas multicolores para guiarla con seguridad a su amarre. Detrás de ellos, el muelle estaba lleno de turistas y de aviadores, e incluso un grupito de identificadores de naves que disciplinadamente apuntaron el número de la Jenny Haniver en sus cuadernos cuando las abrazaderas de amarre sujetaron el aparato.

Momentos después, Tom salía a la luz del crepúsculo y al aire frío y transparente, observando las naves que iban y venían; elegantes naves de grandes líneas y lanchones aéreos roñosos, bruñidas y pequeñas flechas aéreas con cubiertas transparentes y cargueros de especias pintados con rayas de tigre procedentes de las Cien Islas.

—¡Mirad! —dijo Tom, señalando los tejados—. Ahí está la Bolsa de Valores Flotante, y esa iglesia es San Miguel de los Cielos; hay un cuadro de ella en el Museo de Londres.

Pero la señorita Fang la había visto muchas muchas veces con anterioridad, y Hester solo miraba ceñudamente a la gente que estaba en el embarcadero, y escondía su cara.

La aviadora cerró las puertas de la Jenny con una llave que pendía de una correa

anudada a su cuello, pero cuando un golfillo descalzo corrió hacia ella y le tiró de la manga del abrigo diciendo: «¿Quiere que le vigile la nave, señora?», ella se rio y dejó caer tres monedas de bronce cuadradas en la mano del muchacho. «¡No voy a dejar que nadie se cuele a bordo!», prometió, ocupando su puesto junto a la pasarela. Aparecieron ahora empleados del puerto uniformados, sonriendo a la señorita Fang, pero observando con actitud de sospecha a sus nuevos y extraños acompañantes. Comprobaron que los recién llegados no llevaban punteras de metal en sus botas o cigarrillos encendidos consigo; luego los condujeron de regreso hacia las oficinas portuarias, donde enormes carteles rudamente escritos insistían: NO FUMAR, APAGAR TODOS LOS APARATOS ELÉCTRICOS Y NO PRODUCIR CHISPAS. Las chispas eran el terror del tráfico aéreo, por el peligro de que pudieran incendiar el gas de las cubiertas de las naves. En Puertoaéreo, incluso el hecho de cepillarse el pelo vigorosamente era un delito grave, y todos los nuevos aterrizajes tenían que firmar estrictos acuerdos de seguridad y convencer al capitán del puerto de que no eran propensos a estallar en llamas.

Por fin se les permitió ascender por una escalera metálica hasta la Calle Mayor. La única calle de Puertoaéreo era un aro de plataformas de aleación ligera con tiendas y puestos, establecimientos de comestibles, cafés, restaurantes y hoteles para aviadores. Tom miraba en todas direcciones, tratando de abarcarlo todo con la mirada y asegurándose de poder recordarlo para siempre. Vio turbinas girando en cada tejado, recogiendo el viento para alimentar la planta de energía central, y a los mecánicos moviéndose como arañas sobre las enormes cápsulas de los motores. El aire estaba impregnado de olores exóticos propios de la comida extranjera, y por todas partes donde miraba veía aviadores paseando con la descuidada confianza de la gente que había vivido toda su vida en el cielo, con los largos abrigos ondeando tras ellos como si fueran alas de cuero.

La señorita Fang apuntó en la curva de la Calle Mayor hacia un edificio con un cartel con la forma de una aeronave.

—Ese es el Bolsa de Gas y Góndola —dijo a sus acompañantes—. Os voy a invitar a cenar y luego buscaremos a un capitán amigo para que os lleve de vuelta a Londres.

Se dirigieron hacia el lugar, con la aviadora abriendo camino y Hester ocultándose del mundo detrás de su mano levantada, mientras Tom aún miraba a todas partes maravillado y pensando que era una pena que sus aventuras pronto fueran a acabarse. No se dio cuenta de la presencia de un Azor 90 de reconocimiento que daba vueltas por entre una multitud de naves más grandes y que esperaban un puesto de amarre. Incluso si hubiera podido, no habría sido capaz de leer sus números de registro a aquella distancia, o ver que la insignia de su cubierta era la rueda roja del Gremio de los Ingenieros.

12

El Bolsa de Gas y Góndola

La taberna era grande y oscura y se encontraba llena de gente. Las paredes se hallaban decoradas con aeronaves metidas en botellas y las hélices de famosas y antiguas naves rápidas, aquellas llamadas aeroclípers, con sus nombres cuidadosamente pintados en las aspas: *Nadhezna y Aerymouse, e Invisible Worm*. Los aviadores se apiñaban alrededor de las mesas de metal hablando de cargas y del precio del gas. Había jains y riberanos y xhosas, inuits y tuaregs del aire y gigantes vestidos de pieles procedentes de los Desiertos de Hielo. Una muchacha uighur tocaba *Serenata del aire* con su guitarra de cuarenta cuerdas y de vez en cuando un altavoz anunciaba: «Llegada al puntal tres: el *Idiot Wind*, recién llegado de los Palatinados Nuevomayas con un cargamento de chocolate y vainilla», o «Embarcando ya en el puntal siete: *My Shirona*, con destino a Arkangel…».

Amia Fang se detuvo ante un pequeño altar justo al pasar la puerta y dio las gracias a los dioses del cielo por el viaje a salvo. El Dios de los Aviadores era un tipo de aspecto amigable —la estatua roja y gordinflona de la hornacina le recordaba a Tom la figura de Chudleigh Pomeroy—, pero su esposa, la Señora de los Altos Cielos, era cruel y engañosa; si se sentía ofendida podía preparar huracanes o hacer explotar una célula de gas. Anna le hizo una ofrenda de pastelillos de arroz y dinero de la suerte, y Tom y Hester hicieron, por si acaso, gestos reverentes de gracias con la cabeza.

Cuando quisieron darse cuenta, la aviadora se había separado de ellos y se dirigía a toda prisa hacia un grupo de aviadores que estaban en una mesa del rincón.

—¡Khora! —gritó ella, y para cuando llegaron a su lado, estaba siendo llevada en volandas por los brazos de un joven y apuesto africano y hablando rápidamente en aeroesperanto. Tom estaba casi seguro de que la oyó mencionar la palabra MEDUSA cuando ella se volvió a mirarlos a Hester y a él, pero para cuando se acercaron al grupo, la charla había cambiado al inglés y el africano estaba diciendo: «¡Volamos con vientos de nivel alto todo el tiempo desde Zagwa!», y sacudiéndose arena roja del Sáhara de su casco de vuelo para demostrarlo.

Se trataba del capitán Khora, del avión de caza Mokele Mbembe, y venía de un enclave estático en las Montañas de la Luna, un aliado de la Liga Antitracción. Ahora se dirigía a Shan Guo para iniciar una gira de servicio en la gran fortaleza de la Liga en Batmunkh Gompa. Tom estaba estupefacto al principio por poder compartir mesa con un soldado de la Liga, pero Khora parecía un buen hombre, tan amable y acogedor como la propia señorita Fang. Mientras ella pedía la comida, les presentó a

sus amigos: el alto y melancólico era Nils Lindstrom, del Garden Aéroplane Trap, y la bella y alegre dama árabe era Yasmina Rashid, del corsario de Palmyra Zainab. Pronto, todos los aviadores estaban riéndose juntos, recordando batallas sobre las Cien Islas y fiestas de borrachera en la sección de aviadores de Panzerstadt-Linz, y entre historia e historia, Anna Fang acercaba platos en la mesa a sus invitados.

—¿Un poco más de lirón picado, Tom? Hester, prueba un poco de este delicioso murciélago relleno.

Mientras Tom revolvía en el plato la extraña comida extranjera con el par de palillos de madera que le habían dado en lugar de cuchillo y tenedor, Khora se inclinó hacia él acercándosele al oído y le dijo en voz baja:

—¿Así que tú y tu novia estáis en la tripulación de la Jenny ahora?

—¡No, no! —le aseguró Tom rápidamente—. Quiero decir que ella no es mi novia; y no, solo somos pasajeros… —Manipuló torpemente una porción de puré de saltamontes y preguntó:

—¿Conoces bien a la señorita Fang?

—¡Claro que sí! —rio Khora—. Toda la gente del aire conoce a Anna. Y toda la Liga también, naturalmente. En Shan Guo la llaman Fen Hua, la Flor del Viento.

Tom se preguntaba por qué la señorita Fang tendría un nombre especial en Shan Guo, pero antes de que pudiera preguntarlo, Khora continuó:

—¿Sabías que ella construyó la Jenny Haniver sola y sin ninguna ayuda? Cuando no era más que una muchacha, ella y sus padres tuvieron la mala suerte de encontrarse a bordo de una ciudad que fue devorada por Arkangel. Fueron puestos a trabajar como esclavos en los desguaces de naves de allí, y al cabo de los años se las arregló para escamotear un motor aquí, una paleta de timón allá, hasta que pudo construirse la Jenny y escapar.

Tom estaba impresionado.

—Ella no lo dijo —murmuró, mirando a la aviadora bajo una luz diferente.

—No habla de ello —dijo Khora—. Ya sabes, sus padres no vivieron para poder escapar con ella; los vio morir en el foso de los esclavos.

Tom sintió un flujo de simpatía por la pobre señorita Fang, su compañera de orfandad. ¿Era por eso por lo que sonreía todo el tiempo?, ¿para esconder su pena? ¿Y era esa la razón por la que les había rescatado a Hester y a él?, ¿para salvarles del destino de sus padres? Le sonrió lo más amablemente que pudo y ella se dio cuenta y le devolvió la sonrisa y le pasó un plato de patas negras engarfiadas.

—Toma, Tom, prueba una tarántula salteada…

«¡Llegada al puntal catorce!» —tronaba el altavoz situado arriba—. «Nave GE47 procedente de Londres únicamente con pasajeros».

Tom se levantó de un salto y su silla cayó hacia atrás dando un golpe en el suelo. Recordaba las pequeñas y veloces naves exploradoras que los ingenieros utilizaban para vigilar la tracción de Londres y sus superestructuras, y recordaba también que carecían de nombres, que solo tenían códigos de registro y que todos los códigos

empezaban por GE.

—¡Han enviado a alguien a buscarnos! —dijo casi en un resuello.

La señorita Fang también se puso inmediatamente en pie.

—Puede que tan solo sea una coincidencia —dijo—. Debe de haber montones de naves procedentes de Londres… E incluso aunque Valentine haya enviado a alguien detrás de vosotros, estáis entre amigos. Somos más que el equivalente a vuestros horribles *beefburgers*.

—Beefeaters —le corrigió Tom automáticamente, aunque sabía que ella había cometido el error a propósito, solo para romper la tensión. Tom vio que Hester sonreía y se alegró de que ella estuviera allí, y se hizo la firme promesa de protegerla.

Entonces se fueron todas las luces.

Hubo gritos, abucheos, un ruido de vasijas cayéndose al suelo en la cocina… Las ventanas no eran más que tenues sombras crepusculares recortadas en la oscuridad.

—¡La electricidad se ha ido en todo Puertoaéreo! —dijo la triste voz de Lindstrom—. ¡La planta generadora debe de haber fallado!

—No —dijo Hester rápidamente—. Conozco este truco. Está pensado para crear el caos y evitar que nos vayamos. Alguien está aquí buscándonos…

Había un indicio de pánico en su voz que Tom no había oído con anterioridad, ni siquiera en la persecución que sufrieron en Stayns. De repente le entró un miedo enorme.

Desde el extremo más distante de la sala, donde multitud de gente iba saliendo hacia la Calle Mayor, iluminada por la luna, surgió un grito repentino. Luego se produjo otro, y un prolongado ruido de cristales rotos, chillidos, maldiciones, el estruendo de sillas y mesas cayendo desde lo alto. Dos grandes luces se movían por encima del gentío como faroles de cementerio.

—¡Esos no son los beefeaters! —dijo Hester.

Tom no podía distinguir si ella estaba atemorizada o aliviada.

—¡HESTER SHAW! —chilló una voz como una sierra de cortar metal. Por encima de la puerta surgió una inesperada nube de vapor y de ella salió un stalker, uno de aquellos extraños soldados semimecánicos, cazadores al acecho en una guerra ya olvidada.

Tenía una altura de más de dos metros y bajo su abrigo brillaba la armadura de metal. La carne de su alargado rostro se mostraba pálida y brillaba con una película babosa de mucosidad, y aquí y allá protuberancias azules y blancas de hueso se transparentaban a través de la piel. Su boca era una especie de ranura llena de dientes metálicos. La nariz y la parte superior de la cabeza estaban cubiertas por una alargada pieza metálica craneana con tubos y cordones que descendían como tirabuzones, con sus extremos conectados a enchufes eléctricos en su pecho. Sus redondos ojos de cristal le daban un aspecto sobrecogedor, como si nunca se hubiera repuesto de la horrible sorpresa de lo que le había sucedido.

Porque eso era lo peor de los stalkers: habían sido humanos en el pasado, y en

alguna parte por debajo de aquella capucha de hierro se hallaba atrapado un cerebro humano.

—¡Es imposible! —murmuró Tom—. ¡Ya no queda ningún stalker! ¡Fueron todos destruidos hace siglos!

Pero el stalker seguía todavía allí, horriblemente real. Tom intentó retroceder para escapar, pero no podía moverse. Algo le chorreaba por las piernas abajo, tan caliente como si se le hubiera derramado el té encima, y se dio cuenta de que se había orinado.

El stalker se le acercó despacio, apartando las sillas y mesas vacías a su paso. Los cristales caídos en el suelo estallaban bajo sus pies. Desde las sombras de atrás, un aviador saltó contra él con una espada, pero el filo rebotó de su armadura y lanzó al hombre a un lado con un gancho de su enorme puño, sin que siquiera se dignara mirar atrás.

—HESTER SHAW —dijo—. THOMAS NATSWORTHY.

—¡Sabe mi nombre! —pensó.

—Yo… —Empezó a decir la señorita Fang, pero incluso ella parecía carecer de palabras también. Empujó a Tom hacia atrás mientras Khora y los otros desenvainaban sus espadas y se interponían entre aquella criatura y su presa. Entonces, Hester se puso delante de ellos.

—Vale —dijo con una voz un tanto extraña y débil—. Lo conozco. Dejadme hablar con él.

El stalker volvió su rostro cadavérico desde Tom a Hester, con las lentes girando dentro de sus ojos mecánicos. «HESTER SHAW», dijo, acariciando el nombre con su voz parecida a un escape de gas.

—Hola, Shrike —dijo Hester.

La gran cabeza se inclinó hacia abajo para mirarla. Levantó una mano metálica, dudó un instante, y luego le tocó la cara, dejando huellas de aceite.

—Siento mucho no haber tenido nunca la oportunidad de despedirme…

—YO TRABAJO AHORA PARA EL LORD MAYOR DE LONDRES —dijo Shrike—, ÉL ME HA ENVIADO PARA MATARTE.

Tom emitió otra vez algo parecido a un gemido. Hester soltó una débil risita.

—Pero… tú no lo vas a hacer, ¿verdad, Shrike? Tú nunca me matarías, ¿a que no?

—SÍ —dijo Shrike sin la menor entonación, todavía mirándola desde su altura.

—No, Shrike —susurró Hester; y la señorita Fang captó su oportunidad. Sacó de un bolsillo de la manga de su abrigo una especie de astilla metálica con forma de abanico y la lanzó volando hacia la garganta del stalker. Hizo un pavoroso ruido, como si se tratase de un gemido, mientras atravesaba el aire, a la vez que se desplegaba y tomaba la forma de un disco brillante y afilado como una navaja de afeitar.

—¡Un disco de guerra Nuevomaya! —resolló Tom, que había visto esas armas guardadas en las vitrinas de cristal de la sección de Armas y Guerras del Museo.

Sabía que podían decapitar a un hombre a sesenta pasos; y se quedó tenso, esperando que el cráneo del stalker cayera de sus hombros. Pero el disco solo golpeó ruidosamente en el cuello metálico de la armadura de Shrike y allí se quedó alojado, vibrando.

La ranura de la boca se alargó hasta formar una larga sonrisa y el stalker salió disparado hacia delante, rápido como un lagarto. La señorita Fang se hizo a un lado, dio un gran salto hacia él y lanzó una impresionante patada. Pero era demasiado rápido para ella.

—¡Corred! —les gritó a Hester y a Tom—. ¡Volved a la Jenny! ¡Yo os sigo!

¿Qué más podían hacer? Corrieron. Aquella cosa intentó atraparlos mientras pasaban agachados para esquivarlo, pero Khora estaba allí para cogerlo del brazo y Nils Lindstrom le golpeó la cara con su espada. El stalker se sacudió el brazo de Khora y levantó la mano. Se produjeron chispas y un chirrido de metal contra metal, y Lindstrom tuvo que soltar la espada rota, dio un alarido de dolor y se agarró el brazo. El monstruo lo apartó de un golpe y levantó a Anna en el aire cuando ella se le venía encima de nuevo, blandiendo a la aviadora como si fuera un objeto contra Khora y Yasmina cuando estos corrieron en su ayuda.

—¡Señorita Fang! —gritó Tom. Por un instante pensó en regresar, pero sabía lo suficiente de los stalkers como para estar convencido de que no había nada que pudiera hacer. Corrió tras Hester, sobre un montón de cuerpos tirados en la entrada, y salió a las sombras de afuera, hacia el crepúsculo, para mezclarse con el atemorizado gentío congregado en el exterior. Una sirena sonaba chillona y fúnebre en las cercanías. La brisa traía un humo acre y sobre la planta de la energía creyó ver la luz vacilante de aquello que los aviadores más temían: ¡el fuego!

—No entiendo —acertó a decir Hester, hablando para sí misma, no para Tom—. ¡Él no me mataría, nunca lo haría! —Aun así, siguió corriendo, y juntos, ella y Tom, desembocaron en el Amarre Siete, donde les estaba esperando la Jenny Haniver.

Pero Shrike se había asegurado ya de que la pequeña aeronave no fuera a ir a ninguna parte esa noche. La capota protectora había sido rajada a cuchilladas; la vaina de la cubierta del motor de estribor, desencajada como si hubieran abierto una vieja lata, y una maraña de cables, como si fueran espaguetis, aparecían retorcidos sobre el muelle. Y entre todo aquello yacía el cuerpo roto del muchacho al que la señorita Fang había pagado para vigilar la nave.

Tom se quedó mirando el destrozo. Tras él, apenas audibles, cada vez más cercanos, un ruido de pasos que machacaban la plataforma metálica: plang, plang, plang, plang.

Miró a su alrededor en busca de Hester y vio que se había ido renqueando por el anillo de los muelles —corriendo cuesta abajo, se percató—, porque la dañada ciudad aérea estaba desarrollando una preocupante inclinación. Gritó su nombre y salió corriendo tras ella, siguiéndola hasta un puntal de amarre cercano. Un frívolo globo aerostático —parecía hecho de encaje— acababa de llegar, desembarcando a una

familia de sorprendidos turistas que no estaban seguros de si aquella oscuridad y aquel griterío suponían una emergencia o algún tipo de carnaval. Hester dirigió sus pasos hacia ellos y agarró al piloto por las gafas protectoras, sacándolo de la cesta. El aparato comenzó a moverse a la deriva en el momento en que ella saltó dentro.

—¡Deteneos! ¡Ladrones! ¡Secuestradores! ¡Ayuda! —gritaba el piloto del globo, pero todo lo que Tom podía oír era aquel plang, plang, plang, acercándose rápidamente por la Calle Mayor.

—¡Vamos, Tom!

Reunió todo su valor y saltó tras Hester. Se encontraba tratando de manipular las cuerdas de amarre cuando cayó en el fondo de la cesta.

—Tira todo lo que encuentres por la borda —le gritó ella.

Hizo lo que se le decía y el globo comenzó a elevarse con un lento bamboleo hasta el nivel de las ventanas del primer piso, de los tejados, de la torre de San Miguel. Pronto, Puertoaéreo era una rosquilla de oscuridad esfumándose tras ellos, allá abajo, y Shrike era tan solo una mota, con unos ojos que brillaban mientras caminaba con su paso acechante por el embarcadero y los veía escapar.

13

El Hombre Resucitado

En los oscuros y lejanos tiempos anteriores a los albores de la Era de la Tracción, los imperios nómadas habían luchado los unos contra los otros por todo el laberinto volcánico de Europa. Fueron ellos los que habían construido a los stalkers, sacando guerreros muertos de los campos de batalla y devolviéndolos a una especie de vida introduciéndoles extrañas máquinas de Vieja Tecnología en sus sistemas nerviosos.

Hacía ya mucho tiempo que los imperios habían sido olvidados, pero los terribles Hombres Resucitados, no. Tom recordaba haber jugado a ser uno de ellos cuando era niño en el orfanato del Gremio, andando pesadamente con los brazos extendidos delante de él y gritando: «¡SOY-UN-STAL-KER! ¡EX-TER-MI-NIO!». Hasta que la señorita Plym llegaba y le decía que no gritase tanto.

Pero nunca habría esperado encontrarse con ninguno.

Mientras el globo robado se deslizaba hacia el este, Tom se sentó, temblando por el frío viento nocturno, en el fondo de la bamboleante barquilla, algo ladeado para que Hester no pudiera ver la mancha húmeda de sus pantalones, y dijo:

—¡Creía que todos habían muerto ya hacía cientos de años! Pensaba que todos habían sido destruidos en las batallas o que se habían vuelto locos y se habían hecho pedazos entre ellos…

—Shrike no —dijo Hester.

—¡Y él te conocía!

—Naturalmente que sí —respondió—. Éramos viejos amigos, Shrike y yo.

* * *

Ella lo había conocido la mañana que siguió a la muerte de sus padres, la mañana en que despertó en la orilla del Territorio de Caza en medio del murmullo de la lluvia. No tenía la más mínima idea de cómo había llegado allí y su dolor de cabeza era tan fuerte que apenas podía moverse, y ni siquiera pensar.

Cerca de allí se levantaba la población más pequeña y asquerosa que jamás había visto en toda su vida. Sus gentes, con grandes cestas de mimbre a las espaldas, estaban saliendo de ella por medio de escaleras de mano y por pasarelas exteriores con el fin de seleccionar los restos depositados en la orilla por la marea antes de regresar con sus cestos llenos de chatarra y maderas flotantes. Unos cuantos de ellos

se llevaban la barca de remos de su padre y no pasó mucho tiempo antes de que otros descubrieran a Hester. Dos hombres se aproximaron para verla de cerca. Uno era el típico basurero, pequeño y sucio, con restos de un viejo coche apilados en su cesto. Después de inspeccionarla durante un rato, volvió sobre sus pasos y le dijo a su acompañante:

—Lo siento, señor Shrike; pensé que podía ser algún elemento de los de su colección, pero es totalmente de carne y hueso…

Retrocedió y se fue alejando por la humeante basura, perdiendo todo interés en Hester. Solo quería materiales que pudiera luego vender y no había ningún valor en una niña medio muerta. Viejos neumáticos de coche: eso sí que tenía algún valor…

El otro hombre se quedó donde estaba, mirando a Hester desde su altura. Solo cuando él se inclinó y tocó su cara y ella sintió el frío y duro hierro bajo sus guantes, fue cuando se dio cuenta de que no era realmente un hombre en absoluto. Cuando habló, su voz sonaba como un cepillo metálico raspando sobre un tablero.

—NO PUEDES QUEDARTE AQUÍ, NIÑA —dijo, y la levantó, la colocó sobre su hombro y la llevó a bordo del pueblo.

Se llamaba Strole, y allí vivían cincuenta rudos basureros, endurecidos por el polvo, que robaban lugares con Vieja Tecnología cuando podían encontrarlos, y cuando no, obtenían con cierta maña derechos de salvamento de los restos de ciudades mayores. Shrike vivía con ellos, pero no era basurero. Cuando los criminales de las grandes ciudades-tracción escapaban a la Región Exterior, Shrike les seguía la pista y los cortaba la cabeza, que luego guardaba cuidadosamente. Cuando se volvía a encontrar con la ruta de aquella ciudad, llevaba la cabeza a las autoridades y cobraba la recompensa.

Por qué se molestó en rescatar a Hester; eso ella nunca lo descubrió. No pudo haber sido producto de la compasión, porque carecía de ella. La única señal de ternura que vio en él fue cuando estaba entretenido con su colección. Se hallaba fascinado con los viejos autómatas y los juguetes mecánicos antiguos, y compraba cualquiera que los basureros que pasaban por allí le ofrecían. Su desvencijado habitáculo en Strole estaba lleno de ellos: animales, caballeros con armadura, soldados de cuerda con llaves en sus espaldas, incluso un Ángel de la Muerte de tamaño real movido por algún extraño y elaborado mecanismo de relojería. Pero sus favoritos eran siempre mujeres o niños: preciosas damas vestidas con ropajes apolillados y lindas muchachas y guapos muchachos con rostros de porcelana. Durante toda la noche, Shrike podía desmontarlos y repararlos, explorando los intrincados mecanismos de sus tripas como si tratase de encontrar alguna pista que le revelara su propio funcionamiento.

A veces, Hester tenía la sensación de formar también parte de su colección. ¿Le recordaría ella las heridas que él había sufrido en los campos de batalla de guerras olvidadas, cuando aún conservaba la condición de humano?

La muchacha compartió su hogar durante cinco largos años, mientras su rostro iba

cicatrizando de mala manera hasta convertirse en algo ceñudo y estropeado para siempre y sus recuerdos volvían lentamente a su cabeza. Algunos de ellos estaban sorprendentemente claros: las olas en las orillas de Oak Island, la voz de su madre, el viento del brezal con sus olores a hierba húmeda y al estiércol de los animales. Otros eran oscuros y difíciles de entender; venían como a ráfagas a su mente justo cuando se empezaba a dormir, o la sorprendían de improviso cuando se movía sin rumbo por entre las silenciosas figuras mecánicas de la casa de Shrike: sangre en los mapas del firmamento, un ruido metálico, el alargado rostro de un hombre guapo con ojos grises como el mar… Eran fragmentos de recuerdos y debían ser cuidadosamente recogidos y compuestos como si de un rompecabezas se tratara, como los trozos de maquinaria que los basureros extraían.

No fue hasta que ella oyó por casualidad a algunos hombres contar historias sobre el gran Thaddeus Valentine cuando empezó a encontrarle algún sentido a todo aquello. Se dio cuenta de que reconocía aquel nombre: era el del hombre que había matado a su madre y a su padre y la había convertido a ella en un monstruo. Sabía lo que tenía que hacer sin ni siquiera pensar en ello. Habló con Shrike y le dijo que quería ir tras Valentine.

—NO DEBES HACERLO —fue todo lo que dijo el stalker—. TE MATARÁN.

—¡Entonces, ven conmigo! —le había rogado, pero sin éxito alguno. Él había oído hablar de Londres y del amor de Magnus Crome por la tecnología. Pensaba que si se acercaba por allí, el Gremio de Ingenieros se apoderaría de él y le harían pedazos para estudiarlo en sus laboratorios secretos.

—NO DEBES IR —era todo lo que conseguía que él le dijera.

De todas formas, ella se fue, en un momento en que él estaba entretenido con sus robots, dejándose caer por una ventana, saliendo de Strole y escapando por la Región Exterior barrida por el viento, con un cuchillo robado colgado a la cintura, en busca de Londres y de venganza.

* * *

—No lo he vuelto a ver desde entonces —le dijo a Tom, estremeciéndose de frío en la cesta del globo robado—. Strole se encontraba allá abajo, en las orillas del mar Anglo, cuando me fui, pero aquí está Shrike, trabajando para Magnus Crome, y a la espera de poder matarme. ¡No tiene ningún sentido!

—Quizá heriste sus sentimientos cuando te escapaste —sugirió Tom.

—Shrike no tiene sentimientos —respondió Hester—. Limpiaron todos sus recuerdos y sentimientos cuando lo convirtieron en un stalker.

—Su voz suena como si lo envidiara —pensó Tom. Pero al menos, el sonido de su voz había conseguido calmarlo y que dejara de temblar. Se sentó a escuchar el

silbido del viento rozando el cordaje del globo. Había una mancha oscura en las nubes del oeste que él pensó que podía ser el humo procedente de Puertoaéreo. ¿Habrían conseguido los aviadores controlar los fuegos o había sido destruida su ciudad? ¿Qué habría pasado con Anna Fang? Se dio cuenta de que probablemente Shrike la habría matado, junto con todos sus amigos. Aquella amable y alegre aviadora estaba muerta, tan muerta como sus propios padres. Era como si hubiese una maldición sobre su persona que destruía a todo el que fuera amable con él. ¡Si no hubiera conocido nunca a Valentine! ¡Si se hubiera quedado a salvo en el Museo, que era a donde pertenecía!

—Puede que ella se encuentre bien —dijo de repente Hester, como si hubiera adivinado lo que él estaba pensando—. Yo creo que Shrike estaba solo jugando con ella; en ningún momento sacó sus garras al exterior.

—¡¿Que tiene garras?!

—Mientras que ella no le haya molestado mucho, probablemente no haya desperdiciado su tiempo en matarla.

—¿Y qué habrá sido de Puertoaéreo?

—Supongo que si ha sufrido daños importantes, bajará en alguna parte para su reparación.

Tom asintió. Entonces le vino un feliz pensamiento.

—¿Crees que la señorita Fang vendrá a buscarnos?

—No lo sé —respondió Hester—. Pero Shrike, seguro que sí.

Tom miró de nuevo por encima de su hombro, horrorizado.

—Al menos —dijo ella—, todavía vamos en la dirección correcta hacia Londres.

Se asomó cautelosamente por el borde de la cesta. Las nubes quedaban por debajo de ellos como un blanco edredón arrastrado por el campo, ocultando cualquier cosa que pudiera dar una pista de dónde se encontraban o hacia dónde se dirigían.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Por las estrellas, naturalmente —respondió Hester—. Mi madre me lo enseñó. Era aviadora también, ¿recuerdas? Había estado en todas partes. Incluso fue a América en una ocasión. Tienes que utilizar las estrellas para encontrar tu camino en lugares en los que no hay cartas de navegación o señales de orientación. Mira, esa es la Estrella Polar, y esa constelación es lo que los Antiguos solían llamar la Osa Mayor, pero la mayoría de la gente la llama ahora la Ciudad. Y si mantenemos esa estrella a estribor, sabemos que nos estamos dirigiendo hacia el noreste…

—¡Hay tantas! —dijo Tom, tratando de seguir la dirección de su dedo. Allí, sobre las nubes, sin velos de humo proveniente de ninguna ciudad ni de polvo de la Región Exterior para ocultarlo, el cielo nocturno se veía salpicado de un millón de fríos puntos de luz—. ¡Nunca pensé antes que había tantas estrellas!

—Son todas soles, ardiendo allá lejos en el espacio, a miles y miles de kilómetros de distancia —dijo Hester, y Tom tuvo la sensación de que ella se sentía orgullosa de poder demostrarle cuánto sabía—. Excepto las que no son estrellas en absoluto.

Algunas de las más brillantes son lunas mecánicas que los Antiguos pusieron en órbita hace miles de años y que todavía giran y giran alrededor de la pobre y vieja Tierra.

Tom fijó la vista en la rutilante oscuridad.

—¿Y cuál es esa? —preguntó, señalando una brillante estrella situada allá abajo, hacia el oeste.

Hester la miró y su sonrisa se le borró del rostro de repente. Tom vio que sus manos se cerraban hasta transformarse en puños.

—¿Esa? —contestó—. Es una nave, y viene tras nosotros.

—Quizá es la señorita Fang que viene a rescatarnos —dijo Tom con un cierto tono de esperanza.

Pero el distante aparato se iba acercando a pasos agigantados y a los pocos minutos pudieron ver que se trataba de una pequeña nave exploradora construida en Londres, una Spudbury Sunbeam o una Azor 90. Casi podían sentir los verdes ojos de Shrike vigilándolos a través de los desiertos del cielo.

Hester comenzó a manipular torpemente las oxidadas ruedas y palancas que controlaban la presión del gas del globo. Unos segundos después, encontró la que quería y un potente silbido salió de alguna parte por encima de sus cabezas.

—¿Qué estás haciendo? —se le escapó a Tom—. ¡Vas a conseguir que todo el gas se escape! ¡Nos daremos un buen golpe!

—Me estoy escondiendo de Shrike —replicó la muchacha, abriendo la válvula aún más. Mirando hacia arriba, Tom vio que la bolsa de gas empezaba a desinflarse. Dirigió la vista atrás, hacia la nave perseguidora. Iba ganando espacio, pero aún se encontraba a unos cuantos kilómetros. Existía la esperanza de que a esa distancia pudiera parecer como si el globo hubiera sufrido algún accidente. Con suerte, Shrike no adivinaría el plan de Hester. Podía suceder que aquella pequeña nave no estuviese armada con lanzacohetes…

Y luego se hundieron en las nubes de abajo y no pudieron ver más que turbulentas oleadas oscuras y a veces un rápido vislumbre de la luna en una tenue neblina por encima de ellos. La cesta crujía y la cubierta aleteaba ruidosamente, y la válvula de gas silbaba como una serpiente irritada.

—Cuando toquemos tierra, escapa de la barquilla tan rápidamente como puedas —dijo Hester.

—Sí —replicó él, y entonces…— Pero ¿quieres decir que vamos a abandonar el globo?

—No tenemos la más mínima oportunidad contra Shrike en el aire —le explicó ella—. Por suerte, en tierra firme mi cabeza puede aventajar a la suya.

—¿En tierra firme? —dijo Tom como en un gemido—. ¡Oh no, la Región Exterior otra vez no!

El globo se iba hundiendo rápidamente. Vieron el negro paisaje tomar una forma cada vez más precisa por debajo de ellos, con grandes manchas de vegetación y unos

pocos y débiles destellos de la luna. Por encima de sus cabezas, gruesas nubes corrían hacia el este. No había señales de la nave de Shrike. Tom se protegió para el aterrizaje. El suelo estaba a unos treinta metros por debajo, luego a veinte, luego a diez. Las ramas surgieron entonces y la cesta, resonando y arañando la quilla, comenzó a moverse a sacudidas y cayó, chocando contra la tierra enfangada, y saltó hacia el cielo, cayendo otra vez y volviendo a ascender.

—¡Salta! —gritó Hester cuando la cesta volvió a tocar el suelo por segunda vez. Y saltó, cayendo a través de ramas espinosas sobre un suave colchón de barro. El globo salió disparado hacia arriba y por un momento temió que Hester lo hubiera abandonado para que pereciera en aquella tierra inhóspita.

—¡Hester! —gritó tan fuerte que se hizo daño en la garganta—. ¡Hester! —Y entonces se produjo un crujido en la maleza a unos cuantos pasos a su izquierda y la vio dirigiéndose renqueando hacia él.

—¡Oh, gracias a Quirke! —susurró Tom.

Esperaba que ella se detuviera y se sentara con él para descansar y agradecer a los dioses el haberlos depositado en un terreno tan blando y húmedo en lugar de en la dura piedra, pero, por el contrario, ella siguió caminando una vez que lo sobrepasó, renqueando hacia el noreste.

—¡Detente! —le gritó Tom, aún demasiado agachado y tembloroso como para ni siquiera sostenerse en pie—. ¡Espera! ¿Adónde vas?

Ella se volvió para mirarlo como si estuviese loco.

—A Londres —le contestó.

Tom se dio la vuelta y gruñó, ahorrando fuerzas para una nueva y fatigosa caminata.

Por encima de él, liberado de su carga, el globo regresaba al cielo, una oscura lágrima que pronto era tragada por el vientre de las nubes. Unos instantes después, oyó un zumbido de motores mientras la nave de Shrike salía disparada tras él. Luego, solo quedó la noche y el viento frío, y retazos de luna merodeando por las montañas rotas.

14

El ayuntamiento

Katherine decidió empezar por lo más alto. El día después de que su padre dejara Londres, envió un mensaje por el sistema del tubo neumático a la oficina del alcalde desde la terminal de la habitación de su padre, y media hora después llegaba una respuesta de la secretaria de Crome: el lord mayor vería a la señorita Valentine a mediodía.

Katherine se dirigió a su vestidor y se puso sus ropas más prácticas para la ocasión, como si se tratara de una mujer de negocios: unos estrechos pantalones negros y el abrigo gris con hombreras de aleta. Se sujetó el cabello por detrás con un pasador hecho con las luces traseras de un antiguo coche y sacó un elegante sombrero con orejeras colgantes que había comprado seis semanas antes pero que aún no había tenido oportunidad de usar. Se puso color en los labios y suaves toques de colorete en la parte superior de los pómulos y se pintó un pequeño triángulo azul entre las cejas, una imitación de la marca del gremio como la que llevaban las damas elegantes. Encontró un cuaderno y un lápiz y los introdujo en uno de los maletines negros de Padre que tanta importancia daban, junto con el pase que él le había regalado por su decimoquinto cumpleaños, el pase de oro que le daba acceso a casi cualquier parte de Londres. Luego, estudió su aspecto en el espejo, imaginándose a sí misma unas semanas después yendo a recibir a la expedición que regresaba. Sería capaz de decirle a Padre:

—Todo está perfecto ya, lo entiendo todo; ya no tienes nada que temer…

A las doce menos cuarto se dirigía con Perro a la estación de elevadores de Quirke Circus, disfrutando de las miradas que le dirigía la gente al pasar.

—Ahí va la señorita Katherine Valentine —imaginaba que decían—. Ha salido para ver al lord mayor…

Todo el personal del elevador conocía su cara y le sonreían y decían: «Buenos días, señorita Katherine», y daban palmaditas a Perro en la cabeza y no encontraban inconveniente alguno en mirarla pasar mientras abordaba el 11.52 con destino a la Plataforma Superior.

El elevador zumbó en dirección ascendente. Luego, ella caminó a paso rápido por Paternoster Square, donde Perro se quedó mirando pensativamente a las palomas que revoloteaban por allí y estiró las orejas ante los sonidos de los trabajos de reparación del interior de San Pablo. Pronto se encontró ascendiendo por las escaleras del ayuntamiento y conducida a un minúsculo elevador interno, y a las doce menos un minuto atravesaba la puerta circular de bronce de la oficina privada del alcalde.

—Ah, señorita Valentine. Llega usted un minuto antes de la hora —Levantó la vista Crome desde el otro extremo de su enorme mesa y siguió con el informe que había estado leyendo. Detrás de su cabeza había una ventana redonda con una vista de San Pablo que parecía oscilante e irreal a través de aquel grueso cristal, como un templo hundido visto a través del agua clara. El sol se reflejaba tenuemente sobre los paneles de bronce sin brillo de las paredes de la oficina. No había cuadros, no colgaba la más mínima decoración de ningún tipo y el suelo era de metal desnudo. Katherine se estremeció, sintiendo que el frío le subía por las suelas de los zapatos.

El lord mayor la tuvo esperando durante cincuenta y nueve silenciosos segundos que parecieron alargarse infinitamente. Ella empezaba a sentirse totalmente incómoda para cuando él dejó el informe. Sonrió débilmente, como alguien que nunca ha visto una sonrisa, pero que ha leído un libro acerca de cómo se hace.

—Tengo la satisfacción de decirle que acabo de recibir una señal de radio codificada procedente de la expedición de su padre poco antes de que salieran fuera de cobertura —dijo—. Todo está perfecto a bordo del *Elevador del Decimotercer Nivel*.

—¡Bien! —exclamó Katherine, sabiendo que aquella sería la última noticia que tendría de Padre hasta que no estuviera viajando otra vez de vuelta a casa; ni siquiera los ingenieros habían sido nunca capaces de enviar señales de radio más allá de unos pocos cientos de kilómetros.

—¿Hay algo más? —preguntó Crome.

—Sí… —respondió Katherine, y vaciló, por miedo de que fuera a sonar tonto. Enfrentada allí con la fría oficina de Crome y su aún más fría sonrisa, se encontró deseando no haberse puesto tanto maquillaje ni haberse vestido con aquellas ropas tan formales. Pero aquello era a lo que había venido, de todas formas. Así que soltó de repente:

—Quiero saber qué ocurre con aquella muchacha y por qué trató de matar a mi padre.

La sonrisa del alcalde se desvaneció.

—Su padre nunca ha considerado conveniente contarme quién es. No tengo ni idea de por qué está tan empeñada en matarlo.

—¿Cree usted que tiene algo que ver con MEDUSA?

La mirada de Crome se volvió unos cuantos grados más fría.

—¡Ese asunto no le concierne a usted! —le espetó—. ¿Qué le ha contado Valentine?

—¡Nada! —respondió Katherine sintiéndose turbada—. Pero veo que él está alarmado y necesito saber por qué, puesto que…

—Escúchame, niña —dijo Crome poniéndose en pie y dando la vuelta a la mesa para acercársele. Unas delgadas manos la cogieron de los hombros—. Si Valentine tiene secretos contigo será por alguna buena razón. Hay aspectos de su trabajo que tú no podrías ni comenzar a entender. Recuerda: él empezó de la nada; era un mero

basurero de la Región Exterior antes de que yo me tomara cierto interés por él. ¿Quieres verlo reducido a eso de nuevo? ¿O a algo peor?

Katherine sintió como si le hubieran dado un sopapo. Su cara le ardía de la ira, pero consiguió controlarse.

—Vete a casa a esperar su regreso —ordenó Crome—. Y deja los asuntos de los mayores para los que pueden entenderlos. No hables con nadie de la muchacha, ni de MEDUSA.

—¿Asuntos de mayores? —pensó Katherine con enfado—. ¿Cuántos años se cree que tengo? —Pero hizo una inclinación de cabeza y dijo suavemente—: Sí, lord mayor —y luego—: Vamos, Perro.

—Y no traigas a ese animal a la Plataforma Superior de nuevo —le lanzó Crome, con una voz que la siguió hasta la oficina exterior, donde las secretarias se volvieron para mirarla y ver su rostro furioso lleno de lágrimas.

De vuelta en el elevador hacia Quirke Circus, ella susurró en el oído de su lobo:

—¡Ya va a ver este, Perro!

* * *

En lugar de dirigirse directamente a casa, se detuvo en el Templo de Clio al borde de Circle Park. Allí, en la perfumada oscuridad, se calmó y trató de pensar en los siguientes pasos que iba a dar.

Desde que Nikolas Quirke había sido declarado dios, la mayor parte de los londinenses habían dejado de dedicar muchos de sus pensamientos a los dioses y diosas más antiguos, así que Katherine tenía todo el templo para ella sola. Le gustaba Clio, que había sido la diosa de su madre allá en Puerto Ángeles y cuya estatua se parecía un poco a mamá también, con sus amables ojos oscuros y su paciente sonrisa. Recordaba lo que mamá le había enseñado sobre cómo la pobre diosa estaba siendo empujada en un constante retroceso hacia el futuro por la tormenta del progreso, pero también sobre cómo podría regresar algunas veces e inspirar a la gente para que cambiase todo el curso de la historia. Mirando ahora hacia el suave rostro de la estatua, dijo:

—¿Qué debo hacer, Clio? ¿Cómo puedo ayudar a Padre si el alcalde no me quiere decir nada?

Ella no esperaba realmente una respuesta, y ninguna se produjo. Así que rezó una rápida oración por Padre y otra por el pobre Tom Natsworthy, hizo sus ofrendas y salió del templo.

No fue hasta la mitad del trayecto hacia Clio House cuando le sobrevino la idea, un pensamiento tan inesperado que podía haber sido enviado hasta ella por la propia diosa. Recordaba ahora Katherine cómo, mientras avanzaba hacia los toboganes de la

basura la noche en que Tom cayó, ella se había cruzado con alguien que iba en la dirección contraria: un joven aprendiz de ingeniero, con un aspecto tan pálido y una expresión tan patética que estaba segura de que él había presenciado lo que había sucedido.

Apretó el paso hacia casa entre la vegetación del soleado parque. ¡Aquel joven ingeniero debía de tener la respuesta! ¡Tenía que volver a la Entraña y buscarlo allí! ¡Averiguaría lo que estaba sucediendo sin necesidad de la ayuda de aquel perverso viejo, Magnus Crome!

15

Los pantanos de Rustwater

Tom y Hester habían caminado toda la noche, y cuando el pálido e insulso sol salió de detrás de los retazos de la niebla matutina, ellos siguieron caminando, deteniéndose solo de vez en cuando para recuperar el aliento. Este paisaje era completamente distinto del de las llanuras de lodo que habían cruzado unos días antes. Aquí tenían que hacer constantes rodeos para evitar ciénagas y pozas de agua nauseabunda, y aunque a veces daban un traspié y caían a las profundas huellas revestidas de hierba por las que habían circulado las antiguas ciudades-tracción, estaba claro que ninguna ciudad había pasado por allí en muchos años.

—Mira cómo ha crecido la maleza —dijo Hester señalando las rodadas llenas de zarzas y las laderas reverdecidas con arbolillos jóvenes—. Incluso un pequeño semiestático habría cortado estos arbolillos para conseguir combustible.

—Quizá la tierra es aquí demasiado blanda —sugirió Tom mientras se hundía hasta la cintura por vigésima vez en el espeso fango. Trataba de acordarse del enorme mapa del Territorio de Caza que colgaba en el vestíbulo del Museo de Londres y de la gran extensión de terreno pantanoso que se esparcía desde las montañas centrales hasta las costas del mar de Khazak, kilómetros y kilómetros de cañaverales y de estrechos y azules cauces de riachuelos y todos ellos señalados con la leyenda: «No apto para población o ciudad».

—Creo que este debe de ser —dijo Tom— el borde de los pantanos de Aguarroñosa. Lo llaman así porque se supone que el agua está teñida de rojo por el óxido de las ciudades que se han despistado y se han hundido aquí. Solo el alcalde más temerario conduciría a su ciudad hasta estos vericuetos.

—Entonces, Wreyland y Arma Fang nos llevaron mucho más hacia el sur de lo que yo suponía —susurró Hester para su coleto—. Londres debe de estar ya a casi mil quinientos kilómetros de aquí. Me llevará meses poder alcanzarla de nuevo, y Shrike me estará pisando los talones durante todo este tiempo.

—¡Pero tú lo engañaste! —le recordó Tom—. ¡Logramos escapar!

—No permanecerá engañado mucho tiempo —respondió ella—. Pronto recuperará nuestra pista de nuevo. ¿Por qué crees que es un cazador al acecho, un stalker?

* * *

Ella continuó guiándolo a medida que avanzaban, llevándolo por las colinas, atravesando cenagales y cruzando valles donde el aire se veía jaspeado por enjambres de moscas que zumbaban y picaban sin tregua. Los dos acabaron agotados y con muy malas pulgas. En cierta ocasión, Tom sugirió a Hester que se sentaran a descansar un rato y ella le contestó áspera:

—Tú haz lo que quieras. ¿A mí qué me importa?

Después de eso, la siguió en silencio, muy enfadado con ella, naturalmente. ¡Qué muchacha más horrible, fea, perversa y autocompasiva era! Después de todo lo que habían pasado juntos y la forma en que él la había ayudado en la Región Exterior, aún estaba dispuesta a abandonarlo. Deseaba que Shrike la hubiera capturado y que hubiesen sido la señorita Fang o Khora con los que él escapara. Ellos sí que le habrían permitido que descansase sus doloridos pies…

Pero sí que estaba contento con Hester cuando se cernió sobre ellos la oscuridad, cuando espesos conglomerados de niebla salieron de los pantanos como si fueran los fantasmas de los mamuts y el mínimo crujido de aquella broza sonaba como la pisada de un stalker. La muchacha encontró un lugar para que pasaran la noche, en el cobijo de unos árboles raquíticos, y después, cuando el agudo grito de un búho que había salido de caza interrumpió su inquieto sueño, la encontró sentada haciendo guardia a su lado, como una gárgola amistosa. «Todo está bien», le dijo ella. Y al cabo de unos instantes, en uno de aquellos repentinos arranques de ternura que él había ya notado antes, dijo:

—Los echo de menos, Tom. A mi padre y a mi madre.

—Ya lo sé —respondió él—. A mí me pasa lo mismo con los míos.

—¿No tienes familia en Londres?

—No.

—¿Ni amigos? —Él se quedó pensativo un instante.

—En realidad, no.

—¿Quién era aquella chica? —preguntó ella al cabo de unos segundos.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En las Entrañas, aquella noche, contigo y con Valentine.

—Aquella era Katherine —respondió él—. Es… Bueno, es la hija de Valentine.

Hester asintió con la cabeza.

—Es bonita —dijo.

Tras aquello, Tom durmió con mayor tranquilidad, soñando que Katherine venía a rescatarlos en una nave, llevándolos de regreso a la luz de cristal por encima de las nubes. Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba amaneciendo y Hester lo sacudía para que despertase.

—¡Escucha!

Él escuchó y oyó un ruido que no era el sonido de los árboles o del agua.

—¿Es una ciudad? —preguntó esperanzado.

—No… —Hester inclinó la cabeza hacia un lado para analizar mejor el sonido—.

Es una aeromáquina Rotwang…

El sonido se hizo mayor, acercándose desde las alturas. Allá arriba, la neblina arremolinada de una nave exploradora de Londres titilaba en el aire.

Se quedaron inmóviles, esperando que la húmeda jaula negra que formaban las ramas encima de sus cabezas los escondiera. El gruñido del motor se fue desvaneciendo y luego resurgió de nuevo, como en círculos.

—Shrike puede vernos —susurró Hester mirando hacia la impenetrable niebla blanca—. Le puedo sentir observándonos…

—No, no —insistió Tom—. Si nosotros no podemos ver la nave, ¿cómo puede él vernos a nosotros? Va contra toda lógica…

* * *

Pero por encima de sus cabezas, allá en lo alto, el Hombre Resucitado acopla sus ojos al ultrarrojo, pone en funcionamiento sus sensores de calor y ve dos brillantes formas humanas recortándose entre el suave y estático gris de los árboles.

—«ACÉRCAME MÁS» —ordena.

—Si puedes verlos ahora tan claramente —refunfuña el piloto de la nave—, es una pena que no pudieras distinguir que aquel maldito globo estaba vacío antes de que nos fuéramos en su persecución por la mitad del Territorio de Caza.

Shrike no dice nada. ¿Por qué tiene él que dar ninguna explicación a este quejumbroso ser nacido solo una vez? Él ya había visto que el globo estaba vacío tan pronto como empezó a meterse entre las nubes, pero había decidido guardarse la información para sí mismo. Estaba encantado con la rápida forma de pensar de Hester Shaw y había decidido dejarla vivir unas horas más como recompensa, mientras que su ingenieroaviador, tan poco dotado intelectualmente, perseguía a su globo vacío.

Ajusta de nuevo sus ojos a las funciones normales. Dará caza a Hester de la forma difícil, utilizando el olfato, el oído y la visión ordinaria. Trae a su cabeza un recuerdo de su rostro y lo mantiene girando en su mente mientras la nave realiza su inmersión hacia la niebla de abajo.

* * *

—¡Corre! —dijo Hester.

La nave asomó entre la blancura unos kilómetros más allá, dejándose caer al suelo con los rotores batiendo la niebla como si se tratara de batir huevos. Ella tiró de Tom para sacarlo de ese escondrijo ya inútil y correr por aquel suelo resbaladizo sembrado de raíces de árboles. Blancas manchas de agua salpicaban a cada paso y un

fango negro gorgoteaba al metérseles en las botas. Corrían a ciegas, hasta que Hester llegó a pararse de una forma tan brusca que Tom chocó con ella desde atrás y ambos cayeron al suelo.

Se habían movido dibujando un círculo. La nave se alzaba justo delante de ellos y una forma gigante les impedía el paso. Dos rayos de pálida luz verde les apuntaban como puñales, redibujando en su trayecto unas gotitas de agua danzarinas en suspensión.

—HESTER —rechinó una voz metálica.

Hester buscó a tientas algo que le pudiera servir de arma y agarró un nudoso garrote de madera vieja.

—¡No te acerques, Shrike! —le avisó—. ¡Te machacaré esos preciosos ojos verdes que tienes! ¡Te sacaré los sesos de un golpe!

—¡Vamos! —chilló Tom, agarrándola del abrigo y tratando de llevársela de allí.

—¿Adónde? —preguntó Hester, arriesgando una rápida mirada hacia atrás, donde él estaba. Ajustó sus manos al garrote y se mantuvo firme en su terreno a medida que Shrike continuaba su acecho.

—LO HAS HECHO MUY BIEN, HESTER, PERO LA CAZA HA TERMINADO.

El stalker se movía cuidadosamente por el terreno húmedo. Cada vez que ponía en el suelo su pie metálico, una espiral de vapor surgía de allí silbando. Elevó las manos e inmediatamente asomaron de ellas unas cuchillas metálicas como si fueran garras.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre Londres, Shrike? —le gritó Hester con tono enfadado—. ¿Cómo has llegado a convertirte en el ser que le hace los trabajitos raros a Crome?

—TÚ ME LLEVASTE A LONDRES, HESTER. —Hizo una pausa, y su rostro muerto se ensanchó en una sonrisa de acero—. YO SABÍA QUE TÚ IRÍAS ALLÍ; Y VENDÍ MI COLECCIÓN, Y ALQUILÉ UNA NAVE DE FORMA QUE CONSIGUIESE LLEGAR ALLÍ ANTES QUE TÚ.

—¿Vendiste tu colección de relojería? —la voz de Hester parecía atónita—. Shrike, si tenías tantos deseos de que volviera, ¿por qué no te limitaste a seguirme y a capturarme?

—DECIDÍ DEJAR QUE CRUZARAS TÚ SOLA EL TERRITORIO DE CAZA —dijo Shrike—. ERA UNA PRUEBA.

—¿La superé?

Shrike la ignoró.

—CUANDO LLEGUÉ A LONDRES FUI CONDUCIDO DIRECTAMENTE AL INGENIERIUM, TAL COMO ESPERABA. ALLÍ PASÉ DIECIOCHO MESES AGUARDANDO A QUE LLEGASES. LOS INGENIEROS ME DESPIEZARON Y ME RECOMPUSIERON UNA DECENA DE VECES. PERO MERECIÓ LA PENA. HICE UN TRATO CON MAGNUS CROME. ÉL ME HA PROMETIDO EL GRAN DESEO DE MI CORAZÓN.

—Qué bien —dijo Hester débilmente, preguntándose qué diablos era lo que él

estaba diciendo.

—PERO ANTES, TÚ DEBES MORIR.

—Pero Shrike, ¿por qué?

La respuesta quedó ahogada por un espeso y gorjeante zumbido que hizo que Tom se preguntara si la nave del stalker estaba a punto de despegar sin él. Levantó la vista hacia ella. Aún mantenía la misma posición que antes, pero el tranquilo ronroneo de las hélices había quedado enmascarado por un nuevo ruido, un rugido de bielas haciendo su recorrido que iba subiendo en intensidad a cada segundo. Hasta el propio Shrike parecía turbado: sus ojos vacilaron e inclinó la cabeza a un lado, para escuchar mejor. Por debajo, el suelo empezó a temblar.

Al otro lado de la niebla y por detrás del stalker se elevaba una pared de barro y agua que se curvaba en la cima, cubierta de espuma blanca. Detrás había una ciudad, una población muy pequeña y como las de la vieja usanza, que se movía sobre ocho gruesas ruedas. Hester se revolvió hacia atrás, y Shrike vio el aspecto de su rostro y giró su cuerpo para ver qué era lo que lo había causado. Tom saltó hacia un lado, agarrando a la muchacha por el cogote, y la lanzó a una distancia segura. La nave intentaba salirse de allí, pero las ruedas de la ciudad que venía a toda velocidad la alcanzaron y la hicieron pedazos y enterraron sus trozos ardiendo en el barro. Un instante después, oyeron al stalker bramar: «¡HESTER!», mientras la enorme rueda frontal le pasaba por encima y lo aplastaba.

Se abrazaron, rodando y rodando mientras la ciudad bramaba al pasar; convertida en un reverbero de radios y pistones, luz de fuego sobre el metal, minúsculas figuras mirando hacia abajo desde las plataformas de observación, el largo gemido de una sirena repetido por el eco a través de la niebla. Y entonces, de la misma y súbita forma en que había aparecido, ya se había ido. El aire apestaba a humo y a metal caliente.

Se sentaron. Trozos de la nave se extendían a su alrededor, resplandeciendo felizmente al rojo vivo. Donde había estado el stalker, una profunda rodada se llenaba rápidamente de barro negro y centelleante. Algo que podía haber sido una mano de hierro sobresalía de aquel rezumadero y una pálida nube de vapor se elevaba hacia el cielo y, lentamente, se desvanecía en el aire.

—¿Está… muerto? —preguntó Tom con una voz que aún temblaba del susto.

—Le pasó por encima una ciudad —dijo Hester—. Yo no pensaría que se encuentra muy bien…

Tom se preguntaba, tratando de recordar, qué habría querido decir Shrike con lo de «el deseo de su corazón». ¿Por qué habría vendido su preciosa colección para seguir a Hester si todo lo que quería hacer era matarla? Ya no había forma de saberlo.

—¿Y los pobres hombres de esa nave…? —murmuró.

—Fueron enviados para ayudarlo a matarnos, Natsworthy —respondió la chica—. No malgastes tu piedad con ellos.

Se quedaron callados durante un momento mirando hacia la niebla. Y luego dijo

Tom:

—Me pregunto de dónde venía tan deprisa.

—¿Qué quieres decir?

—Esa ciudad —respondió Tom—. Iba a tanta velocidad… Algo debe de estar persiguiéndola…

Hester lo miró y, lentamente, se fue dando cuenta de lo que él quería decir.

—¡Oh, knackers; esos malditos tratantes! —respondió ella.

La segunda ciudad estuvo encima de ellos casi inmediatamente. Era de mayor tamaño que la primera, con grandes ruedas en forma de barril. Sobre sus mandíbulas abiertas algún bromista había dibujado una sonrisa llena de dientes y las palabras «EL COMEDOR FELIZ».

No había tiempo de escapar corriendo de su camino. Hester agarró a Tom esta vez y él la vio gritando algo, pero el alarido del trueno de los motores significaba que le llevaría un rato entender lo que fuera.

—¡Podemos saltar arriba! ¡Haz lo mismo que yo!

La ciudad rodaba por encima de ellos, las ruedas pasaban a los dos lados, así que se sintieron como si fueran hormigas a las que elevaban los surcos de un arado, subidos en una ola de fango que casi los aplastaba contra el estruendoso vientre de metal de encima de sus cabezas. Hester se acuclilló en la cresta de la ola como una surfista mientras Tom se bamboleaba a su lado, esperando que en cualquier momento lo aplastase para siempre un cabrio que pasase o la posibilidad de ser arrojado bajo las ruedas. Hester le estaba gritando de nuevo y señalando algo con la mano. Un tubo de escape pasaba junto a ellos a toda velocidad como una monstruosa serpiente, y al resplandor de la luz de los hornos que salía de las ventanas de desfogue de la parte inferior de la ciudad, Tom divisó la barandilla de una plataforma de mantenimiento. Hester se agarró a ella y se balanceó hacia arriba y Tom se lanzó tras la muchacha. Por un instante, sus manos se agarraron salvajemente a nada; luego apareció un hierro roñoso bajo sus dedos, que casi le arranca los brazos de su cuerpo, y Hester extendió la mano hacia abajo y le agarró con fuerza del cinturón para subirlo a salvo.

Transcurrió mucho tiempo antes de que cesaran las sacudidas y pudieran alzarse sobre sus pies. Los dos tenían un aspecto como si hubieran sido modelados rudamente con el barro de la Región Exterior; el lodo cubría sus ropas, se les pegaba a los cabellos y los recubría la cara. Tom no podía dejar de reírse ante la apretada escapada y ante la enorme sorpresa de encontrarse aún vivo, y Hester se reía con él. Tom nunca la había oído reír antes y jamás se había sentido tan cercano a nadie como se sentía a ella en aquel momento.

—¡Saldremos adelante! —dijo Hester—. ¡Estaremos bien ahora! ¡Vamos arriba y averigüemos a quién le hemos hecho este autoestop!

* * *

Fuera la que fuese la ciudad, era pequeña, casi un suburbio en realidad. Tom se entretenía tratando de averiguar cuál podría ser mientras Hester abría la cerradura de una escotilla y le subía por una caja de escalera de paredes oxidadas que soltaba vapor caliente procedente de los motores. Pensó que tenía cierto parecido con Crawley o Purley Spokes, los suburbios que Londres había construido allá en los buenos viejos tiempos, cuando había tanta caza que las grandes ciudades podían permitirse construir pequeñas ciudades satélites. Si así fuera, seguro que tendría sus propias aeronaves mercantes, con licencia para comerciar con Londres.

Pero algo todavía le inquietaba allá en el fondo de su mente: «Solo el alcalde más temerario traería esta ciudad aquí…».

¿Por qué diablos estarían Crawley o Purley Spokes persiguiendo a alguna minúscula ciudad por el interior de los terribles pantanos de Rustwater?

Siguieron ascendiendo por la escalera hasta que llegaron a una segunda escotilla. No estaba cerrada con llave y se abrió sin resistencia para dejarlos entrar en la Plataforma Superior. Un frío viento arrastraba la niebla entre los edificios de metal y sacudía las plataformas, bamboleándolas, mientras el suburbio seguía velozmente su camino. Las calles parecían desiertas, pero Tom sabía que las ciudades pequeñas tienen con frecuencia tan solo unos cientos de habitantes. Quizá todos estuvieran ocupados en las salas de máquinas, o esperando dentro, a salvo, hasta que la caza hubiera finalizado.

Pero había algo en ese lugar que no le gustaba; no era realmente el ordenado pequeño suburbio que él habría esperado encontrar. Las plataformas estaban oxidadas y picadas y las miserables casas aparecían empequeñecidas por enormes motores auxiliares que habían sido arrancados de otras ciudades y anclados en esta sin orden ni concierto, unidos a los motores principales del nivel inferior mediante una especie de cuna de gigantescos conductos que se enrollaban alrededor de los edificios y descendían por unos orificios recortados en el suelo de la plataforma. Más allá, donde Tom hubiera esperado hallar parques y plataformas de observación, una maraña de troneras y de empalizadas de madera formaban un anillo alrededor del suburbio.

Hester le advirtió por señas que no hiciera ruido y lo llevó hacia la brumosa popa, donde pudo ver un edificio más alto que los demás que debía de ser el Ayuntamiento. A medida que se fueron acercando, empezaron a distinguir un cartel colocado sobre la entrada en el que se podía leer:

Bienvenidos a
TUNBRIDGE WHEELS
Población: 500 467 212
¡Y aún subiendo!

Las cifras 500 y 467 aparecían tachadas y solo quedaba nítida la que señalaba

212. Sobre el cartel ondeaba una bandera blanca y negra: un cráneo con una mueca sonriente y dos tibias cruzadas.

¡Por el Gran Quirke! —acertó a decir Tom como en un suspiro—. ¡Es un suburbio pirata!

Y de repente, de las brumosas calles laterales que los rodeaban comenzaron a surgir hombres y mujeres tan miserables como la ciudad, delgados y duros, mostrando unas feroces miradas y llevando encima las armas de fuego más grandes que había visto en su vida.

* * *

Mientras el suburbio pirata sigue su curso veloz, el silencio regresa al Rustwater, roto únicamente por los sonidos de pequeñas criaturas que se mueven en los cañaverales. Luego, el limo de uno de los profundos surcos dejados por las ruedas borbotea y se eleva y vomita los convulsos restos de Shrike.

Ha sido enterrado muy abajo en el barro, como si se tratara de una clavija de una tienda de campaña, molido, retorcido y aplastado. Su brazo izquierdo cuelga de unos deshilachados cables; su pierna derecha no tiene movimiento. Uno de sus ojos se muestra oscuro y ciego y la visión del otro es borrosa, de forma que tiene que mantener la cabeza moviéndose constantemente para aclarar su vista. Trozos de su memoria han desaparecido, pero otros surgen de forma espontánea. A medida que avanza con dificultad para salir de las rodadas del suburbio, recuerda las lejanas guerras para las que fue construido. En la Colina 20, los Rifles de Tesla crepitaban como relámpagos helados, envolviéndolo en fuego hasta que su carne empezó a freírse sobre sus huesos de acero. Pero sobrevivió. Es el último de la Brigada Lázaro y siempre sobrevive. Tiene que suceder algo mucho más fuerte que ser atropellado por un par de ciudades para acabar con Shrike.

Poco a poco, lentamente, va abriéndose camino con sus garras hacia terreno más firme, y olfatea y explora y barre con la vista el territorio hasta que está seguro de que Hester escapó viva. Se siente muy orgulloso de ella. ¡El deseo de su corazón! Pronto volverá a encontrarla y entonces ese será el fin de la soledad de su vida interminable.

El suburbio ha dejado profundos surcos por todo el paisaje. Será fácil seguirle la pista, incluso con su pierna arrastrando inútilmente, incluso con un ojo perdido y con su mente fallando. El stalker echa su cabeza hacia atrás y brama su grito de caza en los pantanos vacíos.

16

Los tanques de excrementos

Londres seguía trasladándose, día tras día, triturando el terreno que atravesaba a lo largo de aquel continente conocido antiguamente como Europa, de la misma forma que si más adelante hubiese algún premio fantástico en su carrera. Pero todo lo que los vigías habían divisado desde que la ciudad se comió a Salthook fueron unas pocas ciudades basureras minúsculas, y Magnus Crome ni siquiera alteraría el rumbo para capturarlas. La gente empezaba a mostrarse inquieta, preguntándose los unos a los otros en voz baja a qué creía el alcalde que estaba jugando. Se suponía que Londres no iría nunca tan lejos, tan rápido. Había rumores de escasez de comida, y el calor de los motores se extendía por las plataformas de tal modo que se decía que se podía freír un huevo en el suelo del Nivel Seis.

Abajo, en las Entrañas, el calor era asombroso, y cuando Katherine descendió del elevador en Tartarus Row sintió como si hubiese estado caminando por un horno. Nunca se había adentrado tanto en las Entrañas y durante un rato se mantuvo parpadeando con sorpresa en las escaleras de la terminal del elevador, aturdida por el ruido y la oscuridad. Arriba, en el Nivel Uno, había dejado el sol brillando sobre Circle Park y un fresco viento moviendo los rosales; aquí abajo, brigadas de hombres corrían de un lado a otro, los cláxones sonaban constantemente y los enormes tanques alimentadores de combustible se afanaban al pasar a su lado camino de los hornos.

Por un momento le apeteció marcharse a casa, pero sabía que tenía que hacer aquello que había venido a hacer, por Padre. Respiró profundamente y salió a la calle.

No se parecía nada al Alto Londres. Nadie conocía su cara aquí abajo; la gente que pasaba se mostraba arisca cuando ella le preguntaba por alguna dirección y los trabajadores que no estaban trabajando y que descansaban en corros en las aceras la silbaban al pasar y le gritaban: «¡Hola, preciosa! ¿De dónde has sacado ese sombrero?».

Un fornido capataz la apartó a un lado para que no estorbase el paso de un grupo de convictos encadenados con grilletes. Desde altares y hornacinas bajo los conductos del combustible miraban suspicaces y de soslayo estatuas de Sooty Pete, el dios jorobado de las salas de máquinas y de las chimeneas. Katherine levantó la barbilla y sujetó con mayor atención la correa de Perro, contenta de que estuviera allí para protegerla.

Pero sabía que este era el único lugar donde podía esperar encontrar la verdad. Con Padre fuera y Tom desaparecido o muerto, y Magnus Crome sin querer hablar, ya no quedaba más que una sola persona en Londres que podía conocer el secreto de

la muchacha de las cicatrices.

Había resultado una dura labor encontrarla, pero, por suerte, el personal del archivo del Gremio de Salvamentos, Fogoneros, Recauchutadores y Operarios Asociados de las Entrañas se mostraron encantadísimos de complacer a la hija de Thaddeus Valentine. Si había un aprendiz de ingeniero cerca de los toboganes de la basura aquella noche, dijeron, tenía que haber estado supervisando a los trabajadores convictos, y si había estado supervisando convictos, tenía que haber venido de la prisión experimental de los ingenieros de la Entraña Profunda. Unas pocas preguntas más y un pequeño soborno a un capataz de las Entrañas y la muchacha consiguió un nombre: aprendiz de ingeniero Pod.

Y ahora, casi una semana después de la reunión con el alcalde, iba camino de poder hablar con él.

* * *

La prisión de la Entraña Profunda era un complejo de edificios del tamaño de una pequeña ciudad que se arracimaba alrededor de la base de un gigantesco pilar. Katherine siguió las señales que indicaban la situación del bloque de administración, un edificio esférico de metal elevado sobre unos caballetes veteados de óxido y que giraba lentamente, de forma que los supervisores pudieran dirigir la vista hacia abajo desde sus ventanas y vigilar los bloques de celdas y los patios de ejercicio y las granjas de bancos de algas que se extendían sin fin a su alrededor. En el vestíbulo de entrada, la luz de neón iluminaba metros y metros de blanco metal. Un ingeniero llegó casi sin ser notado hasta Katherine en cuanto ella puso el pie dentro.

—No se permiten perros —dijo.

—No es un perro, es un lobo —replicó Katherine con su sonrisa más dulce, y el hombre dio un salto atrás mientras Perro le olisqueaba la túnica de goma.

Mostraba un aspecto estirado, con unos delgados labios fruncidos y restos de eccema en su cabeza calva. La placa de su túnica decía: «Supervisor de las Entrañas Nimmo». Katherine le sonrió y, antes de que pudiera oponer ninguna otra objeción, le mostró su pase de oro y le dijo:

—Estoy aquí haciendo un recado de mi padre, el Historiador Jefe. Tengo que ver a uno de sus aprendices, un muchacho llamado Pod.

El supervisor Nimmo comenzó a parpadear nervioso y dijo:

—Pero… Pero…

—Vengo derecha de la oficina de Magnus Crome —mintió Katherine—. Llame a su secretaria si desea comprobarlo…

—No, estoy seguro de que todo está bien… —barbulló Nimmo.

Nunca nadie ajeno al gremio había deseado entrevistar a un aprendiz antes, y

aquello no le gustaba. Posiblemente, había alguna regla en contra, pero no quería discutir con alguien que conocía al lord mayor. Le pidió a Katherine que esperara y se escabulló, desapareciendo tras las paredes de cristal de una oficina situada al otro extremo del vestíbulo.

Katherine esperó, dando golpecitos en la cabeza de Perro y sonriendo cortés a los viandantes calvos vestidos de blanco que por allí pasaban. Pronto Nimmo estuvo de vuelta.

—He localizado al aprendiz Pod —anunció—. Ha sido transferido a la Sección 60.

—¡Oh, bien hecho, señor Nimmo! —dijo Katherine rebosante de alegría—. ¿Le puede mandar llamar?

—Naturalmente que no —le replicó el ingeniero, que no estaba seguro de si le gustaba recibir órdenes de una simple hija de historiador. Pero si ella quería ver la Sección 60, él la conduciría allí.

—Sígame —dijo, dirigiéndose a un pequeño elevador—. La Sección 60 está en el nivel inferior.

El nivel inferior era donde Londres tenía su fontanería. Katherine había leído algo sobre ello en sus libros escolares, así que estaba preparada para el largo descenso, pero nada podía haberla preparado para el olor. Le golpeó en el rostro en cuanto el ascensor alcanzó el fondo y la puerta se abrió. Era como traspasar un muro de aguas fecales.

—Esta es la Sección 60, una de las unidades de trabajo experimentales más interesantes —dijo Nimmo, que no parecía sentir el olor—. Los convictos asignados a este sector están ayudando a desarrollar unas interesantísimas formas nuevas de reciclar los desperdicios de la ciudad.

Katherine alargó el paso y se acercó con fuerza el pañuelo a la nariz. Se hallaba en un enorme espacio débilmente iluminado. Delante de ella se encontraban tres tanques, cada uno de tamaño mayor que la Clio House con todos sus jardines incluidos. Una porquería hedionda de color entre amarillo y marrón se escurría hacia los tanques desde un manojo de tubos que llegaban hasta el bajo techo, y la gente, vestida con bastos monos grises, estaba trabajando allí, metidos todos hasta el pecho, desespumando la superficie con rastrillos de largos mangos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Katherine—. ¿Qué es esa cosa?

—Detritus, señorita Valentine —dijo Nimmo con una voz que sonaba muy orgullosa—. Efluvios. Deyecciones. Residuos nutricionales humanos.

—¿Quiere decir… caca? —dijo Katherine consternada.

—Gracias, señorita Valentine. Quizá era esa la palabra que estaba yo buscando —le lanzó Nimmo con una mirada feroz—. No hay nada asqueroso en ello, se lo aseguro. Todos nosotros…, ah…, utilizamos el cuarto de baño de vez en cuando. Bien, pues ahora ya sabe dónde termina su…, humm…, caca. «Si no desperdicias, no necesitarás»; es el lema de los ingenieros, señorita. Los excrementos humanos

adecuadamente tratados se convierten en un combustible muy útil para los motores de nuestra ciudad. Y estamos experimentando con formas de convertirlo en un refrigerio sabroso y nutritivo. Alimentamos a nuestros prisioneros con tan solo eso. Desgraciadamente, siguen muriéndose. Pero esto es únicamente un revés temporal, estoy seguro.

Katherine se dirigió a las proximidades del tanque más cercano.

—¡He bajado a la Región de las Sombras! —pensó—. ¡Oh, Clio! ¡Este es el reino de los muertos!

Pero ni siquiera la Región de las Sombras podía ser tan terrible como este lugar. Aquella pasta líquida se estaba lavando y cribando, golpeando contra los bordes de los tanques a medida que Londres rodaba por una región de escarpadas colinas. Las moscas zumbaban en espesas nubes bajo el techo abovedado y se posaban en las caras y los cuerpos de los trabajadores. Sus afeitadas cabezas brillaban en la tenue media luz, con los rostros inmóviles y las miradas vacías mientras retiraban la espesa corteza de la superficie y la transferían a contenedores que otros convictos se llevaban sobre raíles situados a los costados del tanque. Aprendices de ingeniero de rostro sombrío supervisaban, con unos bastones largos y negros en la mano. Solo Perro parecía sentirse feliz; tiraba de la correa moviendo la cola y de vez en cuando se quedaba mirando a Katherine como para agradecerle que le hubiera traído a aquel sitio de olores tan interesantes.

Peleó con las náuseas tragando saliva para que la comida no se le viniera a la boca y se volvió hacia Nimmo:

—¡Qué pobre gente! ¿Quiénes son?

—Oh, no se preocupe por ellos —dijo el supervisor—. Son convictos. Criminales. Lo merecen.

—¿Qué han hecho?

—Oh, esto y aquello; hay de todo. Robos. Evasión de impuestos. Criticar al lord mayor… Están muy bien tratados, considerando las circunstancias. Y ahora, veamos si podemos encontrar al aprendiz Pod…

Mientras él hablaba, Katherine había estado observando el tanque más cercano. Uno de los hombres que trabajaba en él había dejado de moverse y había abandonado su rastrillo, sujetándose la cabeza como si le hubiera sobrevenido un mareo. También ahora una aprendiza se había dado cuenta de ello y, encaramándose al borde del tanque, le dio un puntazo con su bastón. Chispas azules saltaron donde el bastón le había tocado, y él se agitó al recibir la sacudida y profirió un alarido y forcejeó torpemente como un caballo empantanado para hundirse finalmente bajo la vomitiva superficie. Otros prisioneros se quedaron mirando fijamente hacia el lugar donde su compañero se había hundido, demasiado asustados para acudir en su ayuda.

—¡Haced algo! —gritó Katherine jadeante, volviéndose hacia Nimmo, que parecía no haberse dado cuenta de nada.

Otro aprendiz vino corriendo por el borde del tanque, gritando a los prisioneros

de abajo que ayudaran a su camarada. Dos o tres de ellos lograron subirlo a la superficie y el nuevo aprendiz se inclinó hacia el tanque y lo levantó para sacarlo fuera, poniéndose perdido de porquería en el proceso. Llevaba puesta una pequeña máscara de gasa, como muchos de los guardas, pero Katherine estaba segura de haberlo reconocido y a su lado oyó a Nimmo refunfuñar: «¡Pod!».

Se fueron deprisa hacia él. El aprendiz Pod había subido al convicto medio ahogado hasta la pasarela metálica de entre los tanques y estaba tratando de quitarle aquella pasta líquida de la cara con agua de un depósito cercano. La otra persona, la aprendiza que había tocado con el bastón al pobre hombre la primera vez, lo estaba mirando con una expresión de repugnancia.

—¡Estás gastando agua otra vez, Pod! —dijo mientras Katherine y Nimmo corrían hacia arriba.

—¿Qué está pasando ahí, aprendices? —preguntó Nimmo enfadado.

—Este hombre estaba aflojando en su tarea —dijo la muchacha—. Y yo traté de que volviera a su trabajo un poco más rápidamente.

—¡Tiene fiebre! —dijo el aprendiz Pod mirando con aspecto quejumbroso, cubierto de aquella inmundicia maloliente—. No hay que extrañarse de que no pudiera trabajar.

Katherine se arrodilló junto a él y él se dio cuenta de su presencia por primera vez, y sus ojos se abrieron con la sorpresa. Ya había conseguido lavar casi todo aquel detritus de la cara del hombre y ella extendió su mano y la puso sobre la húmeda frente del enfermo. Incluso para los niveles de la Entraña Profunda estaba caliente.

—Está realmente enfermo —dijo Katherine levantando la vista hacia Nimmo—. Está ardiendo. Debería estar en el hospital…

—¿Hospital? —replicó Nimmo—. No tenemos hospital aquí abajo. Estos son prisioneros, señorita Valentine. Criminales. No requieren cuidados médicos.

—Este será pronto otro caso para la División K —observó la aprendiza.

—¡Cállate! —le siseó Nimmo.

—¿Qué quiere decir ella con lo de la División K? —preguntó Katherine.

Nimmo no contestó. El aprendiz Pod la estaba mirando directamente a la cara y ella creyó ver lágrimas que le corrían por las mejillas, aunque también podían ser gotas de sudor. La muchacha volvió la vista hacia el convicto, que aparentaba haber caído en una especie de somnolencia. El puente de metal parecía terriblemente duro, y en un impulso repentino, Katherine se quitó su sombrero, lo dobló y lo puso bajo la cabeza del prisionero como una almohada.

—¡Él no debería estar aquí! —dijo ella en tono de enfado—. ¡Está demasiado débil para trabajar en vuestros horribles tanques!

—Es asombroso —asintió Nimmo—. La clase de prisioneros que nos están enviando últimamente están todos demasiado débiles. Si el Gremio de Mercaderes hiciera un poco más de esfuerzo para resolver la escasez de alimentos, estarían un poco más sanos; o si los navegantes se desperezaran de una vez y siguieran la pista de

alguna presa decente… Pero creo que ya ha visto bastante, señorita Valentine. Tenga la bondad de preguntar al aprendiz Pod lo que sea que su padre desea saber, y yo la acompañaré a los ascensores.

Katherine se volvió hacia Pod. Él ya se había quitado la máscara y era inesperadamente guapo, con unos ojos grandes y oscuros y una boca pequeña y perfecta. La muchacha se le quedó mirando con interés durante unos instantes, sintiéndose estúpida. Aquí estaba, siendo tan valiente, tratando de ayudar a este pobre hombre, y ella le estaba molestando con algo que, de repente, parecía completamente trivial ahora.

—Es la señorita Valentine; ¿señorita, no? —dijo nervioso, mientras Perro se colocaba al otro lado para olisquear los dedos del hombre enfermo.

Katherine asintió.

—Te vi en las Entrañas la otra noche, cuando devoramos a Salthook —dijo—. Debajo de los toboganes de la basura. Creo que viste a la muchacha que trató de matar a mi padre. ¿Me podrías decir todo lo que recuerdas?

El muchacho se la quedó mirando, fascinado por los largos mechones de pelo que le caían por la cara ahora que ya no llevaba el sombrero. Luego, sus ojos cambiaron de dirección para mirar a Nimmo.

—Yo no vi nada, señorita —dijo—. Quiero decir que oí gritos y corrí por si podía ayudar en algo, pero con todo el humo y eso…, yo no vi a nadie.

—¿Estás seguro? —insistió Katherine—. Podía ser terriblemente importante.

El aprendiz Pod negó con la cabeza y rehuyó la mirada de la muchacha.

—Lo siento…

El hombre de la pasarela se agitó de repente y dio un gran suspiro, y todos dirigieron la vista hacia él. Le llevó a Katherine tan solo un momento comprender que había muerto.

—¿Ves? —dijo la aprendiza de forma autosuficiente y relamida—. Ya te dije que era para la División K.

Nimmo estaba dando golpecitos sobre el cuerpo con la punta de su bota para cerciorarse.

—Llévatelo, aprendiz.

Katherine se estremeció. Quería gritar, pero no podía. ¡Si pudiera hacer cualquier cosa para ayudar a aquella pobre gente!

—Voy a contarle a mi padre todo esto cuando llegue a casa —se prometió—. Y cuando se entere de lo que está pasando en este horrible lugar…

Deseó no haber bajado allí nunca. A su lado, oyó a Pod decir de nuevo: «Lo siento, señorita Valentine», y ella no estaba segura de si él lo sentía porque no podía ayudarla o lo sentía por ella porque había conocido la verdad de cómo era la vida bajo Londres.

Nimmo se estaba poniendo nervioso.

—Señorita Valentine, insisto en que debe usted marcharse. No debería estar aquí.

Su padre tendría que haber enviado a un oficial miembro de su gremio si tenía asuntos con este aprendiz. ¿Qué esperaba él saber del muchacho, de todas formas?

—Ya voy —dijo Katherine, e hizo lo único que podía por el convicto muerto: se acercó a él y suavemente le cerró los ojos.

—Lo siento —musitó el aprendiz mientras la dejaba pasar hacia la salida.

17

El suburbio pirata

Tarde ya aquella noche y bien dentro de los pantanos de Rustwater, Tunbridge Wheels alcanzó finalmente a su presa. La exhausta y pequeña población había cometido el error de caerse en un sumidero de aguas sucias y el suburbio la golpeó de costado sin molestarse en aminorar su atronadora velocidad. El impacto hizo pedazos la pequeña población y las astillas empezaron a caer como lluvia sobre las calles del suburbio mientras se detenía, giraba en redondo y se volvía a toda velocidad para tragarse los restos.

—¡Comidas sobre ruedas! —aullaron los piratas.

Desde su jaula en las entrañas del suburbio, Tom y Hester observaban horrorizados cómo los motores de desmantelamiento se ponían a trabajar, desmenuzando la pequeña población hasta reducirla a montones de chatarra sin tan siquiera preocuparse por permitir escapar a los supervivientes. Los pocos que consiguieron salir tambaleándose fueron capturados por los piratas que los esperaban. Si eran jóvenes y aprovechables, se los depositaba en otras pequeñas jaulas como aquella en la que Tom y Hester habían sido hechos prisioneros. Si no, eran sacrificados allí mismo, y sus cuerpos, añadidos al montón de basura situado en el borde del patio de digestión.

—¡Oh, gran Quirke! —murmuró Tom—. ¡Esto es horrible! Están rompiendo todas las reglas del Darwinismo Municipal…

—Es un suburbio pirata, Natsworthy —le dijo Hester—. ¿Qué esperabas? Reducen a pedazos su presa tan rápido como pueden y convierten en esclavos a los cautivos para que trabajen en sus salas de máquinas. No malgastan comida ni espacio con gente que sea demasiado débil para trabajar. No es muy diferente de lo que practica tu refinado Londres. Al menos estos tienen la honradez de llamarse a sí mismos piratas.

El destello de una túnica carmesí allá en los patios de digestión llamó la atención de Tom. El alcalde del suburbio pirata había bajado a echar un vistazo a su última captura y se pavoneaba por la pasarela que recorría las celdas, rodeado de su guardia personal. Era un hombre extremadamente pequeño, encorvado y cargado de hombros, con una cabeza calva y un cuello larguirucho que sobresalía del collarín de piel de gato de su túnica. No tenía un aspecto demasiado amistoso.

—¡Se parece más a un buitre carcomido que a un alcalde! —murmuró Tom, tirando de la manga de Hester y señalándolo con el dedo—. ¿Qué crees que hará con nosotros?

Ella se encogió de hombros, dirigiendo la mirada hacia el grupo que se aproximaba.

—Nos arrojarán a las salas de máquinas, supongo… —Pero la muchacha se calló de repente, mirando al alcalde como si este fuera la cosa más sorprendente que hubiera visto en su vida. Empujando a Tom con el hombro, apretó su cara contra los barrotes de la jaula y comenzó a gritar:

—¡Peavey! —vociferó, estirándose para hacerse oír sobre el atronador ruido de la Entraña—. ¡Peavey! ¡Aquí!

—¿Lo conoces? —preguntó Tom, confuso—. ¿Es un amigo? ¿Es de fiar?

—Yo no tengo amigos —le espetó Hester— y él no es de fiar; es un animal asesino e inmisericorde y yo lo he visto matar a gente únicamente por mirarlo con una expresión divertida. Así que esperemos que la captura le haya puesto de buen humor. ¡Peavey! ¡Aquí! ¡Soy yo! ¡Hester Shaw!

Aquel animal inmisericorde y asesino se volvió hacia la jaula donde se encontraban ellos y frunció el ceño con expresión amenazadora.

—Se llama Chrysler Peavey —trató de explicar Hester roncamente—. Paró un par de veces en Strole para comerciar cuando yo vivía allí con Shrike. Era alcalde de otra pequeña población basurera. Solo los dioses saben cómo consiguió un suburbio ratero como este… Y ahora calla. ¡Y déjame que lleve yo la conversación!

Tom estudió a Chrysler Peavey mientras se acercaba cautelosamente para escudriñar a los cautivos, con los sicarios arracimados detrás. Su figura no era nada que mereciese la pena mirar. Su tosco cráneo reflejaba los brillos de los hornos y el sudor que le surgía de allí formaba pálidos surcos en la mugre de su cara. Como si fuera para compensar lo de su cabeza calva, tenía pelo casi por todas las demás partes de su persona. Una mugrienta y desordenada pelusa blanca salía de su barbilla, espesos mechones de pelo le brotaban de las orejas y de la nariz, y un par de enormes y pobladas cejas serpenteaban sobre sus ojos. Una pulida cadena representativa de su rango le colgaba del cuello y sobre uno de sus hombros se posaba un mono escuchimizado.

—¿Quiénes son? —dijo.

—Un par de autoestopistas, jefe; quiero decir, Su Señoría —dijo uno de sus guardias, una mujer cuyo pelo había sido trenzado y cubierto de laca para formar dos largos cuernos curvos.

—Subieron a bordo en medio de la persecución, Su Señoría —añadió otro, el hombre que había supervisado la captura de los recién llegados. Y le mostró a Peavey el abrigo que llevaba puesto: el abrigo de aviador forrado de lana que le había quitado a Tom—. Se lo quité a uno de ellos…

Peavey gruñó. Parecía a punto de marcharse, pero Hester siguió haciendo muecas con su estropeada cara y diciéndole:

—¡Peavey! ¡Soy yo! —hasta que se encendió una pequeña chispa de reconocimiento en sus codiciosos ojos negros.

—¡Por el puñetero Hull! —rezongó él—. ¡Es la criatura del hombre de hojalata!

—Tienes muy buen aspecto, Peavey —dijo Hester, y Tom se dio cuenta de que ella no trataba de esconder su rostro de los piratas, como si supiera que no debía dejarles ver ningún signo de debilidad.

—¡Caramba! —exclamó Peavey, mirándola de arriba abajo—. ¡Caramba! ¿Eres tú de verdad? ¡La pequeña ayudante del stalker, ya hecha toda una mujer y más fea que nunca! ¿Dónde está el viejo Shrike entonces?

—Muerto —contestó Hester.

—¿Muerto? ¿Y de qué fue, de fatiga del metal? —Soltó una enorme risotada y los guardias se le unieron obedientemente, hasta que incluso el mono de su hombro empezó a dar alaridos y a hacer ruido con la cadena—. ¡Fatiga del metal! ¿Lo coges?

—¿Y cómo es que diriges Tunbridge Wheels? —preguntó Hester, mientras él aún estaba quitándose las lágrimas de los ojos y terminaba de soltar risitas—. La última vez que oí hablar de este lugar aún era un suburbio respetable. Solía cazar allá arriba, por el norte, al borde de los hielos.

Peavey soltó otra risita, apoyándose en los barrotes.

—Sorprendente, ¿a que sí? —dijo—. Este lugar se comió mi antigua ciudad hace un par de años. Llegó de improviso un día y se la cepilló de repente. Sin embargo, la cosa fue suave. No se percataron de mi existencia ni de la de mis muchachos. Nos escapamos de la Entraña y nos hicimos los amos de todo el lugar. Pusimos al alcalde y al consistorio a trabajar atizando sus propias calderas y nos establecimos en sus confortables hogares y en su elegante ayuntamiento. ¡Y se acabó el trabajo de basurero para mí! Ahora soy un verdadero alcalde. ¡Su Señoría Chrysler Peavey, a su servicio!

Tom se estremeció, imaginando las cosas terribles que debían de haber sucedido aquí cuando Peavey y sus secuaces tomaron el mando, pero Hester asintió con la cabeza como si solo estuviera impresionada.

—¡Felicidades! —dijo—. Es una buena ciudad. Rápida, quiero decir. Bien construida. Pero estás corriendo riesgos. Si tu presa no se hubiera detenido donde lo hizo, habrías caído derecho en el corazón del Rustwater y te habrías hundido como una piedra.

Peavey hizo un gesto con la mano como apartando aquel aviso, aquella idea de su cabeza.

—No Tunbridge Wheels, cariño. Este suburbio está especializado. Los cenagales y los pantanos no nos molestan. Hay ciudades gordas escondidas en estas ciénagas y presas más gordas donde estoy planeando ir después.

Hester asintió.

—Y entonces, ¿qué tal si nos dejas salir de aquí? —preguntó como si tal cosa—. Con todas esas presas por capturar, podrías probablemente utilizar al máximo a una pareja de buenos y resistentes ayudantes como nosotros.

—¡Ja, ja! —cloqueó Peavey—. Muy bueno, Hettie, pero se te ha acabado la

suerte. Las presas han disminuido mucho estos últimos dos años. Necesito todo el botín y toda la comida que pueda encontrar solo para que los chicos sigan contentos, y no estarán contentos si empiezo a traer nuevas caras a bordo. Especialmente, caras tan horribles como la tuya —bramó de risa otra vez, mirando alrededor para asegurarse de que sus guardias lo acompañaban en las carcajadas. El mono se le subió a la cabeza y se le acuclilló ahí, parloteando.

—¡Pero tú me necesitas, Peavey! —le dijo Hester, olvidándose por completo de Tom en su desesperación—. Yo no soy blanda, soy probablemente más ruda que la mitad de tus mejores chicos. Yo lucharé por un sitio bien arriba, si se presenta la ocasión…

—Bueno, te puedo utilizar, de acuerdo —asintió Peavey—. Pero no «bien arriba». Es en la sala de máquinas donde necesito ayuda. Lo siento, Hettie —se volvió y le hizo señas a la mujer de los cuernos—: Encadénalos, Maggs, y llévatelos al foso de los esclavos.

Hester se desplomó en el suelo de la jaula, desesperada. Tom le tocó en el hombro, pero ella se encogió sin hacerle ningún caso, irritablemente alejada. Él miró por encima de ella a Peavey, que taconeaba majestuosamente por su patio manchado de sangre y con los piratas avanzando por la jaula con rifles y grilletes. Para su sorpresa, se sentía más enfadado que temeroso. ¡Después de todo lo que ambos habían pasado, se iban a convertir en esclavos al fin y al cabo! ¡No era justo! Antes de enterarse de lo que estaba haciendo se encontraba erguido sobre sus pies y aporreando los grasientos barrotes, y con una extraña y débil voz se oyó a sí mismo gritar: «¡NO!».

Peavey giró sobre sus talones. Sus cejas se elevaban por su escarpada frente como tractores de oruga de montaña.

—¡NO! —gritó Tom otra vez—. Tú la conoces y ella te pidió ayuda. ¡Y tú tenías que ayudarla! ¡No eres más que un cobarde, que te comes pequeñas poblaciones que no pueden escapar, que asesinas al personal y que echas a la gente al foso de los esclavos porque tienes tanto miedo de tus propios hombres que te es imposible ayudar a nadie!

Maggs y los otros guardias levantaron sus armas y miraron a Peavey expectantes, esperando que diese la orden de disparar sobre el impertinente prisionero y hacerlo pedazos. Pero únicamente se quedó de pie inmóvil, mirando fijamente, y a continuación volvió a recorrer lentamente el camino de regreso a la jaula.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Tom dio un paso atrás. Cuando intentó hablar de nuevo, no le vinieron palabras a la boca.

—Tú eres de Londres, ¿a que sí? —dijo Peavey—. ¡Reconocería ese acento en cualquier parte! Y tú no eres de los Burgos Bajos tampoco. ¿De qué nivel procedes?

—De… del Dos —tartamudeó Tom.

—¿Del Nivel Dos? —Peavey miró a su alrededor hacia sus compañeros—.

¿Habéis oído eso? ¡Eso es casi el Alto Londres, eso es! Este tipo es un caballero del Alto Londres. ¿Qué pretendías hacer arrojando a un caballero como este a los calabozos, Maggs?

—Pero tú dijiste… —protestó Maggs.

—Nunca te fijes en lo que DIJE —gritó Peavey—. ¡SÁCALO de ahí!

La mujer de los cuernos empezó a manipular con nerviosismo la cerradura hasta que la puerta quedó abierta y los otros piratas agarraron a Tom y lo sacaron de la jaula. Peavey los apartó a un lado y empezó a quitarle el polvo de la ropa con una especie de ruda suavidad, murmurando:

—¡Esta no es forma de tratar a un caballero! ¡Spanner, devuélvele su abrigo!

—¿Qué? —exclamó gritando el pirata que llevaba puesto el abrigo de Tom—. ¡De eso nada!

Peavey sacó un arma y lo disparó, dejándolo muerto.

—¡Dije que devolvieses su ABRIGO al caballero! —le espetó al cadáver de aspecto asustado, y los otros se apresuraron a quitarle el abrigo y devolvérselo a Tom. Peavey señaló el aún humeante agujero de la bala en el pecho.

—Lo siento por la sangre —dijo completamente en serio—. Estos tipos no tienen educación. Por favor, permíteme disculparme de la forma más humilde por semejante malentendido y darte la bienvenida a mi humilde ciudad. Es un honor tener a un auténtico caballero a bordo por fin, señor. Espero que acepte acompañarme a tomar el té en el ayuntamiento esta tarde…

Tom lo miró asombrado. Acababa de darse cuenta de que no lo iban a matar. El té de la tarde era lo último que él podía esperar en aquellas circunstancias. Pero mientras el alcalde pirata empezaba a llevárselo consigo fuera, Tom se acordó de Hester, aún encogida en el fondo de la jaula.

—¡No puedo dejarla aquí abajo! —dijo.

—¿A quién, a Hettie? —Peavey parecía perplejo.

—Estamos viajando juntos —le explicó Tom—. Ella es mi amiga…

—Hay cantidad de chicas en Tunbridge Wheels —dijo Peavey—. Mucho mejores, con narices y todo eso. Sin ir más lejos, mi maravillosa hija estaría encantada de conocerte…

—No puedo dejar a Hester atrás —dijo Tom de forma tan firme como fue capaz, y el alcalde simplemente asintió con la cabeza e hizo gestos a sus hombres para que abrieran la jaula de nuevo.

* * *

Al principio, Tom pensó que Peavey estaba interesado en lo mismo que la señorita Fang: información acerca de hacia dónde se dirigía Londres y qué era lo que

la había llevado hasta el Territorio de Caza central. Pero aunque el alcalde pirata estaba lleno de preguntas sobre la vida de Tom en la ciudad, no parecía que tuviera mucho interés respecto a sus movimientos; simplemente se sentía encantado de tener lo que él llamaba un «caballero del Alto Londres» a bordo de su ciudad.

Les dio a Tom y a Hester una vuelta guiada por el ayuntamiento y les presentó a sus «concejales», una banda de tipos rudos con nombres que les cuadraban perfectamente: Janny Maggs y Thick Mungo y Stadtfesser Zeb, Pogo Nadgers y Zip Risky y Traktiongrad Kid. Y se hizo la hora del té, el momento de la merienda, en sus habitaciones privadas, en una sala llena de tesoros procedentes de saqueos, en la parte alta del ayuntamiento, donde su multitud de niños llorones y llenos de mocos estaban constantemente entre los pies de la gente. Su hija mayor, Cortina, trajo el té en delicadas tazas de porcelana y sándwiches de pepino en una bandeja de cristal soplado. Era una muchacha apagada y de aspecto aterrorizado, con unos ojos acuosos, y cuando su padre vio que no le había quitado las cortezas al pan de molde de los bocadillos, le dio un golpe por detrás en el cogote.

—¡Thomas, aquí, es de LONDRES! —gritó arrojándole los bocadillos—. ¡Él espera cosas ELEGANTES! ¡Y tú los tenías que haber cortado en pequeños TRIÁNGULOS!

Y añadió quejumbroso, volviéndose hacia Tom:

—¿Qué puede uno hacer? He tratado de educarla como a una dama. Pero no quiere aprender. Sin embargo, es una buena chica. A veces la miro y casi deseo no haberle disparado a su mamá…

Se sonó y se enjugó los ojos con un enorme pañuelo que llevaba dibujadas una calavera y dos tibias cruzadas, mientras Cortina volvía temblando con bocadillos frescos.

—La cosa es que… —explicó Peavey mientras comía un bocado de pan y pepino —. La cosa, Tom, es que yo no quiero ser un pirata toda mi vida.

—¿De veras? —dijo Tom.

—No —contestó Peavey—. Mira, Tommy, chico. Yo no tuve las ventajas que tú tienes cuando era un muchacho. Yo no tuve educación ni nada de eso, y siempre he sido más feo que un pecado…

—Oh, yo no diría eso —murmuró Tom cortésmente.

—Yo tuve que mirar por mí mismo, en los montones de escombros y en las zanjas. Pero siempre supe que un día daría el golpe. Vi Londres una vez, ya sabes. Desde la distancia, creo. Alguna vez en que salió a uno de sus viajes a cualquier lugar. Pensé que era el sitio más bonito que había visto en mi vida, todo lleno de plataformas y niveles, y las blancas villas allá arriba, en la parte más alta, brillando al sol. Y luego me enteré de que había gente rica viviendo allí y decidí que esa era la manera en la que yo quiero vivir: todos elegantes y con fiestas en el jardín y viajes y salidas al teatro y todo eso. Así que me hice basurero, y luego conseguí una pequeña ciudad para mí solo y ahora tengo una mayor… (Se inclinó confidencialmente hacia Tom). Pero lo que quiero en realidad es ser respetable.

—Sí, sí, claro está —mostró su acuerdo Tom, echando una mirada a Hester.

—Mira, lo que tengo en el magín es esto —continuó Peavey—: si este viaje de caza sale como me espero, Tunbridge Wheels va a ser pronto muy rica. Rica de veras. Me encanta este suburbio, Tom. Quiero verlo crecer. Quiero tener un verdadero Nivel Alto, con parques y mansiones, y sin que se permitan tipos barriobajeros, y con los elevadores subiendo y bajando… Quiero que Tunbridge Wheels se convierta en una ciudad, una verdadera gran ciudad, conmigo como lord mayor, y algunos piensan que puedo conseguirlo. Y tú, Tommy, quiero que tú me digas cómo debería ser una ciudad y que me enseñes educación. Etiqueta y cosas por el estilo. Así podré codearme con otros alcaldes y que no se rían a mis espaldas. Y a todos mis chicos también; viven como cerdos en estos momentos. Así que, ¿qué me dices? ¿Nos convertirás en caballeros?

Tom se le quedó mirando con sorpresa, recordando los duros rostros de la banda de Peavey y preguntándose qué harían si él empezase a decirles que se abrieran las puertas los unos a los otros y que no masticasen con la boca abierta. No sabía qué contestar, pero al final Hester lo hizo por él.

—Fue un día de suerte para ti el día que Tom subió a bordo —le dijo al alcalde—. Es un experto en etiqueta. Es la persona más cortés que conozco. Él te dirá todo lo quieras saber, Peavey.

—Pero… —protestó Tom, mas reculó cuando ella le dio una patada en la espinilla.

—¡Superestupendo! —cloqueó Peavey, regándolos a ambos con trozos del emparedado a medio masticar—. Tú te vas a quedar con el viejo Chrysler, Tommy, muchacho, y vas a ver cómo no te vas a equivocar. Tan pronto como hayamos terminado de reírnos de nuestra próxima gran captura podrás empezar a trabajar. Nos está esperando en el extremo final de estos pantanos. Deberíamos llegar hasta ella a finales de semana…

Tom sorbió un poco de té. Con el ojo de su mente vio de nuevo el gran mapa del Territorio de Caza, la amplia extensión de los pantanos de Rustwater y más allá…

—¿Al otro lado de los pantanos? —dijo—. ¡Pero si al otro lado de los pantanos no hay nada más que el mar de Khazak!

—¡Tranquilízate, Tommy, muchacho! —cloqueó Chrysler Peavey—. ¿No te lo dije? ¡Tunbridge Wheels está especializada! Espera y lo verás la mar de bien. La «mar» de bien, ¿lo coges? Espera y… «la mar de bien», ¡ja, ja, ja, ja!

Y mientras le daba a Tom una enorme palmada en la espalda, se tragó el té, con el dedo meñique delicadamente levantado.

18

Bevis

Unos días después, Londres avistó presa de nuevo: un puñado de aldeas tracción de habla eslava que habían estado tratando de esconderse entre los despeñaderos de unas viejas colinas calizas. La ciudad hizo movimientos precisos, haciéndose con ellas a mordiscos, mientras medio Londres se arremolinaba en las salientes plataformas de observación para verlo todo y lanzar las oportunas aclamaciones. Las desvaídas planicies del Territorio de Caza del oeste quedaban ahora tras ellos y el descontento anterior había quedado ya olvidado. ¿A quién le importaba que la gente se estuviese muriendo de calor en los Burgos Bajos? ¡Ay, el viejo Londres! ¡Y el viejo Crome! ¡Esta era la mejor expedición en busca de capturas desde hacía muchos años!

La ciudad persiguió y cazó primero a las poblaciones más rápidas y luego volvió sobre sus huellas en busca de las más lentas. Ya había transcurrido una semana desde que la última población fuera capturada, un lugar de buen tamaño, antaño una población orgullosa, que se movía renqueante con sus cadenas de rodadura prácticamente inservibles tras haber sufrido un previo ataque de unos suburbios depredadores. La noche en que finalmente fue devorada se organizaron fiestas de captura en todos los parques de Londres y las celebraciones se hicieron incluso más frenéticas cuando fue avistado un racimo de luces a lo lejos, en dirección norte. Empezó entonces a circular un rumor: que las luces pertenecían a una ciudad enorme pero averiada; que era a lo que Valentine había sido enviado a buscar, y las señales de radio del Elevador del Decimotercer Nivel llevarían a Londres a encontrarse con la mayor comida de su existencia. Los fuegos artificiales estuvieron atronando e iluminando la ciudad hasta las dos de la madrugada y Chudleigh Pomeroy, el Historiador Jefe en funciones, rebajó a Herbert Melliphant al grado de aprendiz de tercera clase después de que este soltara un petardo en el vestíbulo principal del Museo.

Pero al amanecer, la felicidad y los rumores se desvanecieron por igual. Las luces del norte pertenecían a una enorme ciudad, eso sí, pero de averiada nada; se dirigía hacia el sur a una enorme velocidad y tenía un aspecto realmente hambriento. El Gremio de Navegantes pronto la identificó como Panzerstadt-Bayreuth, una conurbación formada por la unión de cuatro traktionstadts, cuatro ciudades-tracción procedentes del este unidas, pero a nadie le preocupaba cómo se llamaba en realidad; solo querían librarse cuanto antes de ella.

Londres puso al máximo sus motores y se dirigió a toda marcha hacia el este, hasta que aquel conjunto de distritos urbanos se hundió en la lejanía por debajo del

horizonte. Pero a la mañana siguiente estaba allí de nuevo, con sus torres fulgurando al amanecer, más cerca incluso que el día anterior.

* * *

Katherine Valentine no se había unido a las celebraciones ni a los festejos de la noche anterior, ni tampoco participaba del pánico que atenazaba ahora a la ciudad.

Desde su regreso de las Entrañas Profundas se había recluido en su habitación, lavándose una y otra vez para tratar de librarse del horrible olor de aquel foso de pasta líquida de la Sección 60. Apenas pudo comer nada, y ordenó a los sirvientes que arrojasen a los contenedores de reciclaje todas las ropas que había usado ese día. Dejó de acudir a la escuela. ¿Cómo podía encontrarse a gusto con sus amigas, con toda su estúpida charla sobre ropitas y chicos, sabiendo lo que sabía? Fuera, el sol moteaba las parcelas de césped, las flores reventaban para mostrar sus colores y los árboles comenzaban a enseñar sus nuevos brotes en las ramas… ¿Pero cómo podría ella disfrutar de la belleza del Alto Londres a partir de ahora? Todos sus pensamientos se dirigían a los miles de londinenses que estaban trabajando y muriendo en la miseria para que unos pocos afortunados, gente rica como ella misma, pudieran vivir con comodidad.

Escribió una carta a la gente de la pantalla de información pública y otra a la policía acerca del asunto, pero las rompió. ¿De qué serviría enviar esas cartas, cuando todo el mundo sabía que Magnus Crome controlaba la Policía y las pantallas informativas? Incluso el Sumo Sacerdote de Clio había sido nombrado por Crome. Tendría que esperar el regreso de su padre antes de que se pudiera hacer nada respecto a las Entrañas Profundas. Eso sí, siempre que Londres no hubiera sido devorado para cuando él regresara a casa.

En cuanto a la búsqueda de la verdad sobre la muchacha de las cicatrices, de momento parecía que tendría que esperar. El aprendiz Pod había dicho que no sabía nada —o al menos, eso intentaba que creyeran— y ella no podía pensar en nadie más a quien acudir.

Después, a la hora del desayuno del tercer día transcurrido desde que Londres escapara de Panzerstadt-Bayreuth, llegó una carta a su nombre. No tenía ni idea de quién podía haberla escrito y le dio vueltas al sobre en sus manos un par de veces, fijándose en el matasellos del Nivel Seis y sintiéndose extrañamente temerosa.

Cuando finalmente rasgó el sobre, una tirita de papel cayó sobre sus copos de algas; papel de notas corriente en Londres, reciclado tantas veces que era tan suave y tan piloso como el fieltro, con una marca de agua que decía: «Si no desperdicias, no necesitarás».

Querida señorita Valentine:

Por favor, ayúdeme; hay algo que debo decirle.
Estaré en la casa de comidas de Pete, en Belsize Park,
Plataforma Cinco, hoy a las 11 a. m.
Firmado, sinceramente suyo,

Un amigo

Unas semanas antes, Katherine se habría puesto nerviosa y excitada, pero en absoluto estaba ya de humor para misterios. Probablemente se trataba de la idea de alguien acerca de lo que podía ser una broma, pensó. No estaba de humor tampoco para bromas ni chistes. ¿Cómo podía sentirse, con Londres escapando para salvar su vida y las plataformas bajas llenas de sufrimiento y de miseria? Arrojó la nota a la lata de reciclaje y apartó su desayuno intacto, y luego se fue a lavarse de nuevo.

Pero era curiosa, muy a su pesar. Cuando dieron las nueve, dijo:

—No iré.

A las nueve treinta le dijo a Perro:

—Sería inútil. No habrá nadie allí.

A las diez murmuró:

—Casa de comidas de Pete. ¿Qué clase de nombre es ese? Probablemente se lo hayan inventado.

Media hora después se encontraba en la estación terminal de las lanzaderas a la espera de un elevador descendente.

Se apeó en el Bajo Holborn y caminó hasta el borde de la plataforma entre calles de casas de pisos miserables. Se había puesto sus ropas más viejas y caminaba deprisa con la cabeza baja y con Perro pegado a ella. Ya no se sentía orgullosa en modo alguno cuando la gente la miraba. Se los imaginaba diciendo: «Esa es Katherine Valentine, una estirada señoritinga de la Plataforma Uno. No saben que nacen como los demás, esos del Alto Londres».

Belsize Park estaba casi desierto, con el aire espeso y cargado de la típica mezcla de niebla y humo denso procedente de los motores de Londres. El césped y los macizos de flores habían sido reconvertidos para dedicarlos a la agricultura hacía ya muchísimos años, y las únicas personas que ella pudo ver eran unos trabajadores de Parques y Jardines que se movían entre las hileras de coles, espolvoreándolas con algún producto para matar el pulgón verde. Cerca de allí se elevaba un destartalado edificio cónico con un letrero en el tejado en el que se podía leer: «Casa de Comidas de Pete», y en letra más pequeña, debajo, «Café». Fuera, en la acera, había mesas de metal bajo toldillos, y más mesas dentro. La gente estaba sentada charlando y fumando bajo la tenue luz de un globo de argón a media potencia. Un muchacho que se sentaba solo en una mesa cerca de la puerta se levantó y la saludó con la mano. Perro movió la cola. Le llevó un instante a Katherine reconocer al aprendiz Pod.

—Soy Bevis —dijo, sonriendo nervioso mientras Katherine se sentaba frente a él —. Bevis Pod.

—Ya me acuerdo.

—Me alegra que haya venido, señorita. He estado esperando poder hablarle desde que bajó a la Sección 60, pero yo no quería que el Gremio supiera que me había puesto en contacto con usted. A ellos no les gusta que conversemos con gente de fuera. Pero tengo el día libre porque se están preparando para una gran reunión, así que por eso vine. No se suele ver a muchos ingenieros comiendo aquí.

—No me sorprende —dijo Katherine para sí misma, echando un vistazo al menú. Había una gran foto en color de algo llamado «Comida Feliz», un trozo de una carne imposiblemente rosa formando bocadillo entre dos ruedas de pan de algas. Ella pidió té de menta. Llegó en un vaso de vidrio plástico, de plastiglás, y sabía a productos químicos—. ¿Son todos los restaurantes de la Plataforma Cinco igual que este?

—Oh, no —dijo Bevis Pod—. Este es mucho más agradable que el resto.

No podía dejar de mirar el cabello de ella. Se había pasado toda la vida en aquella especie de madrigueras de ingenieros de las Entrañas y nunca había visto a nadie con un pelo como el suyo, tan largo y brillante y tan lleno de vida. Los ingenieros decían que el pelo era innecesario; un vestigio del lejano pasado en que vivían en el suelo, pero cuando vio el de Katherine se quedó maravillado…

—Dijiste que necesitabas mi ayuda… —apuntó de pronto Katherine.

—Sí —respondió Bevis. Miró por encima de su hombro como para comprobar que nadie los estaba observando—. Es sobre aquella pregunta. No podía contar nada allá abajo en los tanques de excrementos. No con Nimmo vigilando. Ya me había metido en suficientes problemas para entonces por tratar de ayudar a aquel pobre hombre…

Sus ojos oscuros se habían llenado de lágrimas otra vez y Katherine pensó que era extraño que un ingeniero pudiera llorar tan fácilmente.

—Bevis, no es culpa tuya —le dijo—. ¿Y qué me dices de la chica? ¿La viste?

Bevis asintió, retrocediendo en su pensamiento a la noche en que Londres engulló a Salthook.

—La vi pasar a mi lado corriendo, con aquel aprendiz de historiador en su persecución. Él pedía ayuda, así que corrí tras él. Vi a la chica volverse cuando llegó a los toboganes de la basura. Había algo raro en su cara…

—Continúa —dijo Katherine asintiendo.

—La oí gritarle algo a él. No pude enterarme muy bien, entre los motores y el ruido de los Patios de Desmantelamiento. Pero dijo alguna cosa acerca de su padre, señorita. Y luego se señaló a sí misma y dijo: «algo algo algo, Hester Shaw». Y entonces saltó.

—Y arrastró al pobre Tom con ella.

—No, señorita. Él se quedó allí, con aspecto un poco estúpido. Entonces descendió el humo y ya no pude ver nada más, y lo siguiente que supe es que había

policías por todas partes, así que me escurrí de allí. Se suponía que yo no podía abandonar mi puesto, ya sabe, de manera que no pude contarle a nadie lo que había visto.

—Pero me lo estás contando a mí —dijo Katherine.

—Sí, señorita —enrojeció el aprendiz.

—¿Hester Shaw? —Katherine le daba vueltas a aquel nombre en su cabeza, pero no le decía nada. Ni tampoco entendía la descripción que el muchacho había hecho de los acontecimientos, que no parecía encajar con la de Padre. Bevis debía de haber cometido un error, decidió ella finalmente.

El muchacho volvió a mirar a su alrededor, nervioso, y entonces bajó su voz hasta casi un susurro.

—¿Es verdad lo que dijo, señorita, sobre su papá? ¿Podría él hacer algo realmente para ayudar a los prisioneros?

—Lo hará cuando yo le cuente lo que está sucediendo —prometió Katherine—. Estoy segura de que no sabe nada. Pero no hay necesidad de que me llames señorita todo el tiempo. Soy Katherine. Kate.

—De acuerdo —dijo Bevis solemnemente—, Kate —Sonrió de nuevo, pero aún parecía un tanto incómodo—. Soy leal al gremio —le explicó—. Nunca quise ser otra cosa que ingeniero. Pero nunca esperé ser asignado a la prisión experimental. Tener a la gente en jaulas y hacerlos trabajar en las Entrañas y chapotear en esos tanques de excrementos… Eso no es ingeniería. Eso es únicamente perversidad. Yo hago lo que puedo para ayudarlos, pero no es mucho, y los supervisores quieren obligarlos a que trabajen hasta la muerte y luego enviarlos a la División K en bolsas de plástico, así que ni siquiera cuando están muertos pueden tener descanso.

—¿Qué es la División K? —preguntó Katherine, recordando cómo Nimmo había hecho callar a la otra aprendiza cuando ella la mencionó—. ¿Es parte de la prisión?

—Oh, no. Está en la zona más alta. En el Ingenierium. Es algo así como un departamento experimental, dirigido por la doctora Twix.

—¿Y para qué utiliza ella los cuerpos muertos? —preguntó Katherine nerviosa, no del todo segura de si quería conocer la respuesta.

Bevis Pod se puso un poco más pálido.

—Es tan solo un rumor, señorita, pero algunas personas del gremio dicen que la doctora está construyendo stalkers, hombres resucitados.

—¡Gran Clio! —Katherine pensó en lo que le habían enseñado acerca de los stalkers. Sabía que su padre había excavado algunos esqueletos mohosos para que los estudiasen los ingenieros, pero le había dicho que ellos solo se interesaban por los cerebros eléctricos. ¿Podrían realmente estar intentando construir unos nuevos?—. ¿Por qué? —preguntó—. Quiero decir, eran soldados, ¿no? Un tipo de tanques humanos, construidos para alguna guerra antigua…

—Trabajadores perfectos, señorita —dijo Bevis con los ojos muy abiertos—. No necesitan comida ni ropa ni casa, y cuando no hay trabajo que hacer, no tienes más

que desenchufarlos y guardarlos en el almacén. Son mucho más fáciles de almacenar. El Gremio dice que en el futuro, todo el mundo que muera en los niveles inferiores será resucitado y no necesitaremos gente viva en absoluto, excepto los supervisores.

—Pero eso es horrible —protestó Katherine—. ¡Londres será la ciudad de los muertos!

Bevis Pod se encogió de hombros.

—Abajo, en las Entrañas Profundas, eso ya se siente. Te estoy contando lo que he oído. Crome quiere que se construyan stalkers, y eso es lo que la doctora Twix hace con los cuerpos de nuestra sección.

—Estoy segura de que si la gente supiera algo de este horrible plan… —empezó a decir Katherine. Entonces se le ocurrió una idea—. ¿Tiene un nombre, un código? ¿Lo llaman MEDUSA?

—¡Caramba! ¿Cómo sabes la existencia de MEDUSA? —El rostro de Bevis se puso más pálido que nunca—. ¡Se supone que nadie sabía nada acerca de eso!

—¿Por qué? —preguntó Katherine—. ¿Qué es? Si no tiene relación con estos nuevos stalkers…

—Es un gran secreto del Gremio —susurró Bevis—. Se supone que los aprendices ni siquiera saben el nombre. Pero uno oye a los supervisores hablar de ello. Cuando algo va mal o la ciudad está en apuros, ellos hablan de lo bien que iría todo una vez que despertemos a MEDUSA. Como esta semana, con esa conurbación persiguiéndonos. Todo el mundo corriendo de un lado a otro pensando que era el final de Londres, pero los altos cargos de los gremios se dicen los unos a los otros: «MEDUSA lo resolverá todo». Esa es la razón por la que van a tener esa importante reunión en el Ingenierium esta tarde. Magnus Crome va a hacer un anuncio al respecto.

Katherine se estremeció, pensando en el Ingenierium y en las misteriosas cosas que sucedían detrás de sus negras ventanas. Ahí era donde ella encontraría la pista de los problemas y preocupaciones de su padre. MEDUSA. Todo tenía algo que ver con MEDUSA.

Se inclinó más sobre el muchacho y le susurró:

—Bevis, escucha. ¿Vas a ir a esa reunión? ¿Podrás contarme lo que diga Crome?

—Oh, no, señorita…; quiero decir, Kate. ¡No! Es estrictamente para miembros del Gremio, no para aprendices…

—¿No podrías hacerte pasar por un miembro del Gremio o algo así? —le pidió Katherine—. Tengo el presentimiento de que algo malo está en marcha, y creo que esto de MEDUSA está en el fondo del asunto.

—Lo siento, señorita —dijo Bevis negándose con la cabeza—. Yo no me atrevería. No me gustaría que me matasen y me llevasen luego al Nivel Superior para ser convertido en stalker.

—Entonces, ¡ayúdame a que vaya yo! —dijo Katherine con seguridad. Le acercó

la mano para coger la suya. Él la retiró al notar su tacto, mirándose los dedos sorprendido, como si nunca le hubiera sucedido que alguien quisiera tocárselos. Katherine insistió, tomándole suavemente las dos manos temblorosas entre las suyas y mirándole a lo más profundo de sus ojos.

—Tengo que averiguar lo que está tramando Crome en realidad —le aclaró ella —, por el bien de mi padre. Por favor, Bevis. ¡Tengo que introducirme en el Ingenierium!

19

El mar de Khazak

Unas horas después, cuando las brumas del atardecer comenzaban a llegar ondulantes desde los pantanos de Rustwater, Tunbridge Wheels seguía su camino hacia la orilla del mar. Hizo una pequeña pausa durante un rato para echar un vistazo a un racimo de islas que surgían oscuras y abruptas sobre el mar plateado. Las aves se acercaban desde el mar en grandes bandadas, y cuando el suburbio apagó sus motores, el batir de sus alas llegó como un eco sobre las superficies inundadas por la marea alta. Pequeñas olas golpeaban rítmicamente contra las rocas y un viento del este soplaba silbando por entre las delgadas hierbas grises de la costa. No había ningún otro sonido, ni más movimiento, ninguna otra luz ni señal de humo de ninguna ciudad que anduviese por las cercanías de los pantanos o del mar.

—¡Natswurvy! —gritó Chrysler Peavey, de pie con un telescopio en el ojo en la ventana de su puente de observación, en la parte alta del ayuntamiento—. ¿Dónde está el muchacho? ¡Avisad a Natswurvy! —Cuando una pareja de sus piratas trajeron a Tom y a Hester donde se encontraba Peavey, él se volvió con una amplia sonrisa y le pasó a Tom el telescopio, diciendo:

—¡Echa un vistazo, Tommy, muchacho! Te dije que te traería aquí, ¿no? ¿No te dije que te llevaría sano y salvo por estos pantanos? ¡Y ahora échale un vistazo al lugar adonde nos dirigimos!

Tom tomó el telescopio de sus manos y se lo puso al ojo, enfocando la vista ante el tembloroso y borroso círculo de visión que se presentaba ante él hasta que este se hizo claro del todo. Había docenas de pequeñas islas diseminadas por el mar frente a ellos y otra de mayor tamaño que surgía del agua como si fuera la espalda de un enorme monstruo prehistórico que hubiera roto la superficie de las aguas.

Bajó el telescopio y se estremeció.

—Pero si no hay nada ahí… —acertó a decir.

* * *

Le había costado más de una semana a Tunbridge Wheels seguir su lento avance a través de la ciénaga, y aunque Chrysler Peavey le había tomado una cierta simpatía a Tom, todavía no le había explicado lo que esperaba encontrar en el otro extremo de su trayecto. Sus hombres tampoco habían sido informados, pero estaban lo

suficientemente contentos con los bocados obtenidos con la captura de los pequeños núcleos de población que se habían ido a refugiar en los laberintos del Rustwater, lugares semiestáticos con ruedas cubiertas de musgo y delicados, bellos repujados tallados en sus superficies de madera. Eran tan pequeños que apenas si merecía la pena comérselos, pero Tunbridge Wheels se los comía de todas formas, y mataba o esclavizaba a sus habitantes y utilizaba sus maravillosas esculturas para alimentar sus hornos.

Fue un tiempo horrible y confuso para Tom. Había sido educado en la creencia de que el Darwinismo Municipal era un noble y bello sistema, pero no acertaba a ver nada noble ni bello en todo lo relativo a Tunbridge Wheels.

Aún era un invitado de honor en el Ayuntamiento, lo mismo que Hester, aunque estaba muy claro que Peavey no entendía su relación con aquella silenciosa y hosca muchacha tan llena de cicatrices.

—¿Por qué no le pides a mi Cortina que salga contigo? —le insinuó una noche, sentado junto a Tom en la cámara de sesiones del antiguo ayuntamiento que ahora era su comedor—. ¿O por qué no una de esas chicas que conseguimos en la última captura? Tienen muy buena pinta, pero no hablan una palabra de inglés, así que no te pueden dar palique…

—¡Hester no es mi novia! —empezó a decir Tom, pero él no quería tener que salir con la hija del alcalde y sabía que Peavey nunca entendería la verdad: que estaba enamorado del recuerdo de Katherine Valentine, cuyo rostro seguía colgado en su mente como un farol a lo largo de todos los numerosos kilómetros de sus aventuras. Así que dijo:

—Hester y yo hemos recorrido juntos un enorme trecho, señor Peavey. Y le prometí que la ayudaría a llegar a Londres.

—Pero eso fue antes —razonó el alcalde—. Ahora tú eres un ciudadano de Tunbridge Wheels. Y te vas a quedar aquí conmigo, como el hijo que nunca tuve, y estoy pensando que los muchachos quizá te aceptarían un poco más fácilmente si tuvieras una chica mejor parecida; ya sabes, con mayor aspecto de señorita.

Tom miró a través del desorden de mesas y vio a los otros piratas mirándolo con sus cuchillos en las manos. Sabía que ellos nunca lo aceptarían. Lo odiaban por ser un blando habitante de ciudad y por ser el favorito de Peavey, y él, en realidad, no podía culparlos por ello.

Luego, en la pequeña habitación que compartía con Hester, le dijo a la muchacha:

—Tenemos que marcharnos de esta ciudad. No les gustamos a los piratas y se están empezando a cansar de que Peavey les vaya con cosas como educación, buenas maneras y todo eso. No quiero ni pensar lo que nos sucedería a nosotros si se amotinaran.

—Esperemos a ver —murmuró la chica, encogida en el rincón opuesto—. Peavey es duro y podrá mantener a sus muchachos a raya en tanto les pueda encontrar ese gran botín que les ha estado prometiendo. Pero solo Quirke sabe de lo que se trata.

—Mañana lo averiguaremos —dijo Tom, empezando a sumergirse en un sueño inquieto—. Mañana a estas horas estos horribles pantanos quedarán a nuestra espalda…

* * *

Y a esas horas, al día siguiente, los horribles pantanos estaban detrás de ellos. Mientras el navegante de Peavey extendía sus mapas en el puente de observación, un extraño sonido silbante subía por la caja de escaleras del ayuntamiento. Tom levantó la vista hasta los rostros de los secuaces de Peavey mientras estos se arracimaban alrededor de la mesa de mapas, pero aparte de Hester nadie parecía haberlo oído. Ella lo miró nerviosa y se encogió de hombros.

El navegante era un hombre delgado y con gafas llamado señor Ames. Había sido el maestro de escuela del suburbio hasta que Peavey tomó el mando. Ahora se dedicaba, feliz, a su nueva vida como pirata: era muchísimo más divertida, y el horario más llevadero, y los rufianes de Peavey se comportaban mejor que la mayoría de sus antiguos discípulos. Alisando los mapas con sus largas y finas manos, dijo:

—Solía ser el territorio de caza de cientos de pequeñas ciudades acuáticas, pero se comieron unas a otras y ahora los okupas Antitracción han empezado a bajar de los montes y a establecer sus viviendas en islas como esa…

Tom estiró el cuello para ver mejor. El gran mar interior de Khazak estaba salpicado de docenas de islas, pero la que Ames señalaba era la mayor, una destartalada protuberancia en forma de diamante de unos treinta kilómetros de longitud. No podía imaginarse lo que aquello podía tener de interesante y la mayor parte de los demás piratas miraban también extrañados, pero Peavey no paraba de cloquear y de frotarse las manos de alegría.

—La Isla Negra —dijo—. No tiene mucho que ver, ¿verdad? Pero nos va a hacer ricos, muchachos, ricos. Después de esta noche, la vieja Tunbridge Wheels podrá establecerse como una verdadera y auténtica ciudad.

—¿Cómo? —preguntó Mungo, el pirata que menos confiaba en Peavey y más manía le tenía a Tom—. No hay nada ahí, Peavey. Solo unos cuantos árboles viejos y algunos mossies sin valor.

—¿Qué son mossies? —preguntó Tom a Hester en un susurro.

—Quiere decir mohosos, gente que vive en sitios estáticos —le respondió ella de igual manera—. Ya sabes, el viejo dicho de «Una ciudad rodante no cría moho…».

—El hecho es, damas y caballeros —anunció Peavey—, que hay algo en la Isla Negra. Hace unos días, justo antes de que subierais a bordo, Tom, abatimos una aeronave que andaba haciendo estupideces por los pantanos. Los miembros de la tripulación dijeron algo muy interesante antes de que los matáramos. Parece ser que

ha habido una gran batalla ahí arriba, en Puertoaéreo: incendios, daños en motores, escapes de gas, todo el lugar golpeado tan desastrosamente que eran incapaces de mantenerse arriba en el cielo y tuvieron que bajar para realizar las reparaciones. ¿Y dónde creéis que han aterrizado?

—¿En la Isla Negra? —sugirió Tom, sacando su conclusión de la sonrisa codiciosa de Peavey.

—¡Este es mi chico, Tommy! Hay un aparcamiento de caravanas ahí, donde los convoyes aéreos llenan sus depósitos de combustible de camino hacia las tierras de la Liga, al sur de las montañas. Y ahí es donde Puertoaéreo se ha dejado caer. Piensan que están seguros, con todo el mar a su alrededor y sus amigos mossies para ayudarlos. ¡Pero no están a salvo de Tunbridge Wheels!

Un murmullo de excitación corrió entre los piratas allí reunidos. Tom se volvió hacia Hester, pero ella se encontraba mirando a otra parte, por encima del mar, hacia la distante isla. Por una parte estaba consternado ante el pensamiento de que aquella maravillosa ciudad voladora estuviera allí mutilada, a la espera de ser comida. Pero, por otra, no dejaba un instante de pensar cómo diablos planeaba Peavey conseguirla.

—¡A vuestros puestos, compañeros! —gritó el alcalde pirata—. ¡Encended los motores! ¡Cargad las armas! ¡Mañana al amanecer, todos seremos ricos!

Los piratas se apresuraron a obedecer sus órdenes y Tom corrió hacia la ventana. Afuera era ya casi de noche, con un ominoso resplandor de la puesta del sol arañando el cielo por encima de los pantanos. Pero las calles de Tunbridge Wheels estaban llenas de luz, y por todo el borde del suburbio se desdoblaban enormes formas naranjas, creciendo como hongos en una película proyectada a toda velocidad. Ahora, el silbido procedente de la cubierta inferior empezaba a tener sentido: mientras Peavey hablaba, su ciudad había estado ocupada bombeando aire en cámaras de flotación y en aquellos faldones de goma inflables.

—¡Vamos a nadar! —gritó el alcalde pirata, recostándose en su silla giratoria y señalando las salas de máquinas. Los enormes motores retumbaban llenos de vida, dejando atrás un retazo de gases procedentes de los tubos de escape, y Tunbridge Wheels comenzó a moverse por la playa hasta meterse en el mar.

* * *

Al principio todo fue bien; nada se movía en las oscuras aguas mientras Tunbridge Wheels avanzaba resoplando hacia el este, y más adelante la Isla Negra iba creciendo cada vez más con absoluta regularidad. Tom abrió una pequeña ventana lateral en el puente y se quedó allí, notando el aire salado de la noche que le salpicaba el rostro y sintiéndose extrañamente excitado. Podía ver piratas congregados en la plaza del viejo mercado en el extremo más alejado del suburbio, preparando ganchos

y escaleras de abordaje, puesto que Puertoaéreo resultaría demasiado grande para caber entre las mandíbulas del suburbio; por eso tendrían que tomarlo por la fuerza y hacerlo pedazos convenientemente. No le gustaba la idea, especialmente cuando recordaba que sus amigos aviadores podrían aún encontrarse en Puertoaéreo, pero después de todo, este era un mundo «ciudad-come-ciudad», y había algo emocionante en la temeridad asesina del plan de Peavey.

Y entonces, de repente, algo cayó del cielo y explotó en la plaza del mercado, y se produjo un corte largo y negro en la cubierta y los hombres que él había estado observando poco antes ya no estaban allí. Otros llegaban corriendo con cubos y extintores.

—¡Aeronave! ¡Aeronave! ¡Aeronave! —gritaba alguien, y pronto aparecieron más cosas surcando el cielo a toda velocidad, y los edificios comenzaron a explotar por todo el suburbio, con la gente saltando por los aires como acróbatas locos.

—¡En el nombre de Sooty Pete! —gritaba Peavey, corriendo hacia la destrozada ventana de observación y mirando hacia abajo en dirección a las calles llenas de humo. Su mono saltaba arriba y abajo en sus hombros, parloteando—. Estos mossies están mejor organizados de lo que nosotros creíamos —añadió—. ¡Reflectores, cañones de búsqueda, rápido!

Dos ondulantes columnas de luz surgieron de la parte alta de la ciudad, abriéndose camino por el cielo salpicado de humo. Donde se encontraron, Tom vio por un momento una gruesa forma roja y brillante que subía. Los cañones del suburbio apuntaron hacia arriba y lanzaron una andanada de barrido, y rítmicas llamaradas pasaron junto a las nubes sin rumbo.

—¡Fallamos! —gritaba Peavey, escudriñando con su telescopio—. ¡Maldita sea! Debería haber supuesto que Puertoaéreo nos enviaría naves localizadores. ¡Y si no estoy equivocado, esta era ese cubo roñoso de la bruja de Fang!

—¡La Jenny Haniver! —dijo Tom boquiabierto.

—No es necesario que parezcas tan entusiasmado por eso —refunfuñó Peavey—. Esa mujer es una amenaza. ¿No has oído hablar de la Flor del Viento?

Tom no le había contado al alcalde pirata sus aventuras a bordo de Puertoaéreo. Trató de esconder su contento ante el pensamiento de que la señorita Fang estuviera aún viva y le dijo al alcalde:

—He oído hablar de ella. Es una mercader del aire…

—¿Ah, sí? —Peavey escupió sobre la cubierta—. ¿Tú crees que alguien que es mercader lleva esa clase de potencia de fuego? Esa mujer es uno de los agentes secretos más importantes de la Liga Antitracción. Ella no se parará ante nada para hacernos daño a las pobres ciudades-tracción. Ella fue la que puso la bomba que hundió Marsella, y también fue ella la que estranguló a la pobre sultana de Palau Pinang. ¡Lleva en sus manos la sangre de mil ciudadanos asesinados! Pero tranquilo, que ya caerá, Tommy, muchacho, ¿verdad? ¡Me comeré sus entrañas como si fueran goulash! ¡Y colgaré su cadáver para que se lo coman los buitres! ¡Mungo! ¡Pogo!

¡Maggs! ¡Una ración extra del botín a quien derribe esa maldita nave roja!

Nadie consiguió abatir aquella nave roja; se hallaba demasiado fuera de alcance, zumbando de vuelta hacia la Isla Negra para alertar a Puertoaéreo del peligro que se aproximaba. Pero Tom no habría podido estar más lleno de pena y de ira si la hubiera visto caer envuelta en llamas. ¡Así que esa era la razón por la que la señorita Fang le había rescatado y había sido tan amable! Todo lo que había buscado era información para la Liga. Y su amigo, el capitán Khora, también había estado en ello, contando aquel cuento sobre ella solo para ganar la simpatía de Tom. ¡Gracias a Quirke que no había podido contarles nada!

Tunbridge Wheels estaba rota y en llamas, pero los cohetes de la Jenny Haniver habían sido demasiado pequeños como para hacer un daño importante, y ahora que el elemento sorpresa ya no servía de nada, la señorita Fang no se arriesgaba con otro ataque. El suburbio traqueteaba en dirección este, empujando una espesa oleada de agua incendiada por delante. Tom ya podía ver luces en la Isla Negra, faroles titilando a lo largo de la costa. Más cerca, entre la isla y el suburbio, brillaba otro grupo de luces.

—¡Barcos! —gritó Mungo, mirando por el visor de su arma.

Peavey fue a colocarse en la ventana, con las ropas agitándose ante la creciente brisa.

—¡Flota pesquera! —gruñó satisfecho—. Primera comida de la noche: nos los comeremos como aperitivo. Son vuestros «entremeses».

Los barcos de pesca comenzaron a dispersarse a medida que Tunbridge Wheels se les iba acercando, corriendo a toda prisa en busca de cobijo en la costa, pero uno de mayor tamaño y más lento que el resto salió derivando hacia barlovento.

—Será nuestro —gruñó Peavey, y Maggs confió su orden al intercomunicador.

El suburbio cambió su rumbo ligeramente, con los motores retumbando. Los escarpados riscos de la Isla Negra llenaban el cielo delante, eclipsando las estrellas de levante.

—«¿Y qué pasará si tienen cañones en las cumbres?», —pensó Tom; pero si los había, estaban en silencio. Podía ver la estela blanca del barco que navegaba delante y un poco más allá la nebulosa y pálida línea de los rompientes de la costa…

Y luego, de repente, aparecieron otros rompientes, más cercanos, frente a ellos, y Hester comenzó a gritar:

—¡Peavey! ¡Es una trampa!

Todos lo vieron entonces, pero ya era demasiado tarde. El barco pesquero, con su quilla poco pronunciada, atravesaba con toda facilidad los acantilados, pero la enorme masa sobrecargada de Tunbridge Wheels chocó contra los bajíos a toda velocidad y aquellas agudas zarpas abrieron en canal su barriga. El suburbio se tambaleó y se detuvo, lanzando a Tom al suelo y haciéndolo rodar con fuerza contra las patas de la mesa de los mapas. Los motores fallaron, y en el terrible silencio que siguió, una bocina comenzó a mugir como un toro asustado.

Tom se arrastró de nuevo hacia la ventana. Por abajo vio allá fuera que las calles se iban oscureciendo a medida que una gran oleada de agua se colaba con fuerza por las empalizadas. Blancos surtidores de espuma se elevaban por entre los enrejados desde las inundadas bodegas, y mezclados con la blancura, Tom vio unos puntos negros de desperdicios y minúsculas figuras que se esforzaban por pasar. El barco estaba ya lejos, virando para poder admirar su maniobra. Un centenar de metros separaban al destruido suburbio de la escarpada costa de la isla.

Una mano le cogió del hombro, llevándolo hacia las salidas.

—Tú te vienes conmigo, Tommy, muchacho —refunfuñaba Chrysler Peavey, agarrando una enorme arma de un armero en la pared y poniéndosela sobre el hombro —. Vosotros también, Amesy, Mungo, Maggs; estáis conmigo…

Ellos estaban con él, formando los piratas un nudo protector alrededor de su alcalde mientras se llevaba a Tom escaleras abajo. Hester iba renqueando detrás. Había gritos abajo y rostros atemorizados que los miraban bajar desde un descansillo del tercer piso anegado ya hasta la altura de la rodilla.

—¡Abandonad la ciudad! —vociferaba Peavey—. ¡Las mujeres y los alcaldes primero!

Acabaron en sus habitaciones privadas, donde su hija se encontraba abrazando protectoramente a sus atemorizados hermanos y hermanas. Peavey ignoró su presencia y se abrió paso hacia un cofre situado en un rincón, frunciendo el entrecejo con concentración mientras giraba el borne de la clave de la combinación a izquierda y derecha. El cofre se abrió por fin y extrajo de él un pequeño paquete naranja, y a continuación siguieron su camino de nuevo hacia el balcón exterior donde el mar ya se desparramaba por las balaustradas. Tom regresó a la habitación con la intención de ayudar a Cortina y a los niños, pero Peavey se había olvidado por completo de ellos. El alcalde arrojó el bulto naranja a las olas y este se desdobló con un silbido complicado, convirtiéndose en una pequeña balsa salvavidas circular.

—Sube a bordo —dijo con brusquedad, agarrando a Tom y empujándolo hacia la balsa.

—Pero…

—¡Sube a bordo!

Una bota en las asentaderas de sus pantalones lo arrojó tambaleándose hacia la barandilla de la balconada y, más abajo, al blando suelo de goma de la balsa. Mungo fue el siguiente; luego, los otros se apilaron dentro tan rápidamente que la balsa se balanceó un rato a punto de volcar y el agua salpicó dentro por encima de la borda.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —sollozaba Cortina Peavey en algún lugar alejado a la izquierda, pero para cuando Tom había conseguido salir de debajo del señor Ames, el suburbio ya se encontraba lejos, con su popa sumergida y la proa apuntando hacia el cielo nocturno. Buscó a Hester con la mirada y la encontró acurrucada tras él. El mono de Peavey parloteaba de miedo, saltando arriba y abajo en su cabeza.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —se oían los gritos distantes, y se sucedían los blancos

salpicones, docenas de ellos, al saltar la gente desde las empalizadas a los inútiles andrajos de las bolsas neumáticas. Había manos que se agarraban a los bordes de la balsa y Mungo y Peavey las golpeaban para que se desasiesen. Figuras desesperadas llegaban salpicando la balsa hacia ellos y Janny Maggs se puso de pie y comenzó a disparar su ametralladora, tiñendo de rojo toda el agua alrededor de la balsa. El suburbio se iba inclinando cada vez más y más. Hubo una súbita salida de un chorro de vapor cuando el mar alcanzó sus calderas y a continuación, con una rápida y sorprendente velocidad, la ciudad se deslizó hacia el fondo. Las aguas hirvieron y se levantaron violentas. Durante unos instantes hubo gritos, desmayadas peticiones de ayuda y una breve sucesión de disparos, mientras unos cuantos afortunados piratas luchaban para abrirse paso hacia la playa.

Luego hubo silencio y la balsa dibujó unos lentos círculos mientras la corriente la llevaba hacia la orilla.

20

La Isla Negra

Al amanecer, Shrike se acerca al borde del mar. La marea está cambiando y las profundas marcas que llevan al agua están empezando a borrarse. Hacia el levante, surge el humo de los poblados de la Isla Negra. El stalker deforma su rostro muerto tratando de dibujar una sonrisa, sintiéndose muy complacido con Hester Shaw y con la huella de destrucción que ha dejado tras ella.

El pensamiento de Hester es lo único que le ha arrastrado a través de los pantanos. Una y otra vez, continuamente, le ha llevado por el barro que le succionaba su pierna dañada, y por lodazales y pantanos cuyas amargas aguas se cerraban a veces sobre su cabeza. Pero por fin las huellas que iba dejando el suburbio resultaron fáciles de rastrear. Él las sigue de nuevo ahora, avanzando cauteloso playa abajo e introduciéndose en el agua como un nadador dispuesto para el baño de la mañana. El agua salada le salpica las lentes de los ojos y se le escurre aguijoneándolo por entre los cortes de su armadura. Los sonidos de las gaviotas y los del viento desaparecen y son sustituidos por el tenue murmullo del fondo del mar. Los elementos aire o agua alternativos carecen de importancia para los hombres resucitados. Los peces le observan y escapan como rayos hacia los bosques de algas. Los cangrejos se apartan de su camino, reculando y moviendo sus pinzas hacia él como si estuvieran adorando a un dios-cangrejo, invencible dentro de su armadura. Él continúa abriéndose camino, siguiendo el olor a aceite que impregna el agua y la grasa de los ejes que lo van a conducir hasta Tunbridge Wheels.

* * *

A unos kilómetros de la cala donde habían alcanzado la orilla, Chrysler Peavey se detuvo en la parte alta de una empinada cuesta y esperó a que llegaran los demás. Acudían despacio; primero, Tom y Hester; luego, Ames con su mapa; finalmente, Maggs y Mungo, doblados por el peso de sus armas. Mirando hacia atrás, podían ver los inclinados farallones de la isla cayendo hacia el mar y un puñado de barcos rodeando el pecio que eran los restos de Tunbridge Wheels, donde una balsa con una grúa sobre ella ya había sido anclada. Los isleños no habían perdido el tiempo al disponerse a saquear el suburbio hundido.

—Escoria mossie —gruñó Peavey.

Tom apenas había hablado con el alcalde desde que llegaran abriéndose paso con dificultad hasta la orilla. Ahora se quedó sorprendido al ver unas lágrimas chispeando en los ojos del pequeño hombre. Y Tom le dijo:

—Siento mucho lo de su familia, señor Peavey. Traté de alcanzarlos, pero…

—¡Pandilla de tipejos! —bufó Peavey—. No estaba lloriqueando por ellos. ¡Es por mi hermoso suburbio! ¡Míralo! Malditos mossies…

Justo en ese momento, desde algún lugar hacia el sur, oyeron un suave traqueteo de disparos.

El rostro de Peavey se iluminó. Se volvió hacia los otros.

—¡Escuchad eso! ¡Algunos de los muchachos han debido conseguir llegar a la orilla! ¡Van a dar algo más que guerra a los mossies! ¡Vamos a reunirnos con ellos! Aún podremos capturar Puertoaéreo, mantener a unos cuantos de sus habitantes vivos para repararlo, matar al resto y volar de regreso ricos a tierra firme. ¡Caerán del cielo unas cuantas ciudades antes de que el mundo entero sepa que Puertoaéreo se ha convertido en una ciudad pirata! ¡Y puede que quizá logremos capturar una gran ciudad!

Se puso de nuevo en movimiento, saltando de roca en roca con el mono agarrado a sus encorvados hombros. Los otros le seguían detrás. Maggs y Mungo parecían perplejos por la pérdida de Tunbridge Wheels y no demasiado convencidos del último plan de Peavey. Siguieron intercambiando miradas y murmurando entre ellos cuando su alcalde se encontraba a una distancia desde la que no podía oírlos. Pero estaban en un lugar extraño y Tom no creía que tuvieran el valor suficiente como para levantarse contra Peavey, al menos aún no. En cuanto al señor Ames, nunca había puesto el pie en tierra firme hasta entonces.

—¡Es horrible! —refunfuñaba—. ¡Qué difícil es poder andar por aquí, con toda esta hierba…! Y habrá animales salvajes o serpientes… ¡Ya empiezo a entender por qué nuestros antepasados decidieron dejar de vivir en el suelo!

Tom sabía exactamente cómo se sentía. Tanto al norte como al sur de donde se encontraban, la abrupta ladera de la Isla Negra se extendía a lo lejos y, por encima de ellos, la cuesta ascendía casi verticalmente hasta los escarpados peñascos que gemían con fantasmales voces cuando el viento soplaba a su alrededor. Algunos de los pináculos más altos de roca habían sido esculpidos hasta darles formas tan duras que desde la playa parecían fortalezas, y Peavey había dirigido a su grupo tomando un largo desvío para evitarlas, antes de darse cuenta de que eran tan solo piedras.

—Es estupendo —suspiró Hester renqueando mientras avanzaba al lado de Tom. Sonreía para su coleto, algo que él nunca le había visto hacer, y se le colaba una cancioncilla silbada entre los dientes.

—¿Por qué estás tan contenta? —le preguntó.

—Nos dirigimos a Puertoaéreo, ¿no? —replicó ella en un susurro—. Está atollado ahí delante en alguna parte, y la pequeña banda de Peavey nunca podrá tomarlo; no con los mossies y la gente de Puertoaéreo alineados frente a ellos. Acabarán

muriendo, y nosotros encontraremos una nave que nos lleve hacia el norte, a Londres. Anna Fang está ahí, recuerda. Nos podría ayudar de nuevo.

—¡Ah, ella! —dijo Tom enfadado—. ¿No oíste lo que dijo Peavey? Es una espía de la Liga.

—Eso acabé pensando yo —admitió Hester—. Me refiero a todas aquellas preguntas que nos estuvo haciendo sobre Londres y sobre Valentine.

—¡Me lo tenías que haber dicho! —protestó él—. ¡Podía haber revelado un secreto importante!

—¿Y cómo quieres que me preocupara de eso? —le preguntó Hester—. ¿Desde cuándo los aprendices de historiador conocen secretos importantes? De todas formas, pensé que te habías dado cuenta de que era una espía.

—No tenía ninguna pinta.

—Bueno, los espías, por lo general, no lo parecen. No debes esperar que vayan con un cartel delante y otro detrás, como un hombre-anuncio, con la palabra ESPÍA escrita en ellos o con un sombrero especial para espías.

Tenía una actitud extraña, bromista, y Tom se preguntaba si era porque aquellas deprimentes cuestas le recordaban su infancia en aquella otra isla. De repente, le tocó en el brazo y le dijo:

—Pobre Tom. Estás aprendiendo lo que Valentine me enseñó a mí hace tantos años: que no puedes confiar en nadie.

—¡Vaya! —exclamó Tom.

—Oh, no me refiero a ti —añadió ella a toda prisa—. Creo que confío en ti, casi. Y lo que hiciste por mí allá en Tunbridge Wheels, conseguir que Peavey me sacara de los calabozos de aquella forma… Mucha gente no se habría molestado. No por alguien como yo.

Tom se volvió para mirarla y vio más claramente que nunca a una tímida y estupenda Hester que miraba desde detrás de aquella repulsiva máscara. La sonrió con tal calidez que ella se sonrojó (por fin su extraño rostro se ponía rojo a corros y su cicatriz se volvía púrpura), y Peavey volvió la cabeza y les gritó:

—¡Vamos, vosotros, par de palomos enamorados! ¡Dejad de susurrar dulces naderías y caminad!

* * *

Por la tarde, la nube va disipándose hacia el levante y el sol deslumbrando sobre las crestas de las olas, reverberando sobre las partes altas de Tunbridge Wheels. Shrike se mueve por las calles del suburbio con su cabeza balanceándose lentamente de un lado a otro. Los cuerpos están a la deriva en las habitaciones inundadas como bolsas de té frías que se han quedado demasiado tiempo en la tetera. Pequeños peces

entran y salen disparados de la boca de un pirata. El cabello de una muchacha gira en la corriente. Oscuras quillas de barcos de rescate se mueven arriba. Él espera escondido en las sombras cuando bajan buceando tres muchachos desnudos, pasando a su lado a toda prisa con veloces movimientos de brazos y dejando tras ellos estelas de burbujas de plata. Y de un golpe brusco con los pies, vuelven de nuevo a la superficie llevando armas, botellas, un cinturón de cuero…

Hester no está aquí. Shrike se aleja del suburbio hundido, siguiendo las sombras de las películas de aceite a la deriva sobre el légamo. Los restos del naufragio se esparcen por todo el lecho marino y los cuerpos flotantes lo llevan hacia la base de la Isla Negra.

Ya es tarde avanzada cuando sale de las olas, cargado de algas enganchadas a su coraza como una bandera y con el agua escurriéndosele con fuerza desde su interior a través de su abollada armadura. Sacude su cabeza para aclarar la visión y mira a su alrededor en una playa de arena negra bajo sombríos acantilados. Le lleva más de otra hora encontrar la balsa salvavidas, escondida entre un montón de rocas del tamaño de una casa. Desenvaina sus garras de metal y rasga el fondo de la balsa, cortándole así a Hester su huida. Ya es suya otra vez. Cuando haya muerto, él la llevará suavemente por la luz del sol del fondo de las aguas y los bosques de algas de vuelta a los pantanos, y por las largas leguas del Territorio de Caza hasta Crome. La llevará a Londres en sus brazos como un padre que lleva a su niña dormida.

Se agacha y se pone a cuatro patas en la arena, y comienza a olfatear el aire en busca del olor de Hester.

* * *

Hacia la caída del sol alcanzaron finalmente la cumbre de la cuesta y se encontraron mirando hacia abajo, al centro de la Isla Negra. Tom no se había dado cuenta hasta ahora de que era un volcán extinguido, pero desde aquí era obvio: los empinados y escarpados peñascos se distribuían formando una especie de tazón de tierra, verde, con retazos de hierba. Casi directamente debajo del lugar donde los piratas se agazapaban se alzaba una pequeña población estática junto a un lago azul. Había hangares para naves aéreas y mástiles de amarre junto a los edificios de piedra, y en el terreno liso de detrás de ellos, empequeñeciendo todo el lugar, Puertoaéreo se elevaba sobre un centenar de brillantes patas de aterrizaje, con un aspecto tan desolado como un pájaro varado.

—¡El estacionamiento de caravanas aéreas! —dijo Peavey alborozado. Sacó el telescopio y se lo llevó al ojo—. ¡Mirad cómo trabajan! Están volviendo a rellenar sus bolsas de gas, desesperados por volver al cielo… —Movió rápidamente el catalejo por las colinas circundantes—. No hay señal de ninguno de nuestros

muchachos. ¡Oh, si aún nos quedara un cañón! Pero nos las arreglaremos, ¿verdad, chicos? Un puñado de hadas del aire no tiene nada que hacer con nosotros. Venga, vamos a acercarnos un poco más…

Había un tono extraño en la voz del alcalde.

—Está atemorizado. Pero no puede admitirlo. Es la forma de que Mungo y Maggs y Ames no pierdan su fe en él.

Nunca hubiera pensado que sentiría pena por el alcalde pirata, pero eso era lo que le sucedía. Peavey se había portado bien con él, a su manera, y dolía verlo reducido a esto, arrastrándose por la tierra húmeda con su gente, que murmuraba y lo maldecía a sus espaldas.

Pero de todas maneras, aún lo seguían, bajando entre los guijarros de aquella ladera por el cráter de la vieja montaña de fuego. En una ocasión vieron las siluetas de unos jinetes sobre un risco distante: una patrulla de isleños a la caza de sobrevivientes de la ciudad pirata hundida. En otra ocasión, una nave pasó volando bajo por encima de sus cabezas y Peavey los susurró a todos que se tumbaran y permanecieran quietos, escondiendo al mono bajo las ropas para amordazar sus agudas quejas. La nave voló en círculo, pero para entonces el sol ya se había puesto y el piloto no vio las figuras que se agazapaban en el crepúsculo debajo de él como ratones escondiéndose del búho. Y regresó para aterrizar en el caravasar mientras una oronda luna se elevaba por detrás de los riscos del este.

Tom exhaló un agudo suspiro de alivio y se puso de pie. A su alrededor, los demás empezaban también a moverse, gruñendo, desplazando pequeñas piedras que bajaban matraqueando colina abajo. Pudo ver gente que caminaba deprisa de un lado a otro con faroles y antorchas por las calles del caravasar aéreo, y ventanas con las luces de las lámparas encendidas que le hicieron pensar en lo maravilloso que sería encontrarse calentito y a salvo allá dentro. Puertoaéreo resplandecía con sus luces eléctricas y el viento traía los sonidos distantes de gritos dando órdenes, de música y de diversión.

—¡En el nombre de Pete! —exclamó contrariado Mungo—. ¡Hemos llegado demasiado tarde! ¡Se marcha ya!

—¡Nunca! —se burló Peavey.

Pero todos ellos podían ver que las bolsas de gas de Puertoaéreo estaban ya casi llenas. Unos minutos después, el rugido de sus motores llegó retumbando por la parte alta de la cuesta, subiendo y bajando al ritmo del viento. La ciudad voladora se estaba enderezando hacia arriba, con sus patas de cangrejo retirándose e introduciéndose en el lugar destinado a ello en su parte inferior.

—¡No! —gritó Peavey.

Luego empezó a correr cuesta abajo cayendo y levantándose, haciendo rodar ruidosamente las piedras hacia la tierra plana y cenagosa del fondo del cráter, y mientras corría le oían gritar:

—¡Regresa! ¡Eres mi presa! ¡Hundí mi ciudad por ti!

Mungo, Maggs y Ames lo siguieron también, con Tom y Hester detrás. Al pie de la cuesta, el terreno era blando y lodoso bajo los pies y los charcos reflejaban la luna y las luces de la ciudad que se elevaba.

—¡Vuelve! —oían gritar a Peavey, un poco más adelantado que ellos—. ¡Vuelve! —Y luego—: ¡Ah! ¡Oh! ¡Socorro!

Corrieron hacia el sonido de su voz y de los agudos chillidos del mono y todos acabaron deteniéndose al borde de una profunda ciénaga. Peavey estaba ya hundido en ella hasta la cintura. El mono se había situado encima de su cabeza como un marinero en un barco que naufragaba, gesticulando de miedo.

—¡Echadme una mano, muchachos! —rogaba el alcalde—. ¡Ayudadme! ¡Aún nos podemos hacer con ella! ¡Está solo probando sus motores de elevación! ¡Volverá a bajar!

Los piratas lo miraban en silencio. Sabían que no tenían ninguna posibilidad de conseguir la ciudad voladora y que sus gritos habían alertado a los isleños de su presencia.

—¡Tenemos que ayudarlo! —susurró Tom, dando un paso adelante; pero Hester le agarró del brazo y lo detuvo.

—Demasiado tarde —le dijo.

Peavey se iba hundiendo cada vez más, ayudado por el peso de su cadena de alcalde. Cuando el lodo le llegó a la boca, farfulló:

—¡Vamos, chicos! ¿Maggs? ¿Mungo? ¡Soy vuestro alcalde! ¡Todo esto lo he hecho por vosotros!

Comenzó a buscar a Tom con ojos aterrorizados y salvajes.

—¡Díselo, Tommy, muchacho! —gimoteó—. ¡Diles que quería hacer a Tunbridge Wheels grande! ¡Yo quería ser respetable! Diles…

El primer disparo de Mungo quitó al mono de encima de la cabeza de Peavey en medio de una nube de piel socarrada. El segundo y el tercero atravesaron el pecho del alcalde. Inclinó la cabeza y el fango se lo tragó con suaves ruidos burbujeantes.

Los piratas se volvieron para mirar a Tom.

—Probablemente no estaríamos ninguno de nosotros aquí de no haber sido por ti —murmuró Mungo.

—Si no hubieras estado llenándole al jefe la cabeza con todas esas ideas sobre educación y ciudades y todas esas zarandajas… —Mostró su similar parecer Maggs.

—¡Distintos tenedores para cada plato y no hablar con la boca llena! —se burló Ames.

Tom comenzó a retroceder. Para su sorpresa, Hester se interpuso entre él y los piratas.

—¡No es culpa de Tom! —les dijo.

—Y tú tampoco nos eres de ninguna utilidad —gruñó Mungo—. Ninguno de los dos nos sirve para nada. Somos piratas. No necesitamos lecciones de etiqueta ni tampoco queremos que ninguna mutilada con la cara llena de cicatrices cuide de

nosotros.

Levantó su arma y Maggs hizo otro tanto. Incluso el señor Ames sacó un pequeño revólver.

Pero una voz detrás de ellos, desde la oscuridad, dijo:

—SON MÍOS.

21

En el Ingenierium

Londres ascendía hacia una elevada meseta donde la tierra rasgada por las huellas de las ciudades aparecía salpicada de finas capas de nieve. Ciento sesenta kilómetros atrás rodaba Panzerstadt-Bayreuth, ya no tan solo una mancha amenazadora en el horizonte, sino constituyendo una enorme masa de bandas de rodamiento y plataformas, con la dorada labor de filigrana de su cubierta superior claramente visible por encima del humo de las fábricas y de los motores. Los londinenses se apilaban en las plataformas de observación de popa y miraban en silencio mientras la distancia entre las dos ciudades se iba reduciendo paulatinamente. Esa tarde, el lord mayor anunció que no había ninguna necesidad de caer en el pánico y que el Gremio de Ingenieros sacaría a la ciudad sana y salva de la crisis. Pero ya había habido algunas revueltas acompañadas de saqueos en los niveles inferiores y se habían enviado pelotones de beefeaters abajo para mantener el orden en las Entrañas.

—El viejo Crome no sabe lo que está diciendo —murmuró uno de los hombres de servicio en la estación de elevadores del Quirke Circus aquella tarde—. Nunca pensé que me oiría a mí mismo hablar así, pero es un tonto. Llevar al pobre y viejo Londres hacia el este de esta forma, día tras día de viaje, semana tras semana, solo para ser ridiculizado por alguna antigua y poderosa conurbación. Me gustaría que Valentine estuviera aquí. Él sabría qué hacer…

—Calla, Bert —le dijo al oído su compañero—, que aquí llegan algunos de ellos.

Los dos hombres hicieron una cortés reverencia cuando dos ingenieros pasaron junto a ellos hacia los molinetes, un joven y una chica, vestidos ambos con unas gafas protectoras de plastiglás y capuchas y túnicas de goma blanca. La muchacha mostró un pase de oro. Cuando se habían ido hacia el elevador que esperaba allí, Bert se volvió hacia su compañero y le dijo en voz baja:

—Debe de ser importante lo que están haciendo en el Ingenierium. Han estado fuera de sus nidos todo el día, de un lado para otro en las Entrañas Profundas, como un montón de gusanos blancos. ¡Imagínate una reunión del Gremio en un momento como este!

* * *

Dentro ya del elevador, Katherine se sentó junto a Bevis Pod, notando el calor y

sintiéndose cohibida dentro de aquel uniforme que él le había prestado. Lo miró y luego comprobó su propio reflejo en la ventana, asegurándose de que las ruedas rojas que se habían pintado cuidadosamente el uno al otro en la frente no se habían emborronado. Ella pensaba que los dos parecían ridículos con esas capuchas y esas gafas, pero Bevis le había asegurado que muchos ingenieros las usaban aquellos días, y el otro ocupante del elevador, un orondo navegante, no les hizo demasiado caso mientras el vehículo daba bandazos en su subida a la Plataforma Superior.

Katherine se había pasado todo el día inquieta esperando a que Bevis llegara con el disfraz. Para que no se le hiciese tan larga la espera, se había entretenido en buscar el nombre de HESTER SHAW en los índices de todos los libros de su padre, pero no consiguió encontrar nada. Un Catálogo completo del Museo de Londres contenía una breve referencia a una tal Pandora Shaw, pero solo decía que era una basurera de la Región Exterior que había proporcionado unos cuantos fósiles menores y piezas de Vieja Tecnología al Gremio de Historiadores, y daba la fecha de su muerte, hacía siete años. Después intentó buscar MEDUSA, solo para encontrarse con que era una especie de monstruo que aparecía en una vieja historia. No pensaba que Magnus Crome y sus ingenieros creyeran en monstruos.

Nadie los prestó atención cuando ella y Bevis se dirigieron a lo largo del Nivel Superior hacia la entrada principal del Ingenierium. Montones de ingenieros se apresuraban ya a subir por las escaleras. Katherine se unió a ellos, agarrando su pase de oro y manteniéndose próxima al aprendiz, aterrorizada ante el pensamiento de perderlo entre aquella multitud de idénticas túnicas blancas.

—¡Esto no funcionará jamás! —seguía pensando ella, pero el Gremial de servicio en la puerta no se molestaba en mirar los pases. Echó un último vistazo al sol que se diluía por detrás de la cúpula de San Pablo y entró.

Era más grande de lo que había imaginado, y más luminoso, alumbrado por centenares de globos de argón que colgaban del gran haz abierto en el centro del edificio como planetas suspendidos en el espacio. Miró a su alrededor en busca de la escalera, pero Bevis la agarró del brazo.

—Vamos a subir en el monorraíl —le dijo—. Mira…

Los ingenieros estaban encaramándose en pequeños vagones de monorraíl. Katherine y Bevis se unieron a la cola, escuchando sus conversaciones entre dientes y el sonido chirriante del roce de sus túnicas de goma. Los ojos de Bevis estaban muy abiertos y asomaban su miedo tras los anteojos. Katherine había esperado poder tomar un monorraíl para ellos solos y tener así la oportunidad de hablar, pero siguieron entrando más ingenieros y terminó sentada al otro extremo de un vagón atestado de gente, lejos de él, encajada en un grupo procedente de la División de Investigación Mag-Lev.

—¿De dónde eres, gremial? —le preguntó el hombre sentado a su lado.

—Hummm… —Katherine miró desesperadamente a Bevis, pero este se encontraba demasiado lejos como para poder susurrarle una respuesta. Soltó lo

primero que le vino a la cabeza—: de la División K.

—Con la buena de Twixie, ¿eh? —dijo el hombre—. ¡He oído que está consiguiendo resultados sorprendentes con los nuevos modelos!

—Oh, sí, sí; muy buenos —replicó ella. Entonces, el vagón empezó a moverse en un continuo tambaleo y su vecino se volvió para mirar por la ventana, fascinado con las vistas que pasaban ante sus ojos.

Katherine había supuesto que el monorraíl daría al usuario la misma sensación que los elevadores, pero la velocidad y el movimiento en espiral lo hacían completamente diferente y durante unos instantes tuvo que concentrarse enormemente para no marearse. Los otros ingenieros parecían no notar nada.

—¿Sobre qué crees que tratará el discurso del lord mayor? —preguntó uno de ellos.

—Debe de ser MEDUSA —contestó otro—. He oído que están preparando una prueba.

—Esperemos que funcione —dijo una mujer sentada justo enfrente de Katherine—. Fue Valentine el que encontró la máquina, después de todo, y él es solo un historiador, ya sabes. No te puedes fiar de ellos.

—Oh, Valentine es el hombre del lord mayor —dijo otro—. Que no te engañe esa marca del Gremio de Historiadores que lleva. Es tan fiel como un perro, siempre que le demos buenas cantidades de dinero y pueda fingir que esa hija extranjera suya es una dama del Alto Londres.

Giro tras giro fueron ascendiendo, dejando atrás oficinas y talleres llenos de atareados ingenieros, como una enorme colmena de insectos, como un hormiguero. El coche se detuvo en el Nivel Cinco y Katherine salió de él, aún roja de ira ante lo que los otros habían dicho. Se unió a Bevis de nuevo y ambos se dirigieron a buen paso a través de fríos y blancos pasillos, traspasando colgantes cortinas de plástico transparente. Ella podía oír el murmullo de las voces al frente, y, tras unos cuantos virajes y giros, acabaron en un inmenso auditorio. Bevis la llevó con él hasta un asiento cerca de una de las salidas. Katherine miró a su alrededor por si podía encontrar al supervisor Nimmo, pero era imposible distinguirlo. El auditorio era un mar de túnicas blancas y de cabezas calvas o cubiertas con su capucha, y cada minuto entraban más y más por las puertas.

—¡Mira! —dijo Bevis en voz baja, dándole suavemente con el codo—. ¡Esa es la doctora Twix, de la que te hablé! —Señaló a una mujer regordeta con forma de barril que estaba tomando asiento en la primera fila, charlando animadamente con sus vecinos—. ¡Todos los gremiales de más alto rango están aquí! Twix, Chubb, Garstang… ¡Y ahí está el doctor Vambrace, el jefe de seguridad!

Katherine empezó a sentirse atemorizada. Si hubiera sido desenmascarada en la puerta podría haberlo hecho pasar por una broma tonta, una travesura, pero ahora ya estaba metida hasta el cuello en el sanctasanctórum de los ingenieros y tenía la seguridad de que algo importante estaba a punto de suceder. Se recordó a sí misma

que, incluso si era descubierta, los ingenieros nunca se atreverían a hacer daño a la hija de Thaddeus Valentine. Trató de no pensar en lo que podrían hacerle a Bevis.

Por fin se cerraron las puertas y se amortiguaron las luces. Un silencio expectante llenaba el auditorio, roto tan solo por el murmullo resbaladizo de quinientos ingenieros poniéndose en pie.

Katherine y Bevis saltaron con ellos, mirando hacia el estrado por encima de los hombros de la gente que tenían delante. Magnus Crome se encontraba de pie frente a un atril metálico, barriendo con sus ojos al público. Por unos instantes pareció mirar fijamente a Katherine, y ella tuvo que volver a recordar que lo más probable era que no la reconociera, y menos con su capucha y sus anteojos y con el alto cuello de la túnica subido.

—Podéis sentaros —dijo Crome, y esperó hasta que todos lo hubieran hecho, antes de proseguir—. Este es un día glorioso para nuestro gremio, amigos míos.

Un murmullo y un torrente de emoción corrió por el auditorio y también por Katherine. Crome hizo un gesto para pedir silencio.

Arriba, en el techo del auditorio, un proyector de diapositivas comenzó a zumbar y, detrás de su cabeza, apareció una proyección en una pantalla. Era un diagrama de una enorme y complicada máquina.

—MEDUSA —anunció Crome, y hubo una especie de eco mientras todos los ingenieros suspiraban: ¡MEDUSA!—. Como algunos de vosotros ya sabéis —prosiguió—, MEDUSA es un arma energética experimental de la Guerra de los Sesenta Minutos. Hemos sabido de su existencia durante algún tiempo; de hecho, desde que Valentine encontró esos documentos en su viaje a América, hace veinte años.

La pantalla del proyector fluctuaba con sucesivos diagramas y letras de finos caracteres.

—¡Padre nunca me contó eso! —pensó Katherine.

—Por supuesto que estos planos fragmentarios no fueron suficiente para permitirnos reconstruir MEDUSA —estaba diciendo Crome—. Pero hace siete años, de nuevo gracias a Valentine, adquirimos un importante elemento de Vieja Tecnología tomado de un establecimiento militar que llevaba perdido muchísimos años en el desierto americano. Es, quizá, el núcleo central de ordenador antiguo mejor conservado que se ha descubierto nunca, y es aún mucho más que eso: es el cerebro de MEDUSA, la inteligencia artificial que una vez dio fuerza a esta extraordinaria máquina. Gracias al arduo trabajo del doctor Splay y sus compañeros de la División B, por fin hemos podido restaurarla y ponerla en funcionamiento. ¡Gremiales: los días en que Londres tenía que huir para esconderse de otras ciudades hambrientas se han acabado! ¡Con MEDUSA a nuestras órdenes seremos capaces de reducir a cenizas a cualquiera de ellas en un abrir y cerrar de ojos!

Los ingenieros aplaudían con todas sus fuerzas y Bevis Pod volvió a dar un codazo a Katherine para que se uniera a ellos, pero sus manos parecían haberse quedado heladas y pegadas a los apoyabrazos de su butaca. Se sintió aturdida con la

sorpresa. Recordaba todo lo que había oído acerca de la Guerra de los Sesenta Minutos y cómo las terribles y atronadoras armas de los Antiguos habían reventado sus ciudades estáticas y envenenado la tierra y el cielo. ¡Padre nunca habría ayudado a los ingenieros a recrear algo tan terrible!

—Ni tampoco tendremos que ir tras piltrafas como Salthook —continuaba Crome —. Dentro de una semana, Londres estará dentro del radio de acción de Batmunkh Gompa, la muralla-acorazada. Durante mil años, la Liga Antitracción ha estado agazapada tras ella, manteniéndose contra la corriente de la historia. MEDUSA la destruirá de un solo golpe. ¡Las tierras al otro lado de ella, con todas sus enormes ciudades estáticas, sus cosechas y sus bosques, su riqueza mineral sin explotar, todo ello se convertirá en el nuevo Territorio de Caza de Londres!

Apenas se le podía oír ya. Las aclamaciones de los ingenieros golpeaban como olas contra la pared a su espalda, que se fue abriendo lentamente, dejando al descubierto un largo ventanal que dejaba ver la catedral de San Pablo y las torrecillas del ayuntamiento.

—Pero primero —gritó— tenemos asuntos más urgentes que atender. Aunque yo había esperado poder mantener MEDUSA en secreto hasta que alcanzáramos la muralla-acorazada, se ha creído necesario hacer una demostración de su poder. Y mientras os estoy hablando, el equipo del doctor Splay está preparando una prueba de fuego de la nueva arma.

Aunque Katherine hubiera querido oír más, pronto habría sido imposible, pues todos los que formaban la audiencia de Crome estaban hablando entre ellos con total excitación. Unos pocos ingenieros, presumiblemente aquellos relacionados con el proyecto MEDUSA, se apresuraban a alcanzar las salidas. Puesta en pie, Katherine empezó a abrirse paso hacia la puerta. Un momento después, ya se encontraba fuera, en el antiséptico pasillo, preguntándose qué haría a continuación.

—¿Kate? —Bevis Pond apareció a sus espaldas—. ¿Adónde vas? ¡La gente se dio cuenta de que te ibas! Vi a algún guarda de seguridad del Gremio observándonos…

—Tenemos que salir de aquí —susurró Katherine—. ¿Dónde está la salida?

—No lo sé —admitió el muchacho—. Nunca he estado en este nivel antes. Supongo que tenemos que encontrar nuestro camino de regreso hacia el monorraíl… —Apartó a Katherine cuando ella trató de cogerlo de la mano—. ¡No! Alguien podría vernos. Se supone que los ingenieros no se tocan entre ellos.

Salieron apresurados hacia los pasillos tubulares y Katherine le dijo:

—¡Crome estaba mintiendo! Mi padre no fue a América hace siete años. Solo hizo un pequeño viaje a las islas del Océano Occidental. Y nunca me dijo que hubiera encontrado nada importante. Me lo habría dicho, si verdaderamente hubiera encontrado a MEDUSA. Él no querría tener nada que ver con las armas del viejo mundo, de todas formas…

—¿Pero por qué tenía el lord mayor que mentir? —preguntó Bevis, que se sentía secretamente complacido de que su gremio hubiera tropezado accidentalmente con

las claves de otro secreto antiguo—. De todas formas, no dijo que tu papá había ido a América por este asunto. Solo dijo que él lo había adquirido. Puede que se lo comprara a un basurero o algo así. Me pregunto qué quiso decir Crome con lo de la demostración…

Se detuvo. Habían llegado al final del pasillo y no había ningún monorraíl a la vista. Tres puertas se les habían situado enfrente. Dos estaban cerradas y la tercera llevaba únicamente a una estrecha balconada que sobresalía del flanco del Ingenierium, por encima de Paternoster Square.

—¿Y ahora qué? —preguntó Katherine, oyendo su propia voz alta y aguda por el miedo; y Bevis, tan nervioso como ella, replicó:

—No lo sé.

La muchacha se asomó al balcón a recuperar el aliento. La luna estaba ya alta, pero velada por una pequeña nube, y caía una ligera llovizna fría. Se quitó los anteojos y dejó que la lluvia le salpicara el rostro, contenta de verse libre del calor y de la pestilencia química que impregnaba el aire del edificio. Pensó en Padre. ¿Realmente había él encontrado a MEDUSA? Bevis llevaba razón: Crome no tenía ningún motivo para mentir. ¡Pobre Padre! Ahora estaría en el aire, en algún lugar por encima de las cumbres nevadas de Shan Guo. ¡Si tuviera alguna forma de avisarlo de lo que estaban planeando hacer con su descubrimiento!

Un zumbido bajo y mecánico llegó colándose por la plaza iluminada por la luna. Katherine dirigió su mirada hacia la húmeda plataforma de abajo, pero no pudo ver lo que estaba produciendo aquel ruido. Entonces, algo le hizo mirar hacia arriba, hacia San Pablo. Se quedó boquiabierta.

—¡Bevis! ¡Mira!

Lentamente, como un enorme capullo eclosionando, la cúpula de la antigua catedral también se abría.

22

Shrike

¿Acababa de llegar el stalker o, por el contrario, había estado allí de pie, observándolos en su disputa, siniestro e inmóvil sobre la ladera salpicada de piedras, como si él también fuera una piedra? Dio un paso hacia delante y la hierba húmeda se quemaba donde él ponía su pie.

—SON MÍOS.

Los piratas se volvieron y la ametralladora de Maggs comenzó a lanzar chorros de balas trazadoras al hombre de acero, mientras que el cañón portátil de Mungo abría agujeros negros en su armadura y Ames le disparaba una lluvia de balas con su revólver. Cogido en la red de aquel fuego, Shrike se mantuvo en pie tambaleándose durante unos instantes. Luego, lentamente, como un hombre que comienza a caminar a través de un fuerte viento, empezó a avanzar. Las balas sacaban chispas de su armadura y su vestimenta fue desapareciendo convertida en jirones y andrajos. Los agujeros que le había producido el cañón estaban supurando algo que podría ser sangre, tal vez aceite. Extendió los brazos y sacó con fuerza una garra de acero, y otra. Entonces alcanzó a Maggs y esta produjo un ruido como de choque, y cayó hacia atrás sobre los heléchos y luego al suelo. Ames bajó su arma y echó a correr en dirección opuesta, pero Shrike ya estaba inmediatamente tras él y el hombre se quedó parado en seco, mirando boquiabierto un puñado de púas rojas que le brotaban del pecho.

El cañón de Mungo estaba vacío. Lo arrojó lejos de sí y sacó su espada, pero antes de que pudiera blandirla, Shrike le había agarrado por el pelo y le había dislocado la cabeza hacia atrás y cortado el cuello con un golpe como de guadaña.

—Tom —dijo Hester—. ¡Corre!

Shrike inclinó la cabeza a un lado y comenzó a moverse hacia delante, y Tom corrió. No quería hacerlo; sabía que de poco le serviría, y también sabía que debía quedarse junto a Hester. Pero sus piernas tenían otras ideas. Todo su cuerpo deseaba tan solo alejarse de aquella terrible cosa muerta que lo perseguía colina abajo. Luego, el suelo cedió bajo su peso, se hundió en un barro frío y cayó rodando hasta quedar detenido contra una roca que sobresalía justo al borde de la misma ciénaga que se había tragado a Chrysler Peavey.

Miró hacia atrás. El stalker se encontraba en medio de los cuerpos diseminados por el suelo. Puertoaéreo estaba allá arriba, comprobando sus motores uno a uno, y sus luces encendían fríos reflejos sobre su cráneo plateado por la luna.

Hester se mantuvo en pie, encarando su mirada, manteniendo su terreno con

valentía. Tom pensó:

—¡Está tratando de salvarme! ¡Está ganando tiempo para que me pueda escapar! ¡Pero yo no puedo permitir que él la mate, no puedo!

Haciendo caso omiso de las incontables voces que le dictaba su cuerpo, que aún le gritaba que corriese, empezó a arrastrarse colina arriba.

—HESTER SHAW —oyó decir a Shrike, y la voz salía empañada y enredada como una grabación defectuosa. De los agujeros del pecho del stalker salían sibilantes chorros de vapor y un licor negro le goteaba y burbujeaba en las comisuras de los labios.

—¿Vas a matarme? —le preguntó la muchacha.

Shrike hizo un gesto afirmativo con su enorme cabeza, solo uno.

—POR UN RATO.

—¿Qué quieres decir?

La amplia boca se estiró hacia los lados, en un intento de sonrisa.

—SOMOS DOS DE LA MISMA ESPECIE, TÚ Y YO. LO SUPE TAN PRONTO COMO TE ENCONTRÉ AQUEL DÍA EN LA ORILLA. DESPUÉS DE DEJARME, LA SOLEDAD…

—Me tenía que ir, Shrike —musitó ella—. Yo no formaba parte de tu colección.

—TÚ ME ERAS MUY QUERIDA.

—Algo extraño le sucede, pensó Tom, arrastrándose cautelosamente por la loma arriba. Los stalkers no deberían, en teoría, tener sentimientos. Recordaba lo que le habían enseñado acerca de los hombres resucitados: que todos se volvían locos. ¿Era aquella alga que le colgaba de los conductos de la cabeza? ¿Se le habría oxidado el cerebro? Dentro de su pecho saltaban chispas, visibles a través de los agujeros de bala…

—HESTER —chirrió Shrike, cayendo pesadamente de rodillas, de forma que su cara quedó a la misma altura que la de ella—. CROME ME HA HECHO UNA PROMESA. SUS EMPLEADOS HAN APRENDIDO EL SECRETO DE MI CONSTRUCCIÓN.

El miedo le aguijoneó la nuca a Tom.

—LLEVARÉ TU CUERPO A LONDRES —le dijo Shrike a la muchacha—. CROME TE RESUCITARÁ COMO MUJER DE ACERO. TU CARNE SERÁ SUSTITUIDA POR ACERO; TUS NERVIOS, POR CABLES; TUS PENSAMIENTOS, POR ELECTRICIDAD. ¡SERÁS PRECIOSA! SERÁS MI COMPAÑERA, PARA SIEMPRE.

—Shrike —resopló Hester—. Crome nunca querrá que yo sea una resucitada…

—¿POR QUÉ NO? NADIE TE RECONOCERÁ CON TU NUEVO CUERPO; NO TE QUEDARÁN RECUERDOS, NI SENTIMIENTOS; NO SERÁS NINGUNA AMENAZA PARA ÉL. PERO YO RECORDARÉ POR TI, HIJA MÍA. CAZAREMOS A VALENTINE JUNTOS.

Hester se rio; un sonido extraño, enloquecido y terrible que le puso los pelos de punta a Tom cuando llegó a donde se encontraba el cuerpo de Mungo. La pesada espada seguía aún encajada en el puño del pirata y Tom la cogió y comenzó a intentar liberarla del agarre. Mirando hacia arriba, vio que Hester había dado un paso en

dirección al stalker. Inclinó la cabeza hacia atrás, descubriendo su cuello, dejándolo a merced de las garras del stalker.

—De acuerdo —le dijo—. Pero deja marchar a Tom.

—DEBE MORIR —insistió Shrike—. ES PARTE DE MI TRATO CON CROME. NO TE ACORDARÁS DE ÉL CUANDO DESPIERTES EN TU NUEVO CUERPO.

—Oh, Shrike, no, por favor —rogó Hester—. Dile a Crome que escapó o se ahogó o cualquier cosa, que murió en alguna parte de la Región Exterior y que no pudiste traerlo. Por favor.

Tom se aferró a la espada, la empuñadura aún húmeda del sudor de Mungo. Ahora que había llegado el momento, estaba tan asustado que apenas podía respirar, allá, solo y de pie, a punto de enfrentarse al stalker.

—¡Yo no puedo hacer esto! —pensó—. Soy un historiador, no un guerrero. —Pero no podía abandonar a Hester, y menos cuando ella estaba tratando de negociar su propia vida por la de él con el stalker. Se encontraba ya lo suficientemente cerca como para poder ver el miedo en el ojo de ella y el acerado brillo de las garras del stalker acercándose al cuello de Hester.

—MUY BIEN —dijo el stalker. Suavemente, acarició el rostro de Hester con las puntas de sus cuchillas—. EL MUCHACHO PUEDE VIVIR.

La mano retrocedió para golpear. Hester cerró el ojo.

—¡Shrike! —aulló Tom, abalanzándose hacia delante y sujetando con fuerza la espada ante él, sintiendo la luz verde derramarse por su cara cuando Shrike se giró para enfrentarse a él. Un brazo de acero salió hacia él violentamente, lanzándolo hacia atrás. Sintió un dolor como de quemadura en el pecho y por un instante estuvo seguro de que lo habían partido en dos, pero había sido el antebrazo del stalker lo que lo había golpeado, no la mano de las cuchillas, y aterrizó de una sola pieza rodando por el suelo, jadeando de dolor, esperando ver a Shrike arremeter contra él, y luego nada, para nunca jamás.

Pero Shrike estaba en el suelo. Y Hester se inclinaba sobre él. Y mientras Tom miraba, el ojo del stalker comenzó a oscilar y algo explotó dentro de él con un destello y un ruido seco, y una espiral de humo se elevó por encima de él. La empuñadura de la espada sobresalía de una de las grietas de su pecho, crepitando entre chispas azules.

—¡Oh, Shrike! —musitó Hester.

Shrike enfundó cuidadosamente sus garras, de forma que pudiera tomarla de la mano. Inesperados recuerdos revoloteaban en su mente, que se desintegraba, y de repente supo quién había sido antes de que lo llevaran a la mesa de resurrección para hacer de él un stalker. Quería decírselo a Hester, y levantó su enorme cabeza de hierro hacia la muchacha, pero antes de que pudiera pronunciar sus palabras, la muerte ya estaba sobre él, perdiendo así la última oportunidad.

La gran carcasa de hierro se quedó completamente inmóvil y el humo se disolvió en el viento. Abajo, en el valle, se oía el sonido de los cuernos de guerra, y Tom pudo

ver un grupo de jinetes empezando a ascender por la ladera desde el lugar de estacionamiento de las caravanas, alertados por el sonido de las armas de fuego. Llevaban lanzas y antorchas encendidas y Tom supuso que no eran precisamente amigos. Intentó ponerse en pie, pero el dolor del pecho casi lo hizo desvanecerse.

Hester lo oyó gruñir y se lanzó hacia él.

—¿Por qué hiciste eso? —le gritó.

Tom no hubiera quedado más sorprendido si ella le hubiera dado un sopapo.

—¡Te iba a matar! —protestó.

—¡Me iba a hacer igual que él! —gritó Hester, estrechando a Shrike entre sus brazos—. ¿No oíste lo que dijo? Me iba a convertir en lo que siempre quise: nada de recuerdos, nada de sentimientos. ¡Imagínate la cara de Valentine cuando fuera a por él! Oh, ¿por qué sigues metiéndote donde no te llaman?

—¡Te hubiera convertido en un monstruo! —oyó Tom elevarse su voz hasta el grito mientras todo su dolor y su miedo se transformaban en furor y en rabia.

—¡Yo ya soy un monstruo! —chilló ella.

—¡No, no lo eres! —Tom consiguió ponerse de rodillas—. ¡Tú eres mi amiga! —le gritó.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritaba Hester.

—¡Vale, yo me ocupo de ti tanto si te gusta como si no! —voceó Tom—. ¿Crees que eres la única persona que ha perdido a su padre y a su madre? ¡Yo me siento tan enfurecido y tan solo como tú, y sin embargo no me ves de un lado para otro tratando de matar a la gente e intentando que me conviertan en un stalker! No eres más que una tosca y quejumbrosa…

Pero el resto de lo que había estado pensando decirle se desvaneció en medio de un inesperado sollozo, porque de repente vio la ciudad debajo de él, y Puertoaéreo y los jinetes que se aproximaban tan claramente como si se encontraran en la mitad del día. Vio que las estrellas se desvanecían. Vio el rostro de Hester congelado en medio de un grito, con la saliva resbalándole por las comisuras de los labios. Vio su propia sombra oscilar en la hierba teñida de sangre.

Por encima de los escarpados riscos, el cielo nocturno se llenaba de una luz que no parecía de la Tierra; como si un nuevo Sol hubiera surgido de la Región Exterior, de algún lugar lejano hacia el norte.

23

MEDUSA

Katherine miraba paralizada hacia la cúpula de San Pablo, que se estaba abriendo a lo largo de una especie de grietas negras mientras las diferentes secciones se doblaban hacia el exterior como si fueran pétalos. Dentro, algo elevaba lentamente una torre central y abría, mientras surgía, una orquídea de frío y blanco metal. El eco del retumbo del vasto sistema hidráulico se extendía por la plaza y hacía estremecer el edificio del Ingenierium.

—MEDUSA —susurró Bevis Pond, de pie tras ella ante la puerta abierta—. ¡En realidad, no han estado restaurando la catedral en absoluto! ¡Han construido MEDUSA dentro de San Pablo!

—¿Gremiales?

Se volvieron. Un ingeniero se encontraba detrás de ellos.

—¿Qué estáis haciendo? —los espetó—. Esta torre está fuera de los límites permitidos y prohibida a todos menos a los de la División L.

Se detuvo, mirando fijamente a Katherine, y ella se dio cuenta de que Bevis también la miraba, con sus ojos oscuros muy abiertos y horrorizados. Por unos momentos no pudo imaginarse qué le podía pasar. Luego entendió. ¡La lluvia! Se había olvidado por completo de la marca del Gremio que él le había pintado tan cuidadosamente entre las cejas, y ahora se le escurría por la cara hacia abajo formando unos pequeños arroyuelos rojos.

—¿Qué pasa, en nombre de Quirke? —resolló el ingeniero.

—¡Kate, corre! —gritó Bevis, dando un empujón al ingeniero. Y Katherine corrió y oyó el grito airado del hombre tras ella mientras este caía al suelo.

Luego, Bevis la alcanzó y la cogió de la mano, y corrieron como una flecha a izquierda y derecha por los pasillos vacíos hasta que se dieron de bruces con una escalera. Bajaron un tramo, luego otro, y tras ellos oyeron más gritos y el repentino y estridente repique de una campana de alarma. Se encontraban ya en el fondo, en un pequeño vestíbulo, en algún lugar de la parte trasera del Ingenierium. Había dos enormes puertas de cristal que se abrían a la Plataforma Superior y dos gremiales montando guardia.

—¡Hay un intruso! —resolló Bevis señalando hacia atrás, hacia la dirección de donde ellos habían venido—. ¡En el tercer piso! ¡Y creo que va armado!

Los gremiales estaban ya sobresaltados por el repentino repique de la alarma. Intercambiaron miradas sorprendidas y entonces uno de ellos arrancó escaleras arriba, sacando una pistola de gas de su cinturón.

Bevis y Katherine aprovecharon su oportunidad y aceleraron el paso.

—Han herido a mi colega —explicó Bevis, señalando la cara con las huellas rojas de Katherine—. ¡Me la llevo a la enfermería! —La puerta se abrió de par en par y ellos se lanzaron a la acogedora oscuridad.

Corrieron tan rápido como pudieron hacia las sombras de San Pablo y luego se detuvieron a escuchar. Katherine podía oír las pesadas pulsaciones de la maquinaria y, más cerca y más fuerte, los propios latidos de su corazón. La voz de un hombre gritaba órdenes en alguna parte y se oía el golpear de pies protegidos por la armadura que se iban acercando.

—¡Beefeaters! —gimoteó la muchacha—. ¡Querrán ver nuestros papeles! ¡Me quitarán la capucha! ¡Oh, Bevis, no debería haberte pedido nunca que me metieras aquí! ¡Corre! ¡Déjame!

Bevis la miró y negó con la cabeza. Había desafiado a su Gremio y arriesgado todo para ayudarla y no tenía ninguna intención de abandonarla ahora.

—¡Oh, Clio, ayúdanos! —resolló Katherine, mientras algo le hacía mirar hacia Paternoster Square. Allí estaba el bueno de Chudleigh Pomeroy, parado en la escalinata del ayuntamiento con sus brazos llenos de sobres y carpetas, mirando hacia arriba. Nunca se había sentido tan feliz de ver a alguien en toda su vida, y corrió hacia él, llevándose a Bevis Pod con ella y diciendo suavemente:

—¡Señor Pomeroy!

Él los miró de forma inexpresiva y luego se quedó boquiabierto cuando Katherine se quitó aquella estúpida capucha y vio su cara y su cabello empapados en sudor.

—¡Señorita Valentine! ¿Qué está pasando, en el nombre de Quirke? ¡Mire lo que esos malditos entrometidos ingenieros han hecho con San Pablo!

Katherine levantó la vista. La orquídea de metal estaba ya abierta en toda su extensión, proyectando una sombra profunda en la plaza, abajo. Solo que no era una orquídea. Era una cosa cuculiforme y llamativa, como la capucha de una enorme cobra, y se balanceaba en derredor para poner en su punto de mira a Panzerstadt-Bayreuth.

—¡MEDUSA! —exclamó ella.

—¿Quién? —preguntó Chudleigh Pomeroy.

La sirena de un coche gimió.

—Oh, por favor —sollozó Katherine, volviéndose hacia el rollizo historiador—. ¡Nos persiguen! Si capturan a Bevis, no sé qué va a ser de él…

Bendito Pomeroy, que no dijo «¿por qué?», ni «¿qué habéis hecho de malo?», sino que, simplemente, cogió a Katherine por un brazo y a Bevis Pod por otro y se apresuró a ir con ellos hacia el garaje del ayuntamiento, donde lo esperaba su coche. Mientras el chófer los ayudaba a entrar, una escuadra de beefeaters se acercó ruidosamente y pasó de largo, sin prestar atención a Pomeroy ni a sus acompañantes. Ocultó la túnica y la capucha de Katherine detrás de su asiento e hizo que Bevis Pond se agachara en el suelo del vehículo. Luego, él se comprimió junto a Katherine en el

asiento trasero y le dijo:

—Déjame que hable yo —Mientras el vehículo salía zumbando hacia Paternoster Square.

Había una verdadera multitud en el exterior de la estación de elevadores mirando asombrados aquello que había brotado de San Pablo. Los beefeaters detuvieron el coche, mientras un joven ingeniero miraba hacia dentro. Pomeroy abrió una ventanilla en la cubierta de plastiglás y preguntó:

—¿Hay algún problema, gremial?

—Una irrupción en el Ingenierium. Terroristas Antitraccionistas…

—Bueno, pues no nos mires a nosotros —rio Pomeroy—. He estado trabajando toda la tarde en mi oficina del Ayuntamiento y la señorita Valentine ha estado ayudándome amablemente a ordenar ciertos papeles…

—Es lo mismo, señor. Tengo que registrar su coche.

—Oh, ¿de veras? —gritó Pomeroy—. ¿Tenemos aspecto de terroristas? ¿No tienes otra cosa mejor que hacer en la última noche de Londres con una asquerosa y enorme conurbacion acechándonos? ¡Me quejaré al Consejo en los términos más fuertes posibles! ¡Es ultrajante!

El hombre pareció vacilar, luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se hizo a un lado para dejar que el chófer de Pomeroy dirigiese el coche hacia un montacargas que esperaba. Mientras las puertas se cerraban detrás, Pomeroy dejó escapar un suspiro de alivio.

—Esos malditos ingenieros. Sin intención de ofender, aprendiz Pod…

—No es ninguna ofensa —dijo la amortiguada voz de Bevis desde algún lugar allá abajo.

—¡Gracias! —susurró Katherine—. ¡Muchísimas gracias por ayudarnos!

—De nada —dijo Pomeroy con una risita—. Siempre me resulta muy grato hacer cualquier cosa que moleste a Crome y a sus lacayos. Una catedral de miles de años, San Pablo, y van ellos y la transforman en… en lo que sea que la han transformado, sin tan siquiera un «con su permiso»… —Miró nerviosamente a Katherine y vio que ella no le escuchaba en realidad. Suavemente, le preguntó:

—¿Pero qué es lo que les ha hecho para ponerlos así de agitados, señorita Valentine? No tiene usted por qué decírmelo si no quiere, pero si usted y su amigo están en un apuro y hay algo que un viejo bobalicón como yo pueda hacer…

Katherine sintió que unas inevitables lágrimas le escocían los ojos.

—Por favor —musitó—, ¿podría tan solo llevarnos a casa?

—Naturalmente.

Se mantuvieron en un embarazoso silencio mientras el coche atravesaba las calles de la Plataforma Uno hacia el parque. La oscuridad estaba llena de gente que corría y gritaba señalando la catedral. Pero había más gente que corría: los hombres de seguridad de los ingenieros dirigiendo las escuadras de beefeaters. Cuando el vehículo se detuvo frente a Clio House, Pomeroy descendió también para acompañar

a Katherine hasta la puerta. Ella le susurró un adiós de todo corazón a Bevis y siguió a Pomeroy.

—¿Podría llevar al aprendiz Pod a una estación de elevadores? —le pidió—. Necesita volver a las Entrañas.

Pomeroy se mostraba preocupado.

—No lo sé, señorita Valentine —suspiró—. Ya ha visto usted lo agitados que están los ingenieros. Por lo que los conozco, ya tendrán en estos momentos todas sus fábricas y sus bloques de dormitorios cerrados a cal y canto y todas las medidas de seguridad activadas. Ya habrán descubierto que ha desaparecido, junto con dos túnicas y dos capuchas…

—¿Quiere usted decir que ya no puede volver? —Katherine se sintió aturdida ante el pensamiento de lo que le había hecho al pobre de Pod—. ¿Nunca más?

Pomeroy corroboró con la cabeza.

—¡Entonces, lo acogeré en Clio House! —decidió Katherine.

—No es un gato abandonado, querida mía.

—Pero cuando Padre vuelva a casa podrá arreglarlo, ¿a que sí? Explicarle al lord mayor que todo esto no tiene nada que ver con Bevis…

—Es posible —se mostró de acuerdo Pomeroy—. Su padre de usted está muy cercano al Gremio de Ingenieros. Una maldita perspectiva demasiado cercana, que dirían algunos. Pero no creo que Clio House sea el lugar apropiado para esconder a su amigo. Me lo llevaré al Museo. Hay mucho sitio dentro para él y los ingenieros no serán capaces de buscarlo allí sin avisarnos primero.

—¿De verdad que va a hacer usted eso? —preguntó Katherine, temerosa de estar arrastrando a otra persona inocente al problema que ella había creado. Pero, después de todo, solo serían unos días, hasta que Padre regresara a casa. Luego, todo volvería a la normalidad.

—¡Oh, gracias! —dijo feliz, poniéndose de puntillas para darle un beso a Pomeroy en la mejilla—. ¡Muchas gracias!

Pomeroy se sonrojó, rebosante de alegría, y empezó a decir algo, pero aunque sus labios se movían, ella no podía oír las palabras. Su cabeza se estaba llenando de un extraño ruido, un bramido plañidero que se fue haciendo más y más fuerte hasta que la muchacha se dio cuenta de que no estaba dentro de ella en absoluto, sino que golpeaba desde alguna parte por encima de sus cabezas.

—¡Mirad! —gritó el historiador señalando hacia arriba.

El miedo de Katherine le había hecho olvidarse de San Pablo. Ahora, mirando al Nivel Superior, vio la capucha de cobra de MEDUSA que empezaba a chisporrotear con violentos relámpagos. La pelusa de sus brazos y de los alrededores de la nuca comenzó a causarle una extraña picazón, y cuando buscó la mano de Pomeroy, unas pálidas chispas saltaron entre las puntas de sus dedos y las ropas de él.

—¡Señor Pomeroy! —gritó Katherine—. ¿Qué está pasando?

—¡Gran Quirke! —exclamó el historiador—. ¿Qué han despertado ahora esos

locos?

Fantasmales esferas de luz se iban separando de la resplandeciente máquina y caían sobre Circle Park como globos de fuego. Los relámpagos danzaban alrededor de los chapiteles del ayuntamiento. Los cada vez más numerosos y plañideros ruidos se fueron haciendo paulatinamente más sonoros y más agudos, hasta que Katherine sintió que ni tan siquiera con las manos apretándose los oídos podía soportar aquel infierno ni un solo momento más. Luego, de repente, una corriente de energía incandescente explotó, salió disparada de la caperuza de la cobra y se extendió hacia el norte: un enmarañado y chisporroteante gato de siete colas que se lanzaba para lamer, flagelándolos, los edificios de Panzerstadt-Bayreuth. La noche se abrió en dos y se escapó a esconderse en los resquicios del cielo. Durante un segundo, Katherine vio las plataformas de la distante conurbación pintadas de fuego, y poco después, todo se había acabado. Un latido de luminosidad de un blanco cegador, luego rojo, se elevaba de la tierra; una columna de fuego alzándose en silencio hacia el cielo, y a través de la nieve llameante, se acercaba ondulante una ola de ruido, un largo y prolongado estampido, como si una gran puerta se hubiera cerrado de golpe en algún lugar de las profundidades de la tierra.

El resplandor se disipó, sumiendo a Circle Park en una oscuridad repentina, y en el silencio oyó a Perro aullar dentro de la casa como si se hubiera vuelto loco.

—¡Gran Quirke! —sollozó Pomeroy—. ¡Toda esa pobre gente…!

—¡No! —se oyó decir Katherine—. ¡Oh, no, no, no! —Comenzó a correr por el jardín, mirando hacia la nube salpicada de resplandores que envolvía los restos de la conurbación. Desde Circle Park y todas las demás plataformas de observación venía el sonido de voces sin palabras, y pensó al principio que estaban gritando de horror, de la misma forma en que ella hubiera deseado gritar. Pero no: se alegraban, se regocijaban, lo celebraban.

SEGUNDA PARTE

24

Una agente de la Liga

La extraña luz del norte había desaparecido ya y el largo y atronador estampido se había diluido, devuelto una y otra vez por el eco de las paredes del viejo volcán. Dominando el nerviosismo de sus monturas, sobrecogidas por el pánico, los hombres de la Isla Negra seguían por los bordes del tremedal entre el trepidar de los cascos de los caballos a galope y el sedoso ruido de las antorchas agitadas por el viento.

Tom levantó sus manos y gritó:

—¡Somos amigos! ¡No piratas! ¡Viajeros! ¡De Londres!

Pero los jinetes no estaban en condiciones de escuchar, ni siquiera los pocos que entendían su idioma. Habían estado todo el día cazando supervivientes del suburbio hundido, habían visto lo que los piratas de Peavey habían hecho en las aldeas de pescadores a lo largo de la costa oeste y ahora se gritaban los unos a los otros en su propia lengua y se acercaban a galope con los arcos levantados. Una flecha con una pluma gris se clavó con un ruido sordo a los pies de Tom, haciéndolo tambalearse hacia atrás.

—¡Somos amigos! —gritó de nuevo.

El hombre que dirigía la partida sacó su espada, pero otro jinete espoleó su caballo para colocarse delante de él, gritando algo en la lengua de la isla y luego en inglés:

—¡Los quiero vivos!

Era Anna Fang. Gobernó las riendas de su caballo, saltó al suelo desde la silla y corrió hacia Tom y Hester, con su abrigo ondeando contra la luz del fuego como una bandera roja. Llevaba una espada en una larga funda a su espalda y en su pecho Tom vio una insignia de bronce con la forma de una rueda rota: el símbolo de la Liga Antitracción.

—¡Tom!, ¡Hester! —Les fue abrazando, sonriendo con la más dulce de sus sonrisas—. ¡Pensé que habíais muerto! Envié a Lindstrom y a Yasmina a buscaros la mañana siguiente a la pelea en Puertoaéreo. Encontraron vuestro globo encallado en aquellos horribles pantanos y dijeron que debíais de estar muertos. Quise recuperar vuestros pobres cuerpos, pero la Jenny había sufrido averías y estuve muy ocupada ayudando a guiar la ciudad al campo de reparaciones de aquí… Pero dijimos oraciones por vosotros e hicimos sacrificios funerarios a los dioses del cielo. ¿Creéis que podríamos pedirlos que nos devolvieran algo de lo gastado? —bromeó.

Tom se mantuvo en silencio. Le dolía el pecho y casi no podía respirar, y menos aún hablar. De todas formas, la insignia del pecho de la aviadora le decía que las

historias de Peavey habían sido ciertas: era una agente de la Liga. Él ya no se sentía atraído por su amabilidad ni por su risa musical.

Anna Fang gritó algo por encima de su hombro a los jinetes que esperaban y un par de ellos descendieron de sus caballos y se adelantaron con ellos, mirando asombrados el cadáver de Shrike.

—He de dejaros durante un rato —explicó—. Tengo que llevar a la Jenny al norte para ver qué perversidad ha encendido el cielo. Los isleños cuidarán de vosotros. ¿Sabéis montar a caballo?

Tom no había visto un caballo en toda su vida, y menos aún montado en uno, pero se encontraba tan mareado por el dolor y el golpe que no pudo protestar cuando lo subieron a la silla de un pequeño y desgreñado poni, que comenzó a descender colina abajo. Volvió la cabeza buscando a Hester y la vio mirarlo con expresión ceñuda, encogida sobre la silla de un segundo poni. Luego, el grupo de jinetes se cerró a su alrededor y la perdió de vista en las estrechas y pobladas calles del caravasar, donde familias enteras se encontraban en el exterior de sus casas mirando al cielo del norte y el polvo y los desperdicios giraban entre los edificios mientras Puertoaéreo subía y bajaba por encima de sus cabezas probando sus rotores uno a uno.

Había una pequeña casa de piedra donde alguien encontró un asiento para él, y un hombre con ropas negras y un gran turbante blanco examinó su pecho magullado.

—¡Rotas! —dijo alegremente—. Yo soy Ibrahim Nazghul, médico. ¡Tienes cuatro costillas bastante machacadas!

Tom asintió, aturdido como estaba por el dolor y el golpe, pero comenzando a sentirse afortunado de poder estar aún vivo y contento de que estas gentes no fueran los salvajes antitraccionistas que él hubiera esperado encontrar. El doctor Nazghul le puso unas vendas alrededor del pecho y su esposa trajo un humeante tazón de estofado de carnero, y ayudó a Tom a comer, llevándole la cuchara a la boca. La luz de los faroles lamía los rincones de la habitación y en la puerta de la casa del médico unos niños miraban insistentemente a Tom con sus enormes ojos oscuros.

—¡Eres un héroe! —le dijo el médico—. Te vieron luchar con un ser sobrenatural de hierro que nos hubiera matado a todos nosotros.

Tom parpadeó, mirándolo adormilado. Ya casi había olvidado la pequeña y sórdida batalla al borde de la ciénaga. Los detalles se le iban desvaneciendo rápidamente, como en un sueño.

—Maté a Shrike —pensó—. Vale, aunque ya estaba muerto antes, técnicamente, pero aún era una persona. Tenía esperanzas, y planes, y sueños, y yo puse fin a todos ellos. Él no se sentía como un héroe; se sentía igual que un asesino, y el sentimiento de culpabilidad y de vergüenza seguía con él, manchando sus pensamientos mientras su cabeza caía sobre el tazón de estofado y quedaba sumido en el sueño.

Luego se encontró en otra habitación, en una cama blanda, y desde allí se veía, al otro lado de la ventana, un cielo azul y blanco movido por el viento, que soplaba a ráfagas, y unos retazos de sol que iban y venían sobre la pared encalada.

—¿Cómo te encuentras, exterminador de stalkers? —le preguntó una voz. La señorita Fang estaba allí, de pie, mirándolo desde arriba con una amable sonrisa parecida a la de un ángel en una pintura antigua.

—Me duele todo —respondió Tom.

—¿Te encuentras lo suficientemente bien como para viajar? La Jenny Haniver nos espera, y a mí me gustaría estar de viaje antes del anochecer. Puedes comer una vez que estemos en vuelo. He preparado salchichas rebozadas al horno eso que llamamos sapo en el agujero, pero con sapo auténtico.

—¿Dónde está Hester? —preguntó Tom, inseguro.

—Ah, ella también viene.

Se incorporó, encogiéndose por el agudo dolor del pecho y el recuerdo de todo lo que había sucedido.

—Yo no voy a ir a ninguna parte contigo —le dijo.

La aviadora se rio como si pensase que él estaba bromeando. Luego se dio cuenta de que no era broma y se sentó en la cama, con aspecto preocupado.

—Tom, ¿he hecho algo que te haya molestado?

—Trabajas para la Liga —contestó enfadado—. ¡Eres una espía, y no eres mejor que Valentine! ¡Tú solo nos prestaste tu ayuda porque esperabas que te contáramos cosas de Londres!

La sonrisa de la señorita Fang se desvaneció por completo.

—Tom —dijo suavemente—. Os ayudé porque me gustasteis. Y si tú hubieras visto a tu familia esclavizada hasta morir a bordo de una ciudad implacable, ¿no habrías decidido ayudar a la Liga en su lucha contra el Darwinismo Municipal?

Extendió la mano para atusar el cabello revuelto de Tom y dejarle la frente despejada y Tom recordó algo que había olvidado, una época en la que era pequeño y estuvo muy enfermo y su madre se había sentado con él de la misma forma. Pero la insignia de la Liga seguía aún sobre el pecho de la señorita Fang y la herida de la traición de Valentine todavía estaba fresca: no iba a permitir que le engañaran con sonrisas y amabilidades otra vez.

—¡Matas a la gente! —dijo, apartando la mano de ella de su cabeza—. Hundiste Marsella…

—Si no lo hubiera hecho, habría atacado las Cien Islas, matando o esclavizando a muchos cientos de personas más de los que yo ahogué con mi pequeña bomba.

—Y tú estrangulaste a… la Uva-pasa de Yo-qué-sé-dónde.

—¿La Sultana de Palau Pinang? —La sonrisa volvió a destellar en su boca—. Yo no la estrangulé. ¡Qué idea más terrible! Simplemente le rompí el cuello. Permitía que las ciudades balsa anfibias repostaran en su isla, así que había que ocuparse de ella.

Tom no veía que aquello tuviera ninguna gracia como para sonreír. Recordaba a los hombres de Wreyland desplomados en las sombras del muelle aéreo de Tayns y a la señorita Fang decirle que estaban únicamente inconscientes.

—Puede que yo no sea mejor que Valentine —prosiguió ella—, pero hay una diferencia entre nosotros. Valentine intentó matarte y yo quiero que sigas vivo. Así que, ¿vas a venir conmigo?

—¿Adónde? —preguntó Tom con un tono de sospecha.

—A Shan Guo —respondió ella—. Estoy dispuesta a apostar que lo que encendió el cielo anoche tenía algo que ver con la cosa que Valentine le quitó a la madre de Hester. Y me he enterado de que Londres se dirige derecha a la Muralla-Escudo.

Tom estaba sorprendido. ¿Podía el lord mayor haber encontrado realmente una forma de quebrantar los límites de la Liga? ¡Si era cierto, esas eran las mejores noticias desde hacía muchos años! Y en cuanto a lo de ir a Shan Guo, eso era el corazón de la Liga Antitracción, el último lugar del mundo al que iría un londinense decente.

—No voy a hacer nada para ayudarte a hacer daño a Londres —le dijo—. Aún es mi casa.

—Naturalmente —respondió ella—. Pero si la Muralla está a punto de ser atacada, ¿no crees que la gente que vive tras ella merece una oportunidad de escapar? Voy a avisarlos de que se encuentran en peligro, y quiero que Hester venga conmigo para que cuente su parte de la historia. Y Hester solo vendrá si tú vienes también.

Tom se rio. Y se dio cuenta de que aquello le dolía.

—¡No creo que eso sea cierto! —dijo—. ¡Hester me odia!

—Tonterías —rio la señorita Fang—. A ella le gustas mucho. ¿Y qué sucede si te digo que se ha pasado más de media noche contándome lo amable que has sido con ella y lo maravillosamente valiente que fuiste matando al hombre máquina?

—¿De verdad? —se sonrojó Tom, sintiéndose repentinamente orgulloso. No pensó que pudiera acostumbrarse nunca a Hester Shaw y a sus humores oscilantes. Sin embargo, era lo más cercano a una amistad que podía tener en este enorme y confuso mundo, y aún recordaba cómo ella le había rogado a Shrike que le perdonase a él la vida. Dondequiera que ella fuese, él también iría, incluso al salvaje corazón de la Liga; incluso a Shan Guo.

—De acuerdo —dijo—. Iré.

25
Los historiadores

Está lloviendo sobre Londres. Lluvia constante y tranquila de un cielo bajo y herido. Llueve de forma tan intensa como para llevarse consigo la nieve y remover el barro de debajo de las huellas que va dejando a su paso la ciudad y transformarlo en una espesa pasta amarilla, pero no lo suficiente como para apagar las llamas de Panzerstadt-Bayreuth, que arden todavía como la pira de un titán allá en el noroeste.

Magnus Crome se encuentra en el tejado barrido por el viento del Ingenierium y observa el humo que sigue ascendiendo. Una aprendiza sujeta un paraguas sobre la cabeza del alcalde y detrás de ella esperan seis altas e inmóviles figuras vestidas con la versión en negro de las túnicas de goma del gremio. Los terroristas que irrumpieron en el Ingenierium la noche anterior no han sido aún capturados y se ha reforzado la seguridad. De ahora en adelante, el lord mayor no irá a ninguna parte sin su nueva guardia de seguridad: la primera hornada de los nuevos stalkers de la doctora Twix.

Una nave de reconocimiento del Gremio gira por encima de ellos y aterriza suavemente. El doctor Vambrace, el jefe de seguridad de los ingenieros, desciende y acude con rapidez a donde se encuentra esperando el lord mayor, con su túnica de goma aleteando pesadamente al viento.

—¿Y bien, doctor? —le pregunta Crome impaciente—. ¿Qué ha visto? ¿Pudo usted aterrizar?

Vambrace niega con un gesto y dice:

—Las llamas siguen vivas por todas las ruinas, pero dimos una vuelta tan bajo como nos fue posible y sacamos fotografías. Las plataformas superiores se han fundido y se han desplomado sobre las inferiores, y parece como si todas las calderas y los depósitos de combustible hubieran explotado al primer toque de nuestro rayo de energía.

Crome asiente con la cabeza.

—¿Ha habido supervivientes?

—Unas pequeñas señales de vida; entre las plataformas sin embargo… —Los ojos del hombre de la seguridad se abren más de lo normal detrás de sus gruesas gafas, dándole un aspecto como el de una medusa en un acuario. Su departamento está siempre atento a encontrar nuevos y originales métodos de matar a la gente y él aún está nervioso de emoción ante el recuerdo de las formas secas y carbonizadas que vio tiradas como basura por las calles y plazas de Panzerstadt-Bayreuth, muchas de ellas manteniéndose aún en pie, convertidas en estatuas de escoria por haber mirado a

MEDUSA—. ¿Tiene la intención de volver a devorar los restos, lord mayor? —pregunta después de unos momentos—. Los fuegos se consumirán en un par de días, como mucho.

—De ninguna manera —le espeta Crome—. Debemos seguir nuestra marcha hacia la Muralla-Escudo.

—A la gente no le va a gustar —le advierte Vambrace—. Han tenido su victoria y ahora querrán los despojos: la chatarra y las piezas de repuesto de esa conurbación…

—No he traído a Londres todo este trayecto hasta aquí por la chatarra y las piezas de repuesto —le interrumpe Crome. Se mantiene erguido junto a la barandilla del borde del tejado y mira fijamente hacia el este. Puede ver ya las blancas cumbres de las altas montañas en el horizonte, como una fila de dientes de perlas—. Debemos seguir avanzando. Unos cuantos días más y tendremos a nuestro alcance la Muralla-Escudo. Ya he anunciado un día de fiesta oficial y una recepción en el Ayuntamiento para señalar el gran acontecimiento. ¡Piensa en ello, Vambrace! ¡Todo un nuevo territorio de caza!

—Pero la Liga ya sabe que nos estamos acercando —le advierte Vambrace—. Tratará de detenernos.

Los ojos de Crome se muestran fríos y brillantes y miran hacia el futuro. Y dice:

—Valentine tiene sus órdenes. Él se encargará de la Liga.

* * *

Y de esta forma, Londres continuó su marcha, arrastrándose hacia el este mientras el humo de la desaparecida conurbación se elevaba hacia el cielo por detrás y Katherine se dirigía a las estaciones elevadoras por entre el desbarajuste de las celebraciones de la noche anterior. Faroles chinos rotos rodaban por las plataformas movidos por el viento, y los hombres vestidos con los rojos uniformes del departamento de Reciclaje hacían rodar los contenedores y recogían gorros de fiesta abandonados y banderines mojados cuyos mensajes aún se podían leer: «Amo a Magnus Crome», y «Que viva Londres». Perro se puso a jugar a perseguir una ondulante cadena de papel hasta que Katherine lo llamó de forma apremiante a su lado. No era momento de juegos.

Por lo menos, en el Museo no había banderolas ni guirnaldas de papel. El Gremio de los Historiadores no había sido nunca tan rápido como el resto de Londres a la hora de dar la bienvenida a los nuevos inventos de los ingenieros y no había hecho ninguna excepción con MEDUSA. En las polvorientas sombras de las galerías de exposición había un silencio decente, como convenía a la mañana siguiente de la muerte de toda una ciudad. Fuera, los ruidos de las calles parecían amortiguados, como si las gruesas y suaves cortinas del tiempo colgaran en el mortecino aire de los

espacios entre los gabinetes de exposiciones. Aquella calma ayudó a Katherine a poner sus pensamientos en orden y para cuando llegó al despacho de Chudleigh Pomeroy, tenía ya claro lo que debía decir.

Aún no le había contado al señor Pomeroy lo que había descubierto en el Ingenierium, pero este ya se había dado cuenta de lo conmovida que estaba cuando la dejó en Clio House la noche anterior. No pareció sorprendido al encontrar a la muchacha y a Perro a su puerta.

—Señor Pomeroy —murmuró ella—. Tengo que hablar con usted. ¿Está Bevis aquí? ¿Está bien?

—Claro que sí —dijo él inmediatamente—. ¡Pasa!

Bevis Pod la estaba esperando en la pequeña oficina de paneles de teca vestido con ropas de historiador prestadas, y su pálido cráneo parecía tan frágil como una cáscara de huevo en la mortecina iluminación de las lámparas del museo. Ella deseaba echar a correr hacia él y abrazarlo y disculparse por el lío en el que le había metido, pero allí dentro, a su alrededor, se apelotonaban como una docena de historiadores, unos sentados en los brazos de las sillas y otros en las esquinas de la mesa de Pomeroy. Todos miraban a Katherine como si fuera culpable y ella les devolvió la mirada con un repentino y horrible temor de que Pomeroy la hubiera traicionado.

—No te preocupes —le dijo Pomeroy amablemente—. Si Pod va a ser un huésped del Museo, pensé que debería presentarle a mis compañeros historiadores. Ninguno de nosotros somos amigos del lord mayor. Hemos acordado que el aprendiz Pod puede quedarse tanto tiempo como sea necesario.

Los historiadores le hicieron un hueco junto a Bevis.

—¿Estás bien? —le preguntó, y se sintió aliviada cuando él esbozó una sonrisa nerviosa.

—No me quejo —susurró él—. Es todo muy extraño aquí dentro. Toda esta madera por todas partes y tantas cosas viejas. Pero los historiadores son todos muy amables…

Katherine los miró alrededor de la habitación. Conocía a muchos de ellos de vista: al doctor Akengarth; al doctor Karuna; al profesor Pewtertide; a la joven señorita Potts; a Norman Nancarrow, de Impresiones y Pinturas; y a la señorita Plym, que se secaba la nariz con su pañuelo.

—Hemos estado hablando de la destrucción de Panzerstadt-Bayreuth —dijo Pomeroy poniendo una taza de cacao caliente en las manos de Katherine—. Ese horrible invento: MEDUSA.

—Todos los demás parecen pensar que es maravilloso —dijo Katherine con amargura—. Se los oía reír y gritar: «El bueno del viejo Crome» durante casi media noche. Entiendo que estén aliviados de que no hayamos sido engullidos, pero… Bueno, no creo que reventar otra ciudad sea algo por lo que uno pueda sentirse feliz.

—Es un desastre —afirmó el anciano doctor Arkengarth, retorciendo sus

huesudas manos—. ¡Las vibraciones de esa vil máquina han causado estragos en mis cerámicas!

—Oh, preocuparte por tu cerámica, Arkengarth —le contestó Pomeroy irritado al ver que Katherine se contrariaba—. ¿Qué pasa con Panzerstadt-Bayreuth? ¡Reducida a cenizas!

—Eso es lo que produce la obsesión de los ingenieros con la Vieja Tecnología —dijo el profesor Pewtertide—. ¡Incontables siglos de historia de la que aprender y todo lo que en ellos crea algún interés son unas cuantas máquinas antiguas!

—Y, de todas formas, ¿qué consiguieron los Antiguos con sus inventos? —dijo plañidero Arkengarth—. ¡Consiguieron organizar un horrible desorden en su mundo y luego saltar por los aires!

Los otros asintieron afligidos.

—Había un gran museo en Panzerstadt-Bayreuth —dijo el doctor Karuna.

—Creo que tenían algunas pinturas maravillosas —afirmó Nancarrow.

—¡Ejemplos únicos de eb-eb-ebanistería del siglo XXX! —sollozó la señorita Plym, y rompió a llorar sobre el duro hombro de Arkengarth.

—Debes perdonar a la pobre Moira, Katherine —murmuró Pomeroy—. Ha recibido noticias terribles esta mañana. Crome ha ordenado que nuestra colección de muebles se haga pedazos para alimentar los hornos. Es la escasez de combustible, ya sabes; un resultado de este loco viaje hacia el este.

A Katherine le preocupaban un comino los muebles y la cerámica en aquellos momentos, pero se sintió reconfortada al comprobar que no era la única persona en todo Londres consternada ante lo que el lord mayor había desatado. Respiró profundamente y entonces explicó con celeridad todo lo que ella y Bevis habían oído en el Ingenierium acerca de MEDUSA y del siguiente paso en los planes de Crome: el ataque a la Muralla-Escudo.

—¡Pero eso es terrible! —murmuraron cuando hubo terminado.

—Shan Guo es una cultura grande y antigua. Liga Antitracción o no Liga Antitracción ¡Batmunkh Gompa no puede ser reventada…!

—¡Pensad en todos esos templos!

—¡La cerámica!

—Las ruedas de oración…

—Las pinturas sobre seda…

—¡Los m-m-muebles!

—¡Pensad en la gente! —replicó Katherine enfadada—. ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Sí! ¡Sí! —dijeron al unísono, y todos ellos la miraron como corderos pusilánimes. Después de veinte años de gobierno de Crome no tenían la más mínima idea de cómo enfrentarse al Gremio de los Ingenieros.

—¿Pero qué podemos hacer? —preguntó Pomeroy al fin.

—¡Contarle a la gente lo que está sucediendo! —propuso Katherine—. Usted es

el jefe de los historiadores en funciones. ¡Convoque una reunión del Consejo! ¡Muéstreles lo mal que van las cosas!

Pomeroy negó con la cabeza.

—No escucharán, señorita Valentine. Bien claras estaban las aclamaciones de anoche.

—¡Pero aquello era solo porque Panzerstadt-Bayreuth nos iba a engullir! Cuando sepan que Crome trata aún de volver su arma contra otra ciudad…

—Pues gritarán sus aclamaciones todavía más alto —suspiró Pomeroy.

—De todas formas, ha conseguido convertir a los otros gremios en sus aliados —observó el doctor Karuna—. Todos los grandes gremiales antiguos ya no están: muertos o jubilados o arrestados siguiendo sus órdenes. Incluso nuestros propios aprendices están tan atontados con la Vieja Tecnología como los ingenieros, en especial desde que Crome nos colocó de rondón a su hombre, Valentine, como jefe de los historiadores… Oh, no quiero ofenderla, señorita Katherine…

—Padre no es el hombre de Crome —dijo Katherine enfadada—. ¡Estoy segura de que no lo es! Si hubiera sabido lo que Crome estaba planificando, nunca le hubiera ayudado. Esa es probablemente la razón por la que se le envió a su misión de reconocimiento, para quitárselo de en medio. Cuando regrese a casa y se entere de lo que sucede, hará algo para detenerlo. Ya saben que fue él quien encontró a MEDUSA en primer lugar. Estaría horrorizado de pensar que podía matar a toda esa gente. Querrá ponerle remedio. ¡Y estoy segura de que lo hará!

Hablaba tan apasionadamente que algunos de los historiadores la creyeron, incluso aquellos como el doctor Karina que habían sido relegados en el ascenso cuando Crome puso a Valentine a la cabeza del Gremio. En cuanto a Bevis Pod, la observaba con ojos brillantes, lleno de un sentimiento que ni siquiera podía nombrar; algo que nunca le habían enseñado en los laboratorios de aprendizaje. Algo que le hacía sentir un estremecimiento por todo el cuerpo.

Pomeroy fue el primero en hablar.

—Espero que tenga razón la señorita Valentine —dijo—. Porque él es el único hombre que puede esperar desafiar al lord mayor. Debemos esperar su regreso.

—Pero…

—Mientras tanto, hemos acordado tener al señor Pod a salvo aquí, en el Museo. Puede dormir arriba, en la vieja Galería del Transporte, y ayudar al doctor Nancarrow a catalogar la colección de arte, y si los ingenieros vienen por él, ya encontraremos un escondite. No es un golpe muy fuerte contra Crome, ya sé. Pero, por favor, entiende, Katherine: somos viejos y estamos atemorizados, y realmente no hay nada más que podamos hacer.

26

Batmunkh Gompa

El mundo estaba cambiando. Eso no era nada nuevo, naturalmente. Lo primero que se le enseñaba a un aprendiz de historiador era que el mundo estaba siempre cambiando. Pero ahora cambiaba tan rápidamente que de hecho se lo podía ver cambiar. Mirando hacia abajo desde la cabina de navegación de la Jenny Haniver, Tom vio las amplias llanuras del Territorio de Caza oriental salpicadas de ciudades que se trasladaban a toda velocidad, espoleadas a la huida por lo que fuera que había rasgado el cielo del norte, escapando en dirección opuesta tan rápidamente como sus cadenas o sus ruedas podían llevarlas, demasiado preocupadas como para tratar de darse caza las unas a las otras.

—MEDUSA —le oyó susurrar a la señorita Fang para sí misma mientras fijaba su mirada en la lejana distancia teñida de humo entreverado de fuego.

—¿Qué MEDUSA? —preguntó Hester—. Tú sabes algo, ¿verdad? ¿Es sobre el asunto por el que mi madre y mi padre fueron asesinados?

—Me temo que no lo sé —respondió la aviadora—. Y me gustaría. Pero tan solo oí el nombre en una ocasión. Hace seis años, otro agente de la Liga se las arregló para entrar en Londres haciéndose pasar por un tripulante en una nave con licencia. Debía de haber oído algo que le había intrigado, pero nunca supo de qué se trataba en realidad. La Liga solo tuvo un mensaje suyo, solo tres palabras: «Cuidado con MEDUSA». Los ingenieros lo capturaron y lo mataron.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Tom.

—Porque nos devolvieron su cabeza —respondió la señorita Fang—. Entrega contra reembolso.

Esa noche, ella posó la Jenny Haniver en una de las ciudades voladoras, una respetable población de cuatro niveles llamada Peripatetiápolis que se dirigía hacia el sur para resguardarse y descansar en las montañas del otro lado del mar de Khazak. En el puerto aéreo tuvieron más noticias de lo que le había sucedido a Panzerstadt-Bayreuth.

—¡Yo lo vi! —dijo un aviador—. Me encontraba a ciento sesenta kilómetros de distancia, pero así y todo lo vi. ¡Una lengua de fuego, que salía del nivel superior de Londres y que llevaba la muerte a todo lo que tocaba!

—Londres ha excavado y descubierto algo procedente de la Guerra de los Sesenta Minutos —les dijo un arqueólogo que trabajaba por su cuenta—. El viejo Imperio Americano se había vuelto bastante loco al final. He oído historias sobre armas terribles: rayos de energía cuántica que obtienen su potencia de lugares externos al

universo real…

—¿Quién se atreverá a desafiarlos, ahora que Magnus Crome tiene el poder de quemar cualquier ciudad que lo desobedezca? —preguntó lleno de pánico un mercader peripatetico-politano—. «Venid aquí y dejadnos comeros», nos dirá Londres, y tendremos que ir. ¡Es el fin de la civilización tal como la conocemos! ¡Una vez más!

Pero algo bueno se había derivado de todo aquello: la gente de Peripatetiápolis estaba de repente encantada de aceptar el dinero londinense de Tom. En un impulso, compró un chal de seda roja para sustituir la bufanda que Hester había perdido en aquella lejana noche en la que él la persiguió por la Entraña.

—¿Para mí? —exclamó incrédula cuando él se lo entregó. No acertaba a recordar que nadie le hubiera regalado nada con anterioridad.

No había hablado mucho con Tom desde que abandonaran la Isla Negra, avergonzada de su salida de tono la noche anterior, pero ahora le dijo:

—Gracias. Y supongo que también te tengo que dar las gracias por haberme salvado la vida. Aunque no entiendo por qué sigues todavía preocupándote.

—Yo sabía que tú no querías terminar en realidad como una stalker —le respondió Tom.

—Que sí —contestó—. Habría hecho las cosas mucho más fáciles. Pero tú hiciste lo correcto. —Ella apartó la vista de él, un tanto azorada, con la mirada baja dirigida al chal que llevaba en sus manos—. Intento ser agradable —le dijo—. Nadie me ha hecho sentir antes que yo les gusto, como tú lo has hecho. Así que trato de ser amable y estar sonriente, como tú quieres que me comporte; pero luego vuelven mis recuerdos o pienso en él y ya todo se va al traste y solo me vienen a la cabeza cosas horribles, y te grito y trato de hacerte daño. Lo siento.

—No importa —dijo Tom un tanto embarazosamente—. Ya lo sé. No pasa nada.

Tom tomó el chal en sus manos y lo anudó cuidadosamente alrededor del cuello de la muchacha, pero como ya había supuesto, ella se lo subió para cubrirse la cara y la nariz. Él se sintió extrañamente triste: ya se había acostumbrado a aquel rostro y ahora echaría de menos aquellas sonrisas sesgadas.

Reemprendieron vuelo antes del amanecer, cruzando una cadena de montañas escarpadas que tenían un aspecto como de papel marrón arrugado. Todo el día, el paisaje se mantuvo subiendo y subiendo ante ellos y Tom pronto se dio cuenta de que estaban abandonando el Territorio de Caza definitivamente. Hacia el anochecer, la Jenny Haniver volaba ya sobre terrenos demasiado rugosos como para que ninguna ciudad pudiese atravesarlos. Vio densos bosques de pinos y rododendros y, de vez en cuando, alguna pequeña aldea estática acurrucada en su vallecito de tierras de cultivo. Y en una ocasión vio un poblamiento blanco colgado en la cima de una montaña con caminos que partían de él como los radios de una rueda de carro: caminos reales con carretas que subían y bajaban y un brillante flamear de banderolas de oración en las intersecciones. Se quedó mirando hasta que desaparecieron de la vista. Había oído

hablar de los caminos y las carreteras en sus clases de Historia, pero nunca pensó que vería algo de eso en su vida.

Al día siguiente, Anna Fang sacó unas bolas de pasta rojiza y se las dio a sus pasajeros.

—Nueces de betel en polvo —les explicó— mezcladas con ciertas hojas secas de Nuevo-Maya. Ayudan en estas enormes altitudes. Pero no os habituéis a masticarlas o vuestros dientes se os pondrán tan rojos como los míos.

Aquella pasta arenosa hizo que Tom sintiera una especie de picazón y hormigueo en la boca, a la vez que le curaba del opresivo sentimiento de náuseas y del ligero mareo que había empezado a sentir más intensamente a medida que la nave había ido ascendiendo cada vez más y más; y también había contribuido a amortiguar el dolor de sus costillas rotas.

Para entonces, la diminuta sombra de la Jenny titilaba sobre las cimas cubiertas de nieve y por delante se divisaban cumbres más altas todavía, blancas crestas que se elevaban como un espejismo por encima de las nubes. Un poco más allá se extendía otra cadena de montañas todavía más alta, y luego otra, más elevada aún. Tom aguzó la vista, dirigiendo su mirada hacia el sur, con la esperanza de poder captar una imagen del viejo Chomolungma, el Everest de los Antiguos, pero las tormentas soplaban en la parte alta del Himalaya y la montaña se encontraba cubierta por las nubes.

Volaron durante tres días por un mundo en blanco y negro de nieve y glaciares y por las abruptas y oscuras vertientes de jóvenes montañas, donde Tom y Hester a veces tenían que hacerse cargo de los controles mientras Anna Fang echaba una cabezada reparadora en el asiento de atrás, temerosa de dejar abandonados los paneles de control de su cabina de vuelo. Y aún siguieron ascendiendo, hasta que por fin pasaron rozando por encima de las estribaciones inferiores del gran Zhan Shan, la más elevada de las nuevas montañas de la Tierra, cuya caldera cubierta de nieve se proyectaba hacia el frío interminable por encima del cielo. Después, las cumbres eran más bajas, blancas, muy hermosas; a veces, con un verde valle entre ellas donde enormes manadas de animales se diseminaban y se agitaban en círculos al oír el sonido de los motores de las aeronaves. Eran las Montañas del Cielo, y se extendían hacia el norte y hacia el este y se hundían en la lejana distancia de la estepa y de la taiga y en los destellos de los infranqueables pantanos.

—Esto es Shan Guo, «el de los muchos caballos» —les dijo Anna Fang a Tom y a Hester—. Yo había pensado retirarme aquí cuando mi trabajo para la Liga hubiese finalizado. Ahora, supongo que todos seremos devorados por Londres; nuestras fortalezas, reventadas por MEDUSA y nuestras poblaciones, engullidas; las verdes colinas, hechas pedazos y abiertas para que entreguen sus minerales; los caballos, extinguidos, lo mismo que el resto del mundo.

Tom no pensaba que fuera una idea tan mala porque era natural que las ciudades-tracción se extendieran por todo el mundo. Pero no podía evitar que le gustase la

señorita Fang, incluso aunque fuese una espía y una antitraccionista, y para consolarla le dijo:

—Por muy poderosa que sea MEDUSA, le costará años a Londres abrirse camino royendo esas enormes y grandiosas montañas.

—No le será necesario —respondió ella—. Mira.

Miró hacia donde ella señalaba y vio una hendidura en la cadena de montañas que tenían delante, un amplio paso por el que se habría podido arrastrar una gran ciudad, de no ser porque, al otro lado, tan vasta que parecía a primera vista una estribación más de las montañas, se encontraba la Muralla-Escudo.

Era como un muro de noche, negro negro, construido con enormes bloques de piedra volcánica, acorazado con las oxidadas plataformas de las ciudades que se habían atrevido a desafiarla y que habían sido destruidas por los cientos de baterías de cohetes de su cara oeste. Sobre su cima cubierta de nieve, a mil doscientos metros sobre el nivel del valle, la bandera de la rueda rota ondeaba y chasqueaba al viento, y la luz del sol brillaba y se reflejaba en los emplazamientos blindados de los cañones y en los cascos de acero de los soldados de la Liga.

—Si al menos fuera tan fuerte como parece —suspiró la aviadora, haciendo descender a la Jenny Haniver hacia la ciudad en una larga y amplia curva. Una pequeña máquina voladora, poco más que una cometa motorizada, vino planeando a su encuentro, y ella mantuvo una breve conversación de radio con su piloto. Dio una vuelta alrededor de la Jenny y luego giró hacia delante zumbando, guiando a la nave recién llegada por encima de la parte superior de la Muralla-Escudo. Tom miraba hacia las almenas de abajo y a los rostros de los soldados que dirigían su mirada hacia arriba: rostros amarillos, morenos, negros, blancos, procedentes de todas las partes del mundo donde los estáticos bárbaros todavía se enfrentaban al Darwinismo Municipal. Al poco, ya se habían ido; la Jenny se estaba hundiendo en el protegido costado este de la Muralla y Tom vio que era una ciudad, una ciudad vertical con cientos de terrazas y balconadas y ventanas esculpidas en la negra roca, plataforma tras plataforma de tiendas y cuarteles y casas con globos y cometas de vivos colores que subían y bajaban entre ellas como si fueran pétalos.

—Batmunkh Gompa —anunció la señorita Fang—. La ciudad de la fuerza eterna. Aunque la gente que la llama así no ha oído nunca hablar de MEDUSA, naturalmente.

Era preciosa. Tom, al que siempre le habían machacado el oído con que los establecimientos estáticos eran lugares sucios, escuálidos y atrasados, se acercó a la ventanilla para mirar con asombro, y Hester fue también y aplastó su rostro contra el cristal, a su lado, a salvo tras su velo y comportándose de forma casi infantil.

—¡Oh, es igual que los acantilados de Oak Island donde plantan sus nidos las aves marinas! —gritaba—. ¡Mira! ¡Mira! —Abajo, en la base de la Muralla, brillaba un lago azul celeste salpicado por las velas de los barcos de recreo—. Tom, iremos a nadar. Ya te enseñaré yo…

La Jenny Haniver aterrizó entre otras naves mercantes en una terraza de amarre a

mitad de camino, muralla abajo, y la señorita Fang llevó a Tom y a Hester a un globo que esperaba y que los volvió a ascender por entre parques y salones de té hasta el palacio del gobernador, el antiguo monasterio del que Batmunkh Gompa tomara su nombre, encalado y con infinidad de ventanas y esculpido en la empinada ladera de la montaña al final de la Muralla. Otros globos venían también a converger en el muelle de aterrizaje de debajo de los jardines del palacio, con sus cubiertas brillando al sol de la montaña, y en una de las cestas que se balanceaba al aire, Tom vio al capitán Khora que los saludaba con la mano.

Se reunieron en el muelle de aterrizaje, el joven piloto parándose justo delante y corriendo para abrazar a la señorita Fang y ayudar a sus amigos a salir de la movida góndola. Había volado hasta aquí desde Puertoaéreo la mañana siguiente al ataque de Shrike y parecía sorprendido y feliz de ver a Tom y a Hester vivos. Volviéndose hacia la aviadora, le dijo:

—El gobernador y sus oficiales están impacientes por oír tu informe, Feng Hua. Nos han llegado rumores terribles acerca de Londres…

Era estupendo ver un rostro amigo en esta nueva y extraña ciudad y Tom se puso al paso de Khora mientras este llevaba a los recién llegados escaleras arriba hasta la distancia de la entrada del palacio. Recordaba haber visto un magnífico Achebe 2100 amarrado en una de las plataformas inferiores y le preguntó:

—¿Era aquella tu máquina, la que vimos en el embarcadero, la que tenía botalones de cuero?

Khora se rio con ganas.

—¿Aquel viejo lanchón aéreo? ¡No, gracias a los dioses! Mi Mokele Mbembe es una nave de guerra, Tom. Cada uno de los aliados de la Liga aportan una nave a la Flota Aérea del Norte, y todas están concentradas a cobijo ahí —se detuvo y señaló con la mano, y Tom vio el destello de unas puertas de bronce allá arriba, cerca de la parte más alta de la Muralla—: los Altos Nidos de Águila.

—Un día te llevaremos allí arriba, Tom —prometió la señorita Fang, guiándolos a través de los monjes guerreros que guardaban la puerta y después por un laberinto de fríos corredores de piedra—. ¡Los grandes destructores aéreos de la Liga son una de las maravillas de los cielos! Pero, antes que nada, el gobernador Khan debe oír la historia de Hester.

* * *

El gobernador Ermene Khan era un dulce anciano con un rostro alargado, como de duelo, que bien podría pertenecer a una amable oveja. Los recibió, les dio la bienvenida en sus habitaciones privadas y les obsequió con té y pastelillos de miel en una habitación cuyos redondos ventanales daban al paisaje del lago de Batmunkh

Ñor, que fulguraba entre cuadros de tierras de cultivo, abajo en la lejanía. Durante mil años, su familia había contribuido a guarnecer y proveer de efectivos militares a la Muralla-Escudo, y parecía perplejo ante las noticias de que sus cañones y cohetes se habían convertido de repente en algo totalmente inútil.

—Ninguna ciudad puede vencer a Batmunkh Gompa —seguía diciendo mientras la sala se iba llenando de oficiales deseosos de oír el consejo de la aviadora—. Mi querida Feng Hua, si Londres osa aproximarse a nosotros, la destruiremos. Tan pronto como se ponga a tiro…, ¡bum!

—¡Pero eso es precisamente lo que estoy tratando de decirle! —gritaba la señorita Fang impaciente—. Londres no necesita llegar hasta el alcance de nuestros cañones. ¡Crome estacionará su ciudad a ciento sesenta kilómetros de distancia y reducirá nuestra preciosa Muralla a cenizas! Ya hemos oído la historia de Hester. Yo creo que la máquina que Valentine robó a la madre de la chica era un fragmento de una antigua arma, y lo que le sucedió a Panzerstadt-Bayreuth demuestra que el Gremio de Ingenieros se las ha arreglado para restaurarla y ponerla en funcionamiento.

—Sí, sí —dijo un oficial de artillería—, eso dices tú. ¿Pero podemos creer de verdad que Crome ha encontrado la forma de reactivar algo que ha estado enterrado desde la Guerra de los Sesenta Minutos? Quizá Panzerstadt-Bayreuth fue destruida por un caprichoso accidente.

—¡Sí! —se agarró a la idea el gobernador Khan agradecido—. Algún meteorito o alguna clase de escape de gas… —Se atusaba su larga barba, lo que traía recuerdos a Tom de uno de los temblorosos ancianos historiadores que había dejado allá, en el Museo de Londres—. Quizá la ciudad de Crome no venga aquí siquiera… Puede que tenga otra presa en su cabeza…

Pero sus otros oficiales estaban más dispuestos a creer en el informe Anémona (o Flor del Viento, que en su idioma significaba ambas cosas).

—Él viene hacia acá, está claro —dijo alguien; en este caso, una aviadora de Kerala no mucho mayor que Tom—. Yo hice un viaje de exploración hacia el oeste anteayer, Feng Hua —añadió, con una mirada de verdadera adoración hacia la señorita Fang—. La bárbara ciudad estaba a menos de ochocientos kilómetros de aquí y se acercaba a buena velocidad. Para mañana por la noche, MEDUSA puede estar a tiro.

—Y ha habido avistamientos de una nave negra en las montañas —apuntó el capitán Khora—. Las naves enviadas para interceptarla nunca regresaron. Yo apostaría a que se trataba del Elevador del Decimotercer Nivel, enviado para espiar a nuestras ciudades y que Londres pueda devorarlas.

—¡Valentine! —Tom sintió una extraña mezcla de orgullo y de temor ante el pensamiento de que el historiador jefe anduviera de parranda por allí, por el mismísimo corazón de Shan Guo. A su lado, Hester se puso tensa ante la mención del nombre del explorador. Él la miró, pero ella miraba fijamente más allá de donde se encontraba Tom, por las ventanas abiertas hacia las montañas, como si hubiera

esperado encontrarse con el Elevador del Decimotercer Nivel que pasase por allí.

—Ninguna ciudad puede atravesar la Muralla-Escudo —dijo el gobernador Khan, leal a sus antepasados. Pero su voz ya no sonaba convincente.

—Debes lanzar la Llora Aérea, gobernador —insistía la señorita Lang, inclinándose hacia delante en su asiento—. Bombardea Londres antes de que pueda ponernos al alcance de MEDUSA. Es la única manera de estar seguros.

—¡No! —gritó Tom, dando un salto para ponerse en pie, de forma que su silla cayó hacia atrás ruidosamente. No podía creer lo que ella había dicho—. ¡Dijiste que veníamos aquí para avisar a la gente! ¡Tú no puedes atacar Londres! ¡La gente resultará herida! ¡Gente inocente! —Estaba pensando en Katherine, imaginándose los torpedos de la Liga estallando sobre Clio House y el Museo—. ¡Lo prometiste! —dijo débilmente.

—Leng Hua no hace promesas a salvajes —soltó la muchacha de Kerala. Pero la señorita Fang la hizo callar con un siseo—. Solo vamos a darles en las Entrañas y en las cadenas de tracción, Tom —dijo—. Luego, en el Nivel Superior, donde se guarda MEDUSA. No buscamos hacer daño a los inocentes, ¿pero qué otra cosa podemos hacer si una ciudad bárbara ha tomado la opción de amenazarnos?

—¡Londres no es una ciudad bárbara! —gritó Tom—. ¡Vosotros sois los bárbaros! ¿Por qué no puede Londres engullir Batmunkh Gompa si lo necesita? ¡Si no os gusta la idea, deberíais haber montado vuestras ciudades sobre ruedas hace ya tiempo, como la gente civilizada!

Unos cuantos oficiales de la Liga le gritaban enfadados que se callase y la chica de Kerala había desenvainado su espada, pero la señorita Fang los calmó a todos con unas palabras y se volvió haciaTom con su paciente sonrisa.

—Quizá deberías irte, Thomas —dijo ella firmemente—. Luego volveré a buscarte.

A Tom le escocían los ojos a causa de unas estúpidas lágrimas que empezaban a asomar sin querer. Sentía lástima por aquella gente, naturalmente que sí. Estaba convencido de que no eran salvajes y ya no creía que se merecieran ser engullidos, pero no podía por nada del mundo quedarse allí sentado y escuchar cómo planeaban atacar su propio hogar.

Se volvió hacia Hester con la esperanza de que ella se pusiera de su lado, pero se encontraba perdida en sus propios pensamientos, con los dedos pasando insistentes, una y otra vez, por sus cicatrices bajo el velo rojo. Se sentía culpable y estúpida. Culpable porque se había encontrado feliz en el aire con Tom, y no estaba bien sentirse feliz mientras Valentine seguía por ahí impune. Y estúpida porque cuando él le regaló el chal, ella había empezado a albergar la esperanza de que le gustaba a Tom, y pensar en Valentine le hacía recordar que no podía gustar a nadie, no de esa manera, nunca. Cuando lo vio mirarla, solo dijo:

—Por lo que a mí respecta, pueden matar a todo el mundo en Londres, con la condición de que me dejen a Valentine solo para mí.

Tom le volvió la espalda y salió orgulloso de aquella alta cámara; y mientras la puerta se cerraba tras él, oyó a la muchacha de Kerala susurrar: «¡Bárbaro!».

Solo ya, deambuló hasta la terraza donde los globos-taxi esperaban y se sentó en un banco de piedra, enfadado y sintiéndose traicionado, pensando en las cosas que debería haberle dicho a la señorita Fang si se le hubieran ocurrido a su debido tiempo. Por debajo de él, los tejados y las terrazas de Batmunkh Gompa se extendían hasta las sombras que llegaban a las estribaciones de los blancos lomos de las montañas, y se sorprendió a sí mismo tratando de imaginar cómo sería vivir allí y despertarse cada mañana ante el mismo paisaje. ¿No estarían deseando los habitantes de la Muralla-Escudo tener algún movimiento en sus vidas y cambiar de escenario? ¿Cómo podían soñar sin el runrún de las vibraciones de los motores de la ciudad acunándoles antes del sueño? ¿Amaban realmente este lugar? Y, de repente, se sintió terriblemente triste ante la idea de que toda aquella antigua ciudad, tan animada y llena de colorido, pudiera quedar hecha cascotes bajo las ruedas de Londres.

Pero quería ver más. Al subir al globotaxi más próximo, dio a entender al piloto que era el invitado de la señorita Fang y que quería bajar para adentrarse en la ciudad. El hombre sonrió y comenzó a cargar su góndola con piedras de un montón cercano. Pronto se encontró Tom descendiendo y dejando atrás los numerosos niveles de la ciudad, hasta que se detuvieron en una especie de plaza central donde docenas de taxis más iban y venían y las escaleras se bifurcaban por toda la fachada de la Muralla-Escudo subiendo hacia los Altos Nidos de Águila y bajando hasta las tiendas y mercados de los niveles inferiores.

Las noticias de MEDUSA se iban extendiendo rápidamente por todo Batmunkh Gompa y ya un montón de casas y tiendas habían echado las persianas y sus dueños habían huido a ciudades más al sur. Los niveles inferiores, sin embargo, aún estaban atestados de gente, y a medida que el sol se sumergía por detrás de la Muralla, Tom se dedicó a pasear por los atiborrados bazares y las empinadas escaleras. Había puestos de echadores de cartas en las esquinas y altares a los dioses del cielo polvorientos por la ceniza gris desmoronada de los palos de incienso. Acróbatas de aspecto feroz de Uighur representaban su espectáculo en la plaza central, y dondequiera que mirase, veía soldados y aviadores de la Liga: gigantes rubios de Spitzbergen y guerreros de color azul oscuro de las Montañas de la Luna, la gentecilla morena y baja de las ciudades estáticas de los Andes y las gentes del color del fuego de las fortalezas de la jungla de Laos y de Ammán.

Intentó olvidarse de que algunos de aquellos y aquellas jóvenes podrían pronto estar arrojando cohetes sobre Londres y se dedicó a disfrutar de la marea de rostros y de la incomprensible mezcolanza de lenguas, y a veces oía a alguien decir «¡Tom!», o «¡Thomasz!», o «¡Tao-mah!», mientras lo señalaban con el dedo. La historia de su batalla con Shrike se había extendido por las montañas, de mercado en mercado, y lo había esperado allí, en Batmunkh Gompa. A él no le importaba. Sonaba como si aquel de quien ellos hablaban fuera un Thomas diferente, alguien valiente y fuerte

que entendía lo que debía hacerse y que no albergaba duda alguna.

Se empezaba a preguntar si debía regresar al palacio del gobernador y reunirse con Hester cuando se percató de la existencia de una espigada figura que subía por una escalera cercana. El hombre vestía una ropa de color rojo bastante raída, con una capucha que le cubría gran parte del rostro, y llevaba un bastón en una mano y una mochila colgada al hombro. Tom ya había visto docenas de estos hombres santos errantes y peregrinos por Batmunkh Gompa, monjes dedicados al servicio de los dioses de la montaña que viajaban de ciudad en ciudad por los pasos altos. (Arriba, en la plataforma de amarre, Anna Fang se había detenido para besar los pies de uno de ellos y le había dado seis monedas de bronce para que bendijese la Jenny Haniver). Pero este hombre era diferente. Tenía algo que atrapó la mirada de Tom y le impedía apartarla de él.

Comenzó a caminar detrás de aquella vestimenta roja. La siguió por el mercado de las especias, con sus miles de embriagadores aromas, y hacia abajo, por la estrecha calle de los Tejedores, donde cientos de cestos se balanceaban colgados de pequeños mástiles como si fueran nidos colgantes, rozándole la cabeza al pasar por debajo. ¿Hacia dónde se dirigía aquel hombre? ¿Qué sucedía con él y con aquella mano morena que sujetaba el bastón?

Y entonces, bajo el farol de la plaza central, el monje fue detenido por una muchacha de la calle que le pedía una bendición y Tom vislumbró de pronto el rostro barbado que se escondía bajo la capucha. Conocía aquella nariz aguileña y aquellos ojos de marinero. Sabía que el amuleto que pendía entre las negras cejas escondía la familiar marca gremial de un historiador de Londres.

¡Era Valentine!

27

El doctor Arkengarth recuerda

Katherine pasó mucho tiempo en el Museo durante aquellos últimos días, mientras Londres avanzaba rugiendo hacia las montañas. A salvo en aquellos polvorientos laberintos, no podía oír el zumbido de las sierras que talaban los últimos árboles de Circle Park para alimentar los motores ni las aclamaciones de las ruidosas multitudes que se congregaban cada día frente a las pantallas públicas gigantes, donde los detalles del gran plan de Crome iban siendo gradualmente revelados. Podía olvidarse incluso de la gente de seguridad del Gremio de Ingenieros, que ahora estaban por todas partes; no ya los habituales matones vestidos de blanco, sino una extraña raza nueva con túnicas y capuchas negras, silenciosos, rígidos en sus movimientos, con un tenue fulgor verdusco detrás de sus visores tintados: los hombres resucitados de la doctora Twix. Pero si deseaba ser sincera consigo misma, no era únicamente la paz y la tranquilidad lo que la mantenían en el Museo. Bevis estaba allí, con su colchón prestado extendido en el suelo de la vieja galería del transporte, bajo las formas polvorientas de maquetas de planeadores y máquinas voladoras que colgaban del techo. Ella necesitaba su compañía cada vez más, a medida que la ciudad avanzaba hacia el este. Le gustaba el hecho de que él constituyera su secreto. Le gustaba su voz suave y la extraña risa que siempre sonaba como si la estuviera midiendo, como si no hubiera tenido muchas ocasiones de reírse allá abajo en las Entrañas Profundas. Le gustaba la forma en que él la miraba, con sus ojos oscuros siempre posándose sin prisas en su rostro y especialmente en su cabello.

—La verdad es que no he conocido nunca a nadie con pelo en toda mi vida —le dijo él un día—. En el gremio nos aplican productos químicos cuando entramos como aprendices y así el pelo nunca vuelve a crecer.

Katherine pensó en su cráneo pálido y suave. También le gustaba. Le iba como anillo al dedo. ¿Sería esto lo que suponía empezar a enamorarse? ¿No algo grande y sorprendente que reconocías inmediatamente, como en una historia, sino algo lento que se deslizaba sobre ti en oleadas hasta que un día te despertabas y descubrías que estabas hecha un lío con alguien totalmente inesperado, como un aprendiz de ingeniero? Le gustaría que su padre estuviera aquí y así poder preguntárselo.

Por las tardes, Bevis se ponía una túnica de historiador, ocultaba su cabeza calva bajo una gorra y bajaba a ayudar al doctor Nancarrow, que estaba ocupado en recatalogar la enorme colección de pinturas y dibujos del museo y en tomar fotografías por si al lord mayor se le ocurría que la colección se destinara también a alimentar los hornos. Entonces, Katherine recorría el museo con Perro pisándole los

talones, a la caza de las cosas que su padre había excavado. Máquinas lavadoras, piezas de ordenador, la oxidada caja torácica de un stalker, con etiquetas en las que se leía: «Descubierto por el señor T. Valentine, arqueólogo». Podía imaginárselo extrayendo todo aquello suavemente del suelo que lo había conservado guardado; limpiándolo, envolviéndolo en lienzos para su transporte de vuelta a Londres.

—Debió de haber hecho lo mismo con el fragmento de MEDUSA cuando lo descubrió —pensó ella. Dijo unas plegarias a Clio, segura de que la diosa estaría presente en aquellas salas tan impregnadas de tiempo—. ¡Londres lo necesita! ¡Yo lo necesito! Por favor, envíalo a salvo a casa, y pronto…

Pero fue Perro, no Clio, el que la llevó a la sección de Historia Natural aquella tarde. Había detectado una muestra de animales disecados desde el extremo del corredor y se había acercado a echarlos un vistazo más de cerca, con un leve gruñido borbotando en la parte posterior de su garganta. El viejo doctor Arkengarth, que pasaba por la galería de camino a casa, dio un paso atrás nervioso, pero Kate le dijo:

—¡No pasa nada, doctor! ¡Es de toda confianza! Y se arrodilló al lado de Perro, levantando la mirada hacia los tiburones y delfines que colgaban por encima de ellos y la gran sombra de la ballena, que había sido desprovista de sus cables y apuntalada contra la lejana pared antes de que las vibraciones pudieran conseguir tirarla al suelo y romperla.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Arkengarth, que siempre estaba listo para empezar a dar una conferencia—. Una ballena azul. Cazada hasta la extinción en la primera mitad del siglo XXI. O posiblemente en el XX: los registros no están claros. Ni siquiera habríamos conocido su aspecto si la señora Shaw no hubiera descubierto aquellos huesos fosilizados…

Katherine había estado pensando en otra cosa, pero el nombre Shaw la hizo volver a la realidad. La vitrina de exhibición a la que Arkengarth estaba señalando contenía un portante con huesos parduzcos y, pegada a una vértebra, había una etiqueta que decía: «Huesos de una ballena azul. Descubiertos por la señora P. Shaw, arqueóloga independiente».

—Pandora Shaw —pensó Katherine, recordando el nombre que había visto en el catálogo del Museo. «No Hester. Naturalmente que no». Pero aunque fuera solo para sacarle al doctor Arkengarth de su tono de conferenciante, le preguntó:

—¿La conoció usted? ¿A Pandora Shaw?

—¿A la señora Shaw? Sí, sí —asintió el anciano—. Una señora encantadora. Era una arqueóloga de la Región Exterior, una amiga del padre de usted. Claro, su apellido era Rae entonces…

—¿Pandora Rae? —Katherine conocía aquel nombre—. ¡Entonces, era la ayudante de mi padre en el viaje a América! ¡He visto su retrato en el libro de mi padre!

—Es cierto —dijo Arkengarth, frunciendo el ceño ligeramente ante la interrupción—. Era arqueóloga, como he dicho. Se había especializado en Antigua

Tecnología, claro está, pero nos proporcionaba otras cosas cuando las encontraba, como estos huesos de ballena. Luego se casó con ese chaval, Shaw, y se fueron a vivir a alguna islilla horadada de cuevas de aquellas que hay en el Océano Occidental. Pobre chica. Una tragedia. Terrible. Terrible.

—Murió, ¿verdad? —preguntó Katherine.

—¡Fue asesinada! —Arkengarth meneó sus cejas dramáticamente—. Hace seis o siete años. Nos enteramos porque lo comentó otro arqueólogo. Asesinada en su propia casa, y su marido con ella. Horrible asunto. Bueno, querida mía, ¿te encuentras bien? ¡Parece como si hubieras visto un fantasma!

Pero Katherine no se encontraba del todo bien. En su cerebro, todas las piezas del rompecabezas empezaban a volar para juntarse. «Pandora Shaw fue asesinada hace siete años, los mismos años que hace que Padre encontró la máquina… Pandora la aviadora, la arqueóloga, la mujer que había estado con él en América cuando encontró los planos de MEDUSA. Y ahora, una muchacha llamada Shaw que quiere matar a Padre…».

Apenas podía conseguir pronunciar sin un enorme esfuerzo las palabras que quería decir, pero por fin preguntó:

—¿Tenía alguna criatura?

—Creo que sí, creo que sí —susurró el anciano—. Sí, recuerdo que la señora Shaw me mostró una vez un retrato cuando vino con alguna cerámica para mi departamento. Unas piezas estupendas. Un vaso decorado de la Era del Imperio Eléctrico, de lo mejor de su clase en la colección…

—¿Recuerda usted el nombre?

—Ah, sí; déjame pensar… EE27190, creo.

—¡El vaso no! ¡El bebé!

El grito impaciente de Katherine retumbó por la galería y traspasó los salones contiguos, y el doctor Arkengarth se mostró primero sorprendido y luego ofendido.

—¡Bueno, señorita Katherine, no hay ninguna necesidad de irritarse! ¿Cómo podría yo recordar el nombre de la criatura? Eso fue hace quince…, dieciséis años, y a mí nunca me han gustado los niños: criaturas detestables que «se van» por ambos extremos y no tienen ningún respeto por la cerámica. Pero yo creo que esta en concreto se llamaba Hattie o Holly o…

—¡Hester! —sollozó Katherine, y se dio media vuelta y empezó a correr y a correr con Perro pegado a sus talones sin saber ni adónde ni por qué, puesto que no había ningún lugar donde pudiera dejar atrás la horrible verdad. Ya sabía cómo Padre había llegado a conseguir las claves de MEDUSA y por qué nunca había hablado de ello. Por fin sabía la causa por la que la pobre Hester Shaw había querido matarlo.

28

Un extraño en las Montañas del Cielo

La mano de Valentine dibujó sutiles y complicadas formas en el aire por encima de la cabeza inclinada de la muchacha, y el rostro de ella estaba en calma y sonreía, totalmente ajena al hecho de que estaba siendo bendecida por el peor enemigo de la Liga.

Tom observaba desde detrás de un altar dedicado a la diosa del cielo. Sus ojos ya habían descubierto quién era aquel monje vestido de rojo y ahora su cerebro se acompasaba a sus imágenes en una vorágine de entendimiento. El capitán Khora había dicho que el Elevador del Decimotercer Nivel había estado rondando por las montañas. Debía de haber desembarcado a Valentine en los escarpados riscos cercanos a Batmunkh Gompa y había hecho el resto del camino a pie, deslizándose hasta la ciudad como un ladrón. Pero ¿por qué? ¿Qué secreta misión podía haberlo traído hasta aquí?

Tom no acertaba a descifrar sus sentimientos. Estaba atemorizado, naturalmente, por encontrarse tan cerca del hombre que había tratado de matarlo, pero al mismo tiempo se sentía emocionado por el arrojo de Valentine. ¡De cuánto valor había sido necesario hacer acopio para escurrirse dentro de la gran fortaleza de la Liga, bajo las mismas narices de los enemigos de Londres! Era la clase de aventura que Valentine había relatado en libros que Tom había leído una y otra vez acurrucado bajo las sábanas en el dormitorio de los aprendices de tercera clase, ayudado por una linterna, tiempo después de que se hubieran apagado las luces.

Valentine terminó su bendición y siguió su camino. Por unos momentos, Tom lo perdió de vista entre la multitud de la plaza, pero pronto apareció de nuevo su vestimenta roja subiendo por la gran escalera central. Lo siguió a una prudente distancia, dejando atrás a mendigos, guardias y vendedores de comida caliente, ninguno de los cuales imaginaba que la figura de la túnica roja era algo más que uno de aquellos locos hombres santos. Valentine llevaba ahora la cabeza inclinada y subía con gran celeridad, así que Tom no se sintió en ningún momento en peligro mientras lo seguía a toda prisa, veinte o treinta pasos por detrás. Pero aún no sabía qué tenía que hacer. Hester merecía saber que el asesino de sus padres se encontraba aquí. ¿Debería ir a buscarla? ¿Contárselo? Valentine podría estar cumpliendo alguna misión importante para Londres; quizá recogiendo información, de forma que los ingenieros supieran exactamente hacia dónde apuntar MEDUSA. Si Hester lo mataba, Tom habría traicionado a toda su ciudad al completo…

Siguió ascendiendo por la escalera, olvidándose del dolor de sus costillas rotas. A

su alrededor, las terrazas de Batmunkh Gompa estaban sembradas de lámparas y faroles y las cubiertas de los globostaxis brillaban desde dentro mientras subían y bajaban, como extrañas criaturas marinas que nadaran alrededor de un arrecife de coral. Y lentamente se fue dando cuenta de que no quería que Valentine tuviera éxito en lo que fuera que estuviera planeando. Londres no era mejor que Tunbridge Wheels, y este lugar era antiguo y bello. ¡No permitiría que fuera arrasado!

—¡Es Valentine! —gritó, lanzándose escaleras arriba, tratando de advertir del peligro a los viandantes. Pero ellos se lo quedaban mirando sin entender, y cuando por fin alcanzó al hombre de la túnica roja y le retiró la capucha del rostro, se encontró con la cara redonda y sorprendida de un monje peregrino que lo miraba con ojos atónitos.

Miró con rabia a su alrededor y vio lo que había sucedido. Valentine había tomado una escalera diferente al salir de la plaza central, dejando a Tom seguir la pista de la túnica roja equivocada. Echó a correr de nuevo hacia abajo. Valentine apenas era ya visible: una mancha roja subiendo bajo la luz de los faroles hacia los lugares altos de la ciudad. Y hacia el Nido de Águilas de los grandes destructores aéreos.

—¡Es Valentine! —gritaba Tom señalando hacia donde él se encontraba, pero nadie de los que lo rodeaban hablaba inglés. Algunos pensaron que estaba loco; otros, que MEDUSA estaba a punto de atacar. Una ola de pánico se extendió por toda la plaza y pronto comenzó a oír gongs de aviso que sonaban en las abarrotadas terrazas de tiendas y tabernas por debajo de donde él se encontraba.

Su primer pensamiento fue buscar a Hester, pero no tenía la más mínima idea de hacia dónde mirar. Entonces corrió hacia un globotaxi y le dijo a la conductora:

—¡Siga a ese monje!

Pero la mujer sonrió y realizó un gesto negativo con la cabeza, sin entender.

—¡Feng Hua! —le gritó Tom, recordando el nombre en la Liga de Anna Fang, y la conductora del globotaxi asintió con la cabeza, sonrió y comenzó a moverse. Tom trató de calmarse mientras el globo se elevaba. Tenía que encontrar a la señorita Fang. Ella sabría qué hacer. Recordaba cómo había confiado en él con la Jenny Haniver durante su viaje por las montañas y se sintió avergonzado por haberse puesto en su contra en la reunión del Consejo.

Esperaba que el taxi lo llevara al palacio del gobernador, pero, sin embargo, aterrizó cerca de la terraza donde estaba anclada la Jenny Haniver. La mujer piloto señaló con la mano una posada que colgaba de la parte inferior de la terraza que se hallaba encima de ellos como si fuera un nido de vencejos.

—¡Feng Hua! —dijo servicialmente—. ¡Feng Hua!

Por un pavoroso momento, Tom pensó que había sido conducido a una posada con el mismo nombre que el de la señorita Fang. Pero entonces, en una de las muchas balconadas del establecimiento, divisó la silueta del abrigo rojo sangre de la aviadora. Le lanzó todo el dinero que llevaba a la mujer piloto, gritándole que se quedara con el

cambio, y la dejó mirando sorprendida las poco familiares efigies de Quirke y de Crome estampadas en las monedas. Y se fue de allí a toda velocidad.

La señorita Fang se hallaba sentada junto a la mesa del balcón con el capitán Khora y la joven aviadora tan inflexible que se había enfadado tanto con Tom ante la salida de tono de este en el Consejo. Tomaban té y se hallaban inmersos en una discusión, pero la dejaron inmediatamente al ver a Tom descolgarse en la galería.

—¿Dónde está Hester? —inquirió él.

—Abajo, en las plataformas de amarre, con uno de sus cambios de humor —le contestó la señorita Fang—. ¿Por qué?

—¡Valentine! —resolló—. ¡Está aquí! ¡Vestido de monje!

Los músicos del mesón dejaron de tocar y el sonido de los gongs de alarma de la parte inferior de la ciudad se empezó a colar por las ventanas abiertas.

—¿Valentine aquí? —dijo despectivamente la muchacha de Kerala—. ¡Eso es mentira! ¡El bárbaro piensa que nos puede atemorizar!

—¡Cállate, Sathya! —La señorita Fang se acercó a Tom y lo agarró del brazo—. ¿Está solo?

Tan rápido como pudo, Tom le contó lo que había visto. Ella soltó un sonido siseante por entre sus apretados dientes.

—¡Ha venido tras nuestra flota aérea! ¡Tiene la intención de incapacitarnos!

—¡Un hombre no puede destruir una flota aérea! —protestó Ismora, sonriendo ante semejante pensamiento.

—¡Tú nunca has visto trabajar a Valentine! —le respondió la aviadora. Se había puesto ya en pie, excitada ante la perspectiva de cruzar su espada con la del más grande agente de Londres—. Sathya, ve y alerta a la guardia; diles que las Aguileras Altas están en peligro. —Se volvió hacia Tom—: Gracias por avisarnos —le dijo con suavidad, como si entendiera la agónica decisión que él había tenido que tomar.

—¡Tengo que decírselo a Hester! —reparó él.

—¡Por supuesto que no! —contestó ella—. Lo único que conseguiría es hacerse matar, o matar a Valentine, y yo quiero conservarlo vivo para interrogarlo. Quédate aquí hasta que todo haya acabado.

Una última y feroz sonrisa y se había ido escaleras abajo, fuera del atemorizado mesón, con Khora pisándole los talones. Tenía un aspecto torvo y peligroso, y muy atractivo, y Tom se sintió tocado por el mismo amor impetuoso que él sabía que Khora y la muchacha de Kerala y el resto de la Liga debían sentir por ella.

Pero entonces pensó en Hester y en lo que diría cuando se enterase de que él había visto a Valentine y ni siquiera la había avisado.

—¡Gran Quirke! —gritó de repente—. ¡Me voy a buscarla!

Sathya se lo quedó mirando, con un aspecto ya no tan serio como antes, sino mostrándose tan solo atemorizada y muy joven; y según él se dirigía corriendo hacia las escaleras, le gritó:

—¡Ya oíste lo que dijo la señorita Fang! ¡Da la alarma!

Fuera ya, de nuevo en los oscuros pasajes verticales de escaleras, bajando hacia la plataforma de amarre donde la Jenny Haniver se mantenía anclada, gritó:

—¡Hester! ¡Hester! —Y allí estaba, caminando hacia él bajo el resplandor de las luces de aterrizaje, cubriéndose la cara con el chal rojo. Tom le contó todo y la muchacha recibió las noticias con la fría y silenciosa mirada que había esperado. Entonces le tocó a ella correr y a él seguirla por las interminables escaleras.

La Muralla se acoplaba su propio clima. A medida que Tom y Hester se iban acercando a la parte más alta, el aire se hacía fino y fresco, y grandes copos de nieve revoloteaban a su alrededor rozándoles el rostro como si fueran alas de mariposa. Comenzaron a ver la luz de los faroles de una amplia plataforma delante de ellos, donde una nave-tanque gasera despegaba vacía de las Aguileras Altas. Luego surgió una increíble bola de fuego que salía disparada desde la cara de la Muralla, y otra, y otra, como si fueran dragones y no naves los que estaban amarrados allí. Cogido en la deflagración, la cubierta del tanque explotó y blancos paracaídas surgieron a su alrededor en cuanto empezó a caer. Hester se detuvo un instante, miró hacia atrás y las llamas se reflejaron en sus ojos.

—¡Lo ha hecho! ¡Hemos llegado demasiado tarde! ¡Los ha destruido la Flota Aérea!

Siguieron corriendo. A Tom le dolían las costillas cada vez que respiraba y el aire frío hacía que le doliera también la garganta, pero se mantuvo tan cerca como pudo de Hester, por detrás de ella, pisando la nieve depositada en un estrecho pasillo que los llevaba a la plataforma exterior de los Nidos de Águila. Las verjas de bronce estaban abiertas y una multitud de hombres salían al exterior protegiéndose los rostros del calor de las llamas de dentro. Algunos sacaban camaradas heridos tirando de ellos, y cerca de la puerta principal, Tom vio que Khora era atendido por dos hombres de la tripulación de tierra.

El aviador elevó la vista hacia ellos cuando Tom y Hester corrieron hacia él.

—¡Valentine! —acertó a decir con un gemido—. Nos engañó para pasar la línea de los centinelas diciendo que quería bendecir nuestras aeronaves. Estaba colocando sus explosivos cuando Anna y yo llegamos. Oh, Tom. ¡Nunca imaginamos que ni siquiera un bárbaro intentaría algo como esto! ¡No estábamos preparados! Toda nuestra Flota… Mi pobre Mokele Mbembe… —Se interrumpió, tosiendo sangre. La espada de Valentine le había perforado el pulmón.

—¿Qué ha sucedido con la señorita Fang? —preguntó Tom.

Khora movió la cabeza en sentido negativo. No lo sabía. Hester ya estaba moviéndose por allí hacia el calor de la chamusquina de los hangares, haciendo caso omiso de los hombres que le decían que se volviese atrás. Tom corrió tras ella.

Era como meterse en un horno. Le daba la impresión de encontrarse en una enorme caverna, con cuevas más pequeñas que surgían de ella: los hangares donde estaban alojadas las naves de guerra de la Liga. Valentine se debía de haber movido rápidamente de una nave hasta la siguiente, plantando bombas de fósforo. Ahora solo

sus curvadas nervaduras se mostraban visibles en el corazón al rojo vivo del fuego.

—¡Hester! —gritó Tom, con su voz perdiéndose en el rugir de las llamas, y la vio a unos pasos por delante de él, a toda prisa por un estrecho túnel que bajaba a las profundidades de la Muralla.

—¡No voy a seguirla por ahí dentro! —pensó—. Si quiere quedarse atrapada y asada, ese es su problema…

Pero cuando inició su regreso hacia la seguridad de la plataforma, la munición de las góndolas de las naves se incendió y en un instante había cohetes y balas volando por todas partes, explotando contra las paredes de piedra y aullando en el aire al pasar a su lado. El túnel se hallaba más cerca que la entrada principal y se metió de golpe en él, musitando plegarias a todos los dioses en los que fue capaz de pensar.

De alguna parte frente a él venía un chorro de aire fresco y Tom se dio cuenta de que el pasadizo debía llevar a algún emplazamiento de cañones horadado en la pared de la cara oeste.

—¿Hester? —gritó. Solo le respondieron los ecos, enturbiados por los repetidos fragores de las llamas de los hangares. Siguió avanzando. En una bifurcación del túnel se veía una forma humana encogida sobre sí misma: un joven aviador abatido por la espada de Valentine. Tom dejó escapar un suspiro de alivio al darse cuenta de que no era Hester o la señorita Fang, y después se sintió culpable, puesto que el pobre hombre estaba muerto.

Estudió aquel túnel con sus diferentes ramificaciones. ¿Qué camino debería tomar?

—¿Hester? —gritó nervioso. Ecos. Una bala perdida procedente del hangar le pasó silbando y acabó sacando chispas y aplastándose en la mampostería junto a su cabeza. Eligiendo rápidamente, se agachó para bajar por el pasadizo de la derecha.

Se produjo un nuevo ruido, más cercano y más agudo que el ya lejano y amortiguado rugir de las llamas, un fino sonido como de pájaro, de metal contra metal. Tom se lanzó hacia abajo por un tramo de resbaladizos escalones, vio luz a lo lejos y corrió hacia ella. Apareció en la fría y ondulante nieve de una amplia explanada donde una batería de cohetes apuntaba hacia el oeste. Las llamas aleteaban y se retorcían en un brasero de hierro iluminando las antiguas almenas, los diseminados cuerpos de la tripulación de los cohetes y el resplandor de las espadas mientras Valentine y la señorita Fang entablaban batalla, avanzando y retrocediendo, sobre la hollada nieve.

Tom se agazapó en las sombras de la boca del túnel agarrándose sus doloridas costillas y mirando atento a lo que sucedía. Valentine estaba peleando magníficamente. Se había desprendido de sus ropajes de monje para dejar al descubierto una camisa blanca, pantalones amplios negros y botas negras altas y paraba y respondía y esquivaba graciosamente los golpes de la aviadora. Tom se percató de que Valentine había encontrado la horma de su zapato. Blandiendo su larga espada con las dos manos, la señorita Fang le fue haciendo retroceder hacia la

batería de cohetes y hacia los cuerpos de los hombres que él había matado, anticipándose a cualquier golpe que él amagara, haciéndole fintas y balanceándose y saltando al aire para eludir un contragolpe bajo, hasta que por fin consiguió arrebatarle la espada de las manos. Él se puso de rodillas para tratar de recuperarla, pero la hoja de la espada de la señorita Fang estaba ya en su garganta y Tom vio un oscuro reguero de sangre que empezaba a bajar y manchaba el cuello de su camisa.

—¡Bien hecho! —dijo él, y sonrió con aquella misma sonrisa que Tom recordaba de aquella noche en la Entraña, una sonrisa amable, divertida y manifiestamente sincera—. ¡Bien hecho, Feng Hua!

—¡Calla! —le cortó ella—. Esto no es un juego…

Valentine soltó una carcajada.

—Por el contrario, mi querida Flor del Viento, este es el juego más grande del mundo, y parece que mi equipo va ganando. ¿No te has dado cuenta de que tu flota aérea está en llamas? Pienso realmente que deberíais haber ajustado mejor vuestros sistemas de seguridad. Supongo que porque la Liga ha seguido funcionando de la misma manera durante mil años, pensabais que podíais dormiros en los laureles. Pero el mundo está cambiando…

—Está tratando de ganar tiempo —pensó Tom. Pero no acertaba a ver por qué. Arrinconado en aquella elevada plataforma, desarmado, sin oportunidad alguna de escapar, ¿qué esperaba ganar Valentine al burlarse de la aviadora? Se preguntaba si se lanzaría a recuperar la espada caída y se colocaría junto a la señorita Fang a la espera de ayuda, pero había algo tan poderoso y tan peligroso en Valentine, incluso en la derrota, que ni siquiera se atrevía a mostrarse ante los contendientes. Escuchó, esperando captar los ruidos de los soldados que bajasen por el túnel y preguntándose qué le habría sucedido a Hester. Todo lo que pudo oír fue el distante clamor de los gongs y de las campanas de alarma contra incendios procedentes del extremo opuesto de la Muralla, y la voz galanteadora y casi burlona de Valentine.

—Deberías venir a trabajar para Londres, querida mía. Después de todo, mañana a estas horas la Muralla-Escudo será solo escombro. Vas a necesitar un nuevo patrono. Tu Liga se ha acabado…

En esos momentos, una luz irrumpió desde arriba: el duro haz de luz del reflector de un avión recorriendo la nieve. La aviadora se tambaleó, cegada, hacia atrás y Valentine dio un salto para ponerse en pie y conseguir recuperar la espada, sujetando a la aviadora fuertemente contra él mientras le clavaba el arma hasta la empuñadura. Por unos instantes, los dos contendientes se tambalearon como bailarines ebrios al final de una fiesta, lo suficientemente cerca del lugar donde Tom se hallaba escondido como para que el muchacho pudiera ver la brillante hoja de la espada que sobresalía por la parte posterior del cuello de la señorita Fang y oírla, desesperada, susurrar de forma entrecortada:

—Hester Shaw te encontrará. Ella te encontrará y…

Entonces Valentine extrajo la espada y dejó caer a su contrincante, dándose media

vuelta y saltando a las almenas mientras el Elevador del Decimotercer Nivel descendía evitando los reflectores de la Muralla.

29

De regreso a casa

La negra nave había estado moviéndose en completo silencio, cabalgando en el viento hasta este refugio de naves mientras los defensores de Batmunkh Gompa se encontraban atareados con los fuegos y las explosiones. Ahora, sus motores volvieron impetuosos a la vida, batiendo los copos de nieve a la deriva y ahogando el grito de horror de Tom.

Valentine salió al exterior por el cañón de un lanzacohetes, tan ágil como un atleta en una barra, y saltó abriendo los brazos durante un instante como un águila al aire desnudo mientras sus manos se encontraban con la escalera de cuerda que Pewsey y Gench le habían lanzado. Asiéndose a ella con fuerza, con un movimiento de balanceo se incorporó a la góndola.

Tom corrió hacia delante y quedó sumido en una repentina oscuridad, al desaparecer los reflectores de búsqueda. Cohetes procedentes de las baterías más altas bajaban lanzando chispas para estallar contra el grueso caparazón del Elevador. Uno hizo añicos algún cristal de la góndola, pero la negra nave ya tenía puestos los motores a toda velocidad y se alejaba de la Muralla. El rebufo de sus propulsores azotó el rostro de Tom mientras se arrodillaba sobre el cuerpo de Anna Fang y la sacudía con la remota esperanza de que pudiera despertar.

—¡No hay derecho! —sollozó—. ¡Esperó hasta que te quedaste deslumbrada por las luces! ¡Tú lo ganaste!

Nada dijo la aviadora, pero fijó su mirada más allá de donde él se encontraba con una expresión de sorpresa, con sus ojos tan insensibles como si fueran guijarros secos.

Tom se sentó a su lado en la nieve enrojecida de sangre e intentó pensar. Suponía que ahora tendría que abandonar Batmunkh Gompa, escapar antes de que llegara Londres, pero el solo pensamiento de tener que ponerse en movimiento de nuevo le dejaba agotado. Estaba ya harto de ser empujado de un lado a otro del mundo por culpa de los planes de otras personas. Un fino pero cada vez más intenso malhumor empezó a surgirle allí dentro mientras sus pensamientos se fijaban en Valentine, que estaría volando hacia casa para recibir una bienvenida de héroe. ¡Valentine tenía la culpa de todo esto! Era Valentine el que había arruinado su vida, y la de Hester, y terminado con tantísimas más. Era Valentine el que había entregado MEDUSA al Gremio de Ingenieros. Hester siempre había tenido razón: debería haberla dejado matarlo cuando tuvo la oportunidad…

Se produjo un ruido en el otro extremo de la plataforma y Tom miró hacia allá y

vio una negra masa de brazos y piernas y un abrigo desenredándose a toda prisa, como una gran araña que hubiera caído del cielo. Era Hester, que se había equivocado de dirección al girar mientras perseguía a Valentine y que salía de una casamata de observación situada arriba, en lo alto. Allá estaba, por fin, después de haberse movido como una gata a lo largo de diez metros de pared nevada y de haber caído a plomo los últimos diez. Sus ojos se detuvieron un instante en la aviadora que yacía en el suelo, antes de girarse y dirigirse a las almenas para mirar hacia la oscuridad y hacia la nieve que revoloteaba alrededor.

—Tenía que haber sido yo —la oyó decir Tom—. Al menos me habría asegurado de llevármelo conmigo.

Tom la observaba. Se sentía tenso, enfermo y tembloroso por la pena y la rabia que tenía en su interior, y supo cómo se debía de encontrar Hester, cómo se había encontrado siempre desde el día en que Valentine matara a sus padres. Era un sentimiento terrible y solo se le ocurría una manera de poder mitigarlo. Buscó bajo el cuello del abrigo de Anna, encontró la llave colgada de su tirilla de cuero y la arrancó de un tirón. Después se levantó, se fue a donde se encontraba Hester y la abrazó. Era como acariciar a una estatua, tan tensa y rígida como estaba. Pero él necesitaba agarrarse a algo, así que siguió abrazándola de todas formas. Los cañones seguían aún disparando por encima de ellos con la vana esperanza de darle al Elevador del Decimotercer Nivel. Tom puso su cara cerca del oído de Hester y gritó por encima del ruido:

—¡Vámonos a casa!

Ella lo miró con cara de asombro, confundida y un tanto molesta:

—¿Pretendes hacerte el gracioso?

—¿No lo ves? —gritó, riéndose de la loca idea que se le estaba metiendo en la cabeza—. ¡Alguien tiene que hacérselas pagar! Tenías razón: no debí detenerte aquel día, pero me alegro de haberlo hecho, porque la policía de las Entrañas te habría matado y entonces no nos habríamos podido conocer nunca. Ahora yo puedo conseguir que te acerques hasta él y luego ayudarte a escapar. ¡Volveremos a Londres! ¡Ahora! ¡Juntos!

—Sí que te estás haciendo el gracioso —dijo Hester; pero de todas formas se fue con él, ayudándolo a encontrar un camino de regreso a través de la Muralla-Escudo mientras pasaban junto a ellos soldados corriendo, atemorizados, cubiertos de hollín y, ya demasiado tarde, gritando de aflicción cuando vieron los cuerpos en la plataforma de los cohetes.

El cielo nocturno sobre Batmunkh Gompa estaba lleno de humo y de hilachas de tejidos chamuscados. Las llamas eran aún visibles en las Altas Aguileras, pero los caminos del valle se veían ya cuajados de constelaciones de pequeñas luces, los faroles de los refugiados, que se diseminaban por las montañas como si fueran agua que escapara de un depósito rajado. Con la destrucción de la Flota Aérea, la Muralla-Escudo estaba acabada, y sus gentes escapaban tan veloces como sus pies y sus mulas

y sus carretas de bueyes y globos de carga podían llevarles.

Abajo, en la plataforma de amarre, las aeronaves ya empezaban a elevarse hacia el oscurecido cielo y daban su giro hacia el sur. La muchacha de Kerala, Sathya, intentaba reagrupar a algunos soldados presa del pánico, sollozando:

—¡Seguid aquí y guardad la Muralla! ¡La Flota Aérea del Sur nos enviará sus refuerzos! ¡Estarán aquí antes de una semana!

Pero todo el mundo sabía que para entonces Batmunkh Gompa ya no estaría ahí y que Londres avanzaría presionando hacia el sur, con el corazón de las tierras de la Liga como objetivo.

—Permaneced en vuestros puestos para defender la Muralla —les rogaba, pero las naves seguían ascendiendo y ascendiendo por encima de ella.

La Jenny Haniver aún seguía allí anclada, silenciosa, sombría. La llave que Tom había tomado del cuerpo de Anna Fang encajaba perfectamente en la cerradura de la escotilla delantera, y pronto se encontró frente al panel de instrumentos de la nave observando atentamente los controles. Había muchos más de los que él recordaba.

—¿Estás seguro de que podemos hacer esto? —le preguntó suavemente Hester.

—Claro que sí —le respondió Tom. Probó con varios interruptores. La escotilla se volvió a abrir de par en par, las luces de la cabina se encendieron, la máquina del café comenzó a hacer una serie de ruidos, como si un perro cortés tratara de aclararse la garganta, y una balsa inflable le cayó encima desde el techo y le tiró al suelo.

—¿Seguro del todo? —le volvió a preguntar mientras lo ayudaba a incorporarse. Tom asintió con la cabeza.

—Yo solía montar maquetas de aeronaves cuando era pequeño, así que conozco los principios. Y la señorita Fang me enseñó el funcionamiento de los controles cuando estuvimos en las montañas… Solo me gustaría que lo hubiera etiquetado todo en inglés.

Pensó unos instantes, luego tiró de otra palanca y esta vez los motores despertaron llenos de vida. Afuera, en la plataforma de amarre, la gente se volvía a mirar y algunos hicieron la señal contra el mal; se habían enterado de la muerte de Feng Hua y se preguntaban si estaría allí, a bordo de la Jenny Haniver, su irreductible espíritu. Pero Sathya vio a Tom y a Hester ante los controles y fue corriendo hacia ellos.

Temiendo que ella le impidiera despegar, Tom se puso a buscar frenéticamente la palanca que movía las vainas de los motores. Los cojinetes y los amortiguadores chirriaban al girar las ruedas hacia la posición de despegue. Se rio, encantado ante la forma en que la nave respondía al toque de sus manos sobre los controles, oyendo el ruido y el bufido familiar de las válvulas de gas por alguna parte de delante y por encima de él, y el chasquido metálico de las abrazaderas de anclaje al desengancharse. La gente los saludaba con las manos y los gritaba, y Sathya sacó un arma, pero en el último instante el capitán Khora llegó dando tumbos desde la plataforma, apoyado en uno de sus hombres, y suavemente le quitó el arma de las

manos. Dirigió su mirada hacia Tom, levantando una mano para desearle suerte, y el sorprendente color rosa de la palma de su mano y de sus dedos fue lo que dejó más perplejo a Tom, mientras la nave se balanceaba incierta y oscilante hacia el cielo y remontaba el humo que seguía saliendo de las Altas Aguileras. Echó un último vistazo hacia abajo para ver por última vez la imagen de Batmunkh Gompa y después giró por encima de la Muralla-Escudo y dirigió el morro de la nave hacia el oeste.

Iba de regreso a casa.

30

Una bienvenida de héroe

Las nubes que habían producido la nieve en Batmunkh Gompa volaban hacia el oeste para dejar la misma cantidad de lluvia, o incluso más, sobre Londres; y aún seguía lloviendo cuando el Elevador del Decimotercer Nivel llegó a puerto al comienzo de la tarde siguiente. No había multitudes esperando para recibirlo. Los encharcados jardines de Circle Park se hallaban desiertos, a excepción de unos trabajadores del departamento de Reciclaje que se ocupaban en talar los últimos árboles. Pero el Gremio de Ingenieros había sido alertado de la llegada de Valentine, y mientras la enorme nave apuntaba su morro hacia las húmedas luces de las balizas de aterrizaje, corrieron hacia la explanada frente al hangar, entre la lluvia, golpeando sus calvas cabezas, y las luces produciendo llamativos reflejos en sus túnicas.

Katherine observaba desde la ventana de su dormitorio cómo la tripulación de tierra se hacía cargo de la nave para situarla en el suelo y cómo los emocionados ingenieros se arracimaban a su alrededor. Las compuertas de la góndola empezaron a abrirse; Magnus Crome ya se iba acercando, con un sirviente a su lado que portaba un paraguas de goma blanca que lo cubría, y Padre descendía ya por la pasarela —fácil de reconocer incluso a aquella distancia por su altura y su paso seguro—, con su capa para todas las condiciones meteorológicas henchida y ondeando a la incipiente brisa.

Aquella visión le produjo a Katherine un sentimiento confuso en su interior más profundo, como si su corazón estuviera realmente a punto de estallar de pena y de rabia. Recordaba cuánto había ansiado ser la primera en recibirlo cuando regresara a bordo de la ciudad. Y ya ni siquiera estaba segura de ser capaz de hablarlo.

A través del húmedo cristal lo vio hablar con Crome, asintiendo con la cabeza, riendo. Una oleada de túnicas blancas se lo ocultó durante unos momentos, y cuando le volvió a ver, se había separado del lord mayor y apretaba el paso por los húmedos senderos hacia Clio House, probablemente preguntándose por qué no había estado ella esperándolo en el desembarcadero.

Durante unos instantes le entró una especie de pánico y quiso esconderse, pero Perro estaba con ella y le dio la fuerza que necesitaba. Cerró las contraventanas de concha de tortuga y esperó hasta oír las pisadas de Padre en las escaleras, la llamada de Padre en la puerta.

—¿Kate? —llegó su amortiguada voz—. Kate, ¿estás ahí? ¡Quiero contarte mis aventuras! ¡Acabo de llegar de las nieves de Shan Guo, y con todo tipo de historias para que te aburras con ellas! ¿Kate? ¿Te encuentras bien?

La muchacha abrió la puerta solo una rendija. Él permaneció en el descansillo de

fuera, goteando agua, mientras se le desdibujaba la sonrisa al ver su cara llena de lágrimas y con falta de mucho sueño.

—¡Kate, todo está bien! ¡Ya estoy de vuelta!

—Ya lo sé —contestó ella—. Y no todo está bien. Ojalá te hubieras muerto en las montañas.

—¿Qué?

—Lo sé todo —prosiguió Katherine—. Ya he averiguado lo que le hiciste a Hester Shaw.

Le dejó pasar a la habitación y cerró la puerta, llamando a Perro con aspereza cuando este se dirigió a saludar al hombre. Estaba oscuro con las contraventanas cerradas, pero vio a Padre dirigir su mirada hacia el montón de libros desparramados en la esquina de la mesa y, luego, hacia ella. Tenía una herida reciente en el cuello y sangre en la camisa. Katherine se retorció con el dedo un bucle de su ensortijado cabello y trató de no empezar a llorar de nuevo.

Valentine se sentó en la cama sin hacer. Durante todo el trayecto desde Batmunkh Gompa, la última promesa de Anna Fang había estado haciendo eco por los rincones de su cabeza: «Hester Shaw te encontrará». El hecho de que ahora se le lanzase a la cara ese mismo nombre era como un cuchillo en su corazón.

—Oh, no necesitas preocuparte —le dijo Katherine con amargura—. Nadie más lo sabe. Se me quedó el nombre de la chica, ya sabes. Y el doctor Arkengarth me contó cómo fue asesinada Pandora Shaw, y yo ya he averiguado que murió hace siete años, por el tiempo en que tú regresaste de aquella expedición y el lord mayor estaba tan complacido contigo, así que lo fui poniendo todo junto y en orden y…

Se encogió de hombros. La pista había sido muy fácil de seguir una vez conseguidos todos los indicios. Tomó de la mesa un libro que había estado leyendo y se lo mostró. Era Aventuras en un continente muerto, su propio relato de su viaje a América. La muchacha señaló un rostro de una fotografía de grupo de la expedición, una aviadora que estaba de pie junto a él, sonriendo.

—Al principio no me di cuenta —dijo— porque su nombre había cambiado. ¿La mataste tú mismo? ¿O les ordenaste a Pewsey y a Gench que lo hicieran?

Valentine agachó la cabeza, enfadado, desesperado, avergonzado. Una parte de Katherine había estado aguardando contra toda esperanza que aquello fuera una equivocación suya, que él lo negaría y le daría pruebas de que no era el asesino de los Shaw, pero cuando vio que su padre hundía la cabeza en el pecho, supo que no podría negarlo y que todo era verdad.

—Debes entenderlo, Kate —dijo él—. Lo hice por ti…

—¿Por mí?

Por fin levantó la vista, pero no hacia ella. Miraba hacia la pared, y dijo:

—Yo quería que lo tuvieras todo. Quería que crecieras como una dama, no como un basurero de la Región Exterior como yo. Tenía que encontrar algo que Crome necesitaba.

»Pandora era una vieja camarada del viaje americano, tal como tú dijiste. Y sí, estaba conmigo cuando encontré los planos y los códigos de acceso a MEDUSA. Nunca imaginamos que fuera posible reconstruir aquella cosa. Luego, Pandora y yo seguimos caminos separados. Ella se convirtió en Antitraccionista, se casó con un destripaterrones y se establecieron en un lugar llamado Oak Island. Yo no sabía que ella seguía todavía pensando en MEDUSA. Debió de hacer otro viaje a América, sola esta vez, y encontró el camino de entrada a otra parte del mismo viejo complejo subterráneo, una parte que se nos había escapado la primera vez que excavamos. Y ahí es donde encontró…

—El cerebro, la inteligencia artificial de un ordenador —dijo Katherine de manera impaciente—. La clave de MEDUSA.

—Sí —murmuró Valentine atónito ante lo mucho que ella sabía—. Me envió una carta diciéndome que ya lo tenía. Sabía que carecía de cualquier valor sin los planos y los códigos, ya sabes, y estos se encontraban en Londres. Ella pensaba que podíamos venderlo y compartir las ganancias. Y yo sabía que si podía darle a Crome un botín semejante, eso haría mi fortuna. ¡Y tu futuro estaría asegurado!

—Y por eso la mataste —dijo Katherine.

—Ella no estaba de acuerdo en lo de vendérselo a Crome —respondió su padre —. Era una antitraccionista, como te he dicho. Quería que la Liga lo tuviera. Tuve que matarla, Kate.

—¿Pero qué me dices de Hester? —preguntó Katherine aturdida—. ¿Por qué tuviste que hacerle daño?

—No quise hacérselo —dijo él con pena—. Debió de despertarse y oyó algo. Era una niña preciosa. Tenía más o menos tu edad y se te parecía tanto que podía haber sido tu hermana. Quizá era tu hermana. Pandora y yo estuvimos muy unidos durante cierto tiempo.

—¿Mi hermana? —dijo Katherine boquiabierta—. ¡Tu propia hija!

—Cuando levanté la vista del cuerpo de su madre y la vi mirándome fijamente… Tenía que silenciarla. La golpeé como un loco y casi perdí la noción de lo que estaba haciendo. Creí que estaba muerta, pero no pude llegar a cerciorarme por completo. Escapó, se esfumó como por encanto en una barca. Pensé que se debía de haber ahogado. Hasta que intentó apuñalarme aquella noche en la Entraña.

—Y Tom… —dijo Katherine—. Él oyó el nombre de Hester y tendrás que matarlo también. Porque si se lo mencionase a los historiadores, la verdad podría salir a la superficie.

Valentine la miró impotente.

—Tú no lo entiendes, Kate. Si la gente descubriera quién es ella y lo que yo he hecho, ni siquiera Crome sería capaz de protegerme. Estaría acabado, y tú te hundirías conmigo.

—Pero Crome lo sabe, ¿no es cierto? —preguntó Katherine—. Esa es la razón por la que le eres tan leal. Leal como un perro, en tanto se te pague y consigas fingir que

esa hija tuya extranjera es una dama del Alto Londres.

La lluvia, la lluvia sobre las ventanas y toda la habitación trepidando mientras Londres se arrastraba por la empapada tierra. Perro estaba tumbado con la cabeza sobre las patas delanteras, lanzando miradas como rayos de su dueña a Valentine y viceversa. Nunca hasta ahora los había visto pelear. Y no le agradaba.

—Yo solía pensar que tú eras maravilloso —le dijo Katherine—. Solía pensar que eras la mejor persona, la más valiente, la más sabia del mundo. Pero no lo eres. Incluso no eres muy listo, ¿verdad? ¿No se te ocurrió pensar para qué utilizaría Crome aquella cosa?

Valentine la miró con dureza.

—¡Por supuesto que sí! Este es un mundo en el que una ciudad se come a la otra, Kate. Es una vergüenza que Panzerstadt-Bayreuth haya tenido que ser aniquilada, naturalmente, pero la Muralla-Escudo tiene que ser destruida si Londres pretende sobrevivir. Necesitamos un nuevo territorio de caza.

—¡Pero allí vive gente! —se lamentó Katherine.

—Solo antitraccionistas, Kate, y la mayoría de ellos probablemente se van a escapar.

—Nos detendrán. Tienen naves…

—No.

A pesar de todo, Valentine sonreía, orgulloso de sí mismo.

—¿Por qué crees que Crome me envió hacia el este? La Liga tiene ya su Flota Aérea del Norte convertida en cenizas. Esta noche, MEDUSA nos abrirá un paso a través de su famosa Muralla.

Se quedó de pie buscando su mirada, sonriendo, como si esta victoria que estaba consiguiendo redimiera todo lo que había hecho con anterioridad.

—Crome me ha dicho que el fuego real está programado para las nueve. Antes, va a tener lugar una recepción en el Ayuntamiento: vino, pinchos y el amanecer de una nueva era. ¿Vas a venir conmigo, Kate? Me gustaría que tú…

La última esperanza de la muchacha había sido que su padre desconociera los insensatos planes de Crome. Pero ahora ya se había desvanecido incluso semejante esperanza.

—¡Loco, más que loco! —gritó—. ¿Es que no entiendes que lo que él está haciendo es un auténtico error? ¡Tenéis que deshaceros de esa horrible máquina!

—Pero eso dejaría a Londres indefensa en medio del Territorio de Caza —señaló su padre.

—¿Y qué? Tendremos que seguir como siempre, cazando y devorando, y si nos encontramos con una ciudad mayor y somos devorados… ¡Bueno, incluso eso sería mejor que ser unos asesinos!

Ya no podía soportar permanecer con él en aquella habitación ni un minuto más. Echó a correr y Valentine no intentó detenerla, ni siquiera llamarla para que volviera. Lo único que pudo hacer fue quedarse allí, pálido y aturdido. La muchacha salió de la

casa y corrió sollozando por el parque mojado por la lluvia con Perro pegado a sus talones, hasta que todo el Alto Londres estuvo entre ella y Padre.

—¡Debo hacer algo! —era todo lo que podía pensar—. Debo detener a MEDUSA…

Siguió corriendo hacia la estación de elevadores, a la vez que los circuitos de las pantallas empezaban a proclamar ruidosamente por todo Londres la buena noticia del regreso de Valentine.

31
El oyente furtivo

Londres incrementaba su velocidad, corriendo hacia las montañas. Las ciudades semiestáticas que se habían mantenido escondidas durante años en estas altas estepas fueron sacudidas de su somnolencia por su llegada y se habían apresurado a escapar ruidosamente, dejando tras ellas verdes extensiones de tierras de cultivo y, en una ocasión, todo un suburbio estático. La ciudad no prestaba la más mínima atención a ninguna de ellas. Todo Londres conocía para entonces el plan del lord mayor. A pesar del frío, la gente se había reunido en las plataformas de observación delanteras y dirigía sus miradas a través de los catalejos hacia Shan Guo, ansiosos de captar la primera imagen de la legendaria Muralla.

—¡Pronto! —se decían los unos a los otros.

—¡Esta misma noche!

—¡Todo un nuevo territorio de caza completo!

* * *

La mayoría de la gente en el Museo se había acostumbrado ya a la presencia de Katherine y Perro, y nadie prestaba demasiada atención mientras la muchacha pasaba apresurada por las galerías inferiores con el lobo blanco trotando tras ella. Unos pocos notaron la furiosa mirada de sus ojos y las lágrimas de su cara. Pero antes de que pudieran preguntarle qué le ocurría u ofrecerle el pañuelo que se le había caído al pasar cuando se dirigía casi a la carrera hacia la oficina del señor Nancarrow, ya estaba lejos de su alcance.

Allí se encontró con un fuerte olor a trementina y la persistente esencia del tabaco de pipa del historiador del arte, pero no halló a Nancarrow ni a Bevis Pod. Regresó corriendo al vestíbulo, donde un grueso aprendiz de tercera clase estaba limpiando los suelos.

—El señor Nancarrow está en los almacenes, señorita —le dijo hosco—. Ese extraño tipo nuevo va con él.

El extraño tipo nuevo estaba ayudando al señor Nancarrow a tirar de un cuadro para sacarlo del armazón protector de almacenamiento cuando Katherine irrumpió en la habitación. Era una enorme pintura con un marco dorado titulada Quirke supervisa la reconstrucción de Londres, de Walmart Strange, y cuando Bevis dejó caer el

extremo que estaba sujetando, se produjo un ruido de choque cuyos ecos retumbaron por todo el polvoriento almacén como una pequeña explosión.

—¡Si ya digo yo, Pod! —se quejó enfadado Nancarrow. Pero entonces vio también la cara de Katherine y rápidamente se contuvo—. Me parece a mí que lo que usted necesita es una buena taza de té, señorita Valentine —murmuró, metiéndose a toda prisa en el laberinto de rieles y cuadros del almacén.

—¿Kate? —Bevis Pod avanzó unos titubeantes pasos hacia ella—. ¿Qué ha sucedido? —No estaba acostumbrado a consolar a la gente; no era ese el tipo de cosas para las que un aprendiz de ingeniero era educado. Extendió los brazos rígidamente hasta tocar los hombros de Katherine y pareció sorprenderse cuando ella se apretó contra su pecho.

—Esto… —acertó a decir—. Bueno, bueno…

—Bevis —dijo ella sollozando—, nos toca a nosotros ahora. Tenemos que hacer algo. Esta noche…

—¿Esta noche? —Enarcó las cejas, luchando para poder seguirla en sus rápidas explicaciones medio ahogadas entre los sollozos—. ¿Pero quieres decir que nosotros dos solos? Yo creía que tu padre nos iba a ayudar…

—Él ya no es mi padre —dijo Katherine con amargura, y se dio cuenta de que era cierto. Se pegó a Bevis tanto como pudo, como si él fuera una balsa que pudiera llevarla a salvo por aquel lodazal de sufrimiento y de culpa—. Padre es el hombre de Crome. Por eso tengo que deshacerme de MEDUSA, ¿no ves? Debo contrarrestar las cosas que él ha hecho…

Nancarrow regresó con dos tazas de estaño llenas de humeante té.

—¡Um! ¡Oh! ¡Ah! —murmuró azorado al encontrar a sus dos jóvenes amigos el uno en los brazos del otro—. Quiero decir…, sí. Papeleo. Debo irme. Dentro de una o dos horas estaré de vuelta. Continúa tú, Pod…

Al marchar, casi se cae sobre el gordo aprendiz de tercera clase que había estado todo el tiempo pasando la fregona por el pasillo justo enfrente de la puerta del almacén.

¡En nombre de Quirke, Melliphant! —lo oyeron reconvenirlo—. ¿No puedes quitarte del paso?

Pero Herbert Melliphant no podía quitarse del paso. Desde que fuera degradado, había estado buscando un agarradero que lo ayudase a arañar su camino de regreso a la primera clase. Ese tal Pod había atraído su atención hacía unos días; ese forastero que parecía tan amigo de los viejos gremiales, que iba por ahí con la hija del historiador jefe, que vestía como un aprendiz, pero que no dormía con los otros en el dormitorio común ni se les unía en las lecciones. Había oído en las pantallas de noticias que los del Gremio de Ingenieros seguían aún persiguiendo a las personas que se habían infiltrado en su reunión secreta, y estaba empezando a sospechar que el doctor Vambrace podría estar muy interesado en el pequeño ayudante de Nancarrow. En cuanto el anciano se encontró fuera de la vista, dejó a un lado su fregona y su

cubo y regresó hacia la puerta.

—… Los de la Liga Antitracción no pueden defenderse solos —estaba diciendo Katherine—. Eso es lo que Padre ha estado haciendo: espiar sus ciudades y dinamitar su flota aérea. Esa es la razón por la que todo depende de nosotros.

—¿Y qué pasa con los historiadores? —preguntó Bevis. Katherine se encogió de hombros.

—Están demasiado atemorizados para ayudarnos. Pero yo puedo hacerlo sola, sé que puedo. Padre me ha invitado a la recepción del lord mayor. Y voy a ir. Voy a buscar a Padre para decirle que lo he perdonado e iremos a la fiesta de Crome como una pequeña familia feliz. Pero mientras los demás estén diciéndole a Crome lo listo que ha sido y sigan comiendo salchichas pinchadas en palillos, me escurriré y encontraré a MEDUSA y la aplastaré. ¿Crees que un martillo será suficiente? Sé dónde guarda el doctor Arkengarth las llaves del almacén del celador. Tiene que haber por fuerza un martillo ahí, o una barra de hierro. ¿Sería mejor una barra?

Soltó una carcajada y vio a Bevis titubear ante aquel sonido loco y quebradizo. Por un momento, temió que él iría a decir algo así como: «Cálmate», o: «Posiblemente no dará resultado…». Ella le tocó la cara, sus enrojecidas orejas, y sintió el pulso acelerado latiendo en su garganta y los músculos sacudírsele al tragar saliva.

—Una bomba —dijo él.

—¿Qué?

—MEDUSA debe de ser enorme: probablemente ocupe la mitad de San Pablo. Si de verdad quieres destruirla, necesitarás explosivos.

Parecía excitado y atemorizado a la vez.

—El producto de limpieza que los cuidadores del Museo utilizan contiene nitrógeno, y si lo mezclo con alguno de los líquidos de restauración de cuadros del doctor Nancarrow y fabrico un temporizador…

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Katherine sorprendida, porque ni siquiera ella había pensado para nada sobre asuntos de bombas.

—Química básica —dijo Bevis sin darse importancia—. Hice un curso en los laboratorios de aprendizaje…

—¿Es eso en todo lo que piensan allí? —susurró la muchacha—. ¿En hacer bombas y que todo vuele por los aires?

—¡No, no! —replicó él—. Pero la ciencia es así. Puedes utilizarla para que sirva a los propósitos que tú desees. Kate, si realmente quieres hacer esto, te fabricaré una bomba que puedas meter en un bolso. Si puedes acceder a MEDUSA, déjala cerca del cerebro del ordenador, conecta el temporizador y echa a correr. Media hora después…

Fuera, la oreja de Melliphant se aplastaba contra la madera de la puerta como una pálida babosa.

* * *

Más y más y más rápido. Era como si la ansiedad del lord mayor hubiera infectado toda la estructura de su ciudad. Los pistones de la sala de motores laten tan ansiosos como su corazón, las ruedas y las cadenas de tracción corren como sus pensamientos, veloces hacia la Muralla y hacia el capítulo siguiente de la gran historia de Londres.

Valentine se ha pasado toda la tarde buscando a Katherine por el parque, sobresaltando a sus amigos mientras cenaban al asomarse de repente por sus ventanas como un fantasma con las ropas manchadas de sangre y preguntando: «¿Está mi hija ahí? ¿La habéis visto?». Ahora se pasea agitado de acá para allá en la sala de estar de Clio House, con sus botas soltando agua sobre la embarrada alfombra mientras intenta sacudirse de sus huesos el frío húmedo del parque y el miedo de su cabeza.

Por fin, oye pasos en el sendero de grava, pasos en el vestíbulo de entrada, y Pewsey entra en la casa con un aspecto tan mojado y desamparado como su señor.

—¡Le he seguido la pista, jefe! Está en el Museo. Ha pasado un montón de tiempo ahí últimamente, según el viejo Creaber, el de la mesa de la entrada…

—¡Llévame allí! —grita Valentine.

—¿Está seguro, jefe? —Pewsey estudia sus propios pies más que el rostro febril y surcado de lágrimas de su jefe—. Yo creo que podría resultar mejor si la dejara en paz un rato. Ella está a salvo en el Museo, ¿a que sí?, y creo que necesita una oportunidad de pensar en sus propias cosas. Volverá a su debido tiempo.

Valentine se deja caer como desplomado en una silla y el viejo aviador se mueve silencioso por la habitación encendiendo las lámparas. Fuera, la luz del día se desvanece.

—He abrillantado vuestra espada y preparado vuestras mejores ropas en el vestidor —dice Pewsey con suavidad—. Es la recepción del lord mayor, señor, ¿recuerda? No se la vaya a perder.

Valentine asiente con la cabeza mirándose fijamente las manos, sus largos dedos.

—¿Por qué seguí sus planes todos estos años Pewsey? ¿Por qué le regalé MEDUSA?

—No lo podría decir ciertamente, señor…

Se incorpora con un suspiro y se dirige al vestidor. Le habría gustado tener la agudeza de Kate, saber al instante lo que está bien, lo que está mal. Desearía haber reunido valor para plantarse ante Crome en la forma en que ella quiere que lo haga. Pero es demasiado tarde para ello, demasiado tarde, demasiado tarde…

* * *

Y el propio Crome levanta la vista de su cena (un puré de verduras y un sustitutivo de la carne, con la misma cantidad de proteínas, carbohidratos, vitaminas, etc.). Levanta la vista para mirar al tembloroso aprendiz de historiador a quien Vambrace acaba de empujar a su oficina y le dice:

—Así que, aprendiz Melhphant, tengo la impresión de que tienes algo que contarnos, ¿a que sí?

32

Chudleigh Pomeroy lo consigue

Ella se dio cuenta de que sí podía hacer frente al asunto. Antes había deseado hacerse un ovillo en un rincón y morir de pena, pero ahora se encontraba perfectamente. Esto le traía a la memoria cómo se había sentido cuando murió su madre: aplanada por aquel enorme golpe sordo y, en cierto modo, sorprendida de que la vida siguiera su curso. Y al menos esta vez tenía a Perro para ayudarla, y a Bevis.

—Kate, necesito otro perno como este, pero más largo…

Había llegado a pensar que Bevis Pod era una persona dulce, torpe y más bien inútil, alguien que necesitaba que ella lo cuidase, y sospechaba que eso mismo era lo que todos los historiadores pensaban también de él. Pero aquella tarde había empezado a comprender que era mucho más inteligente que ella. Lo observaba mientras trabajaba, encorvado bajo un globo de argón portátil en un rincón de la galería del Transporte, midiendo cuidadosamente las cantidades exactas de polvo abrasivo y de líquido limpiador de pinturas. Ahora estaba construyendo un mecanismo temporizador con trozos de alambre de los grabados en cobre y piezas del salpicadero de un coche de hacía siglos, ensamblándolo todo en el bolso de mano que ella le había conseguido.

—¿Un perno, Kate?

—Ah, sí… —Rebuscó rápidamente por entre el montón de piezas sueltas del suelo a los pies de él y encontró lo que quería. Comprobó el reloj. Eran las ocho de la tarde. Pronto tendría que regresar a Clio House y ponerse una sonrisa en la cara y decirle a Padre: «Lo siento, me he portado como una tonta antes. Bienvenido a casa. Por favor, ¿puedo acompañarte a la fiesta del lord mayor?».

—Vale —dijo Bevis sujetando en alto el pequeño bolso—. Ya está hecho.

—No tiene ningún aspecto de ser una bomba.

—¡Esa es la idea, tonta! —La abrió y le mostró el paquete que se alojaba en su interior, el botón rojo que ella tendría que apretar para armarla y el mecanismo temporizador—. No va a haber ninguna gran detonación —admitió—, pero si puedes conseguir acercarte lo más posible al cerebro del ordenador…

—Ya encontraré la forma —prometió ella, tomando el artefacto de sus manos—. Soy la hija de Valentine. Si alguien se puede acercar hasta MEDUSA, esa soy yo.

Bevis parecía apesadumbrado, como si estuviera arrepentido, pensó Katherine, y se preguntaba si él estaría pensando en todo aquel maravilloso poder de los ordenadores de los tiempos antiguos: el sueño de cualquier ingeniero a punto de ser sacrificado.

—Tengo que hacerlo —afirmó.

—Lo sé. Ojalá pudiera ir contigo.

Lo abrazó, apretando su cara contra la de él, su boca contra su boca, sintiéndolo estremecerse mientras las manos de él ascendían nerviosas para acariciar una y otra vez el sedoso cabello de la muchacha. Perro soltó un suave gruñido, celoso quizá, temeroso de poder estar perdiendo el amor de Katherine y de ser abandonado de pronto, como los pobres, viejos y suaves muñecos de las estanterías de su dormitorio.

—Oh, Bevis —susurró, separándose de él temblorosa—. ¿Qué va a ser de nosotros?

El sonido de unos gritos lejanos llegó de repente a sus oídos, retumbando por toda la caja de la escalera, procedente de los pisos inferiores. Era demasiado débil como para poder distinguir las palabras, pero los dos se dieron cuenta inmediatamente de que algo no iba bien: nadie gritaba nunca en el Museo.

El gruñido de Perro se hizo más fuerte. Se fue corriendo hacia la puerta y los dos lo siguieron, dirigiéndose en silencio hasta el rellano de la escalera, que se encontraba en penumbra. Una brisa fresca les dio en el rostro en cuanto se asomaron por la barandilla, y miraron hacia abajo, hacia la larga espiral de escaleras que se disipaba en la oscuridad entre los brillantes pasamanos de bronce. Más gritos; luego, el sonido del golpe y el alboroto de algo al caer. Las luces de las linternas atravesaban como puñales un descansillo en un piso inferior y oyeron la voz de Pomeroy gritando con toda claridad:

—¡Esto es un ultraje! ¡Un ultraje! ¡Están ustedes invadiendo la propiedad del Gremio de Historiadores!

El equipo de seguridad de los ingenieros subía por las escaleras en medio del ruido apresurado de sus botas de suela de goma al golpear contra el suelo, con las luces de las linternas resbalando por sus túnicas y sus lustrosas y complicadas armas. Aminoraron la marcha cuando llegaron arriba y vieron relampaguear los ojos de Perro, sus orejas pegadas al cuello hacia atrás, mientras gruñía y gruñía sordamente y se agachaba, listo para saltar como un resorte. Las armas se movieron rápidamente hacia él y Katherine lo agarró por el collar mientras les gritaba:

—No os hará ningún daño, solo está asustado. No disparéis…

Pero ellos le dispararon de todas formas, con unas armas que solo produjeron pequeños chasquidos, y el impacto de las balas arrebataban a Perro de su mano y lo lanzaban ruidosamente contra la pared en medio de un apagado aullido. Luego, el silencio y el ruido amortiguado de un gran cuerpo al caer. A la luz inquieta de las linternas, la sangre parecía negra. Katherine abrió la boca en busca de aire para respirar. Sus brazos y piernas se habían empezado a agitar con un temblor rápido e inevitable que no podía detener. No se habría podido mover aunque lo hubiera intentado, pero, por si acaso, una voz aguda sonó como un ladrido:

—No se mueva de donde está, señorita Valentine.

—Perro… —se las arregló para decir en un gemido.

—Quédese donde está. La bestia está muerta.

El doctor Vambrace subió las escaleras por entre el fino y ondulante humo.

—Tú también, Pod —añadió, al ver al muchacho hacer un movimiento crispado hacia el cuerpo muerto. Se quedó en el último escalón y los miró sonriendo—. Hemos estado buscándote por todas partes, aprendiz. Espero que estés avergonzado de ti mismo. Dame ese bolso.

Bevis lo levantó en el aire y el ingeniero se lo arrebató y lo abrió.

—Exactamente lo que Melliphant nos advirtió: una bomba.

Dos de sus hombres se adelantaron y se llevaron a los prisioneros tras él cuando se dio media vuelta y comenzó a descender por las escaleras.

—¡No! —sollozó Katherine, luchando por mantenerse agarrada a la mano de Bevis cuando los quisieron separar—. ¡No! —Su voz rebotó aguda en sus oídos desde el techo y se fue con el eco hacia abajo por el hueco de la escalera, y ella pensó que sonaba frágil y desvalida, como la de un niño que tuviera un berrinche, un niño sorprendido en alguna travesura estúpida y que protestase por el castigo. Le dio una patada en la espinilla al hombre que la sujetaba, pero se trataba de un hombre corpulento y con botas y ni siquiera hizo el más mínimo gesto de dolor.

—¿Dónde nos lleváis?

—Usted va a venir conmigo al Nivel Superior, señorita Valentine —le contestó Vambrace—. Usted va a ser la comidilla de la conversación en la pequeña fiesta del lord mayor. En cuanto a su enamorado, va a ser conducido a la Entraña Profunda —sonrió maliciosamente ante el pequeño sonido que Bevis emitió, un impotente sonido de miedo al tragar saliva—. Oh, sí, aprendiz Pod; le esperan algunas experiencias muy interesantes en la Entraña Profunda.

—¡No fue culpa suya! —protestó Katherine. Podía ver que el asunto se empezaba a desenmarañar, que su necio plan se le escapaba de las manos incontrolado y que les había rebotado para cazar en la trampa a ella, a Bevis y al pobre Perro—. ¡Yo lo obligué a ayudarme! —chilló—. ¡Esto no tiene nada que ver con Bevis!

Pero Vambrace ya se había ido y su captor le puso una mano impregnada de olor a productos químicos en la boca para obligarla a callar.

* * *

El coche de Valentine se interna en la explanada del ayuntamiento, donde los coches de la mayoría de los jefes de los gremios están ya aparcados. Gench sale y sujeta la puerta abierta para que salga su jefe; luego, repasa su atavío como una madre que envía a su hijo a la escuela, apartándole el cabello del rostro, enderezando el cuello de su mejor túnica negra y puliendo la empuñadura de su espada.

Valentine mira ausente hacia el cielo. Alto, cubierto de nubes de algodón

iluminadas por un sol que se está ocultando rápidamente en el horizonte. El viento aún sopla del este y trae un olor de nieve que interrumpe sus pensamientos sobre Katherine por un momento, haciéndole pensar de nuevo en Shan Guo. «Hester Shaw te encontrará», ha murmurado la Anémona, muriendo. ¿Pero cómo se ha enterado de lo de Hester? Ella no ha podido conocer a la muchacha, ¿a que no? ¿O sí? ¿Está Hester aún viva? ¿Ha viajado de alguna forma a Batmunkh Gompa? ¿Estará ahora esperando en aquellas montañas, preparada para saltar a bordo de Londres y tratar otra vez de matarlo, o peor aún de hacerle daño a su hija?

Apartando de sí las grandes manos de Gench, dice:

—Si no os importa perderos la fiesta, muchachos, podría merecer la pena tomar el Elevador del Decimotercer Nivel para dar una vuelta esta noche. Solo por si esos pobres tontos de la Liga desean mostrar su valentía e intentar algo.

—¡Tienes razón, jefe! —Los dos aviadores no habían mostrado ningún interés previo por la recepción del lord mayor, con toda aquella comida para comer con los dedos y aquellas engoladas conversaciones. Nada les podía alegrar más que la perspectiva de un buen vuelo. Gench se sube al vehículo tras Pewsey, y el coche hace un viraje y desaparece entre los asustados ingenieros y beefeaters que se encuentran a su paso. Valentine se endereza la corbata y asciende rápido los escalones del ayuntamiento.

* * *

Los ingenieros conducían a sus prisioneros por las galerías inferiores del Museo hacia el vestíbulo principal. No había nadie por los alrededores. Katherine nunca había visto el Museo tan vacío como ahora. ¿Dónde estaban los historiadores? Sabía que no podrían ayudarla, pero quería verlos, saber que alguien conocía lo que había sido de ella. Seguía tratando de escuchar las ligeras pisadas de Perro en el suelo tras de sí, e incluso se sorprendió cuando no consiguió oírlas, y entonces recordó. Bevis caminaba junto a ella, pero no la miraba; dirigía su vista únicamente hacia delante, como si ya pudiera ver las cámaras de la Entraña Profunda y las cosas que le iban a suceder allí.

Luego, al comienzo de las escaleras que bajan a la entrada principal, los ingenieros se detuvieron. Abajo, en el vestíbulo, dando la espalda a las grandes puertas de cristal, los historiadores estaban esperando. Mientras los hombres de Vambrace se encontraban atareados arriba, ellos habían hecho una incursión por las vitrinas de exhibición de la galería de Armas e Instrumentos de Guerra y se habían armado con antiguas lanzas y mosquetes, con oxidadas espadas y cascos de hojalata. Algunos se habían sujetado con correas petos sobre sus negras túnicas y otros llevaban escudos. Parecían un coro de bandoleros en una pantomima de aficionados.

—¿Qué significa todo esto? —vociferó el doctor Vambrace.

Chudleigh Pomeroy dio un paso adelante, sujetando un trabuco con una boca tan ancha como la de una tuba. Katherine empezó a darse cuenta de que los otros historiadores estaban vigilando desde las sombras de los bordes del vestíbulo, semiocultos tras las vitrinas de exhibición, apuntando con rifles de vapor por entre las costillas articuladas de los dinosaurios.

—Caballeros —dijo Pomeroy nervioso—, ustedes se encuentran en la propiedad del Gremio de Historiadores. Les sugiero que suelten a esos jóvenes inmediatamente.

—Inmediatamente —insistió el doctor Karuna, apuntando su polvoriento mosquete a la rueda roja del entrecejo de Vambrace. El ingeniero comenzó a reír.

—¡Viejos locos! ¿Creéis que nos podéis desafiar? Vuestro gremio será disuelto por lo que habéis hecho aquí hoy. Vuestras tontas bagatelas y baratijas serán pasto de los hornos y vuestros cuerpos serán descoyuntados en los potros de tormento de la Entraña Profunda. ¡Os convertiremos en historia, puesto que la historia es todo lo que únicamente os interesa! ¡Somos el Gremio de Ingenieros! ¡Nosotros somos el futuro!

Se produce una pausa de la extensión de un latido del corazón, casi el silencio, solo el eco de la voz de Vambrace flotando en el aire mohoso y los apagados sonidos de los hombres tomando sus rifles y el de sus dedos artríticos presionando sobre antiguos gatillos. Luego, el recibidor se desvanece en medio del humo y de dardos de fuego que surgen como puñales, y el estruendo retumba en el techo abovedado y vuelve a bajar de golpe, una grieta irregular abierta por el enorme estruendo del disparo del trabuco de Pomeroy y el estrepitoso rugido de un viejo cañón escondido en un nicho tras la taquilla de las entradas, que sale con un gran chorro de fuego cuando el doctor Nancarrow aplica su encendedor al fogón de la mecha del cañón. Katherine ve cómo se hacen a un lado Vambrace y los dos hombres que están junto a él; ve al doctor Arkengarth caer hacia atrás agitando los brazos como si fueran las aspas de un molino; siente al hombre que la sujeta sufrir una convulsión y caer mientras oye el ruido del golpe de una bala redonda de mosquete que atraviesa su túnica de goma.

Cae lejos de ella y Katherine se pone de rodillas mientras se pregunta dónde esconderse. Nada queda ya de Vambrace salvo sus botas aún humeantes, lo cual parecería digno de los dibujos de un tebeo o de un libro de historietas ilustrado, y casi divertido de no ser porque sus pies aún se encuentran dentro. La mitad de sus hombres han caído, pero el resto se está reagrupando y tienen mejores armas que los historiadores. Llenan el vestíbulo de disparos, sacando chispas del suelo de mármol y lanzando por los aires esquirlas de huesos de dinosaurio. Las vitrinas de exhibición se hacen pedazos en brillantes cataratas de cristales pulverizados y los historiadores que se han refugiado tras ellas retroceden en desorden hacia otros escondites o caen entre los objetos derribados y permanecen inmóviles. Por encima de ellos, los globos de argón saltan hechos añicos y se funden, hasta que todo el vestíbulo entra en la oscuridad, titilando como una película de cine en la relampagueante migraña de la luz

de las armas, y los ingenieros van abriéndose paso hacia las puertas.

Tras ellos, olvidado, Bevis Pod se acerca hasta un fusil abandonado y se apodera de él, con sus largas manos sintiendo el recorrido del brillante metal hasta llegar a los retenes y los gatillos. Katherine lo observa. El aire a su alrededor es sofocante y está lleno de disparos que aúllan y silban, y de astillas de mármol que giran y otros trozos de cualquier cosa que saltan por doquier, pero ella no puede apartar sus ojos ni su pensamiento de Bevis el tiempo suficiente como para pensar en buscar un lugar más seguro donde refugiarse. Lo ve desplegar la espigada culata y colocársela en el ángulo del antebrazo frente al codo, y ve los pequeños agujeros azules que va haciendo en la parte posterior de las túnicas de los ingenieros. Ellos levantan bruscamente sus brazos y dejan caer sus armas, se giran un poco y caen, y Bevis Pod los observa en sus violentas sacudidas con un aspecto calmado y serio. Ya no es su Bevis dulce y suave, sino alguien que puede matar con absoluta frialdad, como si al ingeniero que encierra dentro de sí no le importara en absoluto la vida humana, o quizá haya visto tanta muerte en la Entraña Profunda que piensa que eso es una pequeñez y que no tiene por qué perder el tiempo en consideraciones semejantes.

Y cuando termina de disparar, todo está muy tranquilo; solo se oye el deslizamiento de los cuerpos envueltos en goma antes de quedarse inmóviles definitivamente y un rápido traqueteo como de huesos que Katherine lentamente reconoce como el ruido de sus dientes castañeteando.

De los rincones del vestíbulo, los historiadores salían gateando. Más de los que Katherine había pensado que quedarían. En el fragor y el destello incierto de la batalla creyó haberlos visto a todos ellos muertos. Aunque había algunos heridos, los únicos cadáveres eran los de un hombre llamado Weymouth, con el que nunca había hablado, y el del doctor Arkengarth. El anciano conservador de la cerámica yacía cerca de la puerta aún con aspecto indignado, como si la muerte fuera una moderna y tonta moda que él más bien desaprobara.

Bevis Pod permanecía arrodillado mirando con fijeza el fusil que sostenía en sus manos, que le temblaban visiblemente, mientras un hilo de humo azul salía de la boca del arma y ascendía en volutas y espirales hacia el techo.

Pomeroy subió pesadamente las escaleras. Su peluca había volado y se ocupaba de adecentar una herida en el brazo que le había producido una esquirla de hueso.

—¡Mira esto! —decía—. ¡Debo de ser la primera persona herida por un dinosaurio desde hace setenta millones de años!

Dirigió su mirada hacia Katherine y Bevis y les hizo un guiño, y luego miró hacia los ingenieros caídos. Ninguno de ellos parecía reírse de su chiste.

—¡Bueno! —dijo—. Bien, ¿eh? ¡Vaya! ¡Les hemos dado una lección! Tan pronto como les dije a los demás lo que estaba pasando, todos estuvimos de acuerdo en que aquello no podía ser. Bueno, la mayoría lo hicimos. El resto está encerrado en la cantina junto con los aprendices que creíamos que podían apoyar a los hombres de Crome. ¡Tenías que habernos visto, Kate! «¡No permitiremos que se lleven a la

señorita Valentine!», dijimos todos; y eso es lo que hicimos. Va a ser sonada, ya verás. ¡Un ingeniero no le llega a un historiador a la suela del zapato si le pilla enojado!

—¡O una historiadora, C. P.! —gorjeó Moira Plym, subiendo apresurada las escaleras para situarse a su lado—. ¡Oh, eso les enseñará a no jugar con mis muebles, naturalmente que sí! Eso les enseñará lo que le sucede al que… —El visor del casco que llevaba se cerró de repente, ahogando el resto.

Katherine encontró el bolso caído, entre los escombros y la sangre de las escaleras. Parecía no haber sufrido daño alguno, de no ser por la existencia de algunas manchas desagradables.

—Tengo que ir al Nivel Superior. Hay que detener a MEDUSA. Es la única forma. Iré a la estación de elevadores y…

—No —Clytie Potts venía hacia la escalera procedente de la entrada principal—. Una pareja de ingenieros que estaban estacionados ahí fuera ha escapado a toda velocidad —dijo—. Han debido de dar la alarma. Habrá una guardia en los elevadores y más hombres de seguridad aquí en cualquier momento. Y probablemente también stalkers —captó la mirada preocupada de Pomeroy y bajó la cabeza como si hubiese sido culpa suya—. Lo siento, C. P.

—Está bien, señorita Potts —Pomeroy le dio unas palmaditas en el hombro, casi haciéndole perder el equilibrio—. No te preocupes, Katherine. Mantendremos a los diablos ocupados aquí y te podrás escabullir hasta el Nivel Superior por el Pasaje del Gato.

—¿Qué es eso? —preguntó Katherine.

—Es ese tipo de cosas que los historiadores sabemos y que todo el mundo ya ha olvidado —dijo Pomeroy radiante—. Una vieja escalera dejada como reliquia en los primeros días de Londres, cuando no se podía confiar siempre en el sistema de elevadores. Va desde el Nivel Tres al Nivel Superior, pasando por el Museo en su trayecto. ¿Preparada para viajar?

No lo estaba, pero dijo que sí con la cabeza.

—Yo me voy con ella —dijo Bevis.

—¡No!

—Está bien, Kate. Quiero hacerlo —Bevis estaba dándoles la vuelta a los ingenieros muertos, buscando una túnica que no tuviera demasiados agujeros. Cuando encontró una, empezó a manipular torpemente los botones de goma—. Si los ingenieros te ven por ahí sola se imaginarán lo que ha sucedido —aclaró él—. Pero si yo voy contigo, se creerán que eres una prisionera.

—Tiene razón, Kate —dijo Pomeroy asintiendo con la cabeza mientras Clytie Potts ayudaba al joven ingeniero a meterse en la túnica y limpiaba lo peor de la sangre con el dobladillo de su propia vestimenta. Él comprobó su reloj.

—Las ocho treinta. Según las pantallas públicas, MEDUSA arranca a las nueve. Esto debería darte tiempo suficiente para hacer lo que sea que hayas pensado hacer.

Pero mejor será que nos pongamos en camino antes de que los ingenieros regresen con refuerzos.

33

Vino, canapés y el amanecer de una nueva era

La Jenny Haniver estaba llena de recuerdos de Anna Fang: la marca de sus labios en una taza sucia; la huella de su cuerpo en la litera sin hacer; un libro a medio leer sobre el panel de navegación marcado con una cinta en la página 205… En uno de los armarios, Hester encontró un cajón lleno de dinero; no solo monedas de cobre, sino taeles de plata y soberanos de oro, más dinero del que ella y Tom habían visto en toda su vida.

—¡Era rica! —susurró ella.

Tom se giró en el asiento del piloto y miró el dinero. Durante todo su largo vuelo desde Shan Guo no había pensado ni una sola vez en quedarse con la nave; sentía como si la estuvieran tomando prestada solo para terminar un trabajo que la señorita Fang hubiera querido que se hiciese. Ahora, mirando a Hester haciendo tintinear los puñados de monedas, se sintió como un ladrón.

—Bueno —dijo Hester, cerrando de golpe el cajón del tesoro—. Donde ahora se encuentra, no le es de ninguna utilidad. Y tampoco lo va a ser para nosotros, puesto que supongo que pronto nos iremos a reunir con ella. —Hester se lo quedó mirando —. A no ser que hayas cambiado de idea.

Él negó con la cabeza, aunque la verdad era que el enfado que había sentido antes ya se había disipado mientras se peleaba con los mandos de la nave para conseguir dominarla y enfilar el timón hacia el oeste a través del tiempo inestable de las montañas. Empezaba a sentir cierto miedo y, a la vez, a acordarse de Katherine, y se preguntaba qué sucedería con ella cuando su padre estuviera muerto. Pero él aún deseaba hacerle pagar a Valentine todas las desgracias que había causado. Comenzó a recorrer las frecuencias del radiofaro de acercamiento de Londres mientras Hester rebuscaba por los armarios; hasta que encontró lo que necesitaba: una pesada pistola negra y un largo cuchillo de hoja afilada.

* * *

Solo por una noche, la gran Cámara del Consejo de Londres ha sido decorada con luces y banderas y convertida por decreto en un salón de fiesta. Los jefes de los gremios mayores e inferiores se entremezclan felices entre los verdes bancos de cuero

y se sientan en el estrado del presidente, charlando animadamente sobre el nuevo territorio de caza, mirando de soslayo sus relojes a medida que se va acercando la hora en que MEDUSA debe ponerse en marcha. Los ingenieros se mueven de un lado a otro de los invitados, ofreciéndoles bocaditos experimentales preparados por el departamento del supervisor Nimmo. Los pinchitos son marrones y tienen un sabor bastante peculiar, pero al menos están cortados en formas perfectamente geométricas.

Valentine se abre camino entre la concurrencia hasta que se encuentra con Crome y sus ayudantes, una cuña de goma blanca rodeada por las altas figuras negras de los guardias de seguridad, que son stalkers. Quiere preguntarle al alcalde qué fue del agente que envió tras Hester Shaw. Avanza hacia ellos con dificultad, abriéndose paso con los codos entre consejeros bien guarnecidos en sus posiciones, mientras va captando retazos sueltos de sus conversaciones.

—Ahí está Valentine, mirad, que ha regresado de Shan Guo.

—Dicen que voló toda la Flota Aérea de la Liga, eso he oído.

—Qué canapés tan deliciosos.

—¡Valentine! —grita el lord mayor cuando el explorador llega finalmente hasta él —. ¡El hombre por el que habíamos estado esperando!

Su voz suena casi alegre. Junto a él se encuentran los genios que han hecho que MEDUSA funcione de nuevo: el doctor Chandra, el doctor Chubb y el doctor Wismer Splay, junto con la doctora Twix, que le sonríe y le hace una cortés reverencia, felicitándolo por su viaje a Shan Guo. Detrás de ella, los guardias vestidos de negro permanecen quietos como estatuas y Valentine los saluda con una inclinación de cabeza.

—Veo que has estado haciendo buen uso de las piezas de los viejos stalkers que te traje, Crome.

—Claro que sí —accede el lord mayor con una sonrisa fría—. Toda una nueva raza de hombres resucitados. Serán nuestros sirvientes y nuestros soldados en el nuevo mundo que estamos a punto de construir. Algunos están ya en acción mientras hablamos, allá abajo, en el Museo.

—¿El Museo?

—Sí —Crome le observa disimuladamente, midiendo sus reacciones—. Algunos de nuestros historiadores son traidores, Valentine. Traidores armados.

—¿Quieres decir que hay lucha? ¡Pero Kate está allí! ¡Debo ir con ella!

—Imposible —ataja el lord mayor, sujetándolo del brazo en el momento en que él se gira para irse. El Nivel Dos está fuera de acceso. El Museo está rodeado por los stalkers y los equipos de seguridad. Pero no te preocupes. Tienen instrucciones estrictas de no hacer daño a tu hija. Será traída aquí para que se una a nosotros tan pronto como sea posible. A mí, personalmente, me gustaría que viera a MEDUSA en acción. Y también te quiero a ti aquí, Valentine. Así que quédate.

Valentine se lo queda mirando y luego pasa revista a los rostros helados de los otros asistentes a la fiesta en medio de un repentino silencio.

—¿Dónde está realmente tu lealtad?, me pregunto —masculla Crome—. ¿Con Londres o con tu hija? Quédate.

«Quédate». Como si fuera un perro. La mano de Valentine se acopla por un momento al puño de su espada, pero sabe que no la va a desenvainar. La verdad es que tiene miedo y todas sus aventuras y expediciones no han sido sino intentos de ocultarse a sí mismo la verdad: es un cobarde.

Esgrime una sonrisa en su rostro tembloroso y hace una inclinación de cabeza.

—Vuestro obediente siervo, lord mayor.

* * *

Había una puerta en la pared cerca del departamento de Historia Natural, una puerta junto a la que Katherine debía de haber pasado cientos de veces sin ni siquiera verla. Ahora, mientras Pomeroy la abría y dejaba el paso libre, oyeron el extraño eco del gemido del viento en un largo pozo de chimenea, mezclado con el traqueteo de los motores de la ciudad. Le entregó a Bevis la llave y una linterna.

—Buena suerte, señor Pod. Kate, buena suerte…

De algún sitio detrás de él llegó el sonido de una gran explosión que hizo temblar los cristales de las cajas de exposición.

—Ya están aquí —dijo Pomeroy—. Me necesitan en mi puesto.

—Venga con nosotros —le rogó Katherine—. Estará más seguro en el Nivel Superior, entre el gentío…

—Este es mi museo, señorita Valentine —le recordó él—, y aquí es donde me voy a quedar. Solo os señalaré vuestro camino ahí dentro.

Ella lo abrazó, apretando el rostro contra su túnica y apreciando su olor a bolas de alcanfor para las polillas y a tabaco de pipa.

—¡Vuestro pobre museo!

Pomeroy se encogió de hombros.

—No creo que los ingenieros nos hubieran permitido seguir haciéndonos cargo de nuestras reliquias mucho más tiempo. Por lo menos, caeremos luchando.

—Pero podríais ganar…

—Oh, sí —El viejo historiador soltó una apesadumbrada risita—. Solíamos machacarlos regularmente en la copa de fútbol intergremial, ya sabes. Por supuesto, no tenían ametralladoras ni stalkers para ayudarlos… —Levantó el rostro y miró a la muchacha a los ojos, muy serio—. Detenlos, Katherine. Mételes un palo entre las ruedas.

—Lo intentaré —prometió.

—Pronto nos volveremos a encontrar —dijo Pomeroy con firmeza, levantando su trabuco mientras se alejaba—. Tú tienes el sello de tu padre, Kate: la gente te seguirá.

¡Fíjate en la forma en que nos pusiste a todos nosotros en marcha!

Oyeron de nuevo el rugido del cañón mientras el historiador cerraba la puerta tras ellos, y después el matraqueo de armas menores, cada vez más cercano y entremezclado con débiles y lejanos gritos.

* * *

—¡Ahí! —dijo Tom.

Volaban alto, entre finos retazos de nubes, y él miraba hacia Londres, allá delante, en la lejanía.

—¡Ahí está!

Era más grande de lo que él recordaba, y mucho más fea. Le resultaba extraño cómo, cuando él vivió ahí, se había creído todo lo que las pantallas públicas de información le contaban sobre las elegantes líneas de la ciudad, sobre su perfecta belleza. Ahora veía que era fea; en absoluto mejor que cualquier otra ciudad; quizá solo más grande: un frente movedizo de humo y de chimeneas que vomitaban sus sucios vapores, una oleada de gris oscuridad que se dirigía rolando hacia las montañas, con las blancas villas del Alto Londres navegando sobre su cresta como un delicado velero. Aquello no parecía su hogar.

—Ahí… —repitió una vez más.

—Ya lo veo —dijo Hester, a su lado—. Algo está pasando en el Nivel Superior. Está iluminado como una feria. ¡Tom! ¡Ahí es donde Valentine tiene que estar! ¡Deben de estar preparándolo todo para utilizar MEDUSA!

Tom asintió, sintiéndose un tanto culpable ante la mención de MEDUSA. Estaba seguro de que si la señorita Fang hubiera estado ahí, vendría con un plan para detener aquel antiguo artefacto, pero no veía qué podía hacer él al respecto. Era demasiado grande, demasiado terrible, demasiado duro pensar en ello. Mejor, concentrarse en lo que les importaba a Hester y a él y dejar que el resto del mundo se ocupase de sus propias cosas.

—Él está ahí abajo —susurró la muchacha—. Puedo sentir su presencia.

Tom no quería acercarse demasiado, por si el lord mayor hubiera enviado hombres a vigilar los cielos o lanzado una pantalla detectora de naves. Tiró de los controles y sintió el enorme y lento movimiento de la nave respondiendo a sus órdenes. El aparato se elevó y Londres se fue desvaneciendo hasta convertirse en una especie de humo denso, en contraste con la luz que surgía detrás de la nube mientras enfilaba el timón hacia el sur y comenzaba a dar vueltas en círculo.

* * *

Seguían ascendiendo de oscuridad en oscuridad, la linterna de Bevis Pod revoloteando de una escalera metálica a otra idéntica. Sus enormes sombras se deslizaban por las paredes del pasadizo. No hablaban mucho, pero cada uno de ellos escuchaba la respiración constante del otro, contentos de la compañía. Katherine seguía mirando hacia atrás, esperando ver a Perro pegado a sus talones.

—Quinientos escalones —susurró Bevis deteniéndose en un estrecho descansillo y dirigiendo hacia arriba su linterna. Las escaleras ascendían en espiral eternamente —. Esto debe de ser el Nivel Uno, la mitad del camino.

Katherine asintió, demasiado escasa de aire para hablar, demasiado ansiosa para descansar. Por encima de ellos, la recepción del lord mayor debía de estar en pleno apogeo.

Siguió subiendo, con las rodillas cada vez más rígidas, cada toma de aire para respirar suponiéndole un fuerte y frío dolor en la parte posterior de la garganta, y el bolso, demasiado pesado, dándole pequeños golpes en la cadera.

* * *

A través de las ventanillas de la nave, Hester podía ver la Región Exterior pasando a toda velocidad, a solo una treintena de metros por debajo, más o menos, con las marcas y cicatrices rectilíneas que formaban una especie de trincheras por las que ella y Tom habían deambulado dando tumbos en los días posteriores a haberse conocido. Y allí estaba Londres, con sus luces rojas de cola en la oscuridad, debilitándose a la vista mientras Tom elevaba la nave hasta la espesa niebla venenosa surgida del tubo de escape de la ciudad. Él no era malo en estas maniobras —se dio cuenta la muchacha—, y pensó que era una pena que su plan no fuera a resultar.

La radio comenzó a chisporrotear y se puso en funcionamiento. Las autoridades de los muelles y del puerto de Londres solicitaban sus códigos de identificación.

Tom dirigió una mirada a Hester, atemorizado, pero ella sabía cómo manejar el asunto. Se situó ante la radio y movió el interruptor de «Transmitir» hacia arriba y hacia abajo rápidamente, infectando su mensaje de tal forma que pareciera que el sistema estuviera sufriendo interferencias.

—Nave de Londres GE-47 —les dijo, recordando el nombre del código que había llegado carraspeando por los altavoces del mesón en Puertoaéreo en aquellas semanas que parecían tan lejanas—. Volvemos con Shrike al Ingenierium.

La radio dijo algo, pero ella la apagó. Un humo negro se pegaba a las ventanillas y las gotas de agua se condensaban en el cristal y se iban temblorosas para un lado y otro, dejando huellas serpenteantes.

—Voy a volar en círculo sobre la ciudad durante veinte minutos y luego bajaré a recogerte —le decía Tom—. Supongo que eso te dará el tiempo suficiente para

encontrar a Valentine y…

—En veinte minutos ya estaré muerta, Tom —le contestó—. Ponte tú mismo a salvo y olvídate de mí.

—Volveré dando vueltas en círculos…

—Estaré muerta.

—De todas formas, daré vueltas alrededor.

—No tiene sentido, Tom.

—Daré vueltas y te recogeré.

Hester lo miró y vio lágrimas que brillaban en sus ojos. Estaba llorando. Lloraba por ella, porque se iba a poner en peligro y ya no volvería a verla, y pensaba que era extraño que se preocupase por ella tanto y de forma tan dulce… Y le dijo:

—Tom, me gustaría… Tom. Si yo… —Y otros retazos de frase rotos que se agostaban en el silencio, porque ni siquiera ella sabía lo que intentaba decir; solo que quería que supiera que él era lo mejor que le había sucedido.

Una luz surgió de la turbulenta oscuridad; luego, otra. Salían por el lado de la Plataforma Tres y muy pegadas. La Plataforma Dos quedaba a un lado, con la gente mirando hacia arriba desde un muelle de observación, y luego Circle Park, con faroles colgados entre las ramas de los árboles. Tom manipuló los mandos y la Jenny Haniver salió a toda potencia hacia delante, hacia abajo, rozando casi los tejados de Knightsbridge, y hacia arriba, hacia el borde de popa de la Plataforma Superior. Miró a Hester con una mirada rápida. Ella quería abrazarlo, besarlo, algo, pero ya no había tiempo y solo pudo decirle débilmente: «Tom, no dejes que te maten». Bajó los controles de la escotilla hasta la posición de «Abrir», corrió hacia ella y saltó mientras la nave giraba dibujando un escalofriante arco sobre el borde de la Plataforma Superior.

Hester cayó de golpe, bruscamente, sobre la plataforma y su cuerpo rodó y rodó con el impulso. La Jenny Haniver se alejaba rápidamente iluminada por las chispeantes estelas de los cohetes lanzados por la batería de la defensa aérea del Ingenierium. Los cohetes erraron el blanco, la oscuridad se tragó la nave y la muchacha se encontró sola, abriéndose camino entre las sombras.

* * *

—Una sola nave, lord mayor. —Se trata de un ingeniero de aspecto nervioso, con una radio en forma de concha enganchada a su oreja—. Ya se ha alejado, pero creemos que puede haber desembarcado un grupo de abordaje.

—¿Antitraccionistas en la Plataforma Superior? —El lord mayor consiente con la cabeza como si ese fuera el tipo de problema que aflora todos los días—. Bueno, bueno, doctora Twix. Creo que esta podría ser una buena oportunidad de probar sus

nuevos modelos.

—¡Uy, qué bien! —gorjea la mujer, mientras se le cae un plato de canapés a causa de la emoción—. ¡Vamos, pollitos míos! ¡Vámonos!

Sus stalkers se vuelven con un solo movimiento y forman detrás de ella, marchando entre los sorprendidos invitados hacia las salidas.

—¡Traedme a los intrusos vivos! —le grita Crome cuando se aleja—. Sería una pena que se perdieran el gran acontecimiento.

34

Idea para una exhibición de fuegos artificiales

Tom se frotó los ojos con la mano y se concentró en el vuelo, alejando la Jenny Haniver del centro de Londres y elevándola hacia las alturas. No tenía ningún miedo ya. Se sentía bien al poder hacer algo, por fin, y bien por estar al cargo de aquella enorme y magnífica máquina. La dirigió hacia el este, enfilando su morro hacia el último y débil destello del día sobre la cumbre del Zhan Shan. Tenía que volar en círculos durante veinte minutos. Le daba la impresión de que ya había pasado la mitad de ese tiempo, pero cuando comprobó los cronómetros vio que habían pasado menos de dos minutos desde que Hester saltara sobre Londres y…

Algo brillante y veloz golpeó en la góndola y el estallido le hizo saltar de su asiento. Se agarró a un puntal y vio papeles y paneles de instrumentos, y chisporroteantes trozos de cable, y el altarcillo lleno de fotografías, y cintas, y el libro a medio leer de la señorita Fang que escapaban veloces por un agujero recién abierto en el fuselaje, poniéndose a volar por los cielos como pájaros desgarbados. Las grandes ventanas se hicieron añicos y el aire se hizo cortante y brillante por los cristales que volaban.

Estiró el cuello tratando de mirar por las vacías ventanas e intentando ver si la cubierta estaba ardiendo. No había llamas, pero por delante de él una gran sombra oscura pasó deslizándose a toda velocidad, con la luna brillando por toda su cubierta armada. Era el Elevador del Decimotercer Nivel, que adelantaba a la Jenny y que realizaba un lento rizo de victoria pasadas ya las estribaciones del Shan Guo, antes de volver sobre su rumbo para acabar con él.

* * *

Magnus Crome observa a sus invitados que se encuentran fuera, en la plaza, mirando hacia arriba, hacia el resplandor y los destellos de la batalla que está teniendo lugar por encima de las nubes. Comprueba su reloj de pulsera.

—Doctor Chandra, doctor Chubb, doctor Splay: ya es hora de desplegar MEDUSA. Valentine, ven con nosotros. Estoy seguro de que estás deseando ver lo que hemos hecho de tu máquina.

—Crome —dice el explorador bloqueando su paso—, hay algo que debo decir…

El lord mayor levanta una ceja, intrigado.

Valentine duda. Ha estado planeando su discurso toda la tarde, sabiendo qué es lo que Katherine habría querido que dijera. Ahora, ante los árticos ojos del alcalde, titubea, tartamudeando un instante.

—¿Tú crees que merece la pena, Crome? —dice por fin—. Destruir la Muralla-Escudo no destruirá la Liga. Habrá otras fortalezas a las que derrotar, cientos de plazas fuertes, miles de vidas. ¿Merece realmente tanto la pena tu nuevo territorio de caza?

Se produce un murmullo de asombro entre los asistentes cercanos. Crome dice tranquilamente:

—Has dejado para muy tarde eso de tener dudas, Valentine. Te preocupas demasiado. La doctora Twix puede construir ejércitos completos de stalkers, más que suficientes para aplastar cualquier resistencia de los salvajes antitraccionistas.

Inicia un movimiento para abrirse camino y seguir, pero Valentine se encuentra frente a él de nuevo.

—Piensa, lord mayor. ¿Cuánto tiempo nos aguantará un nuevo territorio de caza? ¿Mil años? ¿Dos mil años? Un día ya no quedarán más presas por ninguna parte y Londres tendrá que dejar de moverse. Quizá, deberíamos aceptarlo. Detente ahora antes de que muera más gente inocente. Toma lo que has aprendido de MEDUSA y utilízalo para fines pacíficos…

Crome sonríe.

—¿Tú crees de verdad que soy tan corto de vista? —pregunta—. El Gremio de Ingenieros tiene planes futuros mucho más allá de lo que te imaginas. Londres nunca dejará de moverse. El movimiento es la vida. Cuando hayamos devorado la última ciudad nómada y demolido el último poblado estático, empezaremos a excavar. Construiremos grandes máquinas alimentadas por el calor del corazón de la Tierra y sacaremos a nuestro planeta de su órbita. Devoraremos Marte, Venus y los asteroides. Devoraremos incluso el propio Sol y luego seguiremos navegando por el espacio abierto. Dentro de un millón de años nuestra ciudad seguirá aún viajando, no necesitará ya cazar ciudades para comer, sino ¡mundos nuevos enteros!

Valentine lo sigue hasta la puerta y luego fuera, por la plaza, hacia San Pablo.

Katherine tiene razón, sigue pensando. ¡Está más loco que una cabra! ¿Por qué no puse fin a sus maquinaciones cuando tuve la oportunidad? Por encima de las nubes, los cohetes revientan en fuego y estampidos y la luz de una nave al explotar recorre los rostros de la multitud que mira hacia arriba y murmura: «¡Ooooooooh!».

* * *

Y Hester Shaw se agazapa al borde de la plataforma mientras los hombres

resucitados cazan al acecho, con sus ojos verdes barriendo las paredes y las cubiertas y con sus garras de acero desenfundadas y crispadas.

* * *

El Pasaje del Gato terminaba en una pequeña cámara circular con números estarcidos en las paredes resudadas y una única puerta de metal. Bevis deslizó la llave en la cerradura y Katherine oyó cómo giraba. Una hendidura de luz apareció rodeando el borde de la puerta y ella oyó voces fuera, un largo y trémulo «¡ooooh!».

—Estamos en un callejón frente a Paternóster Square —dijo Bevis—. Me pregunto por qué sus voces parecen tan alteradas.

Katherine sacó su reloj y lo sostuvo en la estrecha brizna de luz que entraba por la puerta.

—Las nueve menos diez —dijo—. Están esperando a MEDUSA.

Él la abrazó una última vez y susurró rápidamente, tímidamente: «¡Te quiero!». Luego la ayudó a pasar por la puerta y se puso a su lado, tratando de parecer su captor, no su amigo, y preguntándose si algún otro ingeniero habría dicho alguna vez lo que él acababa de decir, o sentido de la manera que él sentía cuando estaba con Katherine.

* * *

Tom gateó por entre aquellos escombros de las ruinas de la góndola de la Jenny. Las luces se habían apagado y la sangre le chorreaba por los ojos, procedente de un corte en la frente, impidiéndole ver. El dolor de sus costillas rotas le recorría el cuerpo en oleadas que le dejaban mareado y le ponían enfermo, y todo lo que quería era permanecer tumbado, cerrar los ojos y descansar. Pero sabía que no debía hacerlo. Buscó a tientas los controles de los cohetes pidiendo a todos los dioses de los que había alguna vez oído hablar que no hubieran explotado. Y con bastante claridad, al mover el interruptor derecho, un campo visual surgió del panel principal de control, y cuando se frotó los ojos para limpiárselos vio en posición invertida el oscuro fantasma del Elevador del Decimotercer Nivel, enmarcado en el centro del retículo de mira, haciéndose más y más grande a cada instante.

Se lanzó tan fuerte como pudo sobre los instrumentos de disparo y vio cómo el puente se desplazaba bajo sus pies a medida que los cohetes salían disparados con un ruido enorme de sus carcasas de debajo de la góndola. Una luz deslumbrante surgió a medida que alcanzaban su blanco, pero cuando pudo ver después las imágenes, vislumbró de nuevo que la negra nave aún estaba allí y se dio cuenta de que solo

había mellado la gran cubierta blindada y de que iba a morir.

Pero, al menos, todavía le quedaban unos cuantos momentos más, porque las lanzaderas de los cohetes de estribor del Elevador estaban dañadas y la nave pasaba a su lado tratando de poner en funcionamiento sus troneras. Intentó calmarse. Procuró pensar en Katherine, de forma que su recuerdo fuera lo que se llevase consigo allá abajo, a la Región de las Sombras, pero hacía mucho tiempo desde que había soñado con ella la última vez y le resultaba imposible recordar ya qué aspecto tenía. El único rostro que podía evocar era el de Hester, así que pensó en ella y en las cosas que les habían sucedido juntos y en cómo se había sentido al abrazarla en la Muralla-Escudo la noche anterior; en el olor de su pelo y en la calidez de su duro y huesudo cuerpo cubierto por sus ajadas ropas.

Y desde algún rincón de sus recuerdos llegó el eco de los cohetes de la Liga que habían disparado al Elevador del Decimotercer Nivel cuando escapaba de Batmunkh Gompa, los fuertes estallidos de las explosiones y los pequeños tintineos y ruidos y chirridos de los cristales rotos.

«Su cubierta estaba blindada, pero las ventanas se podían romper».

Se dirigió de nuevo, tambaleándose, hacia los controles de los cohetes y los volvió a situar en puntería, de forma que la cruceta del retículo de mira de la pequeña pantalla no se centrara en los visibles depósitos de gas, sino en las ventanillas. El sensor situado junto a la pantalla indicaba que le quedaban tres cohetes, y los disparó todos a la vez, mientras la sacudida góndola temblaba y chirriaba al salir los cohetes bruscamente hacia su objetivo.

Durante una fracción de segundo vio a Pewsey y a Gench en su cubierta de vuelo, que lo miraban con los ojos enormemente abiertos y los rostros silenciosos por el terror. Luego se desvanecieron en medio de un enorme resplandor a medida que los cohetes penetraron por sus ventanas frontales y su góndola se llenó de fuego. Un surtidor de llamas rasgó las escaleras de cámara de entre los depósitos de gas y reventó el techo de la cubierta. Para entonces, Tom ya podía volver a ver aquella enorme ruina que se iba alejando de él, con su destruida góndola y sus escotillas envueltas en fuego, con ondulantes llamaradas saliendo de los vanos del timón, con las vainas de los motores bombeando fuego, con fuego dentro del casco, hasta que todo aquello pareció más un vasto farol chino cayendo pesado hacia las luces de Londres.

* * *

Katherine salió de la boca del pasadizo para mezclarse con una multitud que corría. Todo estaba lleno de gente a su alrededor que miraba hacia arriba; algunos, aún con bebidas y canapés en las manos, con las bocas y los ojos completamente

abiertos. Miró hacia San Pablo. La cúpula aún no se había abierto, así que no podía ser eso lo que la gente miraba con tanto interés. ¿Y qué era aquella luz, aquella oleada de luz naranja que brillaba por encima de las lámparas de argón y hacía a las sombras danzar?

En ese momento, los restos de una nave envueltos en llamas salieron del cielo a enorme velocidad y chocaron contra la fachada del Ingenierium en medio de una tormenta de fuego y cristal y de piezas como guadañas de metal ennegrecido procedentes de la nave. Un motor completo se separó del cuerpo principal y fue rodando por toda la plaza hacia donde ella se encontraba, al rojo vivo del calor y lanzando en derredor combustible en llamas. Bevis la apartó hacia un lado y hacia abajo. Ella lo vio desde abajo, de pie y con la boca abierta, gritando algo, y vio un ojo azul en la capota ardiente del motor que hacía pedazos a Bevis, un revoltijo de miembros, un aletazo de un trozo de túnica blanca desgarrada, su grito perdido en el bramido de metal retorcido mientras aquellos restos de la nave se aplastaban contra la estación de elevadores del Nivel Superior.

Un ojo azul en la capota del motor. Sabía que aquello tenía algún significado, pero no podía pensar en cuál.

Se puso lentamente en pie, temblando. Había pequeños incendios a su alrededor y un gran fuego en el Ingenierium que lanzaba una fúnebre luz por toda la plataforma. Se dirigió hacia donde se encontraba el motor ardiendo, con sus enormes hélices propulsoras sobresaliendo de la plataforma como megalitos. Elevando su mano para protegerse el rostro del sofocante calor, buscó a Bevis.

El muchacho yacía allí, roto en un empinado ángulo entre los demás restos, retorcido de una forma tan imposible que Katherine supo inmediatamente que ni siquiera merecía ya la pena pronunciar su nombre y llamarlo. Las llamas seguían ascendiendo, haciendo que la túnica del joven borbotara y goteara como queso fundido; y el calor, apretándose contra el rostro de ella, convirtiendo sus lágrimas en inmediato vapor, haciéndola retroceder por entre las ruinas del aparato y los cuerpos y los trozos de los cuerpos.

—¿Señorita Katherine?

Un ojo azul en la cubierta del motor. Aún podía ver el contorno del dibujo, la pintura desprendiéndose bajo las lenguas de fuego. La nave de Padre.

—¿Señorita Katherine?

Se volvió y se encontró con uno de los hombres de la estación de elevadores que se hallaba de pie junto a ella tratando de ser amable. La tomó del brazo y la alejó suavemente de allí, gesticulando y señalando hacia la parte principal de los restos del aparato, hacia la ardiente tormenta de fuego del Ingenierium.

—Él no estaba allí, señorita.

La muchacha se quedó mirando su sonrisa. No entendía qué quería decir. ¡Naturalmente que él había estado allí! Lo había visto, con su rostro muerto y la boca abierta y las llamas a su alrededor. Bevis, a quien ella había llevado allí, el que la

había amado. ¿Por qué tenía que sonreír aquel hombre?

Pero el hombre seguía sonriendo.

—Él no se encontraba a bordo, señorita. Su padre, quiero decir. Lo vi no hace ni cinco minutos entrando en San Pablo con el lord mayor.

Ella sintió el peso siniestro del bolso colgando todavía de su hombro y recordó que tenía un trabajo que hacer.

—Vamos, señorita —decía el hombre—. Ha recibido una impresión muy fuerte. Venga a sentarse un poco y a tomar una taza de té…

—No —respondió ella—. Tengo que encontrar a mi padre.

Le dejó allí y se fue con paso vacilante, atravesando la plaza, entre la multitud atemorizada, con sus ropas y sus vestidos de fiesta manchados por el humo, en medio del bramido de las sirenas, hacia San Pablo.

* * *

Hester se dirigía como un dardo hacia el ayuntamiento cuando la explosión la levantó del suelo y la lanzó fuera de las sombras y dentro del cruel chaparrón de luz procedente del Ingenierium en llamas. Comenzó a rodar y a rodar sobre la temblorosa plataforma, aturdida, con su pistola escapándosele de las manos y el velo hecho pedazos. Hubo un momento de silencio, luego llegaron los ruidos llenándolo todo: los gritos, las sirenas… Intentó retrotraerse a los recuerdos de los momentos anteriores a la catástrofe, tratando de poner sus pensamientos en un cierto orden. Aquella luz por encima de los tejados, aquel objeto ardiendo que caía del cielo…, eso había sido una nave. La Jenny Haniver. «Tom», dijo musitando su nombre al suelo caliente; y se sintió más pequeña y más sola de lo que se había sentido jamás.

Haciendo un esfuerzo, consiguió elevarse algo y ponerse a gatas. Cerca de ella, uno de los nuevos stalkers había sido alcanzado por la explosión y cortado por la mitad y sus piernas se hallaban diseminadas en pedazos e incrustadas en otros objetos. El chal que Tom le había regalado se le voló de la cabeza. Logró atraparlo, se lo anudó alrededor del cuello y volvió la mirada en busca de un arma caída solo para encontrarse con otra escuadra de stalkers, poco o nada dañados, que la cercaban desde atrás. Sus garras eran cuchilladas del color del fuego en la oscuridad y la luz del fuego iluminaba sus largos y muertos rostros, y ella se dio cuenta con una sorda puñalada de decepción que este era ya su final.

Y por encima de las negras siluetas de los tejados del ayuntamiento, más allá del humo y de las chispas que danzaban en el aire, comenzaba a abrirse la cúpula de San Pablo.

35
La catedral

La destrozada góndola de la Jenny Haniver gemía como una flauta mientras el viento del oeste soplaba por sus entresijos, llevándosela rápidamente lejos de Londres.

Tom saltó exhausto sobre los controles, con trozos de cristales rotos pegados como granos de arena a su rostro y a sus manos. Trató de no fijarse en las veloces y salvajes vueltas de los marcadores de presión mientras el hidrógeno goteaba de la dañada cubierta. Trató de no pensar en Pewsey y Gench, ardiendo dentro de su góndola incendiada, pero cada vez que cerraba los ojos veía sus rostros gritando, como si los negros ceros de sus abiertas bocas se hubieran grabado para siempre en los globos de sus ojos.

Cuando levantó la cabeza, vio Londres a lo lejos, hacia el este. Algo le sucedía a la catedral, y se dio cuenta de que torrentes de fuego rosa y verde salían a borbotones del Ingenierium. Lentamente, comenzó a entender lo que había sucedido. ¡Él tenía la culpa! La gente debía de estar muerta allá abajo; no solo Pewsey y Gench, sino muchísima más gente, y si él no hubiera abatido el Elevador del Decimotercer Nivel, estarían aún todos vivos. Deseó no haber disparado nunca aquellos cohetes. Era mejor estar muerto que sentarse allí a ver arder el Nivel Superior y saber que todo era por culpa suya. Luego, pensó:

—¡Hester!

Le había prometido que volvería. Estaría allí esperándolo, entre aquellos fuegos. No podía dejarla abandonada. Respiró profundamente y se inclinó sobre los controles. Los motores volvieron a revivir. La Jenny Haniver giró lentamente hacia el viento y comenzó a avanzar poco a poco en dirección a la ciudad.

* * *

Katherine se movía como una sonámbula por Paternoster Square, con sus pasos dirigidos hacia la transformada catedral. A su alrededor se iban extendiendo los fuegos, pero ella apenas era consciente de ello. Sus ojos estaban fijos en la terrible belleza que se elevaba por encima de ella: en aquella blanca cúpula que se abría contra el negro cielo y que giraba hacia el este. Ya no sintió ningún miedo en absoluto. Sabía que Clio cuidaba de ella, manteniéndola a salvo para que pudiera compensar las cosas horribles que Padre había hecho.

Los guardias de la puerta de la catedral estaban demasiado distraídos por los fuegos como para prestar mucha atención a una adolescente con un bolso. Al principio le dijeron que se fuese de allí, pero cuando insistió en que su padre se encontraba dentro y les mostró su arrugado pero brillante pase dorado, simplemente se encogieron de hombros y la dejaron pasar.

Nunca había estado dentro de San Pablo. Solo había visto imágenes gráficas. Pero no se parecían demasiado a esto.

Los pasillos flanqueados por pilares y los altos techos abovedados aún se encontraban donde siempre habían estado, pero el Gremio de Ingenieros había recubierto los muros de metal blanco y colgado globos de argón en jaulas de alambre de los techos. Gruesos cables eléctricos serpenteaban por la nave llevando energía hacia algo que se hallaba en el corazón de la catedral.

Katherine avanzó lentamente, pegada a las sombras de los pilares, fuera del camino de las docenas de ingenieros que se movían por todos lados comprobando las conexiones de potencia y escribiendo notas en sus tablillas con pinzas sujetapapeles. Por delante de ella, el lugar del dosel bajo la gran cúpula se hallaba ocupado por una maquinaria extraña. Una infinidad de vigas y elementos hidráulicos soportaban el peso de una especie de capuchón de cobra enorme que se elevaba hacia la noche, y alrededor de su base se hallaba un bosque de elevadas espirales metálicas, todas zumbando y crepitando en una lenta y paulatina subida de potencia. Los ingenieros se movían apresurados entre ellas, subiendo y bajando de la torre central por escaleras metálicas, y muchos más se hallaban agrupados alrededor de una consola cercana como sacerdotes ante el altar de un diosmáquina, hablando con voces semisecretas y excitadas. Entre ellos vio al lord mayor y, a su lado, con aspecto sombrío, se encontraba Padre.

Se quedó inmóvil, a salvo entre las sombras. Podía ver la cara de él con bastante claridad. Miraba a Crome con el ceño fruncido y ella sabía que él habría preferido estar en el exterior ayudando en las labores de rescate y que solo las órdenes del lord mayor lo mantenían allí. Se olvidó por un momento de que era un asesino; quería salir y darle un abrazo. Pero se hallaba en las manos de Clio ya, la gestora de la Historia, y ella tenía trabajo que hacer.

Se acercó un poco más, hasta que se encontró en el refugio de una vieja pila de agua bendita al fondo de los escalones del presbiterio. Desde allí tenía una buena visión de lo que hacían Crome y los otros. Su consola era una especie de cuna de alambres y cordones y tubos aislados con caucho, y en el centro de todo se hallaba una pequeña esfera no más grande que un balón de fútbol. Katherine se podía imaginar qué era aquello. Pandora Shaw lo había encontrado en el fondo de un profundo laboratorio de la perdida América y se lo había traído de vuelta consigo a Oak Island, y Padre lo había robado la noche en que la asesinó. Los ingenieros lo habían limpiado y reparado lo mejor que habían podido, sustituyendo los circuitos dañados por máquinas primitivas que habían ensamblado a partir de los cerebros de

los stalkers. Ahora, el doctor Splay se sentaba frente a la esfera, con sus dedos recorriendo un teclado de marfil, escribiendo verdes y brillantes secuencias de números en una pantalla informativa portátil. Una segunda pantalla mostraba una sombría imagen de la vista que se apreciaba desde Londres, con la cruceta de los instrumentos de mira centrados en la distante Muralla-Escudo.

—Los acumuladores ya están cargados —dijo alguien.

—Bueno, Valentine —dijo Crome dejando descansar una huesuda mano sobre el brazo del padre de Katherine—. ¡Ya estamos listos para hacer historia!

—Pero los incendios, Crome…

—Puedes jugar a bomberos más tarde —le soltó el lord mayor—. Debemos destruir la Muralla-Escudo ahora, por si MEDUSA resulta dañada por el incendio.

Los dedos de Splay seguían tableteando sobre el teclado, pero los otros sonidos de la catedral se desvanecieron en la distancia. Los ingenieros miraban con una especie de temor reverente al bosque de espirales donde se estaban formando misteriosos y ondulados espectros de luz, saliendo hacia el cielo y traspasando la cúpula abierta de la catedral con un débil zumbido, como si fuera el de un enjambre de insectos. Katherine empezó a sospechar que aquella gente no entendía en realidad esta tecnología que su padre había desenterrado para ellos: estaban casi tan maravillados y temerosos como ella.

Si entonces ella hubiera echado a correr hacia adelante y preparado la bomba y la hubiera lanzado contra el antiguo ordenador, lo habría cambiado todo. ¿Pero cómo? Padre estaba allí de pie, justo al lado de aquella cosa, y a pesar de que se dijo a sí misma que él ya no sería su padre nunca más, e incluso cuando intentó sopesar la vida de él contra la de los miles de seres humanos que iban a morir en Batmunkh Gompa, así y todo, aún se sentía incapaz de hacerle ningún daño. Había fracasado. Volvió su rostro hacia la bóveda abierta y preguntó: «¿Qué quieres que haga? ¿Por qué me has traído aquí?».

Pero Clio no respondió.

Crome se adelantó hasta el tablero.

—Dale ya a MEDUSA las coordenadas del blanco —ordenó.

Los dedos de Splay tabletearon de nuevo sobre el teclado señalando la longitud y la latitud de Batmunkh Gompa.

—Blanco señalado —anunció una voz metálica, bramando desde los aflautados altavoces situados por encima de la estación de Splay—. Recorrido: 130 millas, y acercándose. Energía de entrada y espacio de acción código Omega.

El doctor Chubb sacó un taco de hojas de plástico, fragmentos laminados de antiguos documentos. Borrosas listas de numerales se transparentaban dentro de los plásticos como insectos atrapados en ámbar mientras buscaba entre las hojas, hasta encontrar la que quería, que pasó a Splay para que la leyera.

Pero antes de que pudiera empezar a teclear el código numérico se produjo un confuso galimatías de voces allá abajo, en la entrada principal. La doctora Twix

estaba allí con algunos de sus stalkers pegados a ella.

—¡Hola a todos! —gorjeó, avanzando deprisa por la nave lateral y haciendo que sus creaciones la siguieran—. ¡Mira lo que mis inteligentes bebés han encontrado para ti, lord mayor! Una auténtica antitraccionista viva, tal como pedías. Aunque me temo que es más bien fea…

—Energía de entrada y espacio de acción código Omega —repetía MEDUSA—. La voz mecánica no había cambiado en realidad, pero para Katherine sonaba ligeramente impaciente.

—¡Cállate, Twix! —ladró Magnus Crome mirando fijamente a sus instrumentos, pero todos los demás se volvieron a mirar cómo uno de los stalkers avanzaba hacia el estrado y dejaba caer su carga a los pies del lord mayor.

Era Hester Shaw, con las manos atadas por delante, indefensa y con aspecto hosco y aún preguntándose por qué los stalkers no la habían matado nada más ponerle la vista encima. Ante la visión de su estropeado rostro, los hombres del estrado se quedaron paralizados, como si la imagen que acababan de recibir los hubiera convertido en figuras de piedra.

—¡Oh, gran Clio! —musitó Katherine, viendo por primera vez lo que la espada de su padre había hecho. Y luego pasó la vista del rostro de Hester al de su padre, y lo que vio allí la sorprendió aún más. La expresión se había disipado de sus rasgos faciales, dejando en su lugar una máscara gris, menos humana y más horrible que la de la muchacha. Este debía de haber sido el aspecto que tenía cuando mató a Pandora Shaw y se volvió para ver a Hester mirándolo. Ella supo lo que sucedería a continuación, incluso antes de que su espada saliera silbando de la vaina.

—¡No! —gritó, viendo lo que él pretendía hacer, pero su boca estaba seca y su voz era solo un susurro. De repente, entendió por qué la diosa la había conducido hasta allí y supo lo que tenía que hacer para compensar el crimen de Padre. Abandonó el bolso inútil y corrió hacia los escalones. Hester daba tumbos hacia atrás, levantando sus manos trabadas para tratar de parar el golpe de Padre, y Katherine saltó entre los dos, de forma que, de repente, era ella la que se encontró en su camino, y su espada se deslizó con toda facilidad a través de su cuerpo y sintió el sonido de la empuñadura al pegar fuerte en sus costillas.

Los ingenieros se habían quedado sin aliento. La doctora Twix soltó un chillido de terror. Incluso Crome parecía alarmado.

—Energía de entrada y espacio de acción código Omega —seguía MEDUSA, como si nada hubiera sucedido en absoluto. Y Valentine decía:

—¡No! ¡No! ¡No! —sacudiendo la cabeza como si no acertase a entender cómo había llegado ella a estar allí y él a atravesarla con su espada—. ¡Kate, no! —decía retrocediendo y liberando la hoja del arma de su cuerpo.

Katherine la observó deslizarse saliendo de su cuerpo. Aquello parecía ridículo, era como una broma pesada. No sentía ningún dolor en absoluto, pero la sangre brillante salía a borbotones de un agujero en su túnica y salpicaba en el suelo. Se

sintió mareada. Hester Shaw trató de cogerla, pero Katherine la apartó.

—Padre, no le hagas daño —dijo, y dio dos pasos titubeantes hacia delante antes de caer sobre el tablero del doctor Splay. Letras verdes sin ningún significado se esparcieron por la pequeña pantalla al golpear su cabeza las teclas, y cuando Padre la quitó de allí y la depositó suavemente en el suelo, oyó la voz de MEDUSA que decía:

—Código erróneo introducido.

Nuevas secuencias de números se desparramaron por la pantalla. Algo explotó con un sonido agudo entre las rizadas marañas de cables.

—¿Qué está sucediendo? —gimoteó el doctor Chubb—. ¿Qué está haciendo?

—Ha rechazado nuestras coordenadas de blanco —jadeó el doctor Chandra—. Pero la energía sigue aún acumulándose…

Los ingenieros regresaron apresurados a sus puestos, tropezando con Katherine mientras se encontraba aún en el suelo, con su cabeza en el regazo de Padre. Ella no se fijaba en ellos, sino que miraba insistentemente la cara de Hester. Era como contemplar su propio reflejo en un espejo hecho añicos, y sonrió, contenta de haber conocido a su mediohermana por fin y preguntándose si podrían ser amigas. Comenzó a hipar y con cada hipo la sangre le venía a la garganta y a la boca. Un frío entumecedor se iba extendiendo por su cuerpo y comenzaba a sentir que se iba, mientras los sonidos de la catedral se hacían cada vez más débiles y difusos.

—¿Me voy a morir?, pensaba. ¡No puedo, aún no, no estoy preparada!

—¡Ayudadme! —Valentine gritaba a los ingenieros. Pero ellos estaban únicamente interesados en MEDUSA. Fue la muchacha la que vino a su lado y levantó a Katherine mientras arrancaba una tira de sus ropas y trataba de detener la sangre. Él la miró a su único ojo gris y le susurró:

—Hester…, ¡gracias!

Hester se volvió para mirarlo. Había andado todo aquel camino para matarlo, todos aquellos años, y ahora que él se encontraba a su merced, no sentía nada en absoluto. Su espada estaba en el suelo, donde la había dejado caer. Nadie la estaba mirando. Incluso con sus muñecas atadas, podía habérsela arrebatado y clavado en el corazón. Pero aquello no parecía importar ahora. Confundida, observó cómo a él se le caían las lágrimas, desplomándose sobre el asombroso lago de sangre que había salido del cuerpo de su hija. Pensamientos confusos se fueron persiguiendo unos a otros en la cabeza de Hester: «¡Él la ama! ¡Ella me salvó la vida! ¡No puedo dejarla morir!».

Estiró las manos y lo tocó en el brazo, y le dijo:

—Necesita un médico, Valentine.

El hombre miró hacia los ingenieros, que se congregaban alrededor de su máquina en frenéticas líneas cerradas. No se podía esperar ninguna ayuda de ellos. Afuera, tras las puertas de la catedral, doradas cortinas de fuego atravesaban Paternóster Square. Miró hacia arriba y vio algo rojo que reflejaba la luz del fuego al otro lado de las ventanas del transepto de estribor.

—¡Es la Jenny Haniver! —gritó Hester, mientras se movía gateando instintivamente—. ¡Oh, es Tom! Y hay un botiquín de urgencias a bordo… —Pero ella sabía que la Jenny no podía aterrizar entre las llamas de la Plataforma Superior—. Valentine, ¿podemos, de alguna forma, llegar al tejado?

Valentine recogió su espada y cortó las correas de sus muñecas. Luego, echando el arma a un lado, levantó a Katherine y comenzó a llevarla entre los serpentines chisporroteantes hasta donde la escalera de metal zigzagueaba hacia la cúpula. Los stalkers salieron en busca de Hester cuando ella se escabulló tras él, pero Valentine los ordenó que se fueran. A un asustado beefeater le gritó:

—¡Capitán! ¡A esa nave no hay que dispararla!

Magnus Crome vino corriendo a agarrarse a su manga.

—¡La máquina se ha vuelto loca! —sollozaba—. ¡Solo Quirke sabe qué teclas pulsó tu hija! ¡No podemos dispararla ni tampoco evitar que la energía se vaya acumulando! ¡Haz algo, Valentine! ¡Tú descubriste la maldita cosa! ¡Haz que se detenga!

Valentine lo apartó bruscamente a un lado y comenzó a subir las escaleras entre los velos de luz que se elevaban, chisporroteando estáticos, en medio de un aire que olía a estaño quemándose.

—¡Yo solo quería ayudar a Londres! —lloraba el anciano—. ¡Yo solo quería hacer a Londres fuerte!

36

La sombra de los huesos

Hester tomó la iniciativa, ascendiendo la primera por el espacio de la cúpula abierta hacia la luz de las llamas envuelta en humo y la sombra de la poderosa arma. Allá, a su derecha, el esqueleto carbonizado del Elevador del Decimotercer Nivel se hallaba inmóvil entre las ruinas del Ingenierium y como un elemento abandonado de una vieja montaña rusa. El fuego se había extendido hasta el ayuntamiento y el departamento de Planificación y la sala de archivos estaban en llamas, lanzando al aire verdaderos enjambres de chispas, que parecían luciérnagas, y millones de impresos oficiales rosas y blancos. San Pablo era una isla en un mar de fuego, con la Jenny Haniver colgando por encima de ella como una luna de pega, chamuscada y escorada, cambiando de dirección, como poseída por una borrachera en medio de las corrientes ascendentes que salían de los edificios en llamas.

Hester subió aún más, hasta salir a la caperuza de cobra de MEDUSA. Valentine venía tras ella; podía oírlo susurrándole a Katherine, con los ojos fijos en la nave que luchaba por mantenerse en el aire.

—¿Quién es el idiota que está pilotando esa cosa? —gritó él, abriéndose paso por la capota para unirse a la muchacha.

—¡Es Tom! —respondió Hester, y se quedó parada mirando, moviendo ambos brazos y gritando: ¡Tom! ¡Tom!

* * *

Fue el chal lo primero que vio Tom, el que le había comprado a Hester en Peripatetiápolis. Anudado ahora alrededor de su cuello, ondeando al viento, lanzó un repentino reflejo de rojo que él vio de soslayo. Miró hacia abajo y la vio allí, haciéndole señas con la mano. Luego, un aletazo de humo negro cayó sobre ella y Tom se preguntó si aquella menuda figura que se acercaba despacio al capuchón de la cobra había sido tan solo producto de su imaginación, porque parecía imposible que nadie pudiera sobrevivir en medio de aquel enorme incendio que él había causado. Hizo que la Jenny Haniver se dejara caer en picado para acercarse aún más. El humo ascendió y allí estaba ella. Moviendo los brazos, con su larga y negra túnica, sus largas piernas y su fea pero maravillosa cara.

* * *

Katherine abrió los ojos. El frío que sentía en su interior aumentaba, extendiéndose desde el lugar en que la espada había entrado en su cuerpo. Continuaba teniendo hipo y pensó en lo estúpido que sería morirse con hipo, qué poco digno. Deseó que Perro estuviera con ella.

—¡Tom! ¡Tom! —seguía gritando alguien.

Volvió la cabeza y vio que una nave bajaba saliendo del humo, cada vez más cerca, hasta que el costado de la góndola arañó la capucha de MEDUSA y ella sintió la reducción de potencia de sus golpeados motores. Padre la llevaba hacia la nave y ella podía ver a Tom observándola por el deteriorado parabrisas. Tom, que había estado allí cuando todo empezó, al que había creído muerto. Pero allí estaba, vivo, con aspecto sorprendido, tiznado de hollín, con una herida en forma de V en la frente que parecía la marca de algún gremio desconocido.

La góndola era mucho mayor por dentro de lo que ella había supuesto. De hecho, se parecía muchísimo a Clio House, y Perro y Bevis estaban allí esperándola, y sus hipos habían cesado, y su herida no era tan mala como había pensado todo el mundo; se trataba solo de un arañazo. La luz del sol se colaba dentro por las ventanas y Tom los llevaba cada vez más y más hacia arriba, hacia un cielo del más perfecto azul cristal jamás visto, y ella se relajó agradecida entre los brazos de su padre.

Hester había sido la primera en llegar a la nave, introduciéndose en ella a través de un agujero en el costado. Pero cuando miró hacia atrás para extender su mano hacia Valentine, vio que este se había desplomado sobre sus rodillas y se dio cuenta de que Katherine había muerto.

Permaneció allí, aún con la mano extendida, sin saber del todo por qué. Se produjo entonces un resplandor eléctrico en el aire por encima de la blanca capucha de metal. Y ella gritó:

—¡Valentine! ¡Date prisa!

Él levantó sus ojos del rostro de su hija; el tiempo suficiente para decir:

—¡Hester! ¡Tom! ¡Volad! ¡Salvaos vosotros!

Por detrás de ella, Tom se ponía las manos detrás de sus orejas y gritaba:

—¿Qué ha dicho? ¿Esa es Katherine? ¿Qué ha pasado?

—¡Vámonos ya! —gritó ella, y, gateando hasta colocarse dentro, empezó a encender todos los interruptores que aún funcionaban para ponerlos a la máxima potencia. Cuando volvió a mirar hacia abajo, Valentine parecía cada vez más pequeño, con una oscura figura a la que acunaba entre sus brazos y una pálida mano que colgaba. A ella le dio la impresión de que el espíritu de Katherine ascendía a los cielos. Había un dolor terrible en su interior y su respiración se convirtió en sollozos, y algo húmedo y cálido resbaló por sus mejillas. Se preguntó si podía haber sido herida sin enterarse, pero cuando se llevó las manos a la cara sus dedos se

humedecieron y se dio cuenta de que estaba llorando; llorando por su madre y por su padre, y por Shrike, y por Katherine, e incluso por Valentine, hasta que la luz chisporroteante que rodeaba la catedral se hizo más y más brillante y Tom dirigió la Jenny Haniver lejos, hacia la oscuridad.

* * *

Abajo, en las Entrañas, los enormes motores de Londres se cortocircuitaron de repente, sin previo aviso y todos al mismo tiempo, apagados por las extrañas radiaciones que habían empezado a colarse a través de la estructura de la ciudad. Por primera vez desde que cruzaran el puente de tierra, la gran ciudad-tracción comenzaba a aminorar su avance.

En una galería convertida apresuradamente en barricada en el Museo de Londres, Chudleigh Pomeroy miraba precavidamente por encima de la réplica de la ballena azul y veía que las escuadras de stalkers que avanzaban hacia su último reducto se habían detenido sobre sus pasos, mientras pálidas nubes de chispas giraban alrededor de sus cráneos metálicos como si fueran alambre de espino.

—¡Gran Quirke! —dijo, volviéndose hacia el puñado de historiadores supervivientes—. ¡Hemos ganado!

* * *

Valentine observa cómo se aleja la nave roja, iluminada por las llamas del Nivel Superior y por los haces de luz que están empezando a surgir de los alrededores de San Pablo. Puede oír las desesperadas alarmas contraincendios sonando de forma discordante en alguna parte por allá abajo y los gritos llenos de pánico de los ingenieros que huyen. Un halo de fuego de San Telmo brilla alrededor del rostro de Katherine y su cabello despide chispas y cruje cuando él lo acaricia. Le quita suavemente un cabello que se le ha puesto en la boca y la abraza fuerte contra su pecho. Y espera. Y algo como una tormenta de luz rompe por encima de ellos y se convierten en una maraña de fuego, una nube de gas ardiendo, y todo desaparece. Solo quedan las sombras de sus huesos, que se esparcen por el cielo resplandeciente.

37

Los caminos de las aves

Londres tenía encima una corona formada como con luz de relámpago. Era lo mismo que si el rayo que debía haber alcanzado, a socarrar las piedras de Batmunkh Gompa tras recorrer más de ciento cincuenta kilómetros, se hubiera, por el contrario, enmarañado alrededor de los niveles superiores y enviado hacia abajo cataratas de metal fundido que salpicaban los flancos de la ciudad. Oleadas de explosiones se producían en la Entraña, vomitando vastos fragmentos de toda aquella ruina que chocaban unos con otros en el cielo como hojas en un vendaval. Unas pocas naves se elevaron con ellos buscando escapar, pero sus cubiertas se incendiaron, se consumieron y cayeron como pequeños copos de fuego brillantes entre todo aquel enorme incendio.

Solo la Jenny Haniver sobrevivía, moviéndose por las márgenes de la tormenta, girando sobre sí misma y cabeceando cuando las olas expansivas la golpeaban, con chorros de luz de arcoíris saliendo de sus cordajes y sus hélices rotoras. Sus motores habían fallado todos en aquel primer impulso de energía, y nada de lo que Tom sabía hacer los haría arrancar de nuevo. Se hundió en lo que quedaba del asiento del piloto, llorando, mirando impotente cómo el viento de la noche le alejaba más y más de su ciudad moribunda.

—Es culpa mía. —Era todo lo que se le ocurría decir—. Es solo culpa mía…

Hester miraba también, dirigiendo la vista hacia el lugar donde había estado San Pablo, como si aún pudiera ver las imágenes de Katherine y de su padre perdidas en el fulgor de allá abajo.

—Oh, Tom, no —dijo ella—. Fue un accidente. Algo les pasó en su máquina. Fue culpa de Valentine, y de Crome. Fue culpa de los ingenieros, por hacer que funcionara la cosa, y culpa de mi madre, por excavar y rescatarla en primer lugar. Fue culpa de los Antiguos, por inventarla. Fue culpa de Pewsey y de Gench, por intentar matarte; y de Katherine, por salvar mi vida…

Se sentó a su lado esperando consolarlo, pero temerosa de tocarlo, mientras sus reflejos se burlaban de ella devolviéndole su figura, desde cuadrantes rotos y trozos de cristales, más monstruosa que nunca al ondulante resplandor de MEDUSA. Entonces, pensó: «Tonta, él volvió, ¿no? Volvió por ti».

Temblando, puso sus brazos alrededor de él y lo atrajo hacia sí, acercándole la boca a su pelo, besándolo tímidamente y limpiándole la sangre de la herida fresca que tenía entre las cejas; abrazándolo fuerte hasta que el arma moribunda se hubo apagado y las primeras luces grises comenzaron a deslizarse por la llanura.

—No pasa nada, Tom —seguía diciéndole—. No pasa nada, todo está bien.

Londres estaba lejos, inmóvil bajo pendones de humo. Tom encontró los viejos prismáticos de la señorita Fang y los dirigió hacia la ciudad.

—Alguien tiene que haber sobrevivido —dijo, esperando que, diciéndolo, su deseo se convertiría en realidad—. Apuesto a que el señor Pomeroy y Clytie Potts están ahí abajo, organizando partidas de rescate y repartiendo tazas de té…

Pero a través del humo, del vapor, del manto de cenizas flotantes, no podía ver nada, nada, nada; y aunque movía los prismáticos de un lado a otro, poniéndose cada vez más nervioso y desesperado, todo lo que aquel aparato óptico le mostró fue las peladas formas de las ennegrecidas vigas y la tierra requemada haciendo de basurero de ruedas retorcidas, y llameantes lagos de combustible y cadenas de tracción rotas que se diseminaban por todas partes, crispadas sobre sí mismas como si fueran las pieles desechadas por la muda de enormes culebras.

—¿Tom? —Hester había estado probando y ensayando con los controles y se había encontrado, para su sorpresa, que las palancas del timón aún funcionaban. La Jenny Haniver respondía a sus órdenes, girando aquí y allá en el viento. Y le dijo suavemente—: Tom, podíamos intentar llegar hasta Batmunkh Gompa. Nos recibirán bien allí. Probablemente piensen que eres un héroe.

Pero Tom hizo un gesto negativo con la cabeza: tras sus párpados cerrados, el Elevador del Decimotercer Nivel seguía aún con sus movimientos en espiral hacia el Nivel Superior y Pewsey y Gench dirigían sus negros y silenciosos gritos hacia el fuego. No sabía lo que era él, pero sabía que no era un héroe.

—De acuerdo —asintió Hester, entendiéndolo. Se necesitaba tiempo para superar las cosas a veces, ella lo sabía. Tendría paciencia con él. Y le dijo—: Enfilaremos hacia la Isla Negra. Podemos reparar la Jenny en el parque de caravanas. Y luego seguiremos los Caminos de las Aves y nos iremos a algún lugar lejano. Las Cien Islas o las Montañas de Tannháuser, o el Desierto de Hielo del sur. No me importa dónde. Siempre que yo pueda ir también.

Se arrodilló junto a él, apoyando los brazos sobre sus rodillas y la cabeza en sus propios brazos, y Tom se dio cuenta de que estaba sonriendo, a pesar de todo, ante la torcida sonrisa de ella.

—Tú no eres un héroe y yo no soy bonita, y probablemente no viviremos felices después de esto —dijo ella—. Pero estamos vivos, y juntos, y vamos a estar muy bien.



Philip Reeve (1966), Brighton, Reino Unido. Reeve empezó su carrera profesional como librero, además de director, escritor y productor de obras de teatro. Se pasó al mundo de la ilustración infantil y su trabajo ilustró más de cuarenta obras. Con *Máquinas mortales* (2001), comenzó su tetralogía *Predator Cities*, Máquinas mortales.